The background of the cover is a watercolor-style illustration of a river scene. In the foreground, a group of people are in a raft on a river. The riverbanks are lined with lush green trees, and a large, dark tree branch hangs from the top of the frame. The sky is a warm, yellowish-orange color, suggesting a sunset or sunrise. The title 'CONTRA EL VIENTO' is written in large, bold, red letters across the upper half of the cover. The author's name 'Xavier Alcalá' is written in white at the bottom, and the publisher's name 'Lectulandia' is in a blue banner at the bottom right.

CONTRA EL VIENTO

Xavier Alcalá

Lectulandia

Chaves, un geólogo sin prestigio ni futuro, y Regueira, un piloto español que ha hecho la guerra civil en el bando republicano, son dos buscadores de fortuna. Un día se internan en la selva amazónica y descubren un tesoro que desata la codicia de cuantos entran en contacto con él: el brillo de los diamantes enciende las pasiones y desencadena una historia de sospechas, traiciones y muertes violentas...

Una novela de aventuras narrada en clave realista y ambientada en América del Sur.

Lectulandia

Xavier Alcalá

Contra el viento

(Cárcere verde)

ePUB v1.0

Elvys 11.09.11

más libros en lectulandia.com

Primera edición: julio 1993
Segunda edición: abril 1994

Traducción del gallego: Xavier Alcalá

Ilustración de portada
Miguelanxo Prado
miguelanxoprado.com

Título original: *Cárcere verde*
© Xavier Alcalá, 1993
© Ediciones SM
Joaquín Turina, 39 - 28044 Madrid

ISBN: 84-348-4051-0
Depósito legal: M-11681-1994

NOTA DEL AUTOR

"La idea de 'Contra el viento' nació de una mezcla de lecturas y experiencias. La lectura principal, un artículo de National Geographic sobre los restos de una cultura perdida en la selva amazónica. La experiencia marcante, andar por las junglas americanas, navegar por sus ríos enormes.

Escribí la historia en gallego, como novela interior de una novela contra los premios literarios: un escritor hacía un plagio para burlarse de un jurado. La mandé a un premio. Un miembro del jurado, furibundo, consiguió arrastrar la opinión de otro, amedrentado y, por un voto, mi novela malvada se quedó sin premio. Tiempo después, el miembro del jurado que cedió ante el que tenía miedo de estar leyendo un plagio me pidió perdón y me contó lo que había pasado.

Curiosamente, un editor se interesó mucho por la novela interior, la de aventuras, supuestamente plagiada. Y la publicó. Ya estaba para imprimir cuando un amigo escritor me dijo que iba a publicar una novela con el título de 'A cidade dos césares' ('La ciudad de los césares'), escogido para mi novela hacía meses. No tuve inconveniente en cederle el título y darle a la mía el de 'Cárcere verde' ('Cárcel verde', que eso son las selvas tropicales).

'Cárcere verde' fue un acierto editorial. Y otra editorial me ofreció publicarla en castellano. Allá fue como 'Contra el viento', en razón de la historia: la lucha de unos fugitivos contra el viento que no les deja bajar un río.

Pasaron los años. Muchos. Fuera ya de mercado la edición en castellano, se preparaba una nueva edición cuando los avezados periodistas de La Voz de Galicia descubrieron que le acababan de dar el premio Planeta a una novela titulada 'Contra el viento'. Y publicaron una notita fastidiosa.

El resto está en los documentos que acompañan a la publicación en modo digital que sigue.

Quizá el 'Contra el viento' del premio Planeta ya haya cumplido su función planetaria: aquí te publico y ya te vendo. Tal vez a la editorial ya no le interese defender lo que vendió con cálculo frío. Pero siguen en el aire cuestiones de bulto para los que escribimos:

¿No sirve de nada el registro de la propiedad intelectual?

¿No se puede registrar un título?

¿El título no es parte de la obra registrada?

¿Cómo puede compensar una editorial a un autor el error de repetir un título usado previamente?

¿Tiene disculpa hoy que un autor no revise si ya hay obra con título como el que él piensa poner a la suya?

En fin: se diría que ni Ángeles Caso ni Planeta saben que existen el ISBN y Google.

Y concluyo: cuando se agitaron las mentes por culpa del "caso Ángeles Caso", alguien me sugirió desde un blog que a mi próxima novela traducida al castellano la titulase "Cien años de soledad". A fin de cuentas, según la Caso y sus mentores, un título es sólo eso: un título, y la sustancia está en el texto.

Saludos a todos los visitantes de epubgratis.es. Si os gusta la aventura contada, acordaos de este admirador de Verne, Salgari y Conrad. Ojalá mi 'Contra el viento' os entretenga un poquito en comparación con lo que me entretuvieron las obras de tales maestros."

XAVIER ALCALÁ

MATERIAL ADICIONAL

- Nota de prensa
- Diario de Ferrol
- La Voz de Galicia
- La Voz de Galicia "Culturas"
- Burofax enviado a Editorial Planeta
- Respuesta de Editorial Planeta

*A Xabier Senín,
protector de escritores*

La ciudad perdida

Con su pistoneo indolente y cansino, la barcaza se dejaba llevar a favor de las aguas. Plana, basta, despintada, con líneas negras de brea a la vista entre las tablas, era a penas un despojo de la civilización surcando las venas de la selva.

Bajo un cobertizo de palmas mal dispuestas que temblaban al compás del motor, los dos últimos pasajeros contemplaban el estiaje.

Había ido dejando de llover y el río se desangraba. Sobre el nivel del líquido castaño, se elevaban el oscuro casi negro de las barrancas y el blanco refulgente de las playas. Los árboles de la ribera, con las raíces socavadas, hacían el último intento, a veces fallido, de no precipitarse al agua; y sobre las playas se disputaban derechos territoriales aves, saurios y quelonios: reunidos por especies y grupos, gaviotas, caimanes y tortugas se disponían a desovar.

Era el anuncio de la seca, el brevísimo invierno ecuatorial. Lo sabían los pasajeros, el patrón y su ayudante. Y callaban, sirviéndose —quienes lo tenían— del vicio del cigarro para matar el tiempo quedo de la tarde.

Cuando el sol ya se ocultaba tras de la masa de la breña, surgió un vientecito de cara que hizo espabilar a la barcaza, obligó al patrón a estirar el cuello en busca de troncos a la deriva y debió recordar a su ayudante que había llegado la hora de ocuparse de las luces. El negro conectó el foco de proa y, pidiendo permiso, enroscó la bombilla que colgaba de un palo del cobertizo, para que el "padre" y el "doctor" se pudiesen seguir viendo derrengados sobre sus sillas de lona.

Traídos por la luz a la realidad inmediata, el misionero y el geólogo se observaron de nuevo, como si aún no se hubieran acostumbrado al extraño de enfrente que durante días había formado parte de la carga variada de la embarcación en que ambos venían buscando puerto de salida y un barco de verdad.

A la luz amarilla de la lámpara, el misionero remiró al geólogo: desmirriado, con la camisa abierta, los ojos hundidos tras las gafas, fina barba gris, pelo recio y encanecido; en una mano el cigarro, la petaca de licor en la otra... Y el geólogo contempló a aquel cura enorme, mantecoso, rubio, calvo, con barbas rojas que le cubrían el pecho y con un rosario que hacía correr sobre la sotana blanca...

Se sabían diferentes, alejados el uno del otro por creencias e increencias, pero unidos por una realidad común: la jungla sin horizontes.

El cura fue el primero en hablar. Parado el rosario en su mano, murmuró de prisa el final de la letanía y formuló una pregunta contenida durante mucho tiempo:

—Señor Chaves, permítame el atrevimiento: llevamos hablando tanto tiempo y todavía no sé... ¿en qué trabajaba usted, concretamente?

Su interlocutor esbozó una sonrisa con la boca torcida y los ojos arrugados, y no respondió. Observó la reacción del misionero a su silencio mientras fumaba.

El misionero también sonrió, desconcertado; hasta que de nuevo se atrevió con otra pregunta:

—¿Oro?

Ahí Chaves fue rotundo:

—No, padre Connally... —miró con cuidado a su alrededor y, seguro de que no lo oían, amplió la sonrisa para preguntar:— ¿Le puedo pedir secreto absoluto, aunque no sea de confesión?

—Si así lo quiere...

—Está bien, padre. Lo que le voy a contar es un secreto nacional, y usted es extranjero...

—Por favor, no me llame extranjero. Ya le he dado lo mejor de mi vida a este país.

—Para nada.

—¿Cómo?

—Perdone, padre, pero no puedo entender por qué no dejan a los indios en paz —intentó aclarar Chaves, sabiendo que se alejaba a propósito del hilo de la conversación—. Los pobres indios son felices con sus tabús y sus espíritus, y con sus plantas alucinógenas. Se divierten andando desnudos y matándose entre ellos, y robando mozas de las tribus vecinas. Son tan sinceros que ni conocen el prejuicio de la piedad.

—Señor Chaves... —la voz del clérigo se elevó en tono de protesta. El ayudante del patrón levantó la cara renegrida de la sartén en que freía el pescado—. Señor Chaves, no todos somos ateos; y, entre los que creemos, muchos pensamos que el mensaje de Cristo ha de llegar a todos los hombres. Y nuestros indios son hombres como los demás, ¿o no?

—Puede que sí, padre; aunque a veces yo tenga mis dudas.

Se callaron. Anochecía: algún vuelo de garzas concentraba restos de claridad en la albura del plumaje, y la muralla de la selva se hacía negra. Ya se confundían las especies vegetales de la orilla, no se distinguían ya los pólipos de las raíces sobre las barrancas. Cuando la barcaza se aproximaba a la costa por seguir los caprichos del canal, se sentía el sordo rumor de la vida nocturna en el bosque. De cuando en

cuando resonaba el alarido de un macaco. A veces, el vuelo quebrado de un murciélago se acercaba a la embarcación, golpeteando el aire con más fuerza que los humos de escape del motor.

El geólogo tuvo una sensación de escalofrío que no se concretaba. Se vio de nuevo en las galerías de la arboleda, intentando seguir rumbos sobre la alfombra de hojas muertas, buscando claros desde los que determinar las coordenadas de puntos perdidos en aquella inmensidad.

Y en su mente hizo eco la sinfonía torpe del contador Geiger, el crepitar que se aceleraba y desaceleraba como indicio de mayor o menor densidad de partículas alfa, más o menos reactividad bajo la capa vegetal.

El contador Geiger-Müller: lejos quedaban los años alegres de la facultad, donde el invento de Geiger, que Müller había perfeccionado, era sólo eso, un invento, no un instrumento de poder, de duda, de miedo...

De repente se sintió descortés y volvió a la conversación:

—Padre Connally, no se enfade conmigo. Yo quiero comprenderlo a usted, a todos los religiosos. Hasta me gustaría tener fe y dejarme matar por los indios para que el martirio justificase mi paso por el mundo.

El sacerdote sonreía, bonachón. Se peinó la barba con los dedos y volvió a preguntar inocentemente:

—¿Cuál es el secreto?

—Uranio —le confió Chaves bajando la voz.

La cara del padre Connally reflejó asombro, miedo. Se santiguó y murmuró:

—Por Dios, por Dios, no me diga que uranio... Aquí también.

—Queremos hacer un país poderoso, padre —explicó Chaves, creciéndose, seguro de sí—. Pero no piense en Hiroshima. La energía atómica se puede... diría yo... dosificar. Mire: un kilo de uranio contiene la energía de miles de toneladas de carbón. Imagine las ciudades iluminadas y las fábricas funcionando con la energía que saliera del uranio... Esta selva siempre estuvo en la mente de todo el mundo como una reserva de las riquezas que se conocían en cada momento de la Historia. Aquí se vinieron a buscar oro y piedras preciosas, maderas duras como el hierro o ligeras como plumas; y después la maravilla del látex, elástico e impermeable... Ahora ha llegado el momento del uranio. Por eso andamos recorriendo la breña en busca de indicios de donde pueda haber el mineral. Tenemos que descubrir dónde hay yacimientos con concentración suficiente como para que merezca la pena explotarlos...

El misionero callaba, absorto en meditaciones que Chaves no quiso interrumpir. Tal vez el padre Connally recelase de que el uranio buscado acabara en usos alejados de la paz y el progreso; quizá pensase que, como el oro y los diamantes, terminaría siendo un nuevo motivo de muerte y miseria para los indios, y para los civilizados

que desafiaban el misterio de la masa verde. En la selva, cada nuevo descubrimiento se cimentaba sobre un sin fin de cadáveres: con los buscadores venían la prostitución, el alcoholismo, la tuberculosis, el asesinato.

El geólogo respetó el silencio de su compañero de viaje. Olía a pescado frito. Había entrado la noche, y el patrón maniobraba hacia una ensenada. Chaves se vio de nuevo en la claridad difusa de la fronda, escuchando el bombardeo del contador Geiger, anotando medidas allí donde la intensidad lo requería, sin apartar el ojo de la gente contratada para protegerlo, tipos de los que desconfiaba porque los imaginaba sumidos en cavilaciones acerca de lo que él pudiera estar buscando: tal vez, oro, pensarían; oro descubierto con trampa y ventaja, con un aparato misterioso, sin necesidad de cavar y lavar arenas durante horas y horas, doblando el espinazo sobre el fango.

La codicia de los hombres le parecía ridícula. Porque buscar oro no compensaba la fatiga y el miedo. Buscar diamantes, tampoco. Y uranio, menos todavía.

Para todo se arriesgaba demasiado: la vida a cada instante. El mundo vegetal, en una lucha continua, buscaba el sol valiéndose de todos los medios, de la fuerza propia y de la ajena. Las plantas medraban aprovechando el descuido de las vecinas, robándose sabia unas a otras. Y, a su sombra, los animales se enredaban en un continuo matar para vivir en que la debilidad y el sueño eran fatales.

Mientras los hombres perseguían quimeras, los bichos atacaba sin descanso: del mosquito a la culebra, de la serpiente a la onza, de la araña al vampiro, de la hormiga al buitro, todos, legión maldita, se lanzaban sobre el intruso en un intento colectivo de destruirlo. Y con ellos, artero y sigiloso, escarmentado, el indio participaba en el asedio...

El geólogo desenroscó el tapón de la petaca y bebió un trago de güisqui.

Lo necesitaba. Porque estaba harto de buscar por la selva bruta riquezas que, si se encontraban, aún había que extraer, moviendo masas de tierra, gastando energías difíciles de justificar en muchos casos.

Cuando paró el motor de la barcaza, Chaves imaginaba un anillo de oro y brillantes en el que se concentraban vidas y esfuerzos, sudores e ilusiones: el anillo era la cumbre de una pirámide, la corona de un pináculo...

Con maestría, el patrón ancló en medio de la ensenada, en el punto donde el oleaje era leve pero aún corría brisa suficiente como para ahuyentar a los mosquitos.

De la floresta llegaba un murmullo mezclado de requiebros de amor y voracidades de las fieras; del agua subía un leve son de olitas y, de cuando en cuando, el chapoteo de los peces. El padre Connally parecía sumido en un letargo del que lo vino a sacar el patrón con una oferta olorosa de limonada y aguardiente:

—Es para abrir el apetito, padre.

—Gracias, Barroso, gracias.

Bebieron todos, incluido el ayudante, que iba y venía del fogón a la mesa trayendo el pescado, el arroz, la harina y la cerveza. El hombre había instalado una mesa con el centro bajo la lámpara del toldo, y a ella se acercaron los pasajeros arrastrando sus asientos.

El patrón Barroso se dejó caer en la silla, se sirvió cerveza, bebió, chascó la lengua y, con una sonrisa simplota iluminándole la cara redonda, lampiña, aindiada, anunció:

—Si el viento no trabaja mucho en contra, señores, pasado mañana podrán dormir en tierra y en una buena cama.

—Dios lo oiga, Barroso —deseó el cura, mojando los labios en la espuma de su vaso.

—Ya va siendo hora —comentó Chaves—. El día que me vea bien bañado y durmiendo con pijama, no me lo voy a creer.

El ayudante les sirvió el pescado y la guarnición, y comenzaron la cena. Barroso parecía más inclinado a la plática:

—Espero que no pasasen miedo en el Rápido de las Tortugas. Cuando empieza la seca, siempre es así: el agua se encajona y complica la navegación; pero ya han visto cómo aguanta nuestra *María Alegre*.

—Algo recé, si quiere que le diga la verdad —confesó el misionero, con una corta carcajada, antes de volver al pescado.

Chaves se calló y los otros lo miraron, esperando su comentario. El geólogo bebió cerveza con avidez, a pesar de resultarle demasiado caliente para su gusto. Se limpió la boca con el mantel que le daba asco, de tan usado, después de una semana de navegación; y, como no dejaban de observarlo, se vio obligado a hablar:

—Ese rápido es la parte más impresionante del viaje. De repente aparecen los bultos de los Gemelos y el río trata de estrecharse para pasar entre ellos... Lo que me pregunto es cómo harían las embarcaciones para subir el rápido cuando no había motores potentes.

—Pues, antes de que hubiese barcos con potencia, intentaron lo del ferrocarril —explicó Barroso—. Eran tiempos buenos del látex, cuando sólo se recogía aquí y todo el mundo andaba detrás de nuestra goma. Entonces, los de la *Rubber* pretendieron hacer un ferrocarril que daba la vuelta por detrás del Gemelo Pequeño. Querían armar dos puertos, uno a cada lado del monte, y comunicarlos por ferrocarril. Así daba lo mismo bajar el látex que subir los suministros para los seringales donde se recogía la goma. Pero las fiebres y los indios mataron a muchos cristianos que venían a las obras. Aún se puede ver lo que queda de uno de los puertecitos, y algo de las vías; y hay un cementerio lleno de nombres de gringos, porque, por lo visto, primero se encargaba de abrir el monte una empresa francesa, y después una americana... —hizo un alto y dirigió la mirada, acusadora, contra el padre—. Hubo muchas dificultades,

y, encima, los ingleses nos robaron las simientes de la seringa y se las llevaron a sus colonias. Todo eso fue el fin de las obras, porque ya no tardó nuestra goma en tener competencia, y cayeron los precios...

—Barroso —interrumpió el misionero—, yo soy irlandés, no inglés, amigo.

El mestizo se quedó quieto, como intentando entender las diferencias entre gringos de una u otra casta, hasta que lo sorprendió la intervención de Chaves:

—¿Y antes de que se intentara lo del ferrocarril? —preguntaba el geólogo con tono de profesor que ya sabe la respuesta.

Barroso siguió callado un momento. Luego, con una chispa de inteligencia en sus ojos rasgados, respondió:

—A vela y remo, doctor Chaves. Esperarían a que el viento ayudara y, si las embarcaciones eran de porte, echarían lanchas y subirían remando, remolcando a la mayor. Si me disculpa, yo pienso que ningún barco subió por este río hasta que se inventó el vapor.

—Pues piensa mal, Barroso —aseguró el geólogo, que en seguida se inclinaba sobre el plato para olvidarse de los compañeros mientras comía.

Cenaron, sin más conversación. El sacerdote hizo unas caritativas alabanzas del arte del cocinero y el geólogo pidió aguardiente para mezclarla con la cerveza "al estilo holandés". Por fin, Chaves pareció salir de su ensimismamiento con la copa y el cigarro de postre.

Se le había animado el rostro. Por detrás de los lentes, la luz tacaña de la bombilla aún permitía ver sus ojos, alegres y soñadores. Y hablaba con la lengua suelta de quien ha calentado el espíritu con la bebida:

—Este río lo navegó mucha gente antes de que naciese Watt, o sea, antes de que nadie se pusiera a cavilar si el vapor servía para algo más que para levantar la tapa de la olla. ¿Y saben por qué? Por la "Ciudad de los Césares". No se sabe por qué le llamaban de los "césares", en este Nuevo Mundo donde semejante título era desconocido, pero tanto las crónicas de los castellanos como las de los portugueses le llaman así a una ciudad llena de oro y pedrerías, perdida en la selva... —hizo un alto y observó la perplejidad de sus contertulios: Barroso había dejado de exhalar humo y redondeaba los ojos mongoles; el cura estaba paralizado, con una ceja levantada sobre el ojo claro. Chaves prosiguió—: Las leyendas dicen que esa ciudad la construyeron indios huidos del Perú después de que los derrotaran los españoles. Los conquistadores la buscaron durante siglos. Los españoles bajaban por el río desde Perú; los portugueses corrían río arriba. Tanto los unos como los otros hacían expediciones por el río para fijar las fronteras de sus dominios, y en todas ellas andaba el nuevo "Eldorado" llenándoles el magín a los que se arriesgaban a meterse por estos laberintos... Por eso le he dicho, Barroso, y discúlpeme usted también, que estaba equivocado.

Silencio. A lo lejos seguía el rumor de la espesura. En la barcaza sólo se oía entrechocar la loza lavada por el ayudante del patrón.

Chaves bebió otro vaso de caña. El misionero lo observaba preocupado mientras se peinaba las barbas con los dedos. Parecía dispuesto a preguntar algo. Y lo hizo:

—Señor Chaves, ¿puede tener base real esa historia?

—Yo creo que sí, padre. No es extraño que parte de la nobleza del imperio inca se trasladase con sus conocimientos y sus pertenencias a donde los castellanos no se atreverían a entrar. Aún más: si se habla de grandes cantidades de oro y pedrerías, tampoco hay que pensar que las trajeran de Perú. Esta selva endiablada está llena de oro y diamantes. Del mismo modo que se extraen ahora, también los incas pudieron sacarlos. Quizá entonces encontraron los yacimientos más fáciles... —calló. Parecía vacilar. Hizo ademán de seguir, pero se cortaba. Hasta que se decidió, adoptando un tono de confidencia—: Hay una "relación" del siglo XVII que aporta datos definitivos. Algunos creemos que a esas alturas aún estaba viva la "Ciudad de los Césares". Lo que ya no podemos creer es que, con tantos vuelos como se han hecho en los últimos años, pasase inadvertida una verdadera ciudad en medio de la selva. Es posible que ese pueblo se extinguiera y que la breña se haya tragado sus construcciones. Quizá nunca encontremos la "Ciudad de los Césares" aunque andemos cerca de ella. Eso es lo que me duele. Tanta gente matándose por las pepitas de oro o por los diamantes, o ahora por el ur... —se cortó, mirando al cura con un gesto de complicidad—. En fin, matándose por una riqueza dispersa, esparcida, cuando la podían encontrar concentrada: un tesoro inca...

El viento había amainado, y unas mariposas torpes vinieron a chocar contra la lámpara. El patrón se secó la transpiración de la frente y se alisó el pelo rebelde, de mestizo.

—La "Ciudad de los Césares"... —pareció recuperar algo ido de su memoria hacía mucho—. Eso sería lo que buscaba aquel gringo, el inglés. Le oí hablar del caso a mi padre.

—Eso era, Barroso, eso era —aseguró Chaves—. De ese inglés, Garrett, aún sabemos algo. De los que no sabemos nada es de los otros muchos buscadores que acabaron perdidos en la selva antes que él. Pero todos venían soñando con un gran golpe de suerte, como los que se metieron a hurgar en las pirámides de Egipto. A fin de cuentas, todo el mundo quiere lo mismo: amasar una fortuna y disfrutar de ella mientras dura la vida. Porque en esta vida sabemos de qué podemos disfrutar. De la otra, poco sabemos... —miró al cura, provocador, sin que la masa del padre Connally se conmoviera: el misionero se levantaba de la silla con la mirada clara y ausente.

—Discúlpenme señores —rogó en tono cortés, y se alejó hacia la proa de la barcaza.

Chaves y Barroso se quedaron fumando y bebiendo aguardiente. El ayudante

metió su rostro de negro desdentado en la claridad de la lámpara para recoger la mesa.

Poco después, colgaba las hamacas de la armadura del toldo, indicando sin más advertencia la hora de dormir.

El patrón debió entender la indicación porque se levantó, pidió permiso y se fue a meter en la cabina indiscreta que servía de retrete.

Chaves dejó vagar la vista por los alrededores. Entre las copas de los árboles y el toldo se veía una franja de cielo negro cuajado de estrellas. Corrió la silla por la cubierta hasta que toda la bóveda celeste se abrió ante sus ojos; y allí se quedó quieto, sin querer pensar. Pero pensando.

Bebía sorbos de aguardiente y pensaba en su vida: en la maldita manía de "ser algo", que lo llevó en el liceo a romperse la cabeza estudiando —mientras sus compañeros jugaban al fútbol o se bañaban— para demostrar que su cuerpo menudo no importaba; la manía que lo arrastró a las locuras de una política sin norte en los años de universidad, para sobresalir de los demás; que lo metió en las incertidumbres de la selva en busca de un golpe de suerte mientras disfrazaba de "aventura científica" su interés verdadero.

Le llamaban "doctor" y, sin embargo, se había rebajado a escamotear de las oficinas de una explotación aquel saquito de oro en polvo que casi le costó la vida. Aún ahora, pasados los años, se despertaba con la pesadilla de que lo cogían, de que lo delataba un cómplice, el hombre de la balanza y las pesitas que había quedado en reunirse con él en la ciudad y nunca lo hizo; porque sin duda lo descubrieron y le hicieron sentir el peso de la justicia brutal de los buscadores.

En todos aquellos años de exponerse a la mordedura de la vívora y a la flecha del indio no había sacado más rentas que las de un poco oro robado y mal vendido. Y ahora, haciéndose el patriota, buscaba uranio ocultando la verdad: que el negocio consistía en descubrir el mineral y callar; en dar forma al expediente informando a los funcionarios de que en las áreas rastreadas sólo se habían encontrado indicios de mineral con baja concentración.

Entonces le pasaría a su jefe —ilustre general— los datos ciertos sobre yacimientos explotables. Y ambos cobrarían una buena recompensa de la sociedad yanki que movía los hilos...

Miserias humanas.

Así era. Pero había que vivir. Y él, Torcuato Chaves, geólogo desconocido, que no asistía a congresos ni hacía publicaciones de fama, no renunciaba a un pedacito de buena vida, en la que todo le estuviese permitido.

Aunque durara poco...

Se levantó. Aligerado por la cerveza y el aguardiente, caminó hacia el misionero.

Se sentó en la borda frente a él.

Callaron.

Miraban la negrura sin fondo del firmamento: había estrellas quietas, temblorosas, y trazos de estrellas fugaces. Contemplando tanto misterio, se olvidaban los zumbidos y los cantos del bicherío nocturno, y los ruidos prosaicos de los hombres que se aviaban para dormir en la barcaza.

El sacerdote se decidió a hablar:

—Señor Chaves, ¿y viendo esta maravilla aún sigue sin creer en Dios?

Pero Chaves no se arredró:

—Mire, padre: yo soy un hombre de ciencia y sé que en el Universo todo es evolución. Algún día los científicos demostrarán que el Cosmos ha existido siempre, que, de una forma u otra, siempre ha estado ahí, eternamente. Ese día quedará claro que no es necesario un Creador.

—Ese día nunca llegará, amigo Chaves —replicó el padre, rotundo—. Los humanos desapareceremos de la faz de la Tierra creyendo en Dios.

—Puede que sí. Pero eso será porque nuestros descendientes no sean capaces de expresar la eternidad en una ecuación. Dios sólo existe porque existe la ignorancia.

—La bendita ignorancia, Chaves, la gracia divina, la capacidad de creer en Dios porque sí... —el misionero se irguió resoplando en consonancia con su gordura—. Dios lo bendiga. Buenas noches.

—Buenas, padre. Que descanse.

Lo había molestado la pertinacia del cura, aquella constante provocación con gesto de mansedumbre, su ceguera para ver lo que él, Torcuato Chaves, veía y percibía dolorosamente: que los humanos no son más que partes infinitesimales de la masa universal, que cada cual es una nada fugaz a penas con derecho a disfrutar de su fugacidad.

Le pesaban los ojos. Palpó la cubierta y sintió que las tablas aún conservaban el calor del día. Preparó un rollo de cuerda como almohada y se acostó junto a un cajón que lo protegía del viento: quería estar solo, lejos de los compañeros que se acomodaban en las hamacas.

Todo era calma bajo el cielo estrellado sin luna. Todavía intentó reconocer alguna constelación pero el peso de los párpados pudo más que su voluntad de volver a la infancia, a las lecciones prácticas de astronomía...

Antes de dormirse, en los devaneos que preceden al sueño, entrevió imágenes raras: una pirámide de oro o de uranio, de un metal amarillo o gris, pero brillante, refulgente. Era una pirámide rodeada por otras, o la misma pirámide vista desde muchos ángulos. Había un mundo de pirámides ordenadas a lo largo de calles y avenidas que no eran siempre pirámides cuadradas, sino que se curvaban y redondeaban como las cúpulas de los templos asiáticos. Y por el bosque ordenado de construcciones pululaban seres que a veces eran hombres y a veces hormigas. Pero

todos vestían túnicas cortas y llevaban los apéndices de la cara perforados por enormes alfileres de oro con la cabeza de brillantes...

Un claro en la selva

La luz se fue colando poco a poco entre la espesura de los árboles y llegó a la ventana, pasó la tela metálica cubierta de insectos moribundos, muertos recientes y cadáveres resecos, y tocó hasta la almohada de la cama.

Aún no había dado en ella cuando el hombre se despertó presintiéndola. Se despertaba con cara de susto, los ojos colorados de dormir poco y una barba dura, cerdas como alambres que se le clavaban en las arrugas de la piel.

Se restregó los ojos con los puños, se incorporó y se quitó la camisa resudada. Al hacerlo, miró de soslayo el espejo y se detuvo: allí estaba él en la penumbra, despeinado, la barriga traicionera vertiéndosele por encima del pantalón del pijama a listas. El cuerpo se le había ido desvencijado con los años y de la buena planta de otros tiempos sólo le quedaban la nuca tiesa, los hombros altos y los brazos y las piernas musculosos...

Llenó la palangana de agua y se consoló pensando que, a pesar de todo, conservaba los atributos del hombre joven y que si ahora, al enjabonarse la barba, se preocupaba por su tipo... era por culpa de una mujer.

Un mono rasgó el aire a gritos y le respondió otro de igual modo; sonaron disparos y la luz de la ventana se eclipsó de repente: una nube de pájaros —quizá periquitos— debía de estar cambiando de sitio sobre la fronda. Paró de afeitarse con media cara rapada y muchas ganas del café bien cargado del desayuno. Se dio cuenta de esa urgencia y le mandó una sonrisa comprensiva al espejo.

Porque un hombre acaba siendo juguete de sus hábitos cuando pasa de los cuarenta; y, cuando se acerca a los cincuenta, ni siquiera se atreve a pensar en abandonarlos.

Por eso, era locura dejar que ahora una moza se viniese a cruzar en su camino, cuando tantas se habían cruzado en mejores ocasiones y nunca habían sido más que una caricia, simple satisfacción del momento.

Pero Olga era diferente. Como él, aquella criatura tenía una constante necesidad de ir y venir, de quemarse en busca de algo que no conseguía alcanzar... Olga no hablaba de su origen; quizá no se llamaba Olga, y por el aire de "ángel rubio" sería de

familia escandinava, o eslava... Era lo mismo. A la luz fluctuante de su *Diamond's Bar* resultaba una belleza increíble con un habla alegre y franca, de camarada, que daba confianza de amigote a los hombres, al tiempo que los cautivaba y les hacía beber más.

Llamaron a la puerta.

—¡Entre!

—Buenos días —era el mulato Mané, reseco, con la bandeja del desayuno. Ya tan temprano, Mané apestaba a sudor y aguardiente; pero era su lacayo.

—¿Quién anduvo a tiros, Mané?

—Fue el cabo, para separar a dos borrachos que se estaban matando.

—Siempre igual.

—Pues sí. Acaban la noche peleándose y tiene que intervenir la policía.

—Ganas no les faltan ni al cabo ni al teniente... Tengo ahí la maleta, al pie de la cómoda. Llévesela y espéreme en el puerto.

Aguardó a que Mané se marchara. Con un movimiento rápido levantó la almohada de la cama y dejó al descubierto un fajo gordo de billetes. Recordó al teniente Machado entregándole aquel dinero y sonrió. Machado iba a peor, cada vez perdía más; investido de la suprema autoridad policial, todas las noches pronunciaba aquel "Olga, cierra el bar" creyendo que con cerrar el *Diamond's* bastaba para que el mundo fuese suyo sobre el tapete verde.

Y sin embargo fallaba; no lo ayudaban la suerte ni la inteligencia; lo suyo era la fuerza. Tenía algo de africano salvaje, restos de negro animista en la cara y en el pelo; en las manos, torpeza de antropófago; y en el alma, mucho vicio infantil e idiota.

Contra él, Machado perdía siempre. El policía asilvestrado no comprendía que estaba jugando con un militar de carrera, ex-oficial de cuerpo de élite, aviador, que, para más nota, había hecho una guerra en la que se moría a diario, en que la muerte acechaba, mecánica, a todas horas, y obligaba a engañar el tiempo practicando artes de naipes aprendidas en la academia militar.

Si lo del teniente era barajar y cortar, repartir y ver qué sucedía, lo suyo era jugar arriesgando, con el ojo en la mira y el dedo en el pulsador para apretarlo en el instante exacto y destruir al que pasaba por delante... Bebió el café, se colocó arma y dinero en el cinto, se palmeó la barriga, orgulloso de poseerla tal como era; y salió de casa... Juventud: el guardián de la ley en Villa Paraíso la tenía, como tenía músculos y deudas. Por eso su rabia de perder noche tras noche se descargaba sobre el buscador cogido en falta. El teniente Valdemar Machado —el "señor teniente"— era un famoso justiciero de la selva.

Comenzaban a despertar las casas de madera y chapa. Elevadas sobre troncos para evitar cualquier traición del río, se alineaban a lo largo de una "Calle del Puerto", que debería llamarse "del Barro", o "del Barro y el Polvo" —barro en tiempo

de lluvia y polvo en el de la seca, cuando el viento bufa río arriba intentando colarse hasta de través, enjugando la tierra y metiendo polvillo colorado por todas las rendijas...

De verdad, aquello no era vida. Era una indecencia llamarle así; pero la gente continuava excavando y lavando arena, o buceando: buscando el brillo hipnótico del diamante. Todos andaban detrás del "gran golpe", gastaban el cuerpo con trabajos y fiebres, y el alma con ilusiones. Había muchos que llegaban y en seguida sucumbían; pocos, como Mané, que seguían y seguían, para siempre, cansados de revolver la arena pero incapaces de regresar a su tierra, a la población de origen, a la casa donde ya nadie ni nada los esperaba; algunos que habían conseguido una gema destinada a enriquecer a tratantes y joyeros, mientras a ellos sólo les quedaba el mal pasar de una vejez prematura; y muy pocos, por fin, que hacían vida y dinero con la necesidad de los que arañaban la tierra.

Allí estaba Hafez el sirio, dueño del almacén y del restaurante; el doctor Freitas, curalotodo, borracho; Olga, vendedora de licor y sueños; Carla, la madama, y sus pupilas insensibilizadas por la lujuria de hombres sin escrúpulos... Y él mismo, el capitán Carlos Regueira, piloto conocido y respetado, el hombre de los suministros y los encargos, el contacto con un anuncio de civilización, capaz de entretener al *Diamond's* relatando escenas de la última película de Clark Gable o cantando guitarra en mano la canción de moda en la radio, una radio que en medio de la selva sonaba a milagro, a algo tan lejano que no se podía creer...

La calle se acababa, venían ya la barranca y el pantalán. En el extremo del pantalán, esperaba Mané sentado en un pilote. Detrás de él, sobre el río teñido de rosa por el sol del amanecer, flotaba en silencio el hidro blanco...

—¿Todo en orden, Mané?

—Todo, sí señor.

—¿Algo de última hora?

—El güisqui del señor teniente. Le ha encargado al cabo que me viniera a decir que se lo recuerde a usted.

—Pero no ha traído el dinero, ¿eh?

—No señor.

—Siempre lo mismo, Mané. ¿Y sabe qué le digo? Que el teniente le va a tener que pedir fiado a... —iba a decir a Olga, primero; y a Carla, después. Pero se calló, compadecido de la dueña del bar y de la jefa del prostíbulo, dos almas de Dios sometidas a la "protección" del teniente de policía...

Mané condujo la canoa por el río manso como sólo saben indios o gente echada a la breña: remando con tiento y sin ruido. Arrimó de costado al hidro, con un golpe suave de casco contra fuselaje, madera hueca contra hueco metal, y Carlos se irguió, trepó por los escalones, abrió la portezuela, recogió la maleta, se metió en la cabina,

se quitó el cinto con el revólver, acomodó cinto, arma y maleta, se sentó, verificó los contactos, observó los niveles y encendió motores.

Comprobados los mandos, ordenó a Mané soltar amarras. La Calle del Puerto ya tenía algún viandante levantando polvo. Por encima del ruido y de los temblores del avión, se podía oír la "radio" del Paraíso, el altavoz madrugador del sirio que empezaba a anunciar existencias, rebajas, gangas, maravillas a plazos. Por la tarde vendrían los discos dedicados, de los mineros a las mujeres públicas, de las rameras a los buscadores de diamantes... Una bandanda de periquitos tiñó de verde el cielo, pasó bajo el sol y retornó a la espesura; el agua del río se agitó con un banco de peces que se obstinaban contra corriente; el piloto dio gas y puso rumbo hacia el centro del canal, con el ojo alerta sobre la superficie líquida, manos y pies dispuestos para la maniobra con que evitar un tronco traidor arrastrado por la corriente.

La máquina tembló en un esfuerzo máximo, y con ella temblaron el agua y sus pobladores; saltaron los peces y, una vez más, Carlos saboreó el placer del despegue, la posesión de la facultad que tantos habían deseado desde que los hombres son hombres: la de volar. El temblor que le subía por las piernas y el bajo vientre era algo más que físico, no se debía sólo a la explosión de los pistones; era miedo y gozo que le recordaban los primeros intentos, los vuelos con el instructor a la espalda... Entonces siempre se santiguaba; pero luego dejó de hacerlo. Se había acostumbrado, se había endurecido y, por fin, con la guerra, acabó por no poder creer en nada, por no tener razón para santiguarse.

El río y la selva se iban quedando abajo, cada vez más lejos, convertidos en cinta de barro brillante y piel de oveja verde con vellones irregulares: copas más altas o más bajas, más claras o más oscuras que se confundían en la enormidad del bosque. Apenas el altímetro alcanzó los dos mil pies, todo el horizonte ante el morro del hidro se transformaba en una mancha verde-negra, redonda, encontrada con el gris-azul de los vapores que el sol levantaba donde ya llevaba tiempo calentando. El río serpenteaba, lo abordaban caudales de agua barrosa en una margen y azul en la de enfrente, peleaban unas aguas contra otras y terminaba venciendo el marrón en la vena principal. A veces, el agua se extendía en un capricho de túneles, canales, lagunas y pozas; pero no lejos de las riberas mayores todo desaparecía bajo la capa verde que ocultaba las sombras, las catacumbas, el susto, la impiedad: fiebres, fieras, flechas y machetes...

El río estaba bajando. La seca empezaba a manifestarse en playas y barrancas; ya habían llegado la estación del "frío" y el viento contra corriente que labraba olas y aliviaba la peste de los mosquitos.

Cada mudanza del tiempo tenía sus ventajas. Carlos se imaginó las noches frescas que se avecinaban y, con la mirada perdida en el paisaje monótono, se dijo que andaba demasiado filosófico, taciturno sin razón, porque traía de copiloto la billetera

repleta, colgada del cinturón; y su cuenta en dólares crecía. El director del banco le había ofrecido "una oportunidad espléndida, bonos convertibles"...

Pero había dicho que no. Comprar bonos, cobrar réditos, vivir de rentas sabía a retiro.

No; como tampoco había querido atender a las cartas de su hermana. Ella le recordaba que la guerra civil había terminado hacía muchos años. Le aseguraba que ya no había persecuciones; que el dictador dejaba vivir mientras no se le hiciera frente; y que muchos ex-oficiales del ejército vencido vivían sin la menor molestia. Debía volver para que repartieran la herencia. ¿Le interesaba más la casa de la Calle Real o el caserón de la aldea? Tenían que ponerse de acuerdo entre los hermanos: era la voluntad de su padre.

Pero no volvía. Él había venido para aquí a hacer fortuna y no volvería a las casas de la familia sin riqueza propia, sin capital suficiente para darles lustre a aquellas piedras viejas y queridas.

Miró el reloj cuando eran las siete. Llegaría a la ciudad con tiempo para bañarse y tomar una cerveza helada con el director del banco antes de comer. Ahora debía de estar volando sobre la aldea de Santa Apolonia... Efectivamente, allí abajo quedaban el islote, las playas, las barrancas, las cabañas, los caminos claros que partían de la explanada hacia el bosque... El avioncito se portaba bien, viejo compañero. Palmeó cariñosamente la barra y, para entretenerse, se puso a calcular las horas de vuelo del aparato.

Concluyó el cálculo reafirmando en que la compra del hidro había sido un buen negocio. Con él había hecho dinero, de verdad.

Dinero sí, no fortuna. "Fortuna" era una palabra que venía de lejos en el recuerdo: cuando Carlos era pequeño, todo el mundo sabía que don Pepín Campos había hecho fortuna en Cuba; tenía la casa de las vidrieras en la playa, tres troncos de caballos para el coche, hasta un Rolls-Royce... Al escoger carrera, Carlitos se decidió por el ejército, con la ilusión puesta en las alas de los biplanos que hacían acrobacias sobre la playa en los festivales de verano. Pero siempre deseó ser como el cubano.

En parte empujado por las memorias infantiles, ingresó en el mundo de los emigrantes sin importarle aceptar el riesgo en que vivía. Pero el recuerdo de don Pepín Campos lo amargaba desde hacía años, desde que un día, repasando su vida, se dio cuenta de que don Pepín en sus tiempos de esplendor no tendría más edad que la que él tenía entonces...

Después de Santa Apolonia vendría el rosario de aldeas de pescadores y, tras las aldeas, el Rápido de las Tortugas entre los Montes Gemelos, marcas de frontera entre los dos estados que cubría la jungla. Pero de esta vez no pasaría por encima del rápido: en un día despejado, podía ahorrarse viaje abandonando la curva inútil del río. Le bastaba virar quince grados a babor sobre la segunda aldea, seguir sin cuidado

hasta el claro —la mancha tiñosa en la piel de la selva que le servía de referencia— y... tres horitas más en el mismo rumbo.

Viró... También Olga tenía dinero; administraba el *Diamond's* y desde, el otro lado de la calle, le gobernaba al sirio avaro aquel esperpento de *Restaurante Maxim's* con menú diario de fríjoles y cerdo, arroz y harina, pescado del río, caza y, de cuando en cuando, churrasco, si Hafez conseguía un novillo víctima de heridas agusanadas o de ahogos ("Garne limbia, garne limbia, senior biloto", como repetía el moro ofreciendo su género ruin).

La moza amasaba billetes en el poblado y engrosaba su cuenta en dólares. Pero no le bastaba; se le humedecían los ojos de deseo cuando él le hablaba de la riqueza y el estilo, del *chic* y el *charme* de París.

A Olga nunca le contaba la otra cara que para él había tenido la Ciudad Luz: lugares, paisajes que lo vieron tomar la decisión más grave de su vida, cuando, resonando todavía la derrota de la República en España, la Francia protectora de los vencidos cayó ante el poderío alemán.

Entonces se le abrieron dos posibilidades: seguir la guerra contra el fascismo subiendo de nuevo al avión, para surcar los cielos a la caza de un desconocido con escrapela contraria... o huir.

En París optó por la huida. Antes que morir por un "democrático ideal" (¿ideal? Ahora le costaba creer que la gente muriese por esas cosas), prefirió arriesgar el pellejo probando suerte en América.

Y, después de tantos años allí, la esperanza del "gran golpe" que lo mantenía en pie —como a los demás— no se llegaba a realizar...

El claro de referencia quedaba ya a la vista. Pero millas detrás surgía algo inquietante: el dios más poderoso de los indios había decidido descargar su furia contra un pedazo de selva. La tormenta se desataba en aquel rumbo: sombra en el arbolado, gris translúcido de lluvia, gris opaco de una nube baja y, sobre ella, el claro denso y ascendente de un cúmulo.

Movió pedales y barra y volvió a buscar la línea del río consultando el reloj, seguro de que, de cualquier forma, llegaría a tiempo para la cerveza del aperitivo.

Al virar a estribor le llamó la tención algo.

En un momento le había parecido como si el sol se reflejara a través de la enramada sobre una línea de lagunas dirigidas desde el claro al río. Le llamó la atención y, con los cuidados de la maniobra, lo olvidó. Pero luego se repetía el fenómeno: otra línea de grandes charcos perdidos por el bosque avanzaba del claro a la ribera.

La selva estaba llena de curiosidades; era fuente de relatos sin fin. Ya el propio claro era bastante extraño, y ahora descubría las charcas.

Debían de ser restos de una prospección, huellas de una labor de locos,

enfebrecidos, en busca de oro o diamantes. También el claro podía ser la traza de una mina a cielo abierto, que se dejó de explotar cuando afloró la roca.

No, eso no. Se vería el agujero, la oscuridad... si es que el agua no había acabado por embalsarse allí también. No, había visto muchas veces el claro, quizá cubierto de vegetación baja, pero verde e iluminado; y si no había visto las charcas era porque pasaba lejos de ellas. O porque... Sí, porque pocas veces pasaba con el sol a aquella altura. Más aún: nunca había hecho aquel viraje. Y cuando venía río arriba...

Bah, qué importaba lo que fuesen esas charcas.

Ahora, vistas desde cinco mil pies... aquello era mucha obra para mineros. Ya tenía algo más que contar en el *Diamond's* a la vuelta.

Cierto...

El *Diamond's*: acababa de dejarlo y ya añoraba sus tablas bastas, el olor a alcohol y a tabaco, los perfumes de Olga.

¿Qué estaría haciendo Olga en aquel momento?

¿Qué iba a estar haciendo? Dormir...

Carlos Regueira acabó almorzando, tarde, con el señor Manteiga, director del banco. Manteiga, gordo, con la calva cubierta de una transpiración cristalina que chorreaba y lo obligaba a usar el pañuelo, la servilleta y hasta el mantel, habló de hacer negocios de transporte.

—Usted, capitán Regueira, lo tiene a su alcance —insistió—. Bastaría escoger hombres y aviones, estudiar qué poblaciones de la ribera tenían mayor demanda...

Pero el piloto avezado le respondió sin entusiasmo:

—Sí, tal vez, pudiera ser...

Porque para complicarse la vida le llegaba con el mantenimiento del hidro, las listas de encargos y los cobros a la gente. Él no buscaba hacer una empresa que lo atara; seguía buscando lo de siempre, y necesitaba libertad para cuando la ocasión surgiese.

Manteiga hablaba con los labios brillantes y rojos, engullía, volvía a hablar. Y Carlos le dejaba hacer mirando a su alrededor, acompañado por el tibio recuerdo que lo había distraído durante la mañana: Olga.

Deambulando por la penumbra del restaurante con las persianas bajadas, sus ojos dieron con una figura fuera de lo común en aquella ciudad fluvial de comerciantes. Era un sujeto de unos cincuenta años; llevaba el pelo, gris, cortado al cepillo y gafas redondas de carey; una cuidada barba entrecana seguía el límite de su barbilla, un bigote negro remataba el cerco a una boca fina y sin labios. Vestía traje gris claro con corbata de color parecido que la poca luz del ambiente no permitía distinguir.

Un tipo curioso, toda una aparición. Después de ficharlo e inventarle diferentes ocupaciones —siempre intelectuales a tenor de su apariencia—, Carlos retomó el hilo

de la charla con el director del banco. Ahora Manteiga pasaba revista a las delicias de la frivolidad en el burgo tórrido. De todas ellas, lo más novedoso y sensacional era Gabrielle D'Orly, la cantante del *Desafinado*, mulata de ojos verdes "para chuparse los dedos, ¡uf!".

Carlos sonreía, saboreaba las golosinas del postre y miraba al hombre de barba doctoral, que lo atraía porque tal vez le recordaba a alguien. Sonriendo y callando, consiguió que el banquero tomara café, le dejase pagar la cuenta y le permitiera retirarse mientras comentaba —con un bostezo que no intentó ocultar— que llevaba en pie, pilotando, desde el alba.

—No deje de pensar en lo que hemos hablado, Regueira —tuvo que repetir el director mientras se alejaba hacia su oficina; y Carlos cruzó el cemento resquebrajado de la calle en dirección al hotel.

Con un caminar rápido, alguien lo adelantó y se metió en la sombra de la recepción. Era el "profesor" del restaurante.

Entonces el piloto apretó el paso; pero, cuando llegó a la recepción, el desconocido ya subía las escaleras a zancadas. Estuvo por arriesgarse a preguntar al recepcionista, pero se encogió de hombros y no lo hizo (total, ¿qué importaba quién fuese el tipo?), y se metió por la oscuridad alfombrada del pasillo que llevaba a su cuarto de los últimos seis años...

Un par de horas después lo despertaban los pitidos de un vapor que entraba en el puerto. Con ganas continuaría durmiendo para reponerse de la timba de la noche anterior en el *Diamond's*. Evocó la imagen de Machado perdiendo dinero a espuestas y se volvió a reír. Hasta que un tenue escalofrío le cortó la risa: el teniente tenía mal perder, como todos los brutos. Era capaz de cualquier barbaridad.

Se levantó y se metió en la ducha vivificante, que le aseguraba un efímero placer de segura y limpieza. Cerrando los ojos bajo el agua, en la actitud del aviador que compara trazos de un mapa con lo contemplado a vista de pájaro, vió nuevamente las líneas de charcos que partían del claro: cosa llamativa, sí señor. A la vuelta tenía que comprobar las direcciones de aquellas hileras de manchas brillantes. Le había parecido, a primera vista, que una línea iba de este a oeste, y la otra de norte a sur, como si quisieran indicar los puntos cardinales desde la peladura del arbolado.

Intrigado, deseoso de volver al Paraíso e intentar la comprobación, salió de la bañera y se secó la piel delante del espejo preguntándose por qué no podía él hacer tablas de gimnasia; para responderse que era una estupidez apasionarse por una muchacha cuando ya se han recorrido dos tercios de la existencia...

Por la ventana entraban la luz de la tarde y el bullicio del puerto. El sol caía sobre el río adentro y la gente se afanaba en el hormigueo que proporciona el sustento. Mirando al sol cansado, recordó la ocurrencia del gordo: líneas regulares de aviones, una empresa... Bah, con eso nunca iba a pasar de ratón burgués, roedor de letras de

cambio.

No caería en la tentación. Examinando en el espejo su cara larga, observando las bolsas que se le formaban bajo los ojos y el blanco que le subía por las sienes, reconoció que empezaba a estar viejo... pero sólo por fuera. Por dentro, la fuerza que siempre lo había impulsado quería seguirlo impulsando. Para demostrarlo, bastaba la luz verde de sus pupilas volviendo del mercurio.

Se puso a ordenar encargos en la mesita del cuarto; y así dejó morir la tarde, despacio, en espera de cenar sin compromisos.

Un olor a pescado frito le dio el primer anuncio de la cena, que dejó pasar haciendo inventario de los encargos más locos que le habían dado (alguien hasta le pedía agua bendita "certificada"). Tuvo que ser el letrero luminoso del restaurante lo que lo volviese a invitar a la mesa.

Entonces se levantó, se arregló con esmero —justificando los detalles en que uno nunca sabe lo que puede encontrar en el calor de la noche— y cruzó la calle.

A la puerta del restaurante, el negro Amancio le mostró su calva pulida en una reverencia. Correspondió Carlos al saludo y, cuando pidió mesa, lo sorprendió la respuesta del camarero:

—La que quiera, capitán; o casi, porque sólo tenemos una ocupada.

Inusitadamente, en el *Vista al Río* había un único comensal. La lámpara de su mesa lo mostraba sentado frente a la vidriera, con la mirada perdida en las lucecitas de los barcos que traficaban río arriba y río abajo. Era el "profesor", impecable en su traje claro, esperando el primer plato.

Carlos Regueira se quedó parado, incapaz de cualquier movimiento, mientras el camarero insistía:

—La mesa que quiera, capitán.

Iba a responderle "aquella", una cualquiera. Pero la singularidad del desconocido lo atraía demasiado. Se dijo que si fuera una mujer bonita y sola no dudaría en acercársele con una sonrisa; que era un simple prejuicio lo que lo detenía...

—La mesa que más le guste, capitán Regueira, la que más le guste al señor.

—Amancio, dígame, ¿conoce al señor de la barba?

—No señor, sólo lo he visto esta mañana en el almuerzo. Por más señas, se hospeda en su hotel.

—Está bien.

Y avanzó hacia el sujeto:

—Perdone, buenas noches. Parece que somos los únicos... —a través de las gafas el profesor lo miraba con unos ojillos arrugados y simpáticos que le dieron ánimos a Carlos para proseguir—: ¿Le importa que lo acompañe?

—Siempre que me deje invitarlo.

—Nada de eso. Yo soy viejo aquí, y usted es forastero.

—Está bien, no empecemos riñiendo... —hizo un gesto con la mano para que Carlos se acomodase, y se presentó—: Me llamo Torcuato Chaves.

—Carlos Regueira, para servirlo.

—Un placer, señor Regueira —Carlos estrechó la mano que le tendía, una mano dura, con un ligero temblor—. Así que usted reside aquí...

—Efectivamente. Aquí tengo base para mi hidro y un hotel para reponerme de las incursiones río arriba. ¿Y usted?

—Yo no tengo residencia fija...

En ese momento, Carlos se dio cuenta de que el camarero le ofrecía la carta y pidió permiso para elegir su menú. Lo ordenó rápidamente, y le molestó que Amancio le insistiese sobre las bebidas: en aquel momento le daba lo mismo qué beber, porque lo mataba la curiosidad, eso de que el tipo no tuviera residencia fija... Pidió cerveza para salir del paso y reanudó la conversación:

—Entonces, no tiene residencia permanente...

—No tengo, no —Chaves enseñó las palmas de las manos para dar una explicación—. Como no tengo nada que guardar, ando de un sitio para otro sin preocuparme más que de los números de mis cuentas corrientes.

—También soltero como yo, ¿no?

—Soltero, sí señor. Nunca he tenido mucho tiempo para las mujeres.

Era una respuesta demasiado fácil, dada con la simpleza de quien tiene el hábito adquirido. Habría que conocer la historia completa; a lo cual se dispuso Carlos:

—Y si no es mucho indagar —arriesgó—, ¿cuál es su profesión?

—Geólogo, soy experto en prospección de yacimientos. Por eso me muevo tanto. Hay muchas cosas pequeñas por descubrir.

—¿Pequeñas? Dicen que se están descubriendo yacimientos enormes de hierro, y de aluminio, y de uranio.

—Pequeñeces, señor Regueira, créame. Hay que remover millones de toneladas para sacar el producto. Yo soy de la misma teoría que Edmund Garrett: hay que descubrir la "riqueza concentrada". Si no, no es fortuna. Los que nos aficionamos a la arqueología acabamos todos pensando igual: que lo que importa es encontrar un tesoro, porque el tesoro es riqueza densa, piedras y metales preciosos que anduvieron esparcidos y que otros juntaron para nosotros.

Se interrumpió para husmear en la ensalada. A Carlos apenas le dio tiempo a pensar que aquel hombre tenía en común con él algo más que la soltería (también andaba tras un buen golpe) cuando el geólogo ya volvía a teorizar:

—Sí señor, yo como Garrett. Hace tiempo que me di cuenta de que el quid está en encontrar un tesoro.

—O la muerte. ¿No era Garrett el inglés de la civilización perdida en la selva?

—Sí, lo era. Pero no me diga que no merece la pena arriesgar todo para conseguir

parte de lo que los españoles no les pudieron robar a los incas...

Llegaba el pescado a la sal para uno y una gallina con salsa casera para el otro. Se callaron. Los barcos seguían hendiendo el espejo negro del agua, nadie más entraba en el restaurante. Chaves vertió diferentes salsas en la carne blanca del pescado, la partió con primor, sin que se mezclaran las salsas, y sorprendió a su interlocutor con una pregunta:

—Señor Regueira, ¿usted no es bibliófilo?

—No, francamente. En otro tiempo compraba libros y leía bastante, pero ahora...

—Yo sí soy bibliófilo; tengo muchos libros viejos. A cada sitio que llego, me pongo a ver qué queda. Y queda mucho porque nadie le da importancia a la letra antigua... —empezó a comer y Carlos lo imitó, intrigado por el rumbo que podía tomar la conversación—. Le digo esto, señor Regueira, porque los libros antiguos son una fuente de información sobre tesoros. Edmund Garrett no andaba errado cuando se puso a buscar la "Ciudad de los Césares", se lo aseguro —y bajó la voz a un nivel propio de confidencias—: ¿Oyó hablar alguna vez del *Relato Trágico Fluvial*?

—Nunca.

—¿No ve? Yo encontré un ejemplar hace años, en una misión del territorio de los "frentes pintadas". Estuve trabajando allí y me ayudaba todo el mundo, los indios y hasta el misionero que los quería convertir. El misionero era un fraile canadiense, un tonto que no se daba cuenta de lo que el libro podía valer. Me dio mucha confianza y, claro, nunca le devolví el ejemplar... El *Relato Trágico Fluvial* es una reproducción del informe de Diogo Mendes al rey. Que yo sepa, es el primer documento en que se habla de los vientos de la seca en esta zona. La gente de Mendes se metió a navegar río arriba con viento a favor; subieron hasta donde nadie había llegado en busca de la ciudad inca. En aquel entonces, los portugueses ya tenían referencias de la ciudad que después andaría buscando Garrett. Era la misma, aunque las referencias no coincidan, porque el cronista de Diogo Mendes habla de exploradores que subían el río mientras que Garrett lo bajó siguiendo las pistas que alguien le había dado en el Perú.

Hizo un alto, volvió a cortar pescado y a comérselo con la delicadeza del cirujano que opera; y por fin se detuvo, con el tenedor y la pala en vertical, los puños que los asían cerrados encima de la mesa, la vista perdida en la lejanía:

—Amigo Regueira, le digo que hay evidencias de que esa ciudad existió. Los indios que mataron a Garrett sabían de ella, eso queda claro en el diario del inglés: le hablaron de un lugar sagrado, de unas piedras grandes con el símbolo del sol. Garrett debió de verlas y por eso no le dejaron volver al campamento.

—Por lo visto, devolvieron su cadáver.

—El suyo y el de su hijo, sin cabezas... Pero los de la expedición de Diogo Mendes también vieron la ciudad, no hay duda. El *Relato Trágico* habla de una "gran pagoda" de piedra en medio de la selva y de los "infieltes que adoraban al sol y le

hacían sacrificios de sangre". Es todo un relato sangriento, hasta hay vampiros por enmedio... —se rió entrecerrando los ojos detrás de las gafas—. Aquellos conquistadores portugueses exagerarían mucho pero, créame, Regueira, que también hay pruebas de peso: el oro trabajado que trajeron y el famoso diamante del virrey. Ese diamante nunca llegó a la metrópoli, la codicia del virrey fue mayor que su lealtad.

Se detuvo nuevamente; y ahora no comía, a penas escarbaba en el pescado con mirada ausente; y pidió güisqui. A Carlos, que estaba dando buena cuenta de su gallina olorosa, le pareció un despropósito beber güisqui con un guiso. Aquello era costumbre de yankis groseros, con poco mundo... Un tipo raro, Chaves: hablaba y hablaba, sin reservas, y... costaba creerle la historia. Porque si los de Diogo Mendes eran navegantes expertos, tomarían bien la posición del lugar donde encontraron la ciudad de leyenda.

Esta certidumbre forzó un paso más en la conversación:

—Pues yo digo, señor Chaves, que la gente de Mendes tomaría nota del sitio, ¿no?

—Ah, eso es lo más oscuro del asunto. El *Relato* da indicaciones, pero es un enigma lo que sucedió con ellas. Desde el punto de vista geológico... Bien, pero no me quiero adelantar. Déjeme que le explique —hizo señas para que le trajeran más güisqui y siguió ametrallando—: En el informe se dice que el viento de la seca los iba empujando río arriba. Echaban ancla y, de cuando en cuando, despachaban una lancha con gente armada a explorar las venas laterales. Debían saber, más o menos, dónde quedaba la entrada al "lugar sagrado de unos infieles con mucha industria de oro y piedras preciosas", como dice el cronista. El caso es que el *Relato* cuenta que un grupo armado entró navegando por la boca de un brazo cubierto de vegetación, muy ancho, y nunca más salió. Entonces mandaron una segunda lancha y tampoco conseguía salir, después de dos días de espera; así que... —paró para beber de nuevo y cambió el tono de la voz para hacer otra cita—: "Como ya muchos venían abrasados de las fiebres y los víveres escaseaban", el capitán decidió dar vuelta. Pero el viento no les dejó. Era tan fuerte que tuvieron que resignarse a subir un poco más en busca de un fondeadero donde pudiesen tener sosiego. Siguieron una curva del río hasta un punto donde el viento ya quebraba y entonces fue cuando descubrieron otra boca parecida a la anterior, por donde se les habían perdido los compañeros. Anclaron allí en espera de que el viento amainase, y cuenta el cronista que "hubo gran pavor al oír voces de cristianos que pronunciaban los nombres de los vivos y de otros que a esas alturas ya habían muerto". Los pronunciaba uno de los supervivientes de la primera lancha, un tal Pero da Guarda, que venía "comidísimo de las fiebres y de pústulas de los colmillos de los murciélagos". El otro que venía con él no podía ni hablar. Los dos tenían "los pies roídos hasta los huesos, de tanto caminar descalzos".

Murieron en seguida pero aquel Da Guarda todavía habló "cuando su alma lucía entre accesos de la fiebre inmundada" y contó lo de la pagoda llena de riquezas, con una "sacristía" donde brillaban "el oro y las gemas de todos los imperios"... El relato es largo y bastante confuso, pero de él se deduce que los de la expedición debieron de ser bien tratados por unos "príncipes", como dice el cronista. Debieron de tratarlos como a seres raros y curiosos, hasta que la codicia aconsejó mal a los portugueses, que se decidieron a asaltar la "sacristía". Entonces cambiaron las tornas y tuvieron que vender caro el pellejo. Se retiraron como pudieron, quizá siguiendo la orilla de un canal que divergía del otro por donde habían entrado; porque, para mí, aquel brazo "muy ancho" era un canal artificial.

El geólogo bebió güisqui con fruición, como si su vida dependiese de aquel trago. Mientras, el pobre Amancio esperaba con la carta de los postres en la mano, prendido como Carlos de la historia libresca que Chaves relataba con inflexiones de voz y gestos. Carlos no deseaba dulces ni frutas; pero, por seguir oyendo fantasías, dejó que el camarero le recomendara algo a lo que no prestó atención. Y su compañero de mesa se decidió por lo mismo.

—Entonces dígame una cosa, señor Chaves: ¿y aquellos sujetos consiguieron el botín?

—Seguramente, pero, claro, en el *Relato* todo es parcial, mitad mentira y mitad exageración, claro. En él solamente se habla de "buenas piezas de oro labrado", nada de diamantes... y sin embargo otros papelotes viejos mencionan "la injusta prisión de Diogo Mendes por el virrey" y las acusaciones de fray Domingos do Mato sobre "las rapiñas del virrey, que se apoderó de los productos del pillaje hecho a los infieles en la expedición del capitán Diogo Mendes río arriba". Y lo del diamante del virrey es histórico. Ahora está en la colección Bernstein en Nueva York.

Tomaron piña al *kirsch*, sumido cada uno en sus cavilaciones. Carlos pensaba que había merecido la pena el atrevimiento de sentarse con el desconocido y que ya tenía algo más para deslumbrar a los asiduos del *Diamond's*, una nueva versión de la vieja historia, oída aquí y allá, de la "Ciudad de los Césares". Si se la creían, los del Paraíso eran capaces de organizar una expedición —con Machado al frente— sólo por tener la mínima pista de donde buscar los restos incas. Y le costó lanzar la pregunta, con miedo de parecer exigente de más hasta para aquel geólogo charlatán:

—Chaves, ¿y dónde sitúa el *Relato* esa "pagoda"?

—Pues, por lo que dice, y por difícil que parezca, los tipos remontaron el Rápido de las Tortugas en tiempo de seca, cuando el río va más encajonado... Encontraron el primer túnel "tres días viento en popa río arriba" después del rápido. Eso es lo que dice; y da a entender que ese brazo cubierto les quedaba a estribor, y que la curva que siguieron antes de llegar al segundo túnel también era para ese costado... A decir verdad, he recorrido varias veces el río desde el rápido hacia arriba y he hablado con

mucha gente, hasta con cazadores de caimanes; y nadie conoce ningún túnel de vegetación sobre el río que no acabe como todos los demás, perdido en la selva o conectado con cualquier otro brazo... Es una frustración.

Concluyeron la cena con café y puros, y con algún comentario sobre lo que les bullía en el magín:

Si alguien supo dónde quedaba exactamente el lugar de los últimos incas escapados de la opresión española, no lo iba a dejar por escrito. Cabía la sospecha de que el autor del *Relato* guardase su secreto reduciéndose a cubrir el expediente con vaguedades.

Todo era posible. Lo que parecía poco probable era que la expedición de Mendes, diezmada por las fiebres, acabara con saqueo a los infieles. El oro que trajeron a su vuelta podía ser lo poco que los supervivientes del asalto a la "pagoda" consiguieron cargar con más voluntad que fuerza...

Para no discutir por hacerse el obsequio, acordaron que Regueira pagaría la cena y Chaves las bebidas en algún lugar agradable. Carlos recordó la mulata de ojos verdes y dirigió rumbo al *Desafinado*. Mientras caminaban por las calles despersonalizadas de aquel mezquino oasis de civilización, el piloto se sintió rejuvenecer imaginando un templo asediado por la selva, piedras reventadas por el abrazo asfixiante de las plantas que habían crecido sobre ellas; y luego, viendo a Gabrielle D'Orly, se aburrió: aquella belleza de castaño y esmeralda y su cantar con acentos criollos de la Guayana no le interesaban, aumentaban su irritación al darse cuenta de que el fin de los anhelos de su vida podía estar en algún lugar que quizá habría sobrevolado cientos de veces... Torcuato Chaves bebía, seguía con el güisqui, se emborrachaba sin perder su postura académica, y Carlos optó por imitarlo; para abotargarse y así poder dormir cuando llegase a la cama.

La bóveda limpia del cielo los acogió a la salida del bar. Refulgían las estrellas y la plancha del río se arrugaba de cuando en cuando con una ráfaga de brisa. Parecía que la seca quisiese ir viniendo de verdad.

Chaves se agarró al brazo de su compañero para sostenerse con dignidad. Iba callado. Sólo de vez en cuando musitaba:

—Un tesoro es riqueza concentrada —a lo que invariablemente el piloto respondía:

—Pues sí.

En la despedida, Carlos todavía preguntó:

—¿Y como describe esa pagoda el *Relato*?

—Una construcción de piedras ciclópeas. Aquellos escribanos leían demasiada literatura clásica... No sé. Lo que sí sé es que de allí salió el diamante que ahora acaricia un judío en Nueva York... Felices sueños, amigo Regueira...

Carlos se acostó y en seguida cogió el sueño.

A media noche se despertó con sed. El corazón le latía con fuerza y se levantó a beber recordando una curiosa ensoñación:

Penetraba con el hidro en el bosque, por un túnel que se iba abriendo hacia una pirámide enorme, que no era pirámide porque acababa en una cúpula de oro y esmeraldas con forma de cebolla. Por una vereda, a la orilla del canal cubierto de enramada, Chaves corría gritándole: "Es ahí, es ahí", y él avanzaba confiado, a todo gas; hasta que ya no podía maniobrar para volver al río.

La angustia de verse atrapado le hizo despertarse y, mientras bebía agua, recordó el escenario, con una imagen superpuesta a la del interior de la selva que lo había atrapado: la de la selva vista desde lo alto, con el claro y las líneas de pozas entre el arbolado.

Le costó volver a conciliar el sueño. Y a la mañana siguiente se despertó tarde, desazonado, con la sensación de que había seguido durmiendo por hacerse daño, por matar aquellas figuraciones en las que... en las que —ahora se daba cuenta— había una pista para...

Miró el reloj y soltó un juramento: ojalá hubiera entendido mal algo que el geólogo le explicó cuando el güisqui ya les pesaba de más... Se levantó, se puso la bata y salió disparado hacia la recepción.

—¡Ovidio, venga aquí, Ovidio! —le gritó al recepcionista, que apareció asustado, masticando aún—. Ovidio, ¿se ha marchado ya el señor Chaves?

—Sí señor. Se fue e el *Peruano*.

A los pocos minutos Carlos aparecía de nuevo ante el recepcionista, ahora con ropa de vuelo, revólver al cinto:

—Ovidio, no sé si vuelvo esta tarde o si estaré tiempo fuera. Que me laven la ropa.

Salió al sol como alma que lleva el diablo. Corrió tropezando con la gente hasta llegar a la base, donde gritó órdenes al mecánico y al barquero. Se hizo llevar hasta el hidroavión, trepó a la cabina, encendió los motores y, casi sin dejarles tiempo para que se calentasen, tomó rumbo hacia el centro del río.

Tenía que darse prisa, necesitaba adelantar al *Peruano* que llevaba bajando el río desde el amanecer; le urgía encontrar un punto de parada del barco donde también pudieran ocuparse de su hidro.

Mientras volaba, repasó de memoria el mapa del río; recordó puertos posibles y se dispuso a seguir la franja marrón entre el verde, aguzando el ojo hasta dar con cualquier forma blanca de barco que se pareciese al vapor en que viajaba Torcuato Chaves, la aparición que había venido a perturbar su feliz ignorancia.

Chaves podía ser providencial —si la providencia existiese— o al menos era una de esas coincidencias brutas (el azar sí existía) que trastocan todo sin miramientos. Si Chaves no se hubiese detenido una noche en el *Vista al Río*...

Pero se había detenido, había contado su historia de libros viejos, y ahora nadie podría frenar el ímpetu con que Carlos Regueira se lanzaba a aclarar la sospecha de una fortuna, ni el ímpetu que le hacía cogerse una mano con la otra sobre los mandos, apretándosela, disfrutando de sentirse vivo.

Media hora después, ya avistaba la silueta blanca y redondeada del *Peruano* sobre al agua marrón. Descendió, se cercioró y volvió a tomar altura para dirigirse al punto de encuentro, un puertecito de carga de látex...

Allí, dos horas de espera se le hicieron un siglo. El calor le resultaba más insoportable que nunca, el rodar de las pellas de látex cuajado hacia el muelle de embarque le parecía la labor más estúpida que se pudiera imaginar. Porque representaba el final de un proceso en el que la sangre y el sudor humanos se derrochaban por unos miserables centavos. El negocio de la goma era la antifortuna.

Almorzó sin saber qué comía, bebió cafés, fumó puros, miró el reloj.

Hasta que la bocina del *Peruano* anunció su presencia tras la larga curva del río.

Entonces todo el puertecito de tablas se puso en movimiento. Carlos corrió a la punta del muelle y, a penas tocó el costado del barco contra las gomas, ya saltaba dentro en busca de la cara chupada del geólogo.

Preocupado porque no lo veía, preguntó al primer camarero con que se encontró y, siguiendo su indicación imprecisa, llamó a las puertas de varios camarotes.

No tuvo suerte. Por fin, la voz de Chaves se delató:

—¿Qué quiere? —pronunció como a la fuerza.

—Soy Regueira, señor Chaves.

El silencio fue la respuesta.

—Que soy Regueira, el aviador.

Otra vez el silencio, y Carlos tuvo un instante de desánimo. Pero se repuso en el acto e iba a gritar cuando giró el picaporte y apareció ante sus ojos el hombre hecho una ruina: con la camisa abierta y la cabeza envuelta en una toalla que rezumaba agua, sin gafas.

—Ah, el amigo Regueira...

—Perdone, señor Chaves. Necesito que me acompañe... No se preocupe de cómo continuar viaje, que luego lo llevo en el hidro a donde le convenga.

—Pero...

—Por favor —insistió.

—Supongo que será algo importantísimo.

—Para nosotros dos, señor Chaves.

—Bien... —el geólogo se encogió de hombros, rendido—. Si hace el favor de ocuparse de mi equipaje... Yo es que no me tengo con la resaca, ¡oh!

Durante las operaciones de desembarque del *Peruano* y de embarque en el hidro, no hablaron. Carlos esperaba a cada momento las preguntas de su compañero de

aventura y, como no llegaban, no sabía qué pensar de él. Parecía estupidamente confiado; o tal vez callaba porque presentía las razones de aquel amable secuestro.

Cuando ya volaban, Carlos se dirigió a su pasajero, que apretaba la nuca contra el cabezal del asiento:

—Señor Chaves, se preguntará por qué me he atrevido a cometer este desafuero.

—Permítame que lo adivine: tiene indicios de un importantísimo yacimiento de uranio —había cierto tono de mofa en esta conjetura, pero Carlos intentó no darse por enterado.

—No es eso; es una corazonada... Quiero que me acompañe a inspeccionar la "pagoda" de Diogo Mendes —se calló y observó el efecto de sus palabras en el rostro de su compañero: los párpados y el entrecejo se le contrajeron por la sorpresa—. Escuche, Chaves, usted habló de que los túneles de los "infielos" no fueran brazos del río, sino canales cubiertos de vegetación... Si un canal artificial que da a un río no se drena, el río le ciega la entrada, ¿no? —Chaves asintió, levemente—. Ahora, mirando canal adentro, tan pronto como se abandone la obra, habrá zonas en las que se desmoronen las márgenes y otras en las que aguanten, dependiendo de la dureza de la tierra a lo largo de la excavación, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, sí.

—Entonces, Chaves, si se hiciera un canal en la selva y se abandonase, con el tiempo, visto desde lo alto, podría parecer como, diría yo..., una línea de charcas.

—Muy probablemente.

—Bien. Ahora, otra cosa: Diogo Mendes encontró las entradas a la pagoda a tres días viento en popa río arriba después del Rápido de las Tortugas. O sea, digamos que entre cien y ciento cincuenta millas corriente arriba.

El geólogo juntó los párpados en un gesto de procesar datos, y se mostró de acuerdo:

—Ése es mi cálculo.

—Y las entradas quedaban a mano derecha subiendo el río.

—Exacto.

—Está bien. Tenemos casi cuatro horas por delante, puede echar una siesta.

—Señor Chaves, despierte, que estamos llegando.

Chaves se restregó los ojos con los nudillos, despiadadamente. Se colocó las gafas que había guardado en el bolsillo de la camisa y siguió el índice del piloto.

—¿Ve allí, aquel claro? —le señalaba Carlos—. Lo descubrí hace años. Lo uso como punto de referencia. Siempre está igual, como si algo impidiese a los árboles crecer en él... Y ahora vamos a ver si el sol nos ayuda.

Enfiló hacia la curva de la ribera. Al sol, que ya se iba río arriba, le costaba filtrarse entre las ramas, y tuvieron que repetir las vueltas entre el claro y la costa

hasta que el reflejo de las pozas quedó bien grabado en la retina del geólogo.

Satisfecho con la observación, Chaves concluyó:

—Eso no es natural, ni trabajo de mineros.

Y Carlos puso rumbo a poniente. Chaves le preguntó:

—¿A dónde vamos?

—Vamos a organizar una expedición... Dígame una cosa, Chaves: ¿cree usted en la telepatía, en que se encuentren los rumbos de las vidas?

—Intento negarme cartesianamente a todo eso. Pero sé que existe, amigo mío. Como también sé que la vida sólo se vive una vez... Déle gas, déle...

La pagoda

Mané fue quien más se sorprendió con la llegada del hidro. Discurriendo que algo raro tenía que haber pasado cuando el patrón volvía tan pronto, abandonó la tranquilidad de la digestión —pajita rodando entre los huecos de la dentadura, magín cabalgando entre los cactus de su tierra lejana— y se dirigió al puerto. Por el camino se encontró con el cabo de la policía y sin recelos le comentó:

—El aviador ha debido de olvidar algo.

A lo que el cabo respondió con una sonrisa bellaca:

—Esto huele a mujer.

Pero Mané ya calculaba que el regreso del capitán Regueira se hubiese precipitado no por su afición a la rubia del *Diamond's* sino por algún lío relacionado con un sujeto delgaducho, rarísimo, con barbas y gafas, que mal acertaba a meter los pies en los escalones moldeados en el fuselaje del hidro y estuvo a punto de caer al agua.

Después, la gente curioseaba por la calle del puerto. Mané iba detrás de los recién llegados, llevaba los bultos de aquel tipo y oía los comentarios del personal, intrigado por la figura que el anochecer obligaba ya a adivinar. Sin duda, alguien se habría acercado a preguntar quién era el extraño si no hubiese sido por respeto al genio vivo de Regueira. Mané esperaba que algún vecino se atreviera, para poder responderle en tono de misterio: "Un tipo importante, después te cuento", pero no se dio el caso.

Una vez en casa, el patrón mandó preparar el baño. Mientras el invitado se aseaba, le vino a explicar a Mané, con parsimonia y oferta de cigarro americano, que el profesor Torcuato Chaves era un famoso arqueólogo, un sabio de esos que andan removiendo piedras y huesos para adivinar cómo eran las cosas de otros tiempos. El tipo había contratado sus servicios para una expedición por la selva hasta lo que se suponían ruinas de unas aldeas de indios que trabajaban la piedra y hacían grandes cosas en barro. Regueira había aceptado el encargo con urgencia por la buena paga y, como necesitaba gente de confianza y conocedora de la breña, pensó en llevar a Mané con ellos. Para más ayuda, que Mané eligiera un hombre de su gusto.

El mulato se encogió de hombros en un gesto mudo de dar a entender que estaba

para lo que se le mandase; y, a partir de ese momento, la paja entre los restos de los dientes podridos se le movió más rápida, nerviosa, en espera de que los señores terminaran de lavarse y acicalarse y él quedara libre para ir a contar lo que sabía a la taberna de enfrente de Carla...

Cuando el piloto y su compañero entraron en el *Maxim's*, todas las caras se dirigieron a ellos a un tiempo, como advertidas. Regueira pensó que alguien habría corrido al restaurante a avisar que un marciano, pálido y vestido con traje, había aterrizado en el Paraíso y se acercaba al *Maxim's*. Por eso, toda la crema del poblado —médico, teniente, inspector, cajero, dueño del almacén...— les mandaba sonrisas. Y Hafez insistió:

—*Bengan bara* mi mesa. *Yo gonbido*.

Tuvieron que aceptar el *gonbite*. Regueira de nuevo informó que el profesor Chaves era afamado arqueólogo en busca de ruinas, y el propio Chaves añadió, con toques doctorales al puente de las gafas, que llegaba dispuesto a demostrar que allí había habido, junto con la de los indios caribes, otras culturas de la Edad de Piedra. No habría más que proceder a una pequeña excavación.

El sirio quiso saber dónde se haría esa cata.

Y la respuesta evasiva del geólogo pareció disgustarle.

Se hizo un silencio en la mesa mientras el moro engullía arroz, carne y harina, descargando su enojo en la comida.

Pero con el café ya se animaba la conversación, mientras se listaban los suministros que los expedicionarios proponían llevarse del almacén *Damasco*.

Machado, desde otra mesa, no dejó de espiar lo que hablaban y Regueira tomó buena nota del detalle, satisfecho del aire teatral con que el geólogo se desenvolvía para ocultar la verdad. En el fondo, le divertía ver la ansiedad que causaba en los dos bárbaros —el asiático aquilino y el negroide romo— la repulida presencia de Torcuato Chaves.

Para seguir la diversión, pensó echar leña al fuego e invitó por señas a Machado a la segunda ronda de cafés.

Machado no se hizo esperar y, tras la presentación, sin disimular su curiosidad, entró al fondo del asunto:

—¿Y qué lo trae a este culo del mundo, doctor?

—La arqueología...

El policía debió de repasar su archivo mental sin conseguir relacionar aquella "gía" con la selva; así que salió por donde pudo:

—Algo relativo al Servicio de Protección al Indio, supongo.

—Supone bien, teniente. Creo que mi experiencia puede ser fundamental para las tribus de las reservas. Se trata de ver cómo organizaban su vida los antiguos pueblos sedentarios, para después llevar esa organización a los establecimientos del

Servicio...

Chaves era un artista, no había duda. Sólo quedaba por saber si también jugaba al póker. Por eso Carlos lanzó la idea:

—Bueno, señores, ¿y si nos fuésemos al *Diamond's*? La noche es joven, y no pensamos salir en busca de ruinas hasta mañana al medio día.

—¿En busca de ruinas? —en los ojos del teniente se descubrió un gesto de incredulidad; y Carlos esperó la nueva finta del geólogo, en tanto que, en sus adentros, algo le decía que Chaves podía arruinar todo si el más remoto indicio dejaba entrever la patraña.

—No se extrañe, señor teniente— lo tranquilizó el histrión, serio y frío—. Las tribus sedentarias de la época precolonial hacían construcciones sólidas siempre que encontraban materiales. Llegaron a dominar el arte de la piedra...

Fueron en silencio al bar, y en él entraron callados todavía. Carlos temía que una pregunta surgiera de los labios de Hafez o de Machado: ¿dónde estaban las condenadas ruinas? El silencio era peor que la pregunta; había sido una insensatez meter a aquellos bestias en el asunto, aunque fuese por caminos desviados. Pero no contarles nada era mucho peor.

Olga se mostró radiante, de un pálido lánguido que excitaba el deseo de sus formas suaves. Olga tenía que ser protagonista de las fantasías de los hombres que la venían a mirar como quien mira el diamante que se pone por ejemplo, el que todos quieren conseguir, por el que matan y se matan: algo que saben existente pero inasequible, imposible, sueño, ilusión... El piloto se enfadó consigo mismo al imaginarse visto por los demás mirando a la mujer con la falsa altivez de quien se cree con derechos a lo que ella no pensaba dar a nadie. Mirarla así era peligroso, significaba querer escapar a la solidaridad de los desesperados por el mismo deseo.

Olga en persona fue quien les trajo el güisqui a la mesa, una botella especial para un especial convidado:

—Nunca tanta ciencia honró nuestro bar, doctor Chaves —esbozó una sonrisa de labios rojos sobre la blancura de su tez y, al servirle, volcó el pecho escotado sobre el hombro de Torcuato.

El geólogo torció el rostro murmurando una cortesía e inició la charla con una colección de banalidades, incluida la política internacional, que los otros siguieron por el disparate de hablar cosas que allí, a cien metros del río y doscientos de la espesura, no significaban nada.

Así hasta el póker. Porque entonces cayó el silencio definitivo:

Tapete verde, luz baja, fuerte o floja a voluntad de un generador cuyo zumbido irregular se hacía tanto más patente cuanto más mandaba callar la noche. El sirio jugaba con miedo de avaro y Machado con la esperanza de poder abusar de un científico, de un imbécil que desperdiciaba su vida escarbando entre piedras (de esa

intención estaba seguro Carlos Regueira, que los observaba arrepentido, preocupado, cada vez más inquieto por el derrotero que podía tomar aquella aventura de piedras, bastas o preciosas).

Mirando la silueta de Olga en la penumbra, se dijo que mejor sería parar en ese momento. Le entró un escalofrío y, cuando Chaves se quitó las gafas diciendo que lo más importante de todo era la "concentración", casi se decidió a abandonar la búsqueda en el claro misterioso: de Garrett se sabía que lo habían matado, y otros debían de haber muerto antes que él, buscando la "Ciudad de los Césares" o lo que quedase de ella... Mejor sería hablar con Olga sinceramente, proponerle una vida ordenada, dinero bien invertido, buena casa en la capital, criados; y hasta familia, hijos...

Locuras. Le pasó la baraja al teniente:

—Su vez, Machado.

Machado barajó, el ojo enrojecido por culpa de la raza que no podía ocultar y por la rabia de imaginarse perdiendo. Mientras barajaba, el sabueso preguntó en voz baja:

—¿Usted va en la expedición, Regueira?

—Sí.

Y, a partir de ese instante, Carlos no pudo dominar la sensación de que estaba huyendo.

Ahora Mané se sentía alegre como un pajarillo. Una vez bien amarrado el hidroavión, todos los víveres, herramientas y armas estibados en las canoas, Dalmacio y él esperaban, cigarro tras cigarro, que llegasen los jefes.

Había escogido a Dalmacio —por apodo Hocico de Ratón— con la aprobación del señor Regueira. Lo había elegido porque Hocico era, como él, hijo de aquella tierra recia del Este que se mantenía viva entre sequías atroces por la simple esperanza de lluvia. Mané y Dalmacio hablaban igual, sabían las mismas historias y las mismas canciones, de niños habían huido con sus padres tierra quemada adelante, pisando el polvo amarillo de lo que fuera suelo vegetal, bebiendo agua fangosa, casi barro, para seguir y seguir.

Mané era mulato; Dalmacio, cuarterón. Huyendo del infierno de su propia tierra, habían llegado a una ciudad junto al mar, aquella enormidad de agua verde y traidora, salada; y allí habían crecido en chabolas de madera y lata de una "villa miseria". Vieron mucha maldad y un día, cada cual por su lado, se volvió a los campos de sus ancestros para hacer lo que ellos habían hecho: cuidar ganado, siempre galopando, vaqueros-centauros en tierra de fuego y sed.

Pero echando cuentas de la pobreza de las vacas y los caballos se decidieron, otra vez los dos por separado, a emprender la misma aventura con tres patacones en el bolsillo y las piedras preciosas como imán.

Y ahora ya estaban viejos a sus cuarenta años y sabían que un hombre llega a conformarse con cualquier cosa: hasta con vivir de criado en un lugarejo perdido en la selva, sin más esperanzas que las de un día empezar a deshacerse en la tierra caliente que los bichos perforan para devorar lo que se enterró.

Hocico de Ratón era un buen tipo, tenía a su cargo los servicios de fuerza del burdel de Carla y —con más suerte que su paisano— a veces sacaba de propina un rato de amor falso.

Los dos engañaban su nostalgia de la tierra a la que jamás iban a volver. Se habían dicho muchas veces que juntos podrían llegar al fin del mundo y, por tanto, en esta ocasión marchaban contentos a la tontería de las piedras. Iban a pasar unos días por la breña cuidando de que aquellos caprichosos no sufrieran daño: en fin, unas vacaciones después de tanto tiempo en el pueblo con los mineros y las mujeres de siempre...

Partieron a la orden del piloto. En una canoa iban Regueira y Chaves con Mané. Dalmacio les seguía la estela en la de socorro.

No hablaban; contemplaban la plancha abierta del río, la blancura de las playas donde escandalizaban las gaviotas que hasta allí venían a desovar, la muralla verde de árboles entrelazados con lianas, creciendo en un continuo esfuerzo por superar a sus vecinos en busca de más sol...

Selva a un lado y selva a otro, Mané remaba a popa, sorprendido del silencio de los jefes y de las miradas que Regueira echaba hacia atrás, por la costa, a ras del bosque. Mané sabía leer en la mirada de los hombres, y comprendió que el piloto vigilaba, miraba si alguien los seguía. El patrón andaba desasosegado y tal agitación lo llevaba a meterse en aventuras por la selva, a caminar hasta derrengarse sin más descanso que la hamaca, y a soportar que la peste de las moscas y los mosquitos irritaran su piel de blanco criado en la ciudad...

Después, los jefes se pusieron a hablar lengua de gringo y no dejaron la conversación hasta la hora de buscar puerto para esa noche. Entonces Regueira buscó con vista aguda una barra de arena de las que ya afloraban en medio del río y ordenó hacer rancho por la parte del arenal que daba a la costa. Una vez instalados, mandó traer de la barranca ramas para cubrir las conoas, y que se mantuviera baja la lumbre.

Tanto cuidado resultaba sospechoso. Pero aún quedaba mucho por ver: al acabar la cena el piloto distribuyó turnos de guardia como si algo pudiese acontecer allí, en una isla sin indios bravos ni fieras. Ante tanta rareza, Dalmacio y Mané cruzaban miradas y, en silencio pero entendiéndose, acordaron continuar sin hacerse preguntas.

A la mañana siguiente remaron y callaron. Hubo las palabras indispensables durante el almuerzo en cualquier rincón de la costa, las canoas escondidas, los hombres ocultos ("buscando sombra" en el decir de Regueira), con cuidado de más; y por la tarde el mismo son.

Los jefes nunca conversaron con Mané ni mencionaron a dónde iban. Cuando hablaban entre ellos, lo hacían en gringo la mayor parte de las veces, y cuando hablaban como la gente era sobre historias de guerra en los países de donde venían los emigrantes, guerras y desastres que a Mané le recordaban la ciudad, lo poco bueno que allí había, la ilusión de un cine en que antes de la película daban noticias de batallas bonitas Dios sabe dónde.

De esa manera siguieron dos días más y, cuando apareció a lo lejos la primera aldea, el piloto mandó poner rumbo a la orilla opuesta. Mané pensó que lo hacía para alejarse de la vista de los pescadores. Pero luego, a la hora de almorzar, Regueira y Chaves discutieron sobre un mapa sin escudarse en palabras extranjeras: "Aquí, aquí", "Segunda línea de charcas...", "Santa Apolonia...", indicaban poblaciones avistadas al otro lado del río y luego señalaban la orilla en que habían atracado.

En un aparte, Hocico de Ratón susurró:

—Aquí hay gato encerrado, hermano —y a Mané le molestó que alguien dudase de su patrón.

—El capitán no es capaz de angañar a nadie —respondió, seco, pero la duda fermentaba en su interior con tanta fuerza como la intriga.

Navegaron un poco más. El sabio y el piloto estiraban el cuello y hacían visera con la mano para ayudarse a descubrir un punto de la costa.

Parecieron descansar cuando surgió un islote, un pedazo de tierra que el río tanto podía hacer aumentar como tragarse, referencia válida en cuanto durara la seca y que, sin embargo, Regueira conocía bien:

—Mané, ¿ve aquel islote? Después hay un barranco y una playa. Allí varamos y metemos las canoas monte adentro, sin dejar rastros.

Eso fue lo que hicieron cuando el sol ya caía en el horizonte de agua coloreándola de dorado, de despedida, de adiós para quienes se iban a perder por las calles ciegas de la jungla. A Mané, que estaba sacando bolsas de herramientas le entró un temblor.

Con una sonrisa comentó a los demás que era el viento lo que le hacía temblar.

Pero era miedo —miedo sin explicación: de hundirse en la breña donde tantas veces se había metido...

Aquella noche Mané tuvo el sueño de la sequía y la retirada, que tantas veces había tenido desde pequeño. Y no consiguió dormirse hasta que la claridad comenzaba a tocar las hojas más altas. Cuando se despertó, se doraba la carne seca en el asador y hervía el café: comida y bebida luchaban con sus aromas contra el hálito húmedo del suelo cubierto de hojas.

Comiendo, los jefes volvieron a hablar en la lengua incomprensible, y en un discreto aparte Dalmacio hizo saber:

—Es francés, Mané. Así es como hablan unas mozas de Carla que dicen que son de Francia.

Al poco rato avanzaban por galerías umbrosas entre árboles, de cuatro en fondo con los trastos auestas, el rifle en la mano y el machete dispuesto. Mané y Dalmacio iban en los extremos de la línea, y caminaban gritando nombres de cuando en cuando como hacen los indios al cazar. Todos llevaban una consigna: avisar si veían luz de claro y, si en el claro había laguna, cantar también el descubrimiento.

Mané siguió su rumbo intercambiando señales con el patrón. Le pesaba en el hombro tanta herramienta, pero más le pesaba en el alma el anuncio del sueño que siempre le auguraba malos tiempos: la retirada, la sed y el polvo amarillo que escaldaba sus piececitos; a lo lejos, su madre cargando con el hermano en la cadera y un cajón en la cabeza y...

No. Era difícil que un hombre se distrajesen en la soledad oscura de la selva; pero tenía que hacerlo. Entre grito y grito intentaba relacionar la busca de las piedras viejas con aquellas pozas que podía haber monte adentro. Y observaba los troncos de los árboles, rodeados de trepaderas tratando de identificarlos. Seguía las bandadas de macacos que saltaban de rama en rama, prestaba atención a cuanto pudiese denunciar caza en tierra: puercos bravos o pacas, bichos de carne golosa en el asador...

Llamadas y respuestas, elucubraciones, intentos de distracción y cigarros iban tejiendo la mañana. Hasta que llegó el aviso desde lejos, de Dalmacio a Chaves, del doctor al piloto y del piloto a Mané:

—Venga, Mané, venga, que ya hemos encontrado la laguna.

Cuando Regueira y Mané llegaron al claro, el doctor Chaves se metía en el agua y buscaba fondo con una caña larga. Dalmacio lo contemplaba pasándose una mano por el hocico afilado, como solía hacer cuando no lograba entender algo.

Chaves se volvió hacia el aviador y dijo:

—Tiene que ser.

El aviador sacó la brújula y apuntó:

—El oeste está allí.

Ya no volvieron a separarse. Abría la marcha Hocico de Ratón, y Mané era quien la cerraba hablando sin parar, contando historias de risa, de mujeres, de líos y peleas de sus tiempos de buscador: agua, barro, cedazo e ilusión de diamante... Le había soltado la lengua la compañía de los hombres, que ahuyentaba el recuerdo de la pesadilla.

Entre carcajadas encontraron un segundo claro, otra charca, alargada. Chaves cortó una caña y midió. Y fue a estrechar la mano del piloto.

Prosiguieron. En seguida encontraron la tercera laguna y la cuarta, y la quinta. Mané iba distraído sin saber qué pensar de aquello; se había olvidado de la pesadilla torturante, e incluso se iba olvidando del hambre. Pasaba el día y el aviador tiraba de todos, sin más que de tarde en tarde pararse para echar un trago de güisqui de la cantimplora-petaca del doctor.

Cuando ya oscurecía, Hocico se atrevió a reclamar:

—Disculpe, capitán Regueira, pero no le hemos metido nada al estómago desde el amanecer.

Regueira, a quien apenas se le veía la cara en la penumbra, debió de consultar algo con el doctor y luego concedió:

—Está bien, busquen sitio donde colgar las hamacas. Total, estamos en el camino acertado...

Hicieron campamento y cenaron. Siguieron hablando, con la euforia que daban el tasajo y unos buenos tragos de aguardiente. Regueira fue el que más contó, causando asombro en las caras en que danzaba la luz de la fogata: la guerra, los aviones republicanos, los fascistas, los rusos amigos, los italianos y los alemanes enemigos, todos persiguiéndose a muerte en la libertad de los cielos...

Mientras el aviador hablaba, Chaves bebía sin parar; añadía güisqui de postre al aguardiente de la colación.

Mané había visto gente que bebía mucho, pero aquel doctor era espantoso...

A la mañana siguiente se levantaron con la rapidez de quien sabe que algo le espera y quizá no lejos. Tras un desayuno callado, recogieron los trastos y se pusieron a caminar, cada uno a su modo, seguros de un rumbo que trazaban las manchas de agua.

Mané se quedó atrás cerrando la fila. Siguiendo los pasos de sus compañeros, venteaba la caza, y así vio la cabeza del venado detrás de un tocón... Parecía imposible: un venado en aquellas tierras bajas. Pero no se detuvo en contemplaciones: se echó el rifle a la cara y disparó. ¡Dios, qué puntería! Corrió hacia donde había asomado la cabeza y allí estaba el animal, gordo de comer pasto fino, con el pelo brillante, debatiéndose en los estertores de la muerte que le había entrado certera por debajo de una oreja.

De una cuchillada le abrió la garganta y lo agarró por la pata que tenía más tiesa. Merecía la pena arrastrarlo, que prometía una comilona.

—¡Dalmacio, eh, Dalmacio! —gritó, pero nadie le respondía, y apretó el paso por el rastro que habían dejado. Avanzaba tan distraído, viendo ya cómo las costillas del ciervo goteaban grasa, que no advirtió que la luz le daba en la cara, que los árboles iban rareando y el suelo volvía a estar encharcado.

El chapoteo del agua le hizo pensar que llegaban a otra poza... cuando al asomar por detrás de una junquera se quedó helado de asombro, como los demás, en pleno mediodía:

Delante de ellos, una lámina de agua se extendía hasta una mole de piedra tan alta que obligaba a levantar los ojos al cielo para ver su cima. Era un peñasco inclinado, con un hueco en forma de concha, sombrío y oscuro, donde no crecía ninguna planta. La luz reflejada en el agua pasaba por aquella concavidad e iba a dar a un frontón liso

de piedra, donde el capricho de indios o diablos había trazado un redondel con rayos: el sol de los cielos, por más señas...

Regueira se desprendió de la mochila y la dejó en el suelo sin quitar los ojos de la roca. Chaves hizo lo mismo, y al poco rato los cuatro hombres contemplaban lo que en la selva nunca se habría imaginado: la enormidad de una piedra labrada con mil figurillas que acompañaban a la de un gran sol. Eran solecitos pequeños, una especie de bichos-hombres danzando, pies, muchos pies, por pares o desaparejados, serpientes y caimanes y formas exquisitas —tres líneas en ángulo y otra más en medio— repitiéndose entre las demás. Tras un buen rato de husmear y rascarse la barba, el doctor dijo:

—Ahí tienen la pagoda, señores.

Y el piloto añadió con sorna:

—Ahora falta la sacristía.

Mané y Dalmacio se miraron con una pregunta en los ojos, esperando lo que les fuesen a mandar.

Regueira les mandó organizar un campamento para bastante tiempo largo, y que prepararan "un banquete", que se lo merecían. El aviador se mostraba alegre mientras repartía órdenes con prisas de volver junto a Chaves, quien ya apuntaba algo en un cuaderno, moviendo los ojos del peñasco castaño-verde al papel y del papel a la piedra.

Mientras hacían los acomodos y despellejaban el ciervo, Mané y Dalmacio observaban a los jefes: cómo vadeaban la charca, cómo se movían por el hueco de la piedra apuntando a las figuras que tal vez la penumbra no les había dejado distinguir desde lejos... Poco a poco fue cayendo la tarde: el sol bajaba, penetraba de lleno en la concavidad y las sombras del doctor y del piloto se alargaban trepando por la pared de roca.

La lumbre tostaba la limpia canal del venado, la teñía de rojo y la hacía rezumar gotas chispeantes. El fuego era bueno, pero a veces Mané sentía escalofríos. Porque todo aquello era muy raro: una peña grandísima en medio de la selva, la reserva del patrón y su amigo... Y lo peor de todo: el cerrado callar de Hocico de Ratón. Si él no hablaba, su paisano no abría la boca.

Mané se dijo que debía estar de guardia, tal vez sin motivo. Ojalá que así fuera. Pero tenía que acautelarse.

Por eso, después de la cena y una charla sobre los dibujos de danzantes que habían descubierto en la "pagoda", como debía llamarse la peña, se las arregló para que Dalmacio se retirase con él, mientras que Regueira y Chaves seguían la conversación.

Desde la altura de su hamaca, Mané veía los tizones del fuego, las caras de los jefes sonrojadas por el rescoldo y, tras ellas, la laguna y la roca que se iban llenando

con la luz de la luna. Salvo el zumbido de los insectos y el croar de los habitantes de la charca, pocos ruidos nocturnos se mezclaban con las palabras junto a los restos de la hoguera. Mané afinó el oído:

—... visto así desde el avión, no —hablaba Regueira—. Desde esa altura parece un claro con hierba. La piedra tiene que estar cubierta de líquenes y plantas pequeñas. Por eso se ve verde. Y se dio la casualidad de que yo nunca pasé cuando la sombra de ella da sobre la charca.

—Yo tampoco pude distinguir la roca, la verdad sea dicha. Todo esto tiene una morfología despistante... En fin, mejor para nosotros, que por eso tampoco la llegaron a ver otros aviadores... Ahora, lo que resulta un verdadero hallazgo arqueológico es lo de los triángulos con la raya vertical. Eso es el símbolo femenino: el pubis y la vagina, dése cuenta; y se repite continuamente, es el motivo que más abunda.

—Pero de ahí a afirmar que mandaban las Amazonas...

—Mire, Regueira, ¿nunca ha escuchado la leyenda de las flautas? Son muchas las tribus en que los hombres tocan las flautas en secreto. No pueden verlos las mujeres. Si los miran, las castigan... Pues en todos esos pueblos hay la creencia de que las flautas eran de las mujeres, que no dejaban vivir más que a los varones que necesitaban para reproducirse. Hasta que los varones se rebelaron... Regueira, una cosa es clara aquí: estas gentes no eran incas; a lo mejor conocían sus técnicas... Mire, mire... —debía de estar enseñando algo porque hubo un silencio—. Es una pieza perfecta.

—Sí —confirmó Regueira—. El detalle del sol saliendo y poniéndose es una maravilla.

—Eran adoradores del sol y tenían una organización feminista, matriarcal tal vez. Pero no eran incas.

—Y, entonces, ¿por qué lo de Garrett?

—Se lo vuelvo a repetir: los incas quizá bajaron hasta aquí y transmitieron parte de su ciencia, el conocimiento del sol y los astros; hasta pudieron ser los "césares" de la ciudad, los que mandaban... ¿Quiere un trago?

Se callaron mientras bebían. Las ranas parecían unirse para un gran concierto en la charca. Mané se preguntó si Hocico no estaría escuchando como él.

—Oiga, Chaves. Lo que no entiendo es lo de los esqueletos, porque esta selva no deja ni huesos.

—Esos enterramientos son recientes, sin duda.

—Entonces quiere decir...

—Que sí —Chaves bajó la voz y su murmullo fue ahogado por el croar de las ranas. A Mané sólo le llegaron palabras como "profanar" o "vigilándonos".

Se sintió incómodo: la hamaca le resultaba un saco que lo envolvía asfixiándolo. A partir de ese momento supo que no se iba a poder dormir.

Y así fue: todavía oyó cómo su patrón hablaba de hacer una expedición por los alrededores "en busca de ruinas", cómo el doctor Chaves insistía, tal vez pesado de tanto güisqui, en que algo allí no encajaba, en que la roca tenía una "fractura". Lo repitió hasta que Mané se aprendió la palabra, y hasta que Regueira se cansó y habló de irse a acostar.

Se acostaron. Las ranas alborotaban y la luna amarilleaba; la hamaca le apretaba a Mané la espalda contra el pecho como si quisiera ahogarlo, y él empezó a preguntarse quién los estaría vigilando. Como no fuesen los indios... Quizá, habían hablado de esqueletos, de enterramientos. Aquél podía ser lugar sagrado de los salvajes... Hocico de Ratón roncaba como un becerro, los otros respiraban pausadamente.

Si se dormía... Bah, si los indios querían matarlos, de poco iba a servir que se quedase despierto. Pero no quería dormir porque temía al sueño de la sequía y los evacuados.

Con todo, el cansancio del día fue cayendo sobre sus párpados como mercurio suave y denso...

Fue el último en despertar, cuando el sol ya estaba alto. Al levantarse sintió como un escozor en el brazo. Se lo miró, examinó la piel oscura y, sobre una vena, descubrió dos agujeritos que la propia sangre había tapado...

Durante los tres días siguientes trabajarían duro, los cuatro al mismo tiempo, dirigidos por el doctor. Por la mañana excavaban al pie del hueco, vigilados por figuras con máscaras y flautas que formaban círculos alrededor del sol. De la tierra salían fragmentos de pucheros de barro, muchos con cabezas de venados al borde de la boca, otros con la figura del sol naciendo y muriendo sobre olitas. Por la tarde recorrían el bosque buscando piedras, que aparecían descolocadas, empujadas por el abrazo de las raíces hasta las posiciones más inútiles. Chaves hablaba tanto de la "sacristía" que Dalmacio empezó a llamarle "el cura" en los apartes con Mané. Una vez le dijo:

—Mané, mira lo que de veras anda buscando nuestro cura —abrió la mano y en ella había una pieza de oro, cuadrada y plana, con un dibujo de sol grabado.

Podía ser. Pero Mané se calló, no le preguntó a su paisano de donde había salido la joya (quizá de la pila de huesos que habían encontrado en un rincón de la piedra grande) porque no quería saber nada del metal que pone las peores ideas en la cabeza de la gente...

La tercera noche, como ya era costumbre, Mané espío la conversación de Regueira y Chaves. Bebían güisqui y hablaban enfadados. El piloto decía que se habían equivocado, que no encontraban nada de valor; que debían marcharse y "justificarse" con los restos encontrados. Pero el doctor insistía en que le diera tiempo, que estaban encima del "tesoro" —creyó entender Mané—. Antes de acostarse, la conversación se había agriado hasta el extremo de decir Regueira que el

otro "veía todo fácil a través del alcohol".

Mané durmió mal, roído de sospechas. Soñó entero el sueño de la retirada: el polvo amarillo quemándole los pies, después las rodillas, después el costado; su madre a lo lejos cargada con los bultos y el hermanito; y la mano de su padre, que se desprendía de la suya y se alejaba, alejaba, alejaba... Se despertó, con una sensación de falta de fuerzas, de abandono... Las ranas croaban, y una luna naranja teñía de color herrumbre el peñasco. Percibió como un peso leve se desprendía de su espinilla descubierta y, al resplandor de la luna, se dibujaron las orejas y las alas de un vampiro.

Entonces se incorporó, buscó con las manos y fue a sentir cómo le brotaba sangre de la vena grande que da vuelta al tobillo...

Ya no durmió más. Tratando de no pensar, deseando por encima de todo marcharse de allí, volver al Paraíso, a la taberna, a la gente, al hidro y a la radio de Hafez, esperó la luz y preparó el desayuno.

Desayunando, contó el caso del vampiro y todos se revisaron la piel; pero sólo encontraron marcas de moscas y mosquitos.

Regueira dijo que se quedaba en el campamento "clasificando las piezas" y que cada cual podía dedicarse a lo que le diera la gana. Mané y Dalmacio se miraron extrañados y sin comentarios se pusieron a hacer limpieza, para ver qué acontecía.

Chaves cogió la última botella de güisqui y cruzó la laguna. Mané lo vió durante un buen rato beber y mirar las figuras de la piedra, a veces señalando con el dedo alguna de ellas. Después dejó de verlo, mientras aliviaba el vientre, que lo andaba molestando como cuando avisa de fiebres. Y, de regreso al lugar de la hoguera y las hamacas, no volvió a verlo.

Entonces, la curiosidad y la codicia le hicieron cruzar la charca. Nunca había visto más que el frente de la roca, y estaba seguro de que aquella "pagoda" tenía otros huecos en alguna parte, con enterramientos de indios que siempre tendrían algo de valor. El doctor Chaves era capaz de estar buscándolos también: era el único que ya había andado alrededor de la peña mientras mandaba a los demás remover piedras por la selva.

Fue vadeando hasta la roca. Se puso a buscar hendiduras y agujeros y se distrajo con las mariposas que se posaban en la piedra a tomar el sol. Era un paseo bonito, en la breña pero con luz, por el que cualquiera se sentiría bien de no ser que algo lo amargara —como a él lo amargaban el sueño traicionero y hasta el asco del vampiro que le había venido a chupar la sangre por la noche.

La piedra se erguía lisa, buscando la vertical, en parte cubierta de musgos y hiedras. El terreno a su alrededor era cada vez más elevado, menos húmedo, y la luz que entraba permitía que crecieran malezas y plantas con flores. Mané buscaba algún agujero por el que huronear, e iba metiendo la punta del rifle, moviendo tallos y

hojas, y a veces se paraba a mirar lo que había andado y la forma de la peña, que hacía una curva.

Cuando ya había recorrido un buen trecho, se metió en la sombra del bosque a liar un cigarro y se recostó contra un tallo. Desde aquel punto abarcaba con la vista toda la "piedra pagoda" (así debían ser los términos sabios al completo), y pudo observar una raja que descendía por ella.

Fumando ya, se acercó. La raja se abría hacia el suelo, se convertía en un túnel cubierto en parte por las plantas bajas que crecían a su entrada...

Rifle en mano, con el recelo de quien conoce la jungla y la preferencia de serpientes y tapires por las cuevas, se asomó a la oscuridad. El corazón le latía con tanta fuerza que sentía las pulsaciones en los oídos. Avanzó en la penumbra, encendió una cerilla y de pronto, como si el fósforo hubiese prendido una ristra de bombas, estalló el revoloteo de una legión de seres enloquecidos; un golpe en la mano le apagó la cerilla, cuerpos menudos y alas le golpeaban el pecho, las piernas, el rifle, la cara... Intentó protegerse del azote negro con el rifle, levantándolo para alejarlos de su cuello, que le pareció lo más vulnerable, donde las venas más gordas se ofrecían a los colmillos de aquellos bichos espeluznantes de la sombra.

Pero en seguida acabó la barahúnda y se sintió solo. Temblaba, envuelto por la oscuridad a la que los ojos se le iban acostumbrando. Había algo de luz y, cuando se atrevió a pensar, comprendió que llegaba de la hendidura que había a su espalda; pero también de la parte opuesta: el túnel continuaba.

Pensó salir, ir a avisar a los otros.

No lo hizo porque quizá estuviera a punto de encontrar para él solo "algo de valor", o la muerte.

Acalló la voz de la conciencia, que le mandaba detenerse, y avanzó unos pasos. Al caminar levantaba polvo. Tenía que ser guano de murciélagos chupasangres. Se tranquilizó discurrendo que si había una capa gruesa de polvo ninguna serpiente podría respirar en ella. Y siguió andando. Entonces, lo atacaron los primeros estornudos. Estornudó y tosió, y oyó los ecos.

En ese momento fue cuando se le heló el alma.

—¿Quién anda ahí? —resonó una voz a lo lejos.

Mané quedó paralizado, agarrado al rifle, horrorizado.

La voz insistió:

—¿Quién va?

Era Chaves. No había duda. Mané volvió en sí, una sensación eléctrica le recorrió la piel y el cuero cabelludo. Poco a poco, difícilmente, consiguió preparar la boca para dar respuesta:

—Soy Mané, doctor Chaves.

—Ah, Mané, el valiente Mané. Ya somos dos los que han atravesado el cuerpo de

guardia... Haga el favor de ir a buscar al señor Regueira y a su paisano, que aquí hay para todos. Dése prisa. Tienen que estar de vuelta antes del mediodía.

Mané dudó y se quedó parado, con la intención de averiguar a qué se refería aquel tipo raro, bebedor empedernido, cuando decía que allí dentro "había para todos". Pero estaba acostumbrado a obedecer y volvió sobre sus pasos, abriéndose camino entre las plantas a golpes de rifle. Sorprendió a Regueira y a Dalmacio con sus gritos y los condujo a la cueva.

Con un gesto de quien revela el gran secreto y ya sin miedo a los vampiros, los esperó a la entrada. Observó sus caras de pasmo y se metió dentro.

Pasado el vestíbulo que cobijaba a los murciélagos, el túnel se elevaba hasta hacerse una cámara estrecha, terminada en una rendija por la que entraba la luz.

En medio de la cámara, el doctor Chaves apoyaba los codos en una especie de piedra y les sonreía con cara de idiota, de borracho. Encima de la mesa había una botella de güisqui.

—Carlos Regueira, hombre de poca fe —empezó a hablar, dificultado por el alcohol—. Quería que abandonásemos, ¿eh? En fin, señores, esta expedición famosa se va a salvar porque yo siempre he tenido la manía de interpretar los símbolos: pies por aquí, pies por allá, el astro rey, la raja por todas partes... Ya falta poco para el mediodía. Pueden liar un cigarro.

Nadie se atrevió a preguntar nada: todos estaban sobrecogidos por el silencio y la claridad difusa de la gruta. Liaron cigarros y se pusieron a fumar. Mané, con los ojos acostumbrados a la poca luz, pudo observar que pisaban roca limpia y que las paredes de la bóveda estaban manchadas de surcos que, sin duda, abría la lluvia al entrar por la hendidura. Para el lado opuesto al de la entrada, el túnel continuaba, y volvía a estrecharse.

Chaves levantaba de vez en cuando la vista hacia la abertura que iluminaba la cámara desde lo alto, y repetía con lengua de trapo:

—Esto es la sacristía, no la pagoda; o es la pagoda de los plebeyos, no de los césares...

Los cigarros se consumieron y, en un pronto, el geólogo tiró la botella al suelo, donde se hizo añicos.

Ante esta violencia, sus compañeros dieron un paso atrás, mientras él también se apartaba de la mesa.

A continuación, una lámina de luz comenzaba a buscar la vertical, descendía apoyándose en la pared de la cueva, marcaba en el suelo con un trazo que hería los ojos, daba en la mesa y llegaba a su centro, que se encendió con el fulgor que enloquece a los hombres:

¡¡Diamantes!!

Como bobos, se acercaron a la mesa. Chaves reventó en una risa floja, que luego

degeneraba en llanto, hipo, sollozo...

Sobre una plancha de oro que el geólogo debía haber limpiado de polvo a manotadas, diamantes en bruto dibujaban el núcleo y los rayos de un sol que ahora se proyectaba por toda la cámara llenándola con una explosión de reflejos incoloros, azules, amarillos...

Chaves se abrazó al aviador y repitió su teoría:

—Regueira, yo le decía que el bloque de piedra tenía una fractura, que debía de estar abierto por el centro...

Regueira, con la mirada fija en el tesoro, aguantó al borracho abrazado, mientras le ordenaba a Mané:

—Pruebe a arrancar esas piedras de la plancha.

Asombrados por el descubrimiento y absortos en la tarea de arrancar diamantes, Regueira y Mané no repararon en los movimientos de Dalmacio. Chaves dormía en el suelo; no los molestaba y ellos seguía a lo suyo, sin percibir nada más que cómo estaban haciendo real lo increíble.

Pero pasaba el tiempo y, cuando empezó a sentir el aguijón del hambre, el piloto preguntó:

—Mané, ¿ha ido Dalmacio a preparar algo?

—Habría ido, sí —pero, según lo decía, la desconfianza le dió un fuerte arañazo. Así que agarró el arma y enfiló el túnel. Corrió hasta el campamento, llamó a su paisano...

Faltaba su mochila y un pedazo de tasajo:

¡Hocico se había ido!

Volvió corriendo a la cueva y, medio ahogado por el guano de la entrada, comunicó la noticia al patrón.

Regueira, furioso, tiró al suelo el cuchillo con que estaba desengastando los diamantes y gritó:

—¡Hijo de perra! Y ahora ese idiota ahí, borracho... —se detuvo rascándose la barba que le crecía con abandono. Iba a tomar una decisión—. Mané, yo voy a cazar al canalla. Usted saque de aquí a ese fardo...

Y salió palpando las gemas brutas que llevaba en el bolsillo del pantalón.

Mané levantó al doctor Chaves, que no se enteraba de nada, se lo echó al hombro y lo llevó así hasta que el túnel se estrechaba tanto que tuvo que dejarlo en el suelo y arrastrarlo... ¡Maldito vicioso! Mientras él lo arrastraba, el patrón corría detrás de Dalmacio, porque si aquel perro sarnoso se había escapado era para dar aviso a alguien con quien ajustar el reparto del botín. Le bastaba decir que unos tipos habían robado un diamante en cualquier explotación, y en seguida empezaría el acoso con derecho a paliza, puñaladas, tiros y pirañas. Era la ley de los buscadores que los

policías respetaban, sobre todo si después iban a participar de los beneficios.

Con una vaga conciencia de que allí quedaba la chapa de oro de la mesa, que podría ser su botín particular, Mané obligó al doctor Chaves a ponerse en pie en la cámara de los murciélagos y, tropezando con él, salió a la luz, rodeó la piedra, que parecía no acabar nunca, y llegó al borde de la laguna.

Allí le quitó las gafas y le metió la cabeza en el agua. Lo refrescó y creyó que se espabilaba. Entonces le habló:

—Hay que correr, señor doctor. ¡Despierte!

Chaves se enderezó y echó a andar. Se tambaleaba pero caminaba. Iba cogido del brazo de Mané y repetía:

—Señores, hay que saber leer los símbolos de la piedra...

Al llegar al campamento, faltaba otra mochila, una hamaca y otro pedazo de carne seca. Mané maldijo al borracho.

Después echó cuentas y se serenó: lo primero era comer, porque sin fuerzas no se iba a ninguna parte. Mientras ponía carne a asar y recogía los trastos, discurrió que el paso siguiente debía ser alcanzar al patrón y unirse a él porque llevaba las piedras. Tenía que olvidarse del oro de la mesa, cuajado sobre ella, y, tal vez por eso, imposible de arrancar, como le había parecido mientras levantaba los primeros diamantes.

Hizo el café y obligó al borracho a que lo bebiera.

Comieron e iniciaron la marcha.

Marchar con aquel hombre que daba traspiés, teniendo que ayudarlo a que avanzara mientras cargaba con lo que necesitarían para sobrevivir hasta el río..., era mucho esfuerzo.

—Camine, doctor Chaves, ánimo.

—¿Quién lleva los diamantes, Mané?

—El señor Regueira.

—Oh, mi cabeza...

La luz se iba agotando entre el arbolado, y no adelantaban. Mané imaginó a Regueira y a Dalmacio caminando, corriendo... Tenía que tomar una resolución.

Y la tomó. Se detuvo y preparó las hamacas. Encendió fuego y ayudó a acostarse al inútil. Le dio más café y también él lo bebió, para pensar mejor.

En ese momento, los otros dos estarían luchando por llegar cada cual antes que el otro al río, uno con ayuda de la brújula, el otro guiándose por su olfato de buscador y por la luna cuando apareciese. Si Regueira llegaba antes, buscaría las canoas y esperaría escondido a Hocico. Si era Dalmacio el primero en dar con ellas, echaría una canoa al agua y remaría como un demonio hacia el pueblo, para dar parte del caso al mismísimo Machado.

Llegando segundo, el aviador tendría que esperarlos a Chaves y a él, para que le

ayudaran a ganar la carrera río arriba. Así llegarían al Paraíso antes que el traidor, y cogerían el hidro y adiós...

Pero de repente se le ocurrieron otras combinaciones: que Hocico de Ratón liquidase al capitán o que el capitán liquidara a Hocico; y que cualquiera de ellos, con el tesoro en el bolsillo, se atreviera a escapar río abajo remando de noche y descansando de día, comprando comida a los indios pescadores hasta pasar el Rápido de las Tortugas, límite del estado y de los poderes del teniente.

Mané cogió el rifle y la mochila, le dio un corte al tasajo y desmontó la hamaca.

Chaves despertó con el ruido de los cacharos y repitió su cantinela:

—Señores, háganme caso: hay que saber leer los símbolos de las piedras. Y hay que ser geólogo para detectar una fractura en la roca.

Mané le recomendó:

—Siga durmiendo, doctor.

Y salió en la dirección en que, por lo que recordaba, debía estar la línea de lagunas. Apretó el paso sin querer pensar en nada, absolutamente en nada. Cuando ya había avanzado un buen trecho entre los árboles, oyó los gritos:

—¡Mané, Mané! ¡Por Dios, Mané! ¡Por Dios!

Pero Mané no hizo lo que el corazón le mandaba sino que apretó aún más el paso y corrió en la oscuridad, a riesgo de tropezar en una raíz y romperse la cara. Cuando le llegó el resplandor de la luna en la siguiente charca, salió como alma que lleva el diablo.

Y pasó toda la noche corriendo, buscando la luz de la luna de charca en charca.

Cuando las estrellas ya palidecían, sintiéndose exhausto, sacó aliento de donde no tenía para amarrar la hamaca.

Y se durmió.

Lo despertaron los aullidos de los macacos, y el sol que se colaba por la enramada. Hizo café y comió carne seca, todo de prisa y recordando el sueño con que había dormido: su padre le tendía la mano desde una hamaca, pero él se alejaba del viejo, se iba, escapaba porque su padre pesaba mucho y no podía caminar, y él no podía llevarlo. Y tenía que escapar de la sequía para seguir viviendo...

Al advertir que ya se aproximaba al río, tomó precauciones. Detrás de cualquier árbol podían estar Hocico o el patrón con el rifle montado.

Avanzaba sigiloso como una onza, escondiéndose. Así buscó el lugar donde habían dejado las embarcaciones. De árbol en árbol, se acercó con el rifle listo.

Sólo había una canoa.

Dio un paso.

—Mané —oyó que lo llamaban, y se agachó detrás de un tronco. La voz insistió —: Mané, salga sin miedo —era Regueira desde su escondrijo.

Los dos salieron y se encontraron. Mané esperaba que su patrón le preguntase por

el doctor Chaves. Pero no lo hizo. Tenía una barba de susto, y los ojos enrojecidos de no dormir. Sólo dijo:

—Ese hijo de perra de su paisano nos quiere vender, Mané. Tenemos que llegar al pueblo antes que él.

Uruá

Uruá sintió la luz que se filtraba por el techo de palma de la casa de los hombres. Luego advirtió que era luz entre rendijas y que se despertaba sobre una estera de las que sólo las mujeres de su pueblo sabían tejer.

Estaba de vuelta en Arabá-Irrí, su aldea; y ya había dormido una noche en la cabaña mayor, donde se guardaban las flautas secretas y las máscaras para la fiesta grande del dios-río. Ahora se desperezaba para bajar a tomar el baño que lo unía con el pasado imposible de olvidar: bañarse en el agua marrón, sumergirse y nadar era como atravesar la barrera que separaba las dos partes de su existencia.

Dos partes, porque Uruá era indio y no lo era. Había nacido en aquella aldea, en una cabaña como todas, con el suelo de arena, esteras, una hoguera en el centro, redes, flechas y arcos apoyados en un rincón, cacharros de arcilla en otro: toda la pobreza de una familia de pescadores que no conoce, ni desea, otra cosa.

Pero llegaron los hombres del Servicio de Protección al Indio y los misioneros; trajeron bandera, escuela, iglesia; hablaban de civilización y religión... Llamaron a la aldea Santa Apolonia del Río y a él lo bautizaron con un nombre difícil: Francisco de Asís.

Uruá aprendió la lengua de ellos, las letras, los números, el himno nacional... Le llamaban Chico en confianza. Lo escogieron entre los demás muchachos, que no adelantaban. La madre de Uruá lloraba. Uruá siempre recordaría el pecho de su madre temblando por el llanto en los días anteriores a su partida; y el misionero con un ropón blanco asegurándole a su padre que aquel mocito volvería para ser un jefe que salvase a la tribu de ignorancias, enfermedades, abusos y engaños de cazadores y buscadores de diamantes. No debía preocuparse.

El padre pidió que le dejaran al chico para tatuarlo antes de que se fuera.

Pero no se lo dejaron.

Insistió.

No se lo dejaron.

Uruá se marchó a un pueblo con calles y coches, música y escándalo. Y cuando volvió, ya la primera vez, se dio cuenta de que no podía quedarse: la aldea no era para

él porque allí no pasaba nada. Al poco tiempo ya se moría de ganas de regresar al internado.

Y a él regresó; para descubrir que tampoco pertenecía a la vida de los civilizados: los compañeros, los frailes, la gente de la calle, no dejaban de recordarle su condición de "indígena".

Cuando ya llevaba varios años viviendo de paso, demasiado tiempo llegando y esperando marchar, de un lugar a otro, incómodo donde quiera que estuviese, decidió intentar la aventura del mundo fabuloso que le describían en el colegio.

Desde la aldea se escapó a la capital, como marinero de un vapor. Y en la gran urbe le fue bien mientras le duró la fiebre de los descubrimientos, el frenesí de probar cada día algo nuevo. Hasta comprender que todo le resultaba fácil porque lo querían como a un indio bonito, una figura de bicho bravo que hablaba y comía como las personas.

Como en el pueblo del internado, tampoco en la ciudad lograba pasar desapercibido. Y decidió volver a la aldea, donde los suyos, al menos, lo tratarían con la deferencia que los indios conceden a los que sufren de hechizo.

Pero aquella vez ya volvía con una idea fija: hacer "fortuna" como todos los hombres que pasaban río arriba; fortuna a cualquier precio, incluso matando, porque él era indio y las normas del Servicio de Protección mandaban perdonar y olvidar fechorías de indígena, "menor" para siempre, criatura que no sabe lo que hace, que se vuelve brava en contacto con la selva que lo crió...

Se levantó. Desde la casa de los hombres se divisaba la aldea tendida a lo largo de la costa. El sol de la mañana iluminaba un mundito familiar de cabañas, senderos colorados entre la maleza, palmeras, estacas y canoas sobre el arenal.

Bajó hacia el río. Los chiquillos se le pegaban a las piernas esperando que los cogiese en brazos. Para todos Uruá era un ídolo curioso, el indio que hablaba con los blancos sin bajar la vista... Caminando, pasó por la que había sido cabaña de sus padres, abandonada desde que la vieja se fue al lecho del río-padre (le costaba menos creer eso que imaginarla en el cielo de los curas). La choza estaba deshecha: un par de estaciones de lluvia más y no quedarían en pie ni los palos del armazón de su hogar diminuto.

Si Uruá pensase en vivir con sosiego, elegiría una virgen como Kaunú, la hija de Herreatí, que ya llevaba tiempo languideciendo a la espera de que el amor se cumpliera. Así tendría para él una buena tejedora, de carácter dulce, que no le fuese a tirar de los pelos a su marido cuando no le gustara alguna orden suya. Con ella reharía la cabaña de sus mayores, criaría una familia e iría agrandando la casa como Herratí, para que toda la parentela le cupiese dentro.

Pero no venía para quedarse, eso no: había llegado a la aldea en busca de una riqueza con que ser libre en la ciudad, aunque... Sí, aunque allí fuera a sufrir un

descalabro, un escarmiento como en la vez anterior.

Sumergiéndose, deslizándose por el limbo castaño del agua, razonó que, sin embargo, ningún escarmiento sería capaz de amarrarlo a la simplicidad de su pueblo. Ni siquiera la burla y el abuso de aquel judío maldito ("Lárgate, indio. Desaparece antes de que avise a la policía de que un indio me ha traído un diamante robado") impedirían que dentro de poco lo venciese una nostalgia de calles, letreros luminosos, cines, cabarés, puerto, barcos...

Salió del baño retorciéndose las mechas de pelo, sin darse cuenta de lo que hacía, haciéndolo simplemente porque allí era costumbre hacerlo (en la playa de la ciudad nunca lo habría hecho)... El río estaba bajando, la playa blanca se había ensanchado y en ella jugueteaban niños persiguiendo mariposas azules. Algunas mujeres se bañaban también mostrando su desnudez sin pudores. Las había jóvenes y viejas, con tan poca diferencia de años que asustaba: las mujeres indias se deformaban con los hijos y los trabajos, echaban barriga para siempre y los pechos se les iban cayendo de tanto dar de mamar y tanto rallar mandioca, bamboleándolos inclinadas sobre el rallador.

En la ciudad era diferente. Una mujer podía ser abuela y conservar aún las gracias del cuerpo.

En la ciudad todo era diferente...

Uruá fue a casa de su hermano a conversar con la cuñada, que fabricaba muñequitas para el Servicio. Era una mujer siempre alegre que sabía algo de los civilizados porque había ido a la escuela (hasta guardaba un traje para ponérselo el día de la fiesta nacional), y tenía curiosidad por el mundo que no había visto.

Con ella comió batata asada y bebió maíz fermentado, sin que llegase a atacarlo el asco de saber que antes hubiera sido mascado por la cuñada y sus hijas: lo que importaba era el olor y el sabor de las cosas, el gusto que daban, el bienestar que producían... Le hizo compañía describiéndole puentes y túneles, autobuses y tranvías, taxis, el furor de la marejada urbana detallado de manera que la mujer se paraba a veces con cara de boba y se le caía de las manos la muñequita renegrida a medio fabricar.

Uruá se sentía bien, con la tranquila indolencia del indio durante la estación de las lluvias, cuando sabe que no puede hacer otra cosa que contemplar la cortina de agua a la puerta de la cabaña. Mientras tanto —pensó complacido— los varones de la tribu estarían en las rozas de la selva recolectando mandioca. A la puesta del sol volverían reventados de tanto trabajo; para luego comer y animarse con la bebida de maíz, e ir a preparar la danza del día grande (el recuerdo de la danza le trajo una onda de gusto que le recorrió todo el cuerpo como la expectativa del amor).

Cuando más calentaba el sol, se adormeció. Algo oía rebullir a sus sobrinos alrededor. Pero lo venció la fatiga de haber remado río arriba desde el Rápido de las

Tortugas. Había dejado el barco en el puerto anterior al rápido, porque los vapores tenían por frontera los montes Gemelos, como el estado. Desde allí sólo se podía subir en lancha, de remo o —si no había nada que ocultar— de motor.

Cuando se despertó, ya quedaba poco sol y su hermano estaba de vuelta en casa. A la luz de la hoguera vio la sonrisa bonachona de aquel indio-indio, de tribu pescadora, con los tatuajes rectos de su clan atravesándole la cara.

—Bienvenido, Uruá.

—Bienhallado, Lorí.

—¿Te vamos a tener mucho tiempo con nosotros?

—Quién sabe.

Lorí abrió más la sonrisa:

—Uruá necesita una moza con el seno madurito. Así, nunca más nos dejaría.

Se oyeron risitas en la oscuridad de la cabaña, y el muchacho se incorporó. Olía al pescado de la cena, que se asaba a la lumbre sin cuidados... Uruá quería contestarle a su hermano debidamente con el respeto que le debía por ser ahora el padre de todos, el más viejo. Y, por no poder hacerlo, decidió callarse y devolverle la sonrisa.

Cenaron. A cada bocado, Uruá comparaba el sabor que le llenaba la boca con los sabores de los pescados que preparaban los civilizados, cargados de sal, madre de la sed. Nunca olvidaría el tormento de la primera vez que tuvo que comer bacalao.

Por mantener la charla, contó sus planes:

Había venido a cazar. De la ciudad traía un rifle de repetición que sería orgullo de indios y blancos. Él conocía cuanta guarida de bicho quedase, y no tenía miedo de tribus cazadoras. Además, se llevaría a Tondirú con él.

Lorí sabía que la caza y las pieles significaban dinero, como las muñecas de su mujer; dinero para comprar herramientas y cacharros: hachas, cuchillos, ollas de metal, palanganas, vasos, jarros... No sabía que también permitiera ir al cine o tomar sorbetes en una heladería italiana. Por eso no pareció demasiado interesado. Y volvió a su empeño:

—Sería mejor que te casases. El maestro de la aldea grande es hijo de la tribu y tiene aparato de radio. Tú podrías casarte y enseñar en la escuela. Hasta podrías ser médico, que sabes inyectar remedios...

Uruá concedió:

—Podría ser... —y se echó a la boca el resto de harina de su escudilla.

Masticó, bebió un trago de agua, deseó la buenas noches y se fue yendo hacia la casa de los hombres, respirando alegremente el vientecillo que le arrugaba la cara al río y no dejaba que las estrellas se mirasen en aquel espejo grande.

Tondirú ya estaría esperándolo. Tondirú había sido siempre su compañero, lo había seguido con el cariño de un perro, capaz de entregar su vida en las garras de una onza por defender al dueño que le da patadas y, de cuando en cuando, una sobra

de su comida. El amigo había compartido con él momentos de alegría y peligros grandes. Cuando fue la aventura del buzo, Uruá oyó cómo a Tondirú le rechinaban los dientes por miedo a una partida de indios cazadores que andaba por allí y que, igual que había matado al blanco que movía la bomba de aire en la batea, podía matarlos a ellos. Y, sin embargo, Tondirú aguantó a su lado en el escondrijo porque él le explicó que los blancos buscaban diamantes en el lecho del río y que, por eso, en la lancha podía haber algo de valor. Tondirú no sabía lo que era "valor" pero no hizo nada por huir del peligro. Esperó tragándose el miedo; se arriesgó a cruzar el río y registrar la embarcación, a izar el buzo ahogado...

Al oír las flautas, Uruá aceleró el paso. Entró en la casa sagrada y allí encontró a los hombres en silencio, serios a la luz de la hoguerita, en cuclillas a su alrededor, unos oyendo y otros ejecutando la melancolía repetida de las notas que surgían de instrumentos larguísimos, hechos de cañas gruesas, con la punta apoyada en el suelo. Por las paredes aparecían sayotes de paja y entre los hombres, como militares degradados, marcaban el paso papagayos sin sus mejores plumas, que habían terminado formando coronas de guerrero o, recortadas, timones de flechas.

Tondirú le mandó una sonrisa y Uruá le hizo señas de que saliese. Quería hablar con él, o, tal vez, ni eso: sólo tenerlo a su lado, saber que estaba allí con su cara buena.

Tondirú trajo un par de mantas enaceitadas y Uruá venció el último escrúpulo de civilizado que le podía quedar: se echó el cobertor por los hombros y salió al fresco lindo de la seca, que ahuyentaba la peste de los mosquitos de la orilla del río.

Se sentaron junto a la barranca, con la espalda apoyada en una palmera gruesa. Los rumores del agua y el viento, el gemido de las flautas y algún ladrido lejano era cuanto conseguía imponerse al bullicio ciego de la selva. La luna ascendía casi llena, señal de que sólo faltaban un par de días para la gran danza ritual.

Como Tondirú callaba de más, Uruá fue el primero en hablar:

—Tondi, tenemos que intentar algo nuevo. Yo necesito dinero.

El amigo seguía callado. Tal vez estuviese recordando, como él, el guante del buzo doblado, y los dedos dentro, apretando con el espasmo de la muerte...

—Tondi, ¿te acuerdas de cómo apretaba el diamante en el puño aquel fulano? Porque sabía lo que valía... Estoy seguro de que valía diez veces más de lo que me dio el mal bicho del judío.

—¿Que bicho?

—Un hombre. Un judío. Los judíos son unos hombres que tienen un habla rara. Son de la tribu de los que mataron a Jesucristo. ¿Te acuerdas de lo que nos contaba el misionero de Jesucristo?

—No.

Tondirú no recordaba las historias de los misioneros; ni las de los frailes del

internado que se libró de aguantar. Al amigo no le interesaban los diamantes. Pero Uruá, quizá por explicarse su propia torpeza, continuó relatando la estafa:

—Ese judío compraba piedras. Le llevé el diamante y me dijo que esperase en el mostador, que tenía que mirarlo con la lente de aumento, y se metió en un cuartucho. Yo lo vi mirar con una luz, vi que hablaba por teléfono... Cuando salió, contó el dinero y me lo dio. Yo volví a contar los billetes y, como comprobé que eran menos que los que habíamos ajustado, le protesté y entonces me dijo que los cogiese, que para mí eran muchos, y que me largara antes de que él avisase de que un indio le había llevado una piedra robada... Te juro que me volví loco como un hechizado. Le iba a echar las manos al pescuezo, pero se abrió la puerta y aparecieron dos policías y me pidieron la documentación. Seguro que el tipo los había llamado por teléfono.

Se calló, comprendiendo que su compañero entendía poco de aquel lío. No sabía contar; para él "muchos" podía significar lo mismo diez que un ciento; y no sabía lo que eran el teléfono y la documentación.

—Uruá, Herreatí me ha dicho que te diga que su hija está enferma de tanto necesitar varón.

—Cásate tú con ella —respondió, enfadado por la simpleza; y volvió a lo suyo, ahora convencido de que hablaba para sí—: Con ese dinero me compré ropa, el rifle y munición suficiente, y el pasaje del barco. Sólo me queda que un poco... Tondi, tenemos que hacer algo porque yo quiero vivir a mi modo, con un pie aquí y otro en la ciudad, viajando. Y querría, ¿sabes qué?, tener un hidro y volar, venir a la aldea a danzar el rito de la luna y después ir a bailar a un cabaré...

—¿A un qué?

—Nada, Tondi, nada...

Seguían las flautas, y Uruá cerró los ojos, apoyando la cabeza en el tronco de la palmera. La música se repetiría hasta que los hombres estuvieran borrachos de ella. Y después vendría la danza, el run-run de maracas y cencerros ensayando para el festival de la luna llena.

Lejos, muy lejos, pianos, trompetas, saxos, guitarras y baterías estarían dando ritmo en los cabarés...

Estaba sacudiéndose la pereza primera del despertar cuando oyó voces de chiquillos que pronunciaban su nombre, y se levantó, curioso.

A la puerta de la cabaña había un civilizado con unos niños, que echaron a correr como si hubieran hecho algo malo.

—Hola, Chico —el fulano lo saludó con su nombre de la otra vida. Uruá-Francisco-Chico se restregó los ojos y, después, los fijó en aquella figura, que no le resultaba extraña: delgada y de tez oscura, marcas de viruelas, el morro afilado y un bigotillo ralo... Tenía algo que ver con diamantes... Se dio cuenta de que no le había

devuelto el saludo y lo hizo:

—Buen día. ¿Qué se le ofrece?

—No hay duda de que eres un tipo bien conocido entre los tuyos. Nada más tocar la aldea, me han dicho que Chico había vuelto de la capital.

Ahora, por el habla del hombre, Uruá fue capaz de asociar recuerdos: le llamaban Hocico de Ratón. Pero su verdadero nombre... Se calló, para obligar al otro a seguir hablando.

El sujeto se fue a recostar contra una palmera y sacó tabaco y papel con gestos de hacer tiempo y cigarro. Mientras lo liaba, continuó:

—Andaba en busca de un indio espabilado, y mira por donde me dicen que Chico está en Arabá... Aún te recuerda bien la gente de allá arriba... El teniente Machado preguntó por ti y por tu amigo unas cuantas veces. Como desaparecísteis tan deprisa...

Uruá se puso en guardia. Se fue a apoyar en la palmera de enfrente, con una mirada al río, llevado por un deseo de sumergirse y salir al sol de la seca. Pero sólo fue de reajo, y en seguida examinó al hombre, en busca de algún arma. Porque aquel Hocico de Ratón era un buscador del pueblo de "allá arriba", seguro, ahora caía en la cuenta.

Siguió callado y recordó rápidamente su expedición con Tondirú a Villa Paraíso, su hormigear por allí, rebuscando; el hallazgo de la batea, el buzo muerto, el diamante... Hocico de Ratón fumó, lanzó bocanadas fuertes y retomó la charla:

—¿Cómo anda la caza por aquí?

—Depende de lo que se quiera cazar...

—Me han dicho que has venido a hacer un dinero antes de volver a la ciudad, que traes un 22 de repetición.

—La gente habla mucho.

—Es normal que quieras hacer dinero, muchacho. Un buen mozo como tú tiene que andar bien vestido, ha de tener dinero para invitar a sus amiguitas.

Uruá empezó a impacientarse:

—Si no le importa, querría bañarme.

—No me importa, no. Pero espera ahí; es sólo un momento, espera... —adelantó unos pasos, miró a su alrededor y bajó la voz—: Tú conoces la ley de los buscadores, ¿no? A quien roba un diamante, se le puede perseguir por todos los medios, hay licencia para matarlo. Es más: muchos entregan lo que han robado y entonces es cuando los tiran a las pirañas... —arrugó el hociquillo, guiñó un ojo. Uruá se acordó del nombre: Dalmacio. Seguro que aquel hijo de mala madre venía a reclamarle una parte del dinero del diamante que le había malpagado aquel judío. ¿Cómo demonios se habría enterado de lo del buzo? Dalmacio siguió—: En el pueblo acaba de haber un robo de diamantes, y el teniente ha dado orden de caza. Por eso estoy aquí, y otros vienen detrás.

Uruá comprendió que debía sosegarse porque la historia que empezaba a contar el fulano parecía reciente. Trató de asegurarse:

—¿Cuánto hace que fue ese robo?

—Días, algunos días ya. Pero los ladrones deben de venir río abajo remando por la noche, para zafarse mejor... Hay que cazarlos antes del Rápido. Si no, adiós: pasan al otro estado y se acabó.

Uruá comenzaba a sentir hambre y el río lo atraía con la necesidad de un indio desnudo e higiénico. De todos modos, aquel condenado le venía a proponer algo interesante, un golpe bueno, sin duda. Y esta vez ya no caería en manos de un judío. Se puso en cuclillas para dar a entender que no tenía prisa. Con un palo, por maldad, ahuyentó a los papagayos desplumados que se metieron entre los dos. Y lanzó la pregunta principal:

—¿Son muchos?

—Que se sepa, no. Deben de ser dos hombres y una moza. A uno de ellos tienes que conocerlo, y a la moza también. El tipo es el aviador, el del hidro de los suministros. Y ella es Olga, la del bar.

Uruá los recordaba: el piloto altivo, de tez clara y ojos verdes, un blanco siempre elegantón, incluso con ropa de trabajo; y la moza... Una preciosidad. A lo mejor era la querida del aviador.

—¿Cuántos días hace que huyeron?

—Cinco.

—Si sólo andan de noche cerrada...

—Todavía no han pasado por aquí —aseguró Dalmacio.

—Eso es lo que yo pienso... Ya llevo dos días aquí y nadie me ha dicho nada. Y siempre hay un par de ojos puestos en el río, día y noche: mujeres en la playa y hombres pescando... ¿Y es mucho lo que han robado?

—Mucho —los ojos pequeños y redondos del Hocico de Ratón se perdieron por un momento en una visión maravillosa. Uruá así lo entendió; e insistió:

—¿Diamantes grandes?

—Un puñado. Los vi con mis propios ojos, una docena de buenos garbanzos y alguna piedra que quita el hipo.

—Habrás que dar aviso, entonces.

—Tranquilo, Chico. Esto es... para nosotros, nada más. Mira que, cuanta más gente, peor.

—Pierda cuidado, Dalmacio. Pero tenemos que poner vigilancia en el islote, que esta noche y mañana por la noche todo va a ser danza. Es la fiesta de la luna llena y el pueblo va a andar deslumbrado con las hogueras.

Decidieron que Dalmacio llevase sus trastos a un lugar cercano a la casa de los hombres y montara la hamaca a distancia suficiente como para no distraer el hechizo

de los danzantes. Como estaba avanzado el tiempo de la seca, los mosquitos no lo molestarían aunque durmiese al relente. Hasta necesitaría una manta, y una fogata próxima...

Uruá fue a bañarse y a hacer su vida. Al atardecer volvió con unas tiras de pescado para asar y con nuevas de que ya tenía montada la guardia.

Cenaron juntos. Dalmacio contó cosas del poblado del Paraíso: los buscadores seguían fanfarroneando de sus hallazgos, el sirio Hafez hacía bolas con billetes de banco, Carla cada vez estaba más fofa; Olga era preciosa, un sueño... Y Chico-Uruá describió la ciudad con imágenes cargadas de luz y bullicio.

Después empezó la noche y, con ella, llegaron las flautas. Uruá se fue, y Dalmacio bebió aguardiente mientras soñaba despierto con unas gemas a las que tenía derecho como el que más: los diamantes de la "expedición científica".

Expedición científica, ¡qué mentirosos! Recordó una vez más lo que había hecho después de descubrir el engaño, y se repitió que había actuado como debía porque los diamantes no eran cosas para compartir. Si se hubiera quedado con los de la "expedición", ya llevaría tiempo muerto. No, se había comportado lealmente con Machado, y eso había sido lo mejor: había escapado. Y les había dejado la otra canoa para que no quedasen a merced de fieras e indios. Así llegarían vivos a algún sitio y podrían atraparlos, río arriba o río abajo, incluso más allá de los Gemelos, y hasta en la capital... Había remado sin descanso y, aunque lo adelantaron subiendo el río — que eran cuatro brazos contra los dos suyos—, llegó pisándoles los talones y puso a Machado en alerta.

Lo sentía un poco por su paisano Mané; pero Mané tenía que comprender. Puesto en su pellejo, habría hecho lo mismo: era la vida. El negocio de los diamantes era así y no había que darle vueltas... Ahora todo era cuestión de confiar en el olfato de aquel indio, que se creía civilizado, y en su propia astucia. Una vez que diesen el golpe, Chico recibiría su merecido...

Se puso en pie, orinó y se acostó en la hamaca. Mirando el cielo nítido, se acordó de un hombre muy viejo de su tierra que hablaba de las estellas y de los tiempos de los esclavos... Debería seguir habiendo esclavos, empleados todos en remover arenas y fango, en buscar oro y piedras preciosas, para quien supiese aprovecharlos.

Una lechuza pió a lo lejos.

Otra le respondió de cerca.

Se levantaba viento, y con un escalofrío recordó la casa de Carla, y se vio a él mismo allí, de esclavo casi, soportando los antojos y malhumores de la gorda.

No podía volver. Desde que vio aquellos diamantes en la "pagoda", no podía volver al Paraíso ni parar en ningún sitio. Dentro de su magín no había otra cosa que destellos de un sol roto en mil pedazos clavándose en las paredes de la roca.

Las flautas seguían zumbando, monótonas, y los bichos de la noche

entrechocaban las alas, monótonos también.

Pió la lechuza lejana.

Y la de cerca contestó.

Debían de estar por allí mismo. Dalmacio se volvió hacia todas las partes por donde había oído al ave, en espera de un nuevo pío; y así fue como vio, iluminada por el rescoldo de la fogata, la máscara con el penacho de plumas azules, verdes y marillas.

La máscara avanzaba hacia él, movida por un cuerpo fuerte, brillante de sudor y aceite.

Dalmacio advirtió en que el enmascarado ocultaba un brazo, doblado a la espalada.

Entonces quiso pensar:

¡Qué imbécil había sido! ¿Cómo no se habría dado cuenta de que...?

No tuvo tiempo de concluir el pensamiento...

El enmascarado limpió de pelos y sangre la porra y la dejó arrimada al pie de una palmera. Después, en dos viajes eliminó los vestigios de la presencia de Dalmacio Hocico de Ratón en la aldea de Arabá-Irrí (Santa Apolonia del Río para los civilizados). En el primero, llevó el cuerpo hasta una barranca oscura, lejos de la playa. Allí le dio una puñalada en el vientre y, cuando brotó la sangre, lo dejó caer en agua. Se oyó un aleteo de pirañas y... adiós. En el segundo, cargó todas las pertenencias envueltas en una hamaca. Las llevó también a la barranca, metió dentro unas piedras, ató todo bien y...

Al pasar hacia la casa de los hombres, cubrió de arena los restos de la fogata de Dalmacio.

Dentro de la casa ritual se enfrentó a su pareja. Máscara contra máscara, se pusieron a bailar acompañando el canto improvisado, varonil, enervante, capaz de hacer olvidar a un hombre todo lo que le hubiera ocurrido en la vida.

Al día siguiente se celebraba en Arabá la fiesta del padre-río. Las mujeres pasaron toda la mañana preparando comida y bebida para la noche sin fin, reuniendo paja y leña para las hogueras.

Por la tarde fue la comilona. Comieron hasta reventar y se fueron a sentar en los rincones de las cabañas y contra los troncos de los árboles, en espera de que llegara la noche.

Se ahogaba en el agua un sol rojo y cansado y surgía el lucero. El lucero fue llamando a las estrellas, y con ellas llegó la luna. Con la luna en esplendor, el jefe de la tribu dio la orden, y las antorchas tocaron los montes de paja y leña, la gente se sacudió la modorra de la buena pitanza y se acercó a las hogueras. La lumbre crecía iluminando árboles y cabañas, haciendo retroceder a los pequeños. Entonces

aparecieron los primeros hombres. Iban desnudos y sus cuerpos de puro músculo estaban cubiertos de un aceite en que se reflejaba el fuego. Llevaban fajas rojas pintadas en vertical por la cara, por el tronco, los brazos y las piernas. Para contrastar, las cabezas iban todas adornadas de coronas de plumas blancas de garza.

Danzaron entre el fuego y la gente, remedando morosa y repetidamente los menesteres de la vida en la aldea como preludeo de la gran danza que estaba por llegar.

Quizá harto de tan larga bufonada, el jefe cortó la parodia con un grito y batir de palmas. Y surgió de la noche la primera pareja de danzantes en honor al padre-agua, donde todo comienza y acaba. Cubiertos de máscaras de paja y plumas, con sayotes de paja, cencerros en los tobillos y maracas en las manos, se enfrentaron dispuestos al desafío cantado, a la danza, a cantar y danzar, a ver quién era más resistente... Uno se rendiría y dejaría que otro lo sustituyese; luego se rendiría el que llevaba desde el principio y ocuparía su lugar el relevo...

Los pescadores cantaban en medio del río; nunca ensayaban cerca de la aldea, salvo en el escondrijo de la casa sagrada, para que solamente los otros contendientes conocieran su canto.

Por eso aquella noche la gente de Arabá-Irrí quedó tan intrigada: porque nadie, aparte de algún hombre que nunca revelaría su secreto, sabía de quien era la voz de la máscara que abandonó antes del momento en que a un danzante le pueden empezar a flaquear las piernas.

Se fue cuando mejor cantaba, cuando estaba venciendo a su contrincante en el concurso de recitado... Al pasar por delante de los espectadores, mientras todos se preguntaban quién se ocultaría bajo la máscara, se hizo un silencio que permitió oír el canto lúgubre de una lechuza posada en los árboles del islote; y el viento se levantó de repente y arrancó chispas al fuego que hicieron volver la mirada de todos a los techos de las cabañas más próximas.

Una mujer vieja le dijo a otra que allí había hechizo. Pero la otra se rió y respondió que sólo había amor: la pobre lechucita buscaba pareja.

Y, de hecho, otra lechuza pió; ésta no lejos de ellas, por la casa de los hombres.

El encuentro

Llevaban navegando desde que la oscuridad había envuelto el río. Habían salido de su escondrijo con el plan, invariable, de todas las jornadas: aprovechar la noche a favor de una corriente que la seca iba debilitando.

En la noche los enemigos eran dos: troncos a la deriva y el viento.

El viento, viento de cara... Olga recolocó los trastos que ella misma había estibado, sacó un cigarro del paquete, lo encendió con el mechero, dio una chupada fuerte, profunda, que le llenó el pecho de calor... y contempló el firmamento, la bóveda sin fondo, negra, llena de centelleos indiferentes a cuanto acontece sobre la faz de la Tierra.

Mirando al cielo recordó a Carla: la jefa del burdel estaba convencida de que los astros regían todo, y gastaba la vida en horóscopos, esperando que la suerte le cayese de las alturas.

Para Carla, la suerte era un tipo entrado en años que acabase de dar un buen golpe y le ofreciese salir del agujero de la selva donde a ella se le acababan la lozanía y la carrera.

La suerte de la madama podría haber sido Carlos.

Pero Carlos Regueira, después de su golpe increíble, había hecho otra elección: ahora iba de proel en la canoa, metiendo el remo en el agua con cuidado de hombre experto tras días de entrenamiento forzoso. Había adelgazado, se le había reducido la barriga, y las arrugas de su cara quedaban ocultas bajo una barba espesa, rojiza, con alguna mecha blanca. Le estaba sentando bien la aventura; sólo los ojos, enrojecidos por la vigilia, deslucían el porte del aviador.

Olga acabó el cigarro aspirando el humo con la misma fruición con que había dado la primera chupada y tiró la colilla al río. Zap-zap-zap..., los remos de Carlos a proa y de Mané a popa se clavaban al unísino en el azabache líquido. A veces, un pez rompía con rápido aleteo la tersura del agua y de lejos, apagado, llegaba el rumor de los bichos de la breña. La negrura del cielo estrellado cubría todo...

Olga no creía en la religión que le habían enseñado ni en los poderes astrales. Sólo podía creer en la realidad y sus mecanismos. Para ella, la vida era como una

fábrica: por un lado entraba el material y por otro salía el producto; y de un lado al otro todo eran engranajes y personas dispuestas a fabricar... Si supiera escribir con arte, o si al menos se atreviese a contarle su vida a un periodista, relataría lo vivido de esa manera.

Lo vivido... Se alisó el pelo, que el viento le descomponía, y volvió a caer en las escenas de los últimos días.

En cuanto la avisaron de que el piloto llegaba con un tipo que parecía un profesor, quedó convencida de que iba a pasar algo; y cuando vio en persona al sujeto, ya no tuvo ninguna duda. Porque Olga conocía a los hombres; la mayor flaqueza de los hombres había sido en su vida fuente de lo principal, del dinero, que da poder para hacer lo que uno quiere, del peculio con que se compra lo que más vale: ser libre... Por eso, tan pronto encaró al "doctor" Chaves, creyó estar de vuelta en casa de Madame Cristina, donde mocitas "limpias" recibían a aquellos señores cautos, grises, tímidos entre ellas, personajes con rostros y apellidos que aparecían en los periódicos.

Chaves, caído de repente en el pueblo minero, le dio la impresión de pertenecer al lote de material mal clasificado que entra en la fábrica; que siempre causa líos aunque sea para mejorar el producto. No era de allí ni para allí. Bien que entre los buscavidas no valgan la nación y la crianza, y que el recuerdo de ellas se desvanezca ante el brillo de un diamante. Pero todos tienen una traza, algo en común: son parte del mecanismo que ellos mismos se montan; ruedan, avanzan y retroceden como manda su negocio.

Y Chaves no. El doctor era un cliente de Madame Cristina metido donde nadie le había mandado meterse, llevado allí por incitación, arrastrado por la codicia que mueve a todos los humanos...

—Más hacia el centro, señor Regueira —la voz de Mané la distrajo, interrumpió sus cavilaciones. La luna surgía del arbolado, grande y blanca, tiñendo todo de luz pálida. Y Olga comprendió los temores del mulato: porque las aldeas de pescadores iban a aparecer por el lado derecho.

Una ráfaga de viento trajo de lejos olor a humo y ladridos insistentes, como si el perro intentara ahuyentar una fiera merodeadora. A Olga le dio un escalofrío; y no fue sólo por el viento.

Con el olfato y el oído en algo que no quería recordar, volvió al último capítulo de su vida, cuando la fortuna aún no había ido a llamar a la ventana de su cuarto:

Estaban en el *Diamond's*. A medida que el juego avanzaba, los silencios se hacían más largos y más tensos. Regueira y Chaves dasplumaban a Hafez y a Machado. Los que se consideraban profesionales contemplaban con asombro e irritación cómo dominaba el póker aquel señor de barba y gafas que no blasfemaba y cuyos ojos menudos no dejaban traslucir calor ni frío.

Cuando terminó la partida, Olga estaba segura de que, de alguna forma, habría

venganza.

Pero no la que hubo...

Se acomodó de nuevo sobre las culatas de los rifles estibados en el fondo de la canoa, que le hacían daño en las posaderas, y se imaginó narrando para un periodista:

Nunca habría pensado tal venganza. Una tarde Carla le mandó recado de que fuera a verla, y lo hizo. La gorda fumaba, con una boquilla larga, reclinada en un diván mirando la foto recompuesta de aquel amante que la había abandonado por vieja y, cruel, hasta había rasgado y roto cuanto pudiese dar testimonio de su presencia junto a ella.

Olga le dio las buenas tardes y, por toda respuesta, Carla, con los ojos perdidos en el recuerdo, se limitó a musitar:

—¿Ves? Mi Osvaldo era Tauro.

Olga se sentó en el borde de una butaca, con prisa, enfadada por la manía de los horóscopos, los signos y los hados. Aún tenía que pasar por el restaurante para revisar el menú "Especial Maxim's" de la tarde y no estaba de humor para escuchar confesiones de la madama.

Carla, con la bata entreabierta y una cascada de cabello rizado y oxigenado ocultándole media cara, fumaba en silencio. Hasta que anunció con una voz distante, apagada:

—A tu piloto le quieren poner una zancadilla.

—No es "mi" piloto, Carla.

—Pues yo pienso que se la quieren poner precisamente porque es tuyo, hija... Le han averiado el avión.

—¿Cómo?

—Martine se ocupó anoche del cabo... —explicó Carla, en un tono cada vez más animado—. Por lo visto, el tipo llevaba encima más aguardiente de la que le cabía y alardeó de que habían estropeado el hidro, para que no pueda levantar vuelo.

—Pero eso es una barbaridad, es un mal para todos, Carla. Así nos quedamos sin comunicación.

—Eso mismo le dijo Martine al cabo. Pero el tipo se rió... Se le cayó esto de la ropa —dijo, y mostró una pieza de bronce, pequeña—. Antonio, el de la electricidad, me explicó que es una válvula de la gasolina del avión.

Callaron. Olga se enfureció pensando que, por envidia, pudieran hacerle mal a un hombre por el que ella sólo sentía respeto; y hasta cierta pena. Carla se levantó arrastrando la bata y, con paso cansado, fue a encender el ventilador. Dirigió el chorro de brisa artificial hacia Olga y la miró desde lejos. Su mirar intenso —lo único que le debía de quedar de las gracias de otros tiempos— rezumaba inquietud.

—Hija —habló—, ahora no me cuentes si el fulano te interesa poco o mucho. Yo, si fuera tú... Pero no soy tú. De cualquier forma, Olguita, hacer el bien siempre fue

cosa buena... No sé, yo en tu lugar me pondría a preparar víveres y municiones para una escapada, por si vuelve con su amigo el de las barbas... No sé, tú verás lo que haces...

Olga salió pensativa de la visita. Si ahora estuviera relatándole la historia al periodista, pondría mucho énfasis al decirle: "Por primera vez reparé en la existencia de Carlos Regueira. Nos conocíamos desde hacía años y él sentía adoración por mí. Era un tipo curioso, muy bien educado, con esa tristeza que tienen los españoles que perdieron su guerra y no saben hablar de otro tema..."

Le diría eso al entrevistador porque era cierto. Porque aquella noche, de pasada por el *Maxim's*, y cenando, y después de la cena, en el ambiente del *Diamond's*, se le presentó la imagen de "su" aviador como la posibilidad que las palabras de Carla ocultaban: arreglito decente y vida de señora.

Pero no se dejó vencer por la tentación. Ella tenía trazado un rumbo en que la independencia era el puerto final, puerto al que debía llegar sola pues la vida se había encargado de enseñarle que andar con otros es exponerse a sufrir y renunciar por culpa de ellos.

Con todo, segura de la fatalidad, sintiendo engranajes que rodaban locos, se dispuso a mover los hilos necesarios para facilitar una escapada. Tenía que actuar sin que Machado sospechara, y calculó: un par de rifles y munición, comida para dos personas remando desde allí al Rápido, hasta la frontera del estado, donde a la bestia policiaca se le acababa la potestad de castigar y matar...

Otro golpe de viento encrespó el agua, hizo que las olitas chapotearan en los costados de la canoa y trajo un olor dulce y caliente a paja quemada. A mucha distancia surgía un resplandor en la ribera. Los tres debieron de verlo al mismo tiempo, y Mané comentó:

—Eso es fiesta de indio. Habiendo luna llena, es celebración del río-padre.

A Olga se le alteró el pulso al imaginar cuerpos desnudos y brillantes reflejando llamas, grandes carcajadas de dientes blancos, sudores que pegaban el pelo... La evocación de una felicidad física, palpable, la estremeció.

Carlos dejó el remo y se volvió hacia la popa:

—Hay que remar hacia la otra orilla, Mané. Esa gente tiene demasiada luz.

—No creo que haga falta, capitán. Sólo van a tener ojos para la danza —le respondió el mulato.

Olga pensó que Mané tenía razón. Como Regueira no insistía, calló para no parecer entrometida. Y siguió reviviendo los detalles recientes, impresionantes, de la noche de calor y bichos en que había cambiado el rumbo de su vida.

Tenía que repasarlos porque la meta de la riqueza estaba próxima y cuando fuera una gran señora quería ser famosa, y su aventura la iba a ayudar a serlo.

Se siguió imaginando delante de un reportero con cuaderno y pluma, y reanudó el

relato:

Era una noche calurosa. Había vuelto ya del bar y con el último trago de ginebra de costumbre intentaba coger el sueño. Quería rendirse a la muerte cotidiana y necesaria, aquella noche más necesaria que nunca porque un recuerdo doloroso, el peor de todos, no la dejaba en paz:

Era el aniversario de la muerte de Quin, de su Joaquín, de su único amor verdadero. Ya hacía ocho años, pero durante todo el día la habían estado asaltando, vívidas, las imágenes de la celada que siempre habían temido: el tiroteo, su propio grito de angustia, intento inútil de desviar el disparo final, a quemarropa, del maldito policía; y la sangre de Joaquín manchando su ropa; y la cara severa de su madre repitiéndole palabras que no se podían refutar: "Andabas con un marginado, Olga, con un delincuente; tenías que acabar en esta desgracia"... Eran fantasmas que no le dejaban dormir, por más que lo intentara cortando, con un brazo sobre los ojos, el camino de la luz que entraba de la calle por un mosquitero, contra el que se venía a estrellar una legión de insectos atontados.

Paf, paf..., morían los bichos con un golpe blando en la tela metálica, y todas las visiones de Joaquín se mezclaban bajo los párpados cerrados: Quin, delgado y moreno, esperándola en la esquina del colegio; Quin abrazándose a ella con la necesidad de quien ama y desea por encima de todo y de todos; Quin trayéndole a su escondrijo los regalos más locos... Quin, Quin, Quin..., palomo ladrón, amor para siempre.

Un susurro le pareció su nombre.

La llamaban:

—Olga —la voz con sordina procedía del ventanuco mosquitero, allá en lo alto... Olga sintió que se le erizaban los pelos al ver la luz tapada por la forma de una cabeza.

Se incorporó y abrió la mesilla de noche, sacó el revólver y saltó hacia un rincón a donde no llegarían tiros que entraran por el mosquitero.

—¿Quién anda ahí? —preguntó sin levantar la voz.

—Soy Carlos, Olga.

Carlos... La fatalidad estaba por fin allí, llamando a su puerta.

Se arrojó con algo, fue a la ventana y la abrió; y abrió la contraventana de madera gruesa, a prueba de bala y flecha.

Arrimadas a la pared de la casa, había dos sombras.

—Vengan —los llamó, y les dejó entrar mientras encendía la luz y guardaba el revólver.

Eran Carlos y su criado, Mané. Llegaban demacrados, derrangados, tambaleantes. Cuando Olga cerró la puerta, el aviador explicó:

—Llevamos días sin dormir, remando, remando... —y, al explicarse, se iba

derrumbando en la butaca del tocador. El mulato, humilde, se apoyaba en la pared, con la cabeza caída contra el pecho.

—¿Quieren tomar algo? —fue todo lo que se le ocurrió decir a Olga.

Los hombres no respondieron. A la luz débil de la mesita de noche, Mané parecía un saco de huesos, y Carlos tenía algo de raro y guapo en la cara cubierta de barba.

Olga, olvidando bruscamente al Joaquín de sus sueños, se sentó en la cama a esperar acontecimientos. No quería comunicarles aún lo que había sabido por Carla.

El piloto se restregó los ojos y habló:

—Olga, el hidro no está donde lo dejamos.

Olga les iba a contar lo que sabía acerca de eso, pero Carlos continuó:

—¿Sabes si ha aparecido por aquí Hocico de Ratón, el que trabaja en el negocio de Carla?

Iba a responder que no, pero tampoco ahora le dio tiempo Carlos:

—Olga, acabamos de llegar de un mundo perdido, de lo que no se puede creer. Venimos de ver lo que ningún humano creería si no lo palpase como nosotros lo palpamos... —su voz cobraba energía a medida que hablaba, mientras abría la cartuchera que llevaba en el cinturón y sacaba de ella una bolsa de tabaco—. Durante todos estos días de remar río arriba, cuando las fuerzas nos fallaban, nos parábamos para abrir esta bolsita y comentábamos que a lo mejor puede uno llegar a querer que un sueño no pase de ser sueño... —se incorporó trabajosamente, se levantó y encendió la lámpara del tocador—. Olga, acércate...

Ella se aproximó y notó que el mulato también lo hacía, caminando de lado, arrastrando la espalda por la pared.

Carlos aflojó el cordón de la boca de la bolsita. Sobre el vidrio del tocador, por encima de las fotos de su padre y de Joaquín, cayeron diamantes en bruto, incoloros, amarillos y azulados, chocando los unos con los otros, empujándose, esparciendo brillos y reflejos, reflejos de los reflejos, brillos que penetraban en el cristal y saltaban hasta el espejo del tocador, que, de los diamantes, del vidrio y del espejo salían hacia el techo y las paredes del cuarto a llenarlos de caprichos de luz y colores como los de un caleidoscopio.

Silencio. Sin darse cuenta, prendada de aquel fulgor de fulgores, Olga dio un paso y apoyó la mano en el hombro del piloto para contemplar mejor la ensoñación.

Cuando se percató de lo que hacía, estaba contando las gemas y calculando sus tamaños:

Veintisiete piezas de entre veinte y cincuenta quilates.

Aquello era más que una fortuna...

Olga rompió el silencio:

—Carla me dijo que habían inutilizado el avión, la gente de Machado. Pero yo tengo todo preparado. Tengo armas, comida y la lancha.

Al resplandor de los fuegos se distinguían ya palmeras, cabañas y el bulto corcovado de un islote. A Olga le dio otro temblor frío: lo que veía le recordaba un calor de llamas en la cara y la cuchillada del viento de la seca a la espalda. Fue como si lo sintiera de nuevo, como si allá estuviese oyendo los desafíos de recitado y supiese que significaban el adiós para siempre. Adiós: no más muñequitas de barro, no más masticar maíz, no más carreras por el arenal persiguiendo mariposas, nunca más la compañía de Taasí...

"Señor periodista —cortó con las nostalgias de la infancia para proyectarse hacia el futuro—, sepa que aquellos hombres durmieron en mi cuarto, para que la criada no notara su presencia en casa. Regueira recogió los diamantes y los guardó en la cartuchera. No me decía nada, y Mané tampoco hablaba. Me di cuenta de que habían llegado al límite de sus fuerzas...

Así fue: los cuerpos se desplomaban. Olga los vio rendirse y no perdió el tiempo: le dio un cojín a Mané, echó los cerrojos a la puerta y apagó la luz de la mesilla.

Acostada, oyó como la respiración de los hombres se enronquecía a medida que se sumían en el vértigo del sueño. Contemplaba el cuadro de luz del mosquitero y sentía el aleteo estertóreo de los bichos que allí venían a morir... mientras se veía en la sala de estudios del colegio, con los libros odiosos delante y un cuaderno de tapas rosadas al lado: su diario, en el que nunca nada había escrito porque todo lo que le acontecía le parecía vulgar, indigno de ser relatado.

¿Quién le iba a decir entonces que alguna vez tendría que dormir en el cuarto con dos sujetos resudados, hediondos, y un tesoro asombroso?

Cerraba los ojos, y los abría al momento para buscar en el techo los juegos de luz que marcaban las facetas brutas de los diamantes sin lapidar.

Y volvía a cerrar los ojos, apretando los párpados con miedo.

Porque una idea la tentaba, insistente, y no quería aceptarla:

Aquellos fardos derrumbados estaban a su merced y en la mesita de noche tenía un revólver.

Diría que la habían asaltado —dos tipos curtidos contra una mujer sola— y había tenido que defenderse...

No debía. Sencillamente no debía porque nadie puede abusar de un niño o de un herido. Hay una fuerza que detiene los malos pensamientos contra ellos.

Mientras no haya diamantes por medio.

De cualquier forma...

Olían a sudor y suciedad. El hedor de los hombres no le dejaba dormir.

El caleidoscopio le volvía a encender el alma. Se imaginaba con Carlos y Mané escapando por el río, navegando a hurto de las miradas de cualquier fiera humana que pudiese albergar la mínima sospecha.

Los buscadores del pueblo habían venido exclusivamente en busca de fortuna. La fortuna eran las piedras. Ante las piedras, valía todo.

También ella empezó a sudar. Le sobraba la bata con que había cubierto su desnudez. Sudaba, pero era el pensamiento lo que le hacía transpirar aquel miedo salado, recelo de la realidad, de saber que los tres avanzarían río abajo en una canoa, cada cual esperando el momento de acabar con los demás cuando no los necesitara.

Sería un sufrimiento largo hasta el Rápido de las Tortugas. Una vez allí, la agilidad y la astucia resolverían la situación.

Tal vez estuviese equivocada.

No lo estaba. Era mejor acabar con ellos en aquel momento. Después le llegaría el turno a Hocico de Ratón, cuando apareciera por el pueblo.

Llegó a levantarse.

Se sentó en el borde de la cama.

Abrió el cajón de la mesilla.

Iba a echar mano a la pistola. Pero acabó cogiendo el paquete de cigarrillos y el mechero.

Jugaría limpio. Era como una mano de cartas que se juega en pie de igualdad con los demás, aunque, eso sí, intentando sacar provecho.

Fumó y soñó despierta: le daban su parte del tesoro, se la vendía a un judío, bien aconsejada; sumaba el dinero al que ya tenía y se dedicaba a vivir con gusto y alegría...

Apagó la colilla y cerró los ojos otra vez. El humo cálido ocultaba un poco el hedor a humanidad; el sueño aleteó sobre sus pensamientos, se preguntó cómo habrían conseguido la riqueza aquellos hombres, qué habría sido de Chaves, del que no hablaban... Poco después, su madre intentaba convencerla de que no anduviese más con Joaquín porque aquello iba a acabar en tragedia, y le enseñaba una bolsa llena de diamantes que el loco lindo acababa de arrancarle al señor Samuel, el viejo que siempre hablaba de los horrores de Polonia y no quería que le llamasen "ruso" como la gente del barrio solía hacer.

Cuando ya debía llevar durmiendo un rato, la despertó una queja o un gemido, una voz que suplicaba: "Por Dios, no me deje". Horrorizada, levantó la cabeza y se incorporó. Era Mané en sueños.

¿Qué estaría soñando el infeliz?

Se dejó caer en la almohada, se secó la transpiración de la frente y las sienas... y en seguida Carla le mandaba casarse con un hombre como Carlos pero que no era Carlos, sino que era delgado y llevaba el pelo pegado con brillantina.

Se iba a casar con Joaquín...

A la mañana siguiente dejó a sus compañeros durmiendo y mandó a la criadita a casa de sus padres con la excusa más fácil: que tenía un invitado. Con un guiño de

ojo le hizo caer a la muchacha en la trampa de su propia malicia y se libró de ella.

Después preparó el desayuno, desayunó, le dejó una nota a Carlos y salió.

Iba a ultimar los detalles de la huída. Pero también iba a despedirse de cinco años de su existencia. Y, ¿quién sabía?, hasta pudiera estar despidiéndose de la vida misma. Al entrar en el almacén del sirio se dijo que posiblemente aquélla era la vez última en que veía cosas de los humanos con sabor a mundo organizado, a civilización. En el camino de agua sólo la esperaban agua, plantas y fieras.

Y la muerte acechando, jugando por fuerza o maña.

Compró ropa fuerte y una bolsa con artículos de aseo, lujo extraño del almacén, tentación de buscador novato. Cuando se iba, le pidió al muchacho que manejaba "la radio" que pusiese un tango en el tocadiscos, y salió a la calle, infestada de sol y polvo, escuchando una voz porteña, rasgada, melancólica, que hablaba de la atracción fatal de unos ojos como "gemas preciosas"... Con una nostalgia espesa, viscosa, agarrada a ella, contempló todo lo que iba a echar en falta: dentro de poco, las casas y la gente, los perros vagabundos y el barro del suelo se preguntarían qué había sido de la rubia Olga, la del bar.

Entró por la puerta trasera del *Diamond's* y revisó lo que había escondido en la despensa. Allí estaba todo, sin tocar; nadie sospechaba nada aún. Después abrió la caja fuerte y sacó dos fajos de billetes, los guardó en la bolsa de aseo y, con ella y el hatillo de ropa en brazos, echó una mirada larga, pausada y penetrante, a las cosas que querían tomar forma en la penumbra de la sala. Los recuerdos de lo vivido en aquel rincón se precipitaron sobre ella como un torrente, gustándole y haciéndole daño a un tiempo.

Tuvo que arrancarse del bar y volvió para su casa.

Carlos y Mané tomaban café acautelados tras los cerrojos. Olga se tuvo que identificar...

Hablaron de intranscendencias, de lo bueno que sería comer y dormir como la gente. Olga sugirió que se aseasen y se pusiesen la ropa que había traído.

Antes de ir al cuarto de baño, el piloto puso una voz grave para explicar:

—Olga, Mané y yo ya lo hemos hablado: pensamos que te debemos una parte de los diamantes. También quería decirte que a partir de ahora puede que estés más segura con nosotros bajando el río que aquí a merced del teniente...

Olga asintió —mientras pensaba que todos los pasos de su destino se estaban cumpliendo uno a uno.

Fueron a lavarse y ella preparó la comida.

Comieron calculando lo que tardarían en llegar al Rápido si el viento no los detenía. Había optimismo en aquellos cálculos. A Olga, Carlos le pareció un buen mozo, enjuto y barbudo, entrado en años. Y tuvo varias veces en la punta de la lengua una pregunta sobre la suerte que había corrido Chaves, pero acabó no haciéndola

porque los hombres ya le respondían no contando nada de él, salvo que gracias a su capacidad de observación había encontrado los diamantes. En cambio, sí hablaban del "traidor", de Hocico de Ratón que, si no había muerto subiendo el río, poco le debía de faltar para llegar al Paraíso con noticias de lo que había pasado, y para ponerse a organizar la caza...

Al anoecer de aquel día, la gente del poblado vio cómo dos tipos transportaban cosas hacia la barranca con carretillas de minero. Uno era delgado; y el otro, corpulento y con barbas. Llevaban ropa nueva, aún lustrosa, y sombreros de alas anchas y blandas que les tapaban la cara.

Ya caída la noche, esos dos tipos, junto con otro, se abrían paso para el centro del río, y por él desaparecían remando.

Ahora, los tres navegaban cerca de la aldea de Santa Apolonia, que ardía en la fiesta de la luna llena. A veces, el viento, que había dado muestras de querer empezar a soplar fuerte por el cañón del río, vencía las llamaradas y de ellas arrancaba chispas con peligro de llevarlas hasta los techos de paja de las chozas indias.

Hasta muy dentro del río llegaba el ritmo de cencerros y maracas de los danzantes. Olga se sentía junto a ellos, viendo cómo los sayotes y las máscaras de paja avanzaban y retrocedían y daban vueltas, cómo los brazos, las piernas y los torsos brillantes goteaban sudor en el frenesí de la danza religiosa... Era el culto al padre-río, origen de todo, del que las tribus de pescadores habían surgido, de quien les llegaba su sustento principal. Si no hubiera río, vivo, caprichoso, bravo y lleno, lánguido y vacío, mudando de recorrido entre estación y estación; si el río no existiese así como era, tampoco existirían los indios...

Pasaban por el islote que les ocultó la vista directa de la explanada donde la fiesta estallaba. Entonces una lechuza cantó. Cantó y volvió a cantar su canto nocturno, de enamorada.

A Olga aquel canto triste le dio miedo y, como si el hechizo del padre-río a todo alcanzase, con el viento se levantaron olas que llegaron a asustar a los hombres. En seguida, se oyó la voz de Mané, sigilosa:

—Señor Regueira, será mejor que nos vayamos acercando a la costa, que esto tiene trazas de continuar.

Un juramento fue la respuesta. Luego, la canoa derivó hacia las playas que la luz de la luna emblanquecía.

Aún aguantaron remando más de una hora, quizá dos, rumiando su silencio y pensando en lo único en que se podía pensar. En que el viento era una maldad de la naturaleza, en que llevaban medio camino hecho y ahora debían ser más prudentes. En que el viento no permitía avanzar de acuerdo con las cuentas echadas: metía agua en la canoa y obligaba a los hombres remar doblados, de modo que cada golpe de remo era un calvario para ellos. En que dentro de la selva, aún en tiempo de seca, no

se consigue secar lo mojado como no se ponga al sol de un claro.

Encontraron un túnel y se metieron por él. El resto de luz de luna que entraba por la boca en seguida se agotó. Carlos encendió la linterna: cañas, arbustos, raigones... Olga se levantó y cogió el rifle, reconociendo, en el fondo, la inutilidad de hacerlo; porque si un caimán asustado se lanzaba al agua y chocaba contra la canoa... Hubo suerte: bajo el arco espeso de ramas entrelazadas con lianas, apareció la blancura de una playita, donde vararon.

El golpe blando de la canoa en la arena fue como un anuncio de paz y sosiego: fin del viento que hería los ojos, no más miedo a zozobrar y ser devorado por las pirañas... Mané explanó un redondel en la arena y fue a buscar leña y hojas para el fuego. Olga veía cómo el haz de luz de su linterna aparecía y desaparecía entre la vegetación. Mientras, ayudaba a Carlos a sacar de la canoa todas las pertenencias empapadas.

Ensacharon el redondel de arena y clavaron palos a su alrededor; después pasaron una cuerda y fueron echando a ella ropas y tiras de tasajo. Cuando el fuego se hizo grande, Olga vio las caras de sus compañeros, consumidas por la falta de alimento y descanso, con los ojos lagrimeando.

¿Saldrían de aquello? Se encogió de hombros como quien sabe que todo lo puede ganar o perder por una mínima variación de cualquier insospechada circunstancia; y fue a lavar las escudillas en el agua tibia y mansa. Lo hacía por hacer algo, por mover el cuerpo tullido de estar en la misma postura durante horas de navegación.

Hasta allí, dentro del canal cubierto, llegaban olas amortiguadas, recuerdo de las del río irritado por el viento de la seca. Se estaba bien en aquel agujero: el viento enemigo era a apenas un rumor en las copas de los árboles.

Había bajado el fuego, y los hombres fumaban de cuclillas, sumidos en pensamientos que no se atreverían a confesar (nunca hablaban del tesoro ni de Chaves. Como mucho, en aquellas jornadas habían dicho algo confuso sobre una ciudad de "césares" y sobre una roca muy grande en medio de la selva); fumaban y apartaban los mosquitos, única plaga que el propio recogimiento del túnel no aliviaba.

Asaron carne seca y se la comieron con harina; bebieron café y aguardiente calculando bien las raciones una vez más.

Después, cada cual en el mismo silencio lúgubre se ocupó de algo: Carlos de secar y revisar las armas, ordenar la munición y los fósforos en una caja hermética; Mané de afilar un palo, inutilmente; Olga de lavar las cosas de la comida y cuidar de la ropa que se secaba al fuego.

La madre de Olga siempre se resistía a secar trapos al fuego. Decía que después la gente huele a gitano, y que el gitano es sólo para verlo de lejos, haciendo bailar al oso.

Su madre... Olga se apartó a hacer sus necesidades y volvió dispuesta a dormir y soñar con la tierra de su madre, cubierta de algo que ella nunca había visto más que en película: la nieve.

Estiró su pieza de lona, hizo una almohada con arena y se acostó. Poco a poco, las figuras de Carlos y Mané se fueron desvaneciendo, y otras figuras, que vestían trapos de colores y olían a humo, tomaban forma en su magín, tocaban palmas y panderos, hacían danzar a un oso...

Se despertó desasosegada: el corazón le latía con fuerza. Habría jurado que era un pio de lechuza lo que la despertó, pero no podría asegurar si lo había soñado o de verdad lo había oído.

Echada sobre el costado en que late el corazón, no pudo ver más que el fuego ya bajo, casi mero rescoldo, el bulto de Mané encogido como un niño para dormir, y a Carlos Regueira de guardia, con el rifle sobre las piernas dobladas, mirando una de las gemas del tesoro a la poca luz que quedaba...

Era la escena de cualquier noche de la escapada, que completaban el zumbido de los mosquitos, el alboroto desafinado de los otros bichos y el olor de humedad dando seguridad de ser todo normal.

Por eso Olga se echó sobre el otro costado, para no oírse el corazón alterado sin causa cierta.

Se acomodó e intentó cerrar los ojos, pero no pudo. No podía.

En vez de cerrarlos, los abrió cuanto le permitían los párpados.

Y su corazón, en vez de calmarse, se lanzó a la carrera sin tino que precede al pavor.

Quiso gritar y no le obedecía el pecho, y recordó con lucidez dolorosa la ocasión de su alcoba, los hombres dormidos y el revólver en la mesilla de noche... Se maldijo por haber querido jugar la partida sin cartas marcadas... Estúpida; ahora estaba allí, quieta como muerta en la arena de un túnel bajo la mirada de un indio corpulento: la hoguera —contra la que Carlos seguía mirando el diamante, absorto— iluminaba un pecho de nadador al descubierto y un rostro con sonrisa de mongol, dientes brillantes y ojos lineales bajo el casco de pelo. Llevaba pantalón de minero; en una mano sostenía la aljaba con las flechas y el arco; en la otra, un rifle preparado, con el dedo índice adelantado hacia el gatillo.

La furia del viento

—Buenas noches.

Carlos cerró el puño sobre el diamante que estaba contemplando (el "amarillo claro, tamaño medio, redondo" según su clasificación) y cogió el rifle. Sus ojos fueron a dar en un indio tranquilamente recostado contra un tronco, que sonreía con la seguridad de la bala en la recámara y el blanco infalible para el cañón con que apuntaba. Aceptó dialogar, dadas las circunstancias, y, con lo que le pareció un elemental derecho, preguntó:

—¿Se puede saber quién eres y qué quieres?

El indio no se movió, ni relajó los músculos de la cara con que mantenía aquella sonrisa, sin duda de triunfo porque debía de llevar un buen rato observando cómo él examinaba las piedras a la luz de la hoguera.

Pareció que iba ya a decir algo pero se limitó a levantar el rifle hacia donde dormía Mané. Carlos comprendió el gesto:

—Tranquilo, Mané —recomendó en tono de orden.

Escuchó cómo el mulato se incorporaba y vio a la moza hacer lo mismo. Y entonces habló el indio, dejando en el suelo la culata de su rifle de repetición como muestra de buena voluntad.

—Me llamo Uruá —comenzó—, o Chico, o hasta Francisco de Asís si les gusta más mi nombre de civilizado; y soy de Arabá-Irrí o, si prefieren, de Santa Apolonia del Río... Pueden fumar... —a Carlos le fastidió tal displicencia en boca de un indígena, pero, como le apetecía hacerlo, sacó un paquete de cigarrillos y lo ofreció en ronda. Chico se adelantó al posible ofrecimiento—: Yo no fumo, mis vicios son más divertidos... Nosotros nos conocemos, capitán Regueira. Usted no se acordará de mí, pero hubo un tiempo en que anduve por allá arriba. No entraba en el *Diamond's* porque decían que en ese bar se cumplía la ley y no servían alcohol a los indígenas... Nos veíamos por el Paraíso. Yo anduve por allí con un amigo indio. No sé si se acordará del caso del buzo que andaba buscando diamantes y lo mató una partida de indios cazadores. Yo... Bueno, ahora no importa eso. El caso es que yo lo conozco a usted de vista; y a la señorita, y hasta recuerdo al moreno... El que sí se acordaba de

mí era Dalmacio, Hocico de Ratón.

Al oír ese nombre, Carlos llevó la mano hacia la posición de disparo sobre el rifle que reposaba en sus rodillas. Fue un movimiento leve, al que respondió la mano del indio deslizándose sobre el cañón de su 22 automático.

E inmediatamente las dos manos volvieron a posiciones menos comprometidas. Carlos insistió:

—Bien, Chico, ¿pero qué quieres?

—Ayudarlos... ¿No oyen como se golpean? —señaló las ramas con el dedo—. Mañana va a estar el suelo cubierto de leña... Ustedes tienen que llegar al Rápido avanzando de noche. Pero de noche es cuando más sopla el viento. Es la ley de la seca: viento de noche, hamaca al fresco y hoguera... Yo conozco el río como si fuera mío, porque es mío. Los pescadores no somos hijos de Dios como los civilizados, ni del trueno como los cazadores. Somos hijos del río... —mientras poetizaba, puso una cara cínica y alegre. Y con ella prosiguió—: Déjenme que los ayude, capitán, que en esa bolsa hay para todos. Seguro que los hombres de Machado son muchos más que nosotros y, con todo, también esperan llevarse su parte.

Claramente, aquel indio maldito conocía los hechos. Olga y Mané se habían acercado y se ponían en cuclillas al amor de la lumbre. Mané echó en ella unos palitos. Carlos entendió que debía controlar la situación y sacar provecho de ella mostrándose jefe:

—Si quieres que sigamos hablando, empieza por dejar las armas ahí y ven a nuestro lado.

El muchacho obedeció sonriente, y clavó sus ojos oblicuos y negros en la redondez de los ojos claros de Olga. Ya todos alrededor de la lumbre, Carlos volvió a indagar:

—¿Qué sabes tú de la gente de Machado?

—Nada, capitán. Sólo sé que el teniente ha dado orden de caza en el pueblo y que vendrán bajando. El primero en llegar fue Hocico de Ratón. El tipo debía de ser buen remero... Detrás de él viene más gente; y pienso que irá una canoa por delante de todos, avisando en las aldeas; y que pondrán vigilantes en el Rápido... Están ustedes en un atolladero, capitán. Se lo digo yo. Imaginen lo difícil que les va a ser llegar hasta allá abajo con este viento de cara... De verdad que necesitan un guía, piénsenselo —al hablar miraba a los tres, pasando la vista de uno a otro.

Por un momento, Carlos pensó en pedir consejo a sus compañeros, preguntarles qué deberían hacer con el intruso... Pero no lo haría: era el jefe y sólo importaba su criterio. Se restregó los ojos somnolientos, castigados por el humo de la fogata y el cansancio, y se dispuso a calibrar mejor la aparición de aquella noche:

—Supongo que hablaste con Dalmacio, ¿no?

—Supone bien, sí señor.

—¿Y qué te dijo de los diamantes?

—Que... —el indio bajó los ojos: al menos tenía pudor—. Dijo que había habido un robo.

—¡Robo! —estalló Carlos, conteniendo la voz por miedo a la noche y a que los estuviesen espiando—. Hijo de perra, ¡robo! ¿Dónde está ese desgraciado?

Ahora, Chico levantó los ojos, que apenas se le adivinaban por la línea estrecha de los párpados, y enseñó los dientes blancos y juntos en una sonrisa maliciosa para explicar:

—Hay civilizados ignorantes que no saben que nadie debe acercarse a la casa de los hombres, y menos cuando se está preparando la fiesta del río-padre, porque no se deben escuchar las voces de los que van a competir cantando.

Carlos comprendió el mensaje a medias, pero vio que Olga y Mané miraban a Chico con gesto de haberlo entendido perfectamente, y acabó por imaginar a Hocico de Ratón muerto y tirado a las pirañas, por intruso.

Los indios actuaban a su manera. Esa sería la complicación de dejar que aquel muchacho viniese con ellos: podría ayudarlos, hasta salvarlos de mil peligros, actuaría como el civilizado que valora los diamantes y conoce como el apoyo de varios en la selva hace posible lo imposible para uno solo; y, sin embargo, en cualquier momento...

Un individuo así era incontrolable, concluyó.

Pero, al menos, podía tratar de aprovecharlo, empezando por sacarle ideas:

—¿Quieres comer algo, Chico? —preguntó para hacerse el amable.

—No, gracias.

—¿Cuánto tiempo piensas que tardaremos en llegar al Rápido?

—El viento sopla fuerte... No sé. Remando tres hombres, a lo mejor, unas cuatro noches, no sé —y se encogía de hombros, impreciso, quizá para subrayar la dificultad de la empresa y la importancia de su colaboración.

—¿Y cómo piensas que pasemos el Rápido si lo están vigilando?

Chico cambió de postura. Estaba en cuclillas y se sentó con las piernas cruzadas. Luego habló mirando a la arena, en la que trazaba círculos con el dedo:

—Si una canoa se desgobierna en un rápido y empieza a dar vueltas y vueltas... Una canoa es un tronco ahuecado...

Carlos comprendió:

—¡Ajá! Nos metemos al centro del río y nos tumbamos en el fondo de la canoa, y cualquiera que la vea desde la orilla pensará que es un tronco.

El muchacho sonrió, y Mané se dio una palmada de asentimiento en la rodilla.

Olga, en cambio, entrecerró los ojos en un gesto como de duda y sospecha; incluso inició una réplica:

—Pues yo creo que... —pero se detuvo—: No, no, nada...

Carlos pensó en los peligros de navegar a ciegas, dando vueltas en medio de una corriente embravecida. Les podía entrar agua, podían chocar con un tronco de verdad y zozobrar...

De cualquier manera, la estratagema era buena.

—Está bien, Chico —concluyó—. Tendrás tu parte como todos. Ahora, prepárate por ahí una cama e intenta dormir. Aprovecha el sueño, que es lo fundamental. Si queremos llegar al otro lado del Rápido de las Tortugas, tenemos que descansar... Vayan todos a dormir.

Los tres se apartaron de la hoguera y se sumieron calladamente en la oscuridad. Carlos extendió las piernas y guardó el diamante amarillo en la bolsa, y la bolsa en la cartuchera.

Seguiría de guardia un poco más y, cuando el sueño lo quisiera vencer, despertaría a Mané... Encendió otro cigarro y se dijo que aquel sitio era bueno, que había pocos mosquitos: debía de ahuyentarlos el frío que entraba de la boca, orientada hacia el viento.

Ya habría tiempo para liquidar al indio. En Olga podía confiar plenamente, Olga era una mujer cabal; los había tenido a Mané y a él muertos de cansancio en su propio cuarto. Los podía haber matado sin dificultad, podía haberse asustado y haber salido corriendo a avisar al teniente...

Quizá Olga sintiese por él algo que no quería manifestar. Por razones que no revelaba a nadie, Olga caminaba sola por la vida. Cuando no mostraba su falsa liviandad de mujer de bar y era ella misma, tendía una mano como para que se la cogiera quien tenía al lado; pero la retiraba antes de que el contacto se realizase, y seguía por su cuenta.

Olga era honrada, nunca discurriría una traición.

Y Mané era un infeliz.

Por ellos no había cuidado. En cuanto al indio...

Fumó. Bien, el canalla de Hocico de Ratón se había llevado su merecido: los hombres perdían el juicio con el brillo de las piedras preciosas, y Hocico parecía haber cometido una imprudencia que le había costado la vida. Si hubiese salido con los hombres de Machado, en vez de adelantarse a ellos llevado por la codicia, a estas horas aún andaría arrugando el hocico que le había valido aquel mote.

Todavía estaría vivo, pero a la hora del reparto... Un viento ya sin fuerzas penetró por el túnel y espabiló la llama de la hoguera. Carlos sintió frío, un temblor que le recorría la espalda... Aún estaba a tiempo de abandonar: hacía el reparto allí mismo, se arreglaba con Olga ("Olga, ya no seré un muchacho, pero soy un hombre con salud y años de vida por delante. Tú y yo, juntos..."), y se dispersaban: Olga y él por un lado, Mané y Chico por donde les conviniera; llegaban a la aldea siguiente y esperaban la llegada de la gente del Servicio de Protección, o de un hidro que parase

por allí para algo...

Si los alcanzaban los de Machado, siempre podrían decir que un condenado indio de Santa Apolonia les había robado todo. Olga ya se arreglaría para ocultar las piedras.

No. Los torturarían. Hasta sería peor.

Y ninguno de los presentes se iba a conformar con su parte. Todos querrían el tesoro completo, todos aguantarían hasta el fin deseando la "riqueza concentrada" de que hablaba Chaves.

¿Qué quedaría ahora de Chaves?

Huesos pelados, y las gafas. Los carroñeros y las hormigas no habrían dejado otra cosa de aquel hombre lleno de ideas e ilusiones.

Chaves quería un tesoro, y había muerto sin otra satisfacción que haberlo visto.

Lo había matado el güisqui.

Mentira: lo habían matado la codicia y el miedo de los que deberían haber cuidado de él.

"Mané, ¿dónde está el doctor Chaves?", le había preguntado al criado al encontrarse con él tras la huida de Dalmacio. Y Mané se había encogido de hombros como quien se disculpa de cualquier banalidad:

"No podía moverse, capitán. Le dejé comida".

No tuvo fuerzas para reprender al mulato, ni le afeó que lo hubiera dejado con comida para que su agonía durase más. Porque Chaves no era hombre de andar solo por la selva; y, además de las fieras, podían atacarlo los mismos indios que hacían los enterramientos en la oquedad de la roca...

"Dígame una cosa, Chaves: ¿cree usted en la telepatía, en que se encuentren los rumbos de las vidas?"

"Intento negarme cartesianamente a todo eso. Pero sé que existe, amigo mío. Como también sé que la vida sólo se vive una vez..."

Exactamente. Si la vida pudiera vivirse de nuevo, el capitán Regueira sería un viejo as de la aviación republicana y de las fuerzas aéreas aliadas, retirado del servicio militar y actualmente piloto de vuelos transoceánicos de una compañía importante. Iría de Europa a América, conocería lugares, gozaría de los paisajes más bellos y de las mejores diversiones.

O sería simplemente un esqueleto entre los restos de un avión hundido en el fondo del Canal de la Mancha: huesos entre algas...

Ahora estaba allí, en un túnel de vegetación de un río americano, con un puñado de diamantes salidos de un hallazgo arqueológico comparable al de las pirámides de Egipto; y se escondía como fiera temerosa de lo que otras más fuertes le pudiesen hacer, mientras el viento, el mismo viento que había llevado a Diogo Mendes a saber de la "Ciudad de los Césares", se empeñaba en no dejarle avanzar, en no dejarle llegar

a la meta y disfrutar del tesoro por el que Dios sabía cuántos ya habían muerto...

Por el túnel entraba una débil claridad y Carlos sentía en sus ojos resecos un escozor insoportable. Se acercó a los restos de la lumbre e hizo un montón de arena para que le sirviese de almohada... Iba a dormir: otro día más perdido... Se acomodó, con el rifle cerca y el revólver a mano. El amanecer traía una tranquilidad efímera. El viento amainaba y la enramada dejaba de azotarse; pero en seguida comenzaría en ella el barullo de los macacos y los pájaros... No merecía la pena despertar a Mané: no tardaría en despertarse él solo. Y allí, en aquel agujero, poco había que temer...

El escozor de los ojos cedía y el agua del túnel dejó de sonar. Su hermana le decía que la casa de la Calle Real necesitaba reparaciones, e iba hacia allí con alguien que era un cantero o un herrero; pero no: era don Alejandro, el farmacéutico, con su bata blanca, que le mostraba el letrero de la farmacia, "fundada en 1831", y le contaba como las tropas padecían en la manigua cubana, consumidas por el paludismo...

Se despertó al oír gemidos, tal vez gritos sofocados. Se incorporó en el acto, revólver en mano, con el corazón a saltos. Ya era de día y la playa estaba iluminada por la claridad verdosa y alta que da a los túneles apariencia de templo vegetal. Levantándose de la arena, aún atontados por el sueño, aparecieron a su vista Olga y Chico. Ambos miraban a Mané, que seguía durmiendo. El mulato debía de haber tenido una pesadilla... Carlos notó que su corazón recuperaba el ritmo normal y decidió dormir más; si conseguía conciliar el sueño...

Se echó. ¿Qué habría soñado Mané? Habría soñado con las gemas, con venderlas, comprar un coche grandísimo, ropas de todos los colores, un sombrero panamá... No, Mané habría soñado que lo descuartizaban los esbirros de Machado. Por eso gemía... No sin esfuerzo, cerró los ojos. Olga y el indio cuchicheaban. Trató de entender qué decían, pero el ruido del agua se lo impidió.

Aunque quería, no podía dormirse. En algún rincón de su mente cansada intentaban surgir preguntas nacidas de una sospecha sobre el indio. Algo allí no encajaba, pero no conseguía imaginar qué era...

Se incorporó y se apoyó sobre un codo. Olga y Chico andaban por la orilla. Chico llevaba arco y flechas... Iría a pescar. Ésa era otra ventaja de tener al indio con ellos: sabía arponear peces distraídos.

—Mané —llamó al criado, que levantó la cabeza—. Mané, vaya haciendo el café.

Mané bajó con un pote hasta el agua, y, de vuelta, avivó la lumbre. También él tenía los ojos rojos, y llevaba el pelo muy largo, una mata de rizos sucios que acentuaba la escualidez de su rostro de hijo del hambre.

—Mané, ¿cómo andamos de provisiones?

—Justos, por lo que dice ese muchacho, capitán; y escasos contando con lo que él coma... Tendríamos que cazar.

—No se puede. Si Dalmacio se nos había adelantado, los demás no vendrían

lejos. No se puede disparar un tiro... —y calló que tenían que confiar en las flechas de Chico; calló porque él era el jefe y el indio estaba haciendo méritos para la jefatura con sus habilidades de salvaje.

Chico había metido la canoa en el agua y dejaba que la corriente tirara de ella y mantuviera tensa la cuerda que la sujetaba a una raíz. De pie en la punta de la embarcación, el indio tensaba el arco y dirigía ya la flecha contra el blanco movedizo de un habitante del río.

Era una maravilla ver a los indios pescar venciendo la turbidez de las aguas, el engaño de la refracción, las mañas de los peces... Un poco más abajo, Olga contemplaba la escena dentro del agua.

Mané puso las trébedes en las brasas y colocó el pote. Sin pensar lo que hacía, soltó:

—Este indio sabe lo que se pesca...

Carlos Regueira sintió como un latigazo en el rostro. Miró a la moza y a Chico, y estuvo a punto de echarse el rifle a la cara y concluir de una vez el acto vil que tarde o temprano tendría que representar en aquella tragedia.

Pero se detuvo. No, cada subordinado tenía una función, una habilidad, que el jefe debía explotar para el bien del grupo. Lo que pretendía Mané con aquel comentario era azuzarlo contra Chico, hacerle sentir celos para que acabase con el indio, y así les tocase más en el reparto...

Reparto, el desgraciado todavía esperaba un reparto, seguramente... (en ese momento, la flecha de Chico se hundió en el agua e inmediatamente flotó, convulso, el lomo de un pez al que Olga impidió escapar.) No se podía hablar de reparto. No se iba a repartir. Todos los diamantes estaban en la bolsa. La bolsa estaba en la cartuchera. Y la cartuchera en el cinto, pegado a su propia piel.

El día pasaba con una lentitud torturante. Comieron pescado asado y sazonado con hierbas por Chico. Y eso fue lo único que compensó la agonía de aguantar echados sin saber qué hacer.

También jugaron a las cartas en un silencio enrarecido, dándose de cuando en cuando palmadas en los brazos y en el cuello, donde una banda de moscas pasajeras se atrevía a picar.

Cuando llegó la hora más densa del calor y la humedad, sestearon. Carlos se durmió pensando, cada vez más confusamente, que ya nada le garantizaba la vida; nada ni nadie. Eran cuatro seres humanos envueltos en raíces, troncos, ramas y hojas, rodeados de zumbidos, píos, gorjeos, alaridos..., que habían perdido la noción de dónde debía estar cada cosa. Cualquiera de ellos podía olvidar de repente lo que aún le impedía matar y robar.

Quizá el más entero fuese el indio, acostumbrado a la supervivencia en la cárcel

de agua y madera.

El indio... De nuevo vino a perturbarlo la maldita sensación de tener una pregunta que responderse sobre el tal Chico con aires de civilizado.

Se dio cuenta de que estaba despierto, angustiado: no sabía qué pregunta era.

Aquello podía volverlo loco.

Y no debía perder el tino...

Abrió los ojos:

Olga dormía. Echada de lado, ofrecía a la vista de los hombres el perfil de la cintura estrecha y de la cadera amplia. Mané la contemplaba con mirada de espanto.

Frente a él, Chico fingía preparar cañas para flechas, pero miraba hacia Olga con los ojos difíciles de ver de su raza.

Carlos se puso en pie y fue a lavarse la cara en el agua, considerando que debía salir de allí antes de que ocurriera alguna maldad. Cogió el rifle y caminó por la playa hasta la boca del túnel. Quería ver cielo abierto, necesitaba verlo, y cerciorarse de que no había nadie rondando.

El río seguía marrón y brillante, dorándose a medida que el sol declinaba, recortado por la albura de las playas y el verde de la floresta... Desde el avión, había visto aquello muchas veces (algunas hasta habría visto la boca del túnel donde estaba ahora), y jamás hubiera podido imaginar que una hora escasa de viaje hasta el Rápido de las Tortugas se convirtiera para él en la esperanza de llegar allí algún día.

Se sentó y fumó. Y caviló: nada está acabado hasta que llega el fin; mientras haya rescoldo, siempre se podrá soplar y hacer llama... Bufó como para demostrar que así era, y se puso a observar una bandada de garzas blancas que volaban en círculos anunciando la terminación del día.

Pronto, las ráfagas de viento se convertirían en un zumbido constante y ensañado.

Con todo, estaba vivo.

Y continuaría luchando...

Volvió al campamento. Al hacerlo, reparó en las huellas que había dejado y las fue borrando con la culata del rifle. Después, el viento se encargaría de hacer el resto.

Al llegar junto a los otros, vio a Mané en cuclillas junto a la fogata, bebiendo quizá la última botella de aguardiente; y a Chico mostrándole a Olga su pericia en la fabricación de proyectiles. Tenía a sus pies un papagayo ensartado, al que le arrancaba plumas para colas de flecha. La muchacha lo miraba atenta, con la más linda de sus sonrisas en la cara.

Carlos paró. Lo detuvo el recuerdo de una decisión insensata. Recordó por qué había decidido volver al pueblo desde las ruinas: cuando vio que Dalmacio había huido dejando una canoa, pensó olvidar el hidro y jugarse la vida aguas abajo hasta el primer puerto de atraque de vapores.

Pero se dijo que eso era muy expuesto: un hombre solo, cualquier accidente... Era

mejor esperar a Mané y a Chaves, volver a Villa Paraíso remando de día y de noche, coger el hidro, que era suyo, y huir con él hacia un mundo mejor.

Entonces no se atrevió a decirse (y, en el fondo, era un argumento de peso) que volvía a buscar la sonrisa que ahora Olga le regalaba al indio intruso, asesino y, cuando le conviniese, ladrón.

—¡Mané! —le gritó con una rabia innecesaria que todos advirtieron mirando hacia él—. Deje de beber, Mané. No arruine las pocas fuerzas que le van quedando.

Además del papagayo, Chico había cazado un mono que les sirvió de cena. Fortalecidos por el alimento, estibarón trastos en la canoa y se metieron rumbo a aguas profundas. A proa iba el muchacho, de piloto, y a popa el mulato. En medio remaba Regueira con el remo tosco que Chico había hecho de un arbolito derrumbado a machetazos bajo la mirada admirativa de Olga.

Era de noche, sin luna; las estrellas centelleaban con brío a lo lejos y se dejaba sentir el viento; pero el impulso de seis brazos se notaba en que, a pesar del viento adverso y las olas, la canoa avanzaba con firmeza.

Chico se volvió hacia Regueira y propuso seguir no muy lejos de la costa.

—Podemos encallar en un banco —explicó—. Pero, si nos metemos por el centro del río, el viento nos da con más fuerza.

—Está bien —Carlos fingió expresar su conformidad, como si lo que había oído hubiese sido una sugerencia y no una orden.

Callaron y remaron. A su espalda, la voz de Olga le sonó como un cálido susurro:

—Fue una suerte que encontrásemos a este muchacho, ¿verdad, Carlos?

Y Carlos se volvió, seco, hacia ella:

—Eso espero.

Avazaban, y el aviador, convertido en capitán de canoa por capricho del destino, se iba animando. Por momentos, las figuraciones trágicas se borraban de su mente, y llegó a imaginar un final feliz: pasaban el mal momento del Rápido, embarcaban todos en el vapor, llegaban a la ciudad y él iba a hablar con Manteiga y le dejaba en depósito las piedras; llamaba a los corresponsales de prensa, hacía público un gran descubrimiento arqueológico y minero... Hasta hacía el panegírico del doctor Torcuato Chaves, el científico que lo había guiado en el extraordinario hallazgo.

No solamente serían ricos los cuatro con el producto de los diamantes que llevaba en la cartuchera, sino que también reclamarían las tierras de alrededor de la gran roca, de donde tenían que haber salido los diamantes ("Regueira, amigo mío —le había dicho Chaves—, me inclino a pensar que estas gentes no eran incas; esto es todo autóctono, surgido de los alrededores. Cerca de aquí tiene que haber una fuente de riqueza que justifique tal explosión religiosa en torno a un peñasco. Si no la hubiera, la peña no pasaría de ser eso: una roca...")

El viento arreciaba; las rachas esporádicas de antes eran ahora un zumbido

continuo. Había que doblarse sobre el remo para avanzar, los rizos del agua se deshilachaban y salpicaban las caras... El frío de la realidad fue congelando la ensoñación de Carlos. Las gaviotas, molestas por el azote de la arena que el viento arremolinaba en las playas, formaban un griterío de seres locos, desesperados, y la mente de Carlos se volvió a llenar de celos y rabia.

Chico remaba aprovechando el instante preciso para clavar la pala en el agua, y el tirón de sus músculos se notaba en el avance. Carlos, a pesar de la oscuridad sin esperanzas (la luna, al principio del creciente, era sólo un atisbo de luz), advertía la habilidad del muchacho e intentaba imitarlo, sin éxito: hundiendo una y otra vez el remo en el vacío del vientre de ola.

El agua era caliente en contraste con el viento frío; el agua no escocía en los ojos lastimados, como el viento traidor. Pero encharcaba todo.

Olga avisó:

—Está entrando mucha agua.

Se estarían estropeando los restos de la comida pues, a pesar de la precaución de las latas, cualquier rendija dejaba pasar la humedad suficiente para que la harina y la carne seca se echasen a perder...

Una ola grande dio de lleno en el cuerpo de Chico, que le abrió la cresta y la convirtió en un chubasco para los demás. El mozo rió, pero a Carlos no le pareció motivo de risa el lance. Porque si la canoa entraba mal en otra ola, la ola barrería a todos, y adiós canoa. El resto sería vérselas con las pirañas.

—¡Chico! —llamó.

—Diga, capitán.

—Chico, tenemos que remar con más tiento.

—Entonces no avanzamos. Puede más el viento que la corriente.

El viento se engallaba, insistía una y otra vez con golpes continuos, azotando los cuerpos doblados y arremolinando el agua alrededor del madero que representaba la salvación de los cuatro.

El zumbido del aire le recordaba al piloto otros tiempos, otros peligros de muerte; y, como en aquellas ocasiones, empezó decirse a si mismo que ya se había visto en otras peores y había conseguido salir de ellas; pero que, si salía de ésta, nunca más, nunca más...

Las otras veces no había cumplido, por la necesidad de seguir viviendo como fuese. Pero ésta iba a cumplir para siempre jamás. Porque llevaba una cartuchera llena de diamantes.

No iba a haber reparto. Él fue quien se encontró con Chaves, él quien sospechó del claro y quien arrastró a Chaves hasta allí, quien mantuvo el espíritu... Bien, eso quizá no. Chaves le había llamado "hombre de poca fe" porque dudaba de los resultados de la expedición. De acuerdo, pero si llegaron hasta el fin fue porque él

puso las condiciones para el principio. Y ahora nadie podía exigir el reparto. Habría, como mucho, obsequios.

Y en la negrura de la noche, con los ojos semicerrados, viendo sólo una masa de árboles que se azotaban al impulso del viento, imaginó la vuelta a la ciudad provinciana de sus mayores: volvía inmensamente rico, era un indiano recibido con alfombras escarlata, reverenciado por los enemigos de la guerra civil, que ahora estarían en el poder. Recorría las calles saludando caras reconocidas bajo las arrugas y el blanco de los cabellos; hablaba de los ausentes, preguntaba por la trayectoria de cada cual.

Todo el mundo lo envidiaba y se hacía lenguas de la belleza pálida de su mujer...

Un graznido multitudinario de gaviotas amotinadas contra la tiranía del viento le hizo volver a la realidad. Y en seguida llegó el grito:

—¡¡Agárrense!! —el grito del proel le llegó con el golpe de una ola, e inmediatamente sintió la ingravidez en el seno del agua tibia. Después, todo fueron olas y gritos que se alejaban en la noche...

¡Maldición, indio maldito! Carlos reparó en que conservaba, inútil, el remo en una mano y lo soltó para nadar hacia donde debía de estar la orilla. Nadaba maldiciendo todo, hasta la circunstancia de haber nacido. Era una maldición; a pocas leguas del fin, el viento demencial decidía ocultar lo que en otro arrebató de furia, siglos atrás, había permitido descubrir.

Nadaba y pensaba en todo; le pasaba por la mente su vida entera mientras luchaba con la tibieza de las olas. Mezclaba pensamientos de tiempo atrás y de entonces. En un momento, la amargura le hizo imaginar que las pirañas se lo comían y engullían los diamantes; y casi se rió de verlas morir indigestas por tan precioso manjar.

Tocó tierra cuando no lo esperaba y ya no le importaba lo que le pudiese suceder. Se incorporó y echó a andar... Había ido a dar a una barra porque oía correr agua al otro lado... Por un momento se mantuvo en pie sopesando el tamaño de su desolación: estaba náufrago en medio de una lengua de arena del río, con un revólver y una fortuna en diamantes.

Aún estaba vivo.

Todavía.

Buscó abrigo del viento tras la loma de arena, excavó en ella hasta encontrar la capa que conservaba el calor del día y se tumbó. Dispuesto a no pensar.

Porque en aquel desamparo era inútil pensar.

Después del golpe, Uruá oyó los gritos de Olga y de Mané: se había caído el capitán, tenían que recuperarlo.

Lo intentó. Pero cada vez que ofrecía el costado de la canoa a las olas, se daba cuenta de que iban a volcar. La enderezaba y volvía a intentarlo, pero nada... Llamaba

a Regueira a favor del viento y no recibía respuesta.

Era el fin. En un arrebato de rabia, deseó morir allí mismo... Estúpido: se había arriesgado demasiado y había echado todo a rodar por una falta de cálculo.

Olga le pedía que intentase volver; se lo pidió muchas veces, hasta que él la convenció de la inutilidad de pedírselo. Y dirigió la embarcación a la costa, a favor de las olas, fácilmente.

Vararon en un recodo protegido del viento.

Amarraron la canoa. Estaban calados, derrotados, sumidos en la mayor desesperación. Mané se metió en el bosque y volvió con leña. Hizo fuego con un mechero salvado de la mojadura, y al poco rato los tres estaban sacando los trastos de la estiba y poniéndolos a secar: intentaban salvar las armas y las provisiones necesarias para llegar a cualquier lugar con gente, a cualquier lugar. Ahora no importaba el lugar de arribada...

Uruá se quedó al amor de la lumbre, con los ojos perdidos en las llamas, observando a veces la mirada de espanto de Mané. Contemplando cómo el fuego se hacía calor y juego de luces, se fue resignando a la pérdida del mundo soñado, al desvanecimiento de una fortuna descomunal con la que pagar cuanto deseaba: la ropa más elegante, cabarés, las mejores mesas para los espectáculos, coches, hoteles (viviría siempre en hotel, viajando) y un hidro bimotor para aterrizar cuando quisiera y donde quisiera a lo largo del río.

Lo había perdido todo por un mal cálculo, por correr demasiado.

Pero ocasiones no le habían de faltar para, al menos, tener vida de regalo. Empezaría cazando...

Una idea cruzó por su mente:

—Mané, ¿dónde encontró el capitán los diamantes?

No obtuvo respuesta. El moreno estaba en cuclillas mirando a la lumbre con la fijeza de quien desvaría. Tenía entre las piernas la última botella de aguardiente.

Le volvió a preguntar:

—¿Dónde encontró los diamantes el capitán, Mané?

—No los encontró el capitán. Fui yo quien lo llevó allí; y yo arranqué los diamantes con el cuchillo...

Por el momento bastaba la respuesta. Uruá calculó y decidió seguir interrogando al mulato más adelante, pues ahora se resistía a hablar.

Pensando que donde encontraron aquel tesoro aún podría quedar algo, reparó en que Olga había desaparecido. Pensó que la moza había ido a aliviar el cuerpo; pero la vio al otro lado del fuego y de la ropa tendida.

Olga estaba sentada en la canoa. Uruá se acercó y la saludó:

—Buenas noches.

—Hola, Chico... —un resto de viento quebrado en el recodo de la costa le agitaba

la melena, de un amarillo claro a la luz de la hoguera lejana—. Noche triste, ¿eh? — comentó vagamente—. Tantas ilusiones rotas...

—Así es, Olga.

Olga metía los pies en el agua, chapoteaba...

—¿Sabes qué me gustaría, Chico? Bañarme. Tiempo de seca es tiempo de baño por la noche, en el agua calentita.

—Yo también pensaba en bañarme...

Callaron. Mirando a la muchacha, Uruá pensó que, con suerte, a lo mejor no salía con las manos vacías de aquel desastre. Se sentó a su lado y se puso a chapotear también.

—Olga, ¿tú querías a Regueira?

—Era un hombre bueno.

Aquello no aclaraba nada. Volvieron a callar.

A través del zumbido del viento y del azote ondeante de las ramas del bosque, llegó el canto de una lechuza. Uruá sugirió:

—Habría que tentar al sueño —y se alejó, sin más.

Olga estaba sumida en una tristeza vomitiva, rabiosa. Siempre había contado con que podían fracasar, pero nunca con que todo acabase así tan de repente. Lo que había sucedido, le parecía una idiotez; y no se resignaba a ello.

Cuando Chico se fue, se dijo a sí misma que le daba igual, era lo mismo descubrirle el juego al muchacho lindo como no hacerlo, porque ya ninguna estratagema le serviría a Uruá para nada. Ella jugaba con ventaja, llevaba una carta marcada en este silencioso mano a mano con él; tenía montado un plan para adueñarse de la situación en su momento y ganarle la partida.

Pero ahora lo mismo daba seguir río adelante y atravesar el Rápido tumbados en el fondo de la canoa que esquivar a los guardias pasando al otro estado por tierra, rodeando por detrás el Gemelo Pequeño, bosque adentro, y continuar viaje en la canoa que esperase más allá del límite de los estados... Por un momento, su rabia contra el viento le hizo rebelarse e imaginar que Carlos estaba vivo, que había conseguido salvarse nadando.

Pero no podía ser, eran muchas brazas de aguas agitadas donde las pirañas andarían olisqueando.

Negándose a recordar cualquier cosa de Carlos y de lo que con él se había hundido, volvió al fuego a intentar el sueño recomendado por el mozo. La mirada atónita de Mané le dio miedo. Y no consiguió dormirse hasta que sintió de nuevo a Chico a su lado.

Chico, aún jugando a las falsas, era lo único que le quedaba para agarrarse en aquella soledad de río y selva.

Acorralados

La algarabía de las gaviotas se fue apagando. Mané dedujo que el día iba a llegar. Acababa la noche y con ella se acababan los tragos del fondo de la botella que había estado estirando, estirando...

Podían ser los últimos de su vida.

Le dolían las piernas; tobillos, rodillas, muslos..., le dolía todo y, sin embargo, allí seguía en cuclillas con la botella vacía en la mano, a veces oliendo el recuerdo de licor que en ella quedaba.

No había querido dormir; no había dormido porque sabía que otra vez los sueños canallas se le iban a venir encima con toda su fuerza, atenazándolo, aplastándolo, impidiéndole respirar. No había dormido y ahora amanecía. La naturaleza se calmaba: paraba el viento y callaban los bichos de la noche para dar paso a los del día; era un momento de paz linda y fresca... A pesar de los esfuerzos por mantenerse despierto, los tizones y la ceniza comenzaron a desaparecer de su vista, y sintió un calor que le quitaba el aliento. Delante de él, el barro cuarteado exhalaba un resto de humedad. En el fango seco había un cesto, y en el cesto unos pececitos grises que se secaban al sol. Su padre llegaba con una red llena de peces que saltaban, goteando; los echaba en el cesto y, en seguida, la piel de los peces estaba seca, y los peces muertos, tiesos. De lo que había sido laguna con enramada en las orillas sólo quedaba un charco de agua marrón y los esqueletos de las plantas, palos enjutos y blancos. Su padre, cubierto de harapos remendados y vueltos a remendar, metía la red en el agua limosa mientras la madre, con remiendos más decentes, fumaba su pipa y andaba por el fango rajado con una calabaza en la mano. Rus, el perro, todo pellejo gris pegado a las costillas, miraba los pececitos desde lejos, desconfiado...

Verificó que estaba despierto por el dolor de las piernas y por el miedo que le dio la visión. La cresta del sol asomaba ya por encima del bosque verde, y una bandada de periquitos se lanzó a atravesar el río. Los otros dormían sosegados, el indio surgido de la noche, sin que nadie supiera cómo, y Olga la del bar... Si los diamantes hubiesen estado con ellos, Mané ya no lo habría dudado: un par de tiros y adiós, selva adentro. A él que no le hablasen de marchas por el bosque, que tenía callo en los pies

de tantas como había hecho.

Pero los diamantes no estaban, habían vuelto a los fondos oscuros de donde nunca habrían debido salir. Se alegró de que hubiese sucedido lo que tenía que suceder; hasta le dieron ganas de reírse porque todos se habían quedado sin nada después de haber deseado tanto el tesoro (él había llegado a imaginarse cruzando su pueblo en un descapotable americano, sonriéndole a la gente y al cura, con dientes de oro bien a la vista en los sitios donde le faltaban los de verdad...)

Se sentó. Se frotó las piernas. Se dijo que habría sido un sueño la visión que había tenido, que se habría adormecido unos minutos sin darse cuenta. Y volvió a lo que importaba: a cavilar que ahora sólo les quedaba escaparse de Machado, evitar que los pillase y les diese tortura para que dijeran donde ocultaban el botín que, en realidad, habían perdido. En un instante recordó a aquel Emérito que robó dos diamantes: cuando lo cogieron, lo amarraron boca abajo a una tabla que tenía una abertura por la que salían las partes del infeliz. Le hicieron una raja en la barriga y, cuando salió sangre, lo echaron al río. Las pirañas se le comieron todo, y no volvió a ser hombre; quedó amarillo y sin voz. Un día se ahorcó.

Pero nunca dijo dónde había guardado los diamantes...

Olga se movió en la estera donde dormía. Olga era una hembra espléndida que bien se merecía Regueira y no el indio de mierda, codicioso, que le había estropeado todo con su prisa. Aunque, bien mirado, no tenía nada contra Chico. De nada podía culparlo porque, en el fondo, siempre había sabido que la locura de la "piedra pagoda" iba a acabar en nada: él había sido buscador y comprendía que un golpe de fortuna así era desproporcionado, una quimera.

Lo que importaba a aquella altura era cuidarse de la gente del pueblo que viniera detrás de Hocico de Ratón. Él no era Emérito y no pensaba morir como el desgraciado, después de tanto vejamen.

Había que ocultar la canoa, eso era lo primero. Así que paseó la mirada hasta dar con una buena ramada. Se levantó con intención de llevar allí la canoa, y, al hacerlo, notó que le faltaban las fuerzas, que sus piernas recias, capaces de atezar el cuerpo del potro más loco durante la doma, empezaban a flaquear con tanta vigilia.

Y, encima, no tenía aguardiente para darse ánimos.

Comenzó a descender hacia el arenal. Notaba que la cabeza se le escapaba del cuerpo, como si la cabeza le anduviera en una cosa y el cuerpo en otra, alejado, insensible. Las piernas le quedaban lejos y los pies se arrastraba por la arena allá tan abajo... Su padre, con delantal y sombrero de cuero, el ala levantada sobre la frente, quemaba las espinas de los cactus en una lumbre. Estaba anocheciendo y las llamas hacían chispear el sudor en la cara del vaquero. Detrás de él, un rebaño de fantasmas con cuernos, puro hueso y piel, aguardaba con ansia por los cactus medio churruscados...

Mané se tocó los brazos, se palpó, miró el sol y el río, el agua marrón contra la arena blanca y un cardumen de pececillos rojos que saltaban contra la orilla. Tenía que dormir, su tierra quedaba a cientos de leguas y su padre, pobre, llevaba años muerto.

Se quitó las sandalias y se metió en el agua, se echó agua por la cara y el cuello y volvió a repetirse que los sueños sólo eran eso, sueños; y que cuando las cosas pasan o pasa la gente, ya pasaron y nada más: es de locos hacer caso de lo que ha muerto.

Volvió a sentir que su cabeza estaba lejos de los pies, que se le iba... Y el vértigo se apoderó de él. Subía, subía, ascendía sin que nada debajo le amparase la caída; la arena se perdía en la distancia.

Entonces decidió matar el engaño: se agachó a tocar la playa.

Y las manos bajaron, se le desprendieron y se quedaron en la arena sin que pudiera recogerlas por más que lo intentaba.

Un golpe de sangre le nubló la vista y apenas llegó a percibir que se caía, que su costado se golpeaba contra el suelo.

Cuando se despertó, Mané sintió un bienestar y una quietud que pocas veces había disfrutado en su vida. Al incorporarse notó que tenía mucha arena en el pelo y en la cara, que el viento ya había empezado a soplar y que había estado durmiendo poco tiempo, no más de una hora por la altura del sol. Se alegró de no haber soñado nada y de que el viento, madrugador, trabajara contra los que venían a darles caza. Todo era para alegrarse, pero tenían que espabilar si no querían que los cogiesen.

Se puso en pie. Ya no le parecía tan grave aquel temblorcillo en las piernas. Olga y Chico seguían dormidos cuando todo parecía espabilado por el viento: en el río saltaban peces grandes, y zancudas y garzas danzaban por el cielo.

Bien, había que esconder la canoa. Y convenía averiguar dónde se encontraban para calcular como debían seguir.

Algo en lo que aún no se había fijado le llamó la atención: la playa no daba a la vena mayor del río, sino a un canal; al otro lado del canal había una barra baja donde rompían las olas... Tal vez había sido aquella barra la causa del desastre: el imbécil del indio se habría arrimado mucho a una rompiente.

Mientras se dirigía a la canoa, intentó recordar con detalle lo que les había pasado; pero sólo recordaba la ola y el cuerpo de Regueira sumergiéndose. De lo que sí estaba seguro era de que, después del golpe de agua, no habían remado mucho; y de que habían llegado a la orilla retrocediendo. Debían de haber contorneado la barra, y menos mal que no habían encallado en ella durante la virada.

Observó la barra. Sobre la loma de arena paseaban gaviotas en procesión y había un tronco negro pintado de rayas blancas con el excremento de las aves. Como aquello le llamaba la atención, y como era un buen sitio para examinar la costa y

hacerse idea de a dónde estaban, echó la canoa al agua y cruzó el canal.

Encalló y saltó, varó bien la canoa y caminó mirando. Al pasar junto al tronco le gruñeron las gaviotas, molestas por la invasión, y de su cuerpo adueñó un temblor muy fuerte, distinto del que le había atacado las piernas:

Aunque no lo creyese y dudara si se trataba de otra visión como las que ya había tenido, delante de él, medio enterrado en la arena...

Estaba Regueira.

Era Regueira, ahogado.

Se detuvo. No por miedo a un muerto, sino para pensar qué debía hacer: tenía que vaciar aquella bendita cartuchera del piloto, guardar bien escondida la bolsa, acabar de cubrir el cadáver con arena y volver con los otros sin soltar palabra. Continuaría tranquilamente con ellos —siempre lamentando la gran pérdida— y tendría compañía y ayuda para remar hasta que encontrasen un puerto y un vapor.

Esbozó una sonrisa de triunfo y avanzó un paso, después otro, mientras el corazón le latía violentamente.

Según avanzaba por la arena, se le empezó a elevar la cabeza, separándosele del cuerpo... Pero no, eran figuraciones, la gente decía que la falta de un trago hace que uno se sienta así cuando tiene mucha necesidad...

Un paso más. Ya estaba encima del muerto. Se arrodilló sin sentir las piernas y percibió con dificultad que le fallaban y caía de golpe. Regueira tenía una mano debajo de la nuca, los ojos cerrados, la boca entreabierta y... —¡no podía ser!— respiraba.

Mané se restregó los ojos lacerados y miró aquella cara cubierta de una barba espesa y dura, barba de blanco, rojiza. La cabeza se le iba de mirarla desde tan alto. Apretó los puños: a pesar de todo sentía las manos, sentía sus propias manos y debajo de la barba del patrón estaba su pescuezo, el tubo por donde le entraba aire y vida al cuerpo.

Juntó las manos formando un arco, con los pulgares hacia dentro, tocándose.

Y no vio más porque una nube de arena lo cegó.

Al instante rodaba, caía de espaldas y, cuando volvió a ver a través del mareo, lo miraban desde arriba los ojos desorbitados del piloto, con las pupilas verdes orladas de sangre. De la barba roja caían granos de arena que le hacían a Mané cerrar los ojos y lagrimear.

Intentó moverse, pero no podía. Un mundo le pesaba en el estómago, y tenía los brazos presos.

Era su fin.

Cruzaron el canal y escondieron la canoa con cuidado. Regueira daba órdenes como siempre, pero ya no era lo que había sido. Estaba delgado; en el cuello, donde

había tenido la piel tersa, ahora la tenía flácida y con arrugas; y tenía aquellos ojos de brasa que metían miedo. Mané se alegraba de que el patrón se estuviese consumiendo porque se consumía en su propia codicia. Si alguno de ellos era ruin y merecía una muerte de perro, ése era Regueira.

Mientras empujaba el tronco vacío de la canoa con las piernas, que apenas gobernaba, recordó que el piloto siempre lo había tratado con desprecio, que nunca había recibido de él un regalo o un cariño que no fuese buscando una mejor obediencia. Nunca le había dado por dar, nunca.

Y ahora le perdonaba la vida cuando lo debería matar. Si lo hubiera liquidado en la arena de la barra, aún se lo habría agradecido; porque así al menos demostraba que lo tenía en cuenta. Pero no, lo había apartado como quien ahuyenta un mosquito que sólo molesta con su zumbido...

Al salir de la enramada notó que el patrón le preguntaba algo.

—Diga, capitán —lo obligó a repetir la pregunta.

—Que si están bien los otros.

—Sí señor, se han quedado durmiendo.

—Arranque una rama y vaya borrando las huellas de la canoa.

Mané se presuró a obedecer porque quería seguir a Regueira de cerca, para observar su expresión cuando viera a los mozos felices, durmiendo al sol como cerdos, despreocupados de lo que ya habían dado por perdido y pensando en un arreglito para sus vidas.

Porque los chicos tendrían preparado un apaño. Eran jóvenes y les hervía la sangre; eran hombre y mujer, macho y hembra en la soledad de la selva... Ya tendrían pensado todo: muerto Regueira, a él le dejarían que los acompañara mientras les fuese útil. Luego seguirían por su lado, a vivir del dinero que Olga llevaba colgando del cuello, un fajo de billetes que los pechos disimulaban debajo de la camisa...

Regueira daba zancadas, y caía arena pegada a su ropa húmeda. Mané intentaba seguirlo barriendo el suelo, pero apenas podía por culpa de aquella condenación de piernas bailonas. Tenía la garganta seca y se imaginó bebiendo un trago caliente y dulce de ron blanco, de buena caña destilada, aquella cosa bendita que resucitaba a un hombre de las peores miserias... El patrón seguía y seguía. Ahora se sacudía la arena, se alisaba el pelo, se ajustaba el cinturón, palpaba la cartuchera con los diamantes... Mané se paró. Aunque no quería, estaba viendo de nuevo la laguna seca de su pueblo. Habían pasado los días, y el fondo de la laguna ya no era fango, sino tierra suelta, pisada y repisada. Y al pisar en ella se levantaba una polvareda castaña clara, verdosa a veces, que llenaba las grietas de lo que había sido fango. En el punto más bajo habían excavado un pozo, que se había secado, y dentro de él habían vuelto a cavar otro, de donde manaba el limo verde. Una fila de gente esperaba con calabazas mirando al cielo, porque había nubes. Algunos de los que hacían cola en espera de

que el limo recobrase el nivel, cogían para leña los últimos palos de los arbustos que crecían con la raíz en el fondo de la laguna seca...

—¿Te pesa mucho? —era la voz del piloto, que se dirigía, cariñoso, a Olga—. Si quieres, espera, que ahora vengo a ayudarte.

—No hace falta, Carlos; me arreglo yo sola.

Regueira llevaba las armas y las latas de munición, y detrás iba la muchacha con el cabello rubio al viento y un brazado de cosas envueltas en una pieza de lona. Detrás de ella, Chico transportaba un montón de cacharros de la estiba.

Y ninguno miró a Mané, que estaba allí en la playa, de pie en medio del arenal, no agachado para coger agua en el fondo de la laguna que el sol secaba sin piedad. Pasaban a su lado en el ajeteo de trasladar el campamento de sitio y ni siquiera se fijaban en él...

Bien, muy bien, señores: cierto que estaba débil de piernas, de piernas nada más, y necesitaba un buen trago de aguardiente para ponerse a funcionar. Pero que no se descuidaran porque ya se había visto metido en otras trampas y fechorías y, si no había caído en ellas, tampoco iba a caer en ésta... Que anduviesen con tiento, que ya dijo Dios "cuidate y yo te cuidaré".

Sin mirar mucho al suelo para evitar el vértigo, avanzó paso a paso hasta los restos de la hoguera y los cubrió de arena. Y con el ramo que llevaba en la mano barrió las pisadas de los otros en la playa... ¡Que se confiaran! Los diamantes eran suyos porque él los había arrancado de la chapa de oro de los indios (lástima no haber arrancado también la chapa, que era otro golpe decente). Que lo dejaran de lado como un despojo y ya lo lamentarían, si les daba ocasión de lamentarse...

Olga fue la única que le habló después de un rato:

—¿Qué tal, Mané?

—Bien, señorita.

La moza hacía fuego bajo la enramada mientras los otros cuchicheaban apoyados en la canoa: estarían tramando algo. Mané calló, se sentó y contempló la extensión de agua terrosa que el viento irritaba. Sentado, no notaba el temblor de sus piernas y allí, metido en la sombra, le parecía menos perversa la sequedad de la garganta... Que no lo entendiesen mal, que era hombre para mucho y más, que con las piernas flojas y sin aguardiente podía hacer muchas leguas por la breña, muchas leguas, muchísimas sabiendo lo que llevaría consigo...

Pensaba volver a su tierra. Allí no todo era falta de agua y miseria. Tenían también años buenos en que el maíz crecía tanto que ocultaba a un hombre a caballo, años de vacas gordas que daban gusto, y rodeos y concursos: becerros volteados por el rabo, potros que sólo se dejan domar por los tipos más tiesos, más duros, más resistentes... Tieso y duro era él, y por eso le habían dado un mal consejo: "Mané, para un tipo como tú hay mejores cosas que esto del ganado. Es cuestión de bajar

hasta la boca del río, montar en un barco, y adiós... Los hay que mueren pero los más recios aguantan y acaban haciendo fortuna"...

—Es agua, Mané, es agua —le insistía Olga—. Es agua para beber con la comida.

—Disculpe, señorita —se dio cuenta de que estaba alargando la mano a la botella de aguardiente que había junto a Olga, y de que la mujer había advertido que él buscaba lo que ya no contenía el recipiente...

Comieron un poco del tasajo que les quedaba y un puñado de harina húmeda mientras hablaban, los otros tres, de lo que les faltaba para llegar al Rápido. En adelante, el río se estrecharía y las aldeas de pescadores se irían juntando. Si la gente de Machado se les había adelantado, en todas las aldeas habría indios pagados al acecho y perros amarrados a la orilla de las barrancas, olfateando. Debían navegar por el centro del río y teniendo siempre en cuenta lo que la luna fuera a hacer.

Los tres parecían contentos, cómplices, confabulados. Mané vio claro que ya no les servía y que en cualquier momento se desharían de él. Bebió agua con asco — porque era sólo agua, y tibia— y se preguntó cuál sería el plan de cada uno para acabar con los demás... El indio habló de arponear peces a la puesta del sol, y Mané comprendió en seguida el propósito de aquel demonio: no había pescado para el almuerzo y, así, habían tenido que gastar una tira más de carne: quería asustarlos con el hambre. Sabían que no podían cazar a tiros y que dependían del sigilo de sus flechas... Con seguridad, Regueira pensaba que podría aguantar mucho más sin dormir y remando, siempre ojo avizor en la traición que le preparaba Chico, siempre con el cinturón sobre los riñones, siempre con los diamantes y el revólver en el cinturón. Y Olga... Ésa era una ramera fina y sabía sacar provecho de la estupidez de los otros dos. Ya los estaba encizañando, les repartía migajas de cariño falso a cada mirada que les dirigía...

Le volvía el torpor de la siesta y se sintió fortalecido por lo que había comido, al tiempo que ansiaba beber y gozar el picorcillo del aguardiente metiéndosele en la garganta, en la nariz, curándole las grietas de los labios secos... No había aguardiente ni servía de nada lamentarse de haberla guardado. Cada cosa debe disfrutarse en su momento, y la noche anterior había tenido que beber después de la zozobra.

Se acostó. Estaba incómodo, el viento levantaba torbellinos de arena que, después, le daba en la cara y se le metía por los oídos. A los demás no parecía molestarlos la arena. Regueira y la muchacha fumaban mirando el techo de ramas y hojas mecidas por el viento. Chico preparaba puntas de flecha.

Que se confiasen...

Cerró los ojos para evitar la arena. Quería tener sosiego y no podía; una modorra se le derramaba por todo el cuerpo, pero el deseo del líquido que calienta las tripas y el corazón le hacía inquietarse. Era inquietud contra sosiego: luchaban dentro de él, venían y se iban como olas que lo cubriesen y luego lo dejaran al descubierto...

"Mané, vete de aquí; aquí nunca tendrás más que un quinto de los becerros que le nazcan al patrón, y tú te ocupas de todos; cuidas de lo que no te pertenece ni nunca te va a pertenecer"... Que se descuidaran, que ríe mejor el que ríe el último. Cuando estuvieran cerca del Rápido, tomaría precauciones y saltaría a tierra con lo que le pertenecía.

Arenas que le golpeaban el oído, ramas que se golpeaban entre si. A veces caían del ramaje frutos de esos que los peces saltan a coger cuando el río va lleno... En el pueblo en que había nacido Mané, la señora Cornelia era entendida. Delante del cementerio, todo blanco, colocaba piedras blancas de sal sobre el suelo amarillento. Las piedras quedaban allí hasta la mañana siguiente. Cada una representaba un mes, y la que apareciera mojada de rocío indicaría lluvia fija en ese mes.

Un día de desesperanza en tiempo de sequía grande, se levantaron todos al alba y rodearon las piedras de sal. Cornelia, con un paño verde en la frente, trajo un ramito de hierbas del camposanto, bendijo con él las piedras, las fue cogiendo, las palpó y concluyó:

—Habrà lluvia para San José. Y se secará tan pronto como toque el suelo.

Algunos se marcharon ya aquel mismo día. Vendían todo por cuatro cuartos. La madre de Mané compró cosas de vestir de aquellos primeros emigrantes.

Para San José aparecieron las nubes y hubo una procesión lindísima de rogativa. Y cayeron gotas gordas, que marcaban en el suelo redondeles que desaparecían en seguida. Las tontas de las gallinas iban a picar en los redondeles mojados.

El padre de Mané mandó matar la última cabra y salar la carne. Hicieron unos envoltorios con los trastos, y el padre clavó la puerta de la casa con puntas. La madre lloraba con el pequeño en brazos y la caja en la cabeza.

El perro iba detrás.

Quemaba el suelo. A la orilla del camino, todo eran caballos y vacas muertos, secos, los pellejos rotos por la parte de la barriga. Los buitres miraban a la gente pasar encaramados en los árboles sin hojas.

Por las noches, la familia dormía en casas abandonadas.

Y seguían caminando, con el perro detrás y el sol encima.

El sol calentaba la tierra y de la tierra subía un vaho mezclado con la polvareda que quitaba el aliento. La madre le decía al padre que cogiese a Mané en brazos. El padre decía que no podía con tanto peso.

A veces le daba la mano.

Mané se quedaba retrasado. La madre caminaba, y las bolas de su trasero subían y bajaban; el padre caminaba y también le bailaban las nalgas a cada paso. Iban lejos, y Mané no podía respirar. Pero se distraía viendo los pasos y las posaderas de sus padres.

Hasta que cogió miedo porque los padres iban muy lejos y él no tenía fuerzas para

correr, ni siquiera para gritarles.

Entonces, la madre se dio cuenta y le gritó algo. El padre dejó los bultos, volvió y lo levantó del suelo, que ardía; lo levantó y le hizo caminar, hasta que tropezó y cayó, y su mano sudorosa resbaló dentro de la mano sudada de su padre, que seguía y seguía, cada vez más lejos...

—¡Está delirando! ¡Calle, desgraciado! —era de nuevo la cara barbuda del piloto allá en lo alto—. ¿Por qué tiene que hablar de Chaves ahora? Cállese, cállese ya...

Regueira volvió a su lugar en la sombra. Mané se incorporó sobre el codo. El sol descendía hacia el verde oscuro y lejano, y los dos estaban solos en la enramada. Los muchachos habían ido a refrescarse a la orilla del río.

A la puesta del sol, un bando de avispas entró zumbando en la enramada, y Regueira mandó que se instalasen fuera, pero no lejos del cobijo.

Así lo hicieron, y en los movimientos parecía dominar la alegría. Hablaban todos, atropellándose, y hasta le dirigieron la palabra a Mané, lo que él consideró como un engaño para que se confiara y cayese más fácilmente en la celada que debían de estarle tendiendo.

Idiotas que eran, porque la flojera de las piernas ya se le estaba pasando con ayuda del sueño (al pensar en el sueño se acordó de la pesadilla de la sequía y sacudió la cabeza para desecharla). Sentía fuertes sus piernas, y se le había pasado la necesidad de echar un trago.

Aún no podía hacerles lo que se merecían. Así que se sentó sin más a ver qué pasaba. Le temblaban un poco las piernas, pero no importaba. Debía de haber soñado con Chaves en voz alta y por eso le habría gritado Regueira, porque tampoco él podía olvidar lo que habían hecho con el doctor.

Olga le pasó a Mané un cigarro de su paquete. La moza se lo afreció con tanta naturalidad que a él le costó trabajo creer que lo hacía con trampa. En el Paraíso, Olga tenía fama de buena compañera...

Con la última luz del día, Chico ensartó un pez. El lomo de la presa brilló reflejando la luz cárdena que se agotaba, y el indio habilidoso no la dejó escapar. Volvió con el animal, que agonizaba batiendo la cola, y lo enseñó triunfante. Mané se reafirmó en las intenciones del muchacho: siempre que pudiese, les iba a mostrar que el alimento dependía de él...

De noche ya, estaban preparándose para la cena cuando Chico ordenó de repente:

—Cállense... —en un gesto rápido volvió la cara hacia el río y se puso a escuchar. Y en seguida ordenó:— recojan las cosas y métanse debajo de la ramada... —todos miraron hacia la lumbre, testimonio difícil de esconder, y Chico pareció entenderlo —: Yo me quedo, ya me las arreglaré...

Se metieron en el escondrijo arrastrando esteras y utensilios de comer y, mientras

se acomodaban, vieron como el indio se desnudaba hasta quedarse sólo con un cordón que le ceñía la cintura y bajaba para sujetarle el sexo. Lanzó el pantalón lejos, colocó el arco y la flechas a su lado y se puso a comer del pescado abierto en el asador de palo.

Por encima del rumor del viento, que soplaba en contra, llegaron voces:

—Una hoguera, mira, allí...

—Eso es un indio...

En la ramada zumbaban las avispas. Mané se subió el cuello de la camisa esperando lo peor: que le picasen muchas, tantas que lo matasen; y, antes de morir así, él moriría matando. Ya estaba harto de esconderse.

Se le ocurrió una idea con tanta rapidez que casi no la pensó. Sabía que era una buena idea, pero —se respondió— antes había que ver quiénes eran los que venían de visita, y si podía confiar en ellos más que en sus compañeros del momento.

—Arrima —ordenaba la voz desconocida—. Métete ahí, arrima... ¿Has visto? Es un indio.

Era una canoa con dos tipos que vararon y saltaron a la playa. La hoguera permitió verles el tipo de buscadores: el pantalón y la camisa de almacén y el sombrero de lona bien asegurado con su barboquejo.

Se acercaron al fuego y Chico no se movió. Los miró con cara de indio bobo que nada entiende de las maneras de la gente civilizada. Confiados en la apariencia de Chico, los tipos dejaron los rifles en la canoa... Las avispas zumbaban, y también se oía la respiración de Olga y de Regueira. Y un chasquido metálico que Mané reconoció inmediatamente: el aviador montaba el revólver.

Se creyó en el derecho de hacerle una advertencia y le susurró:

—No lo haga, que pueden venir más canoas detrás.

—Cierre la boca —respondió Regueira entre dientes.

Uno de los hombres que acababan de llegar se dirigió a Chico:

—Pescadito rico, ¿eh?

El indio tendió la mano hacia el lomo que todavía goteaba grasa:

—Pacú —contestó, invitando y explicando la naturaleza de su presa.

Los dos recién llegados se pusieron en cuclillas, uno sacó el cuchillo y le dio un corte al pescado. Lo probaron, y el que había hablado primero reanudó el diálogo:

—¿Me entiendes?

—Yo entiende —afirmó Chico imitando el habla confusa de los indígenas.

—¿Hace mucho que andas por aquí, por esta ribera?

—No entiende yo.

El buscador miró a su compañero con una sonrisa de desprecio:

—¿Sabrá qué es "tonto"?

—Pregúntale...

—Vamos a intentarlo de otro modo... ¿Sabes lo que son "hombres"?

—Hombre —repitió Chico con un gesto de asentimiento.

—¿Y "mujer"?

—Mujé —ahora Chico se apuntaba a un ojo y luego apuntaba al río, aguas abajo.

Una expresión de sorpresa apareció en la cara del que lo interrogaba:

—¿Has visto a dos hombres y una mujer?

—Yo vio.

—Ajá, ¿y cuándo?

El indio apuntó al cielo estrellado... Aquel Chico era un artista del engaño. Mané se preguntó a cuánta gente habría engañado ya con su arte de ser salvaje y civilizado a la vez. Estaba en su mano engañar a quien quisiera...

Los hombres hablaron entre si en voz baja. Echaron mano del pescado y se lo comieron. Uno se acercó a la canoa y volvió con unas trébedes, un pote y una bolsita de café. Y una botella de aguardiente... Aguardiente, ron, caña bendita: Mané sintió que le temblaban las piernas, que la lengua acorchada se le pegaba al paladar. El corazón le golpeaba con fuerza las costillas mientras los hombres se pasaban la botella y bebían, y se secaban los labios con la manga de la camisa para volver a beber.

La idea que había cruzado por su mente como un relámpago, la de pasarse a ellos, se transformó en otra que lo impulsaba a actuar inmediatamente, echando mano a la empuñadura del machete.

Regueira debió de darse cuenta y le gruñó en voz baja:

—Quieto, imbécil. No estropee la función.

Y quieto se mantuvo, pero rabioso, porque las avispas zumbaban revoloteando entre las hojas. Alrededor de ellos andaban mil agujijones dispuestos a clavarse en su carne mientras aquellos tipos bebían café y aguardiente.

Chico les pidió tabaco por señas; y le dieron un cigarrillo liado. Chico lo encendió con un tizón y fumó sin tragarse el humo, que echaba fuera con asco. Los buscadores reprimieron una carcajada, y el que interrogaba volvió a su labor:

—Dos hombres y una mujer, ¿no?

El indio asintió entre vaharadas de humo.

Apuntando al cielo, el interrogador concretó:

—¿Anoche? ¿Ayer?

Chico volvió a asentir.

Entonces, el que había llevado los utensilios del café los recogió y fue a la canoa, para volver con dos rifles y una linterna de cazador. Sobre el zumbido enervante de las avispas, cada vez más próximas, Mané oyó el murmullo del piloto:

—Métanse detrás de la canoa.

—Las avispas... —intentó resistirse.

—Venga, que nos van a ver...

El haz de luz avanzaba, un hombre andaba con él mientras otro se quedaba atrás, ya en pie, y lo seguía con la mirada al tiempo que observaba de reojo al indio engañoso.

La luz incidió en la canoa escondida, y el buscador que avanzaba con ella dio el aviso:

—¡Están ahí! ¡Están ahí!

De nada le sirvió avisar: cuando se volvió hacia su compañero, fue para verlo caer atravesado por una flecha; y ya el arco del indio volvía a curvarse. Tiró la linterna al suelo para hacer uso del rifle...

Una segunda flecha no le dejó disparar.

No cayó en el acto: abandonando al compañero, que agonizaba en la arena entre estertores, fue tambaleándose, tropezando, hasta caer de bruces en su canoa... Y Mané olvidó el peligro de las avispas, bichos con el instinto ruin de perseguir a cuanto se mueve, y atravesó la enramada, palos, hojas y espinas que le herían los brazos y la cara. Sin preocuparse de los arañazos ni de la debilidad de las piernas, corrió playa abajo... y, antes de que los demás llegaran junto a él, toda su boca estaba llena del ardor de la caña.

Bebió metido en la canoa de los sabuesos, mirando al cielo tachonado de estrellas, unas separadas, otras juntas y menudas, formando borrones, polvo de luz.

A su alrededor, los otros trajinaban. Vacieron la canoa. Olga comentó que los sujetos llevaban poca comida. Regueira dijo que el viento trabajaba contra todos por igual, y Chico advirtió que tenían que salir pronto, que los tipos habían hablado de que otros los seguían muy cerca. Debían de venir varias canoas compitiendo para ver quién daba primero con los diamantes...

Mané bebía, le entraba el calor por las venas... Era un calor bueno, de verano con lluvia. En plena fiesta de los vaqueros —donde, de repente, estaba—, el cielo comenzaba a llover lágrimas de alegría. Todo el mundo reía en el corral, la lluvia cegaba a los jinetes y a los caballos, pero todos seguían corriendo. En la protección del palco, las hijas del coronel Maia, el hacendado más rico, eran como santas de estampa: vestidos blancos y vaporosos, ojos grandes de locura...

Desnudaron los cadáveres para ayudar a las pirañas y echaron los harapos al fuego.

Dos más en la cuenta de los diamantes, calculó Mané.

Chico aseguró que el hombre de la linterna los había descubierto en la ramada por el blanco de los ojos. Los tipos eran buscadores pero también debían haber andado cazando, porque sabían cómo se descubren los bichos en la noche: los denuncia la mirada.

Para otra vez, ya sabían: a cerrar los párpados venciendo al miedo. No debían

olvidarlo, que bien podría presentárseles la ocasión.

Los "cintos de corteza"

La mañana rompía poco a poco por delante de ellos. El viento había cambiado su ritmo durante el día anterior comenzando a soplar temprano, y había llegado a la tarde apaciguado... Les había dado un respiro; llevaban toda la noche remando en un esfuerzo con provecho que los animaba a olvidarlo y seguir.

El sol se mostró primero como resplandor sobre las aguas arrugadas. Luego fue disco rojo que surgía del horizonte del río. Regueira mandó buscar cobijo, y los músculos de Uruá, que remaba a proa, obedecieron la voz del piloto sin mediar pensamiento alguno: estaba demasiado cansado, le escocían los ojos y un torpor general le adormecía cualquier sensación.

Miró la costa: playa, barranca, raíces al descubierto, columnas de madera, lianas... En algún punto se quebraría la muralla dando entrada a un túnel, a una charca interior... Al volver la cabeza para comprobar si la posibilidad de varar se les había quedado a popa, vio al aviador en el puesto de timonel, con los ojos perdidos entre la barba roja, que, más espesa cada amanecer, amenazaba cubrirle el rostro entero con su vigor. Delante de Regueira, Olga iba doblada sobre si misma, con el pelo rubio flameando al viento, y parecía dormida, aunque sin duda estaba despierta. Uruá no alcanzó a ver a Mané, pero sentía su tufo inmundos a la espalda...

—Allí —sonó en un susurro la voz firme de la mujer, y Uruá, cada vez más seguro de que Olga era gente de selva, divisó la boca del túnel siguiendo la dirección que ella indicaba.

Pusieron rumbo hacia allí y se metieron, silenciosos, por la alta caverna de ramas y hojas: vena de agua tranquila, pendiente de arena, tallos cercanos donde amarrar la canoa... Saltaron a tierra. Los rayos del sol llegaban oblicuos por la boca del túnel y teñían de naranja la bóveda vegetal que cubría el brazo de agua. El trecho de arena era amplio, y curvado de manera que nadie podría verlos desde el río:

Podían descansar tranquilos.

Cada cual fue a buscar un sitio donde acomodarse, donde dejar de ver a los otros para olvidar la compañía forzada en que seguían aguas abajo.

Uruá se preparó una cama en la arena: excavó, hizo un montoncito para la cabeza

y echó su estera. Después, restregándose los ojos castigados por la falta de sueño y la obstinación del viento, fue a vaciar la vejiga.

Para que Olga no lo oyese, se dirigió hacia el bosque cerrado.

Mientras se metía entre las plantas, pensó de nuevo lo que ya venía pensando desde la resurrección de Regueira: que el golpe de fortuna tenía que ser cierto, que no podía fallar porque con los diamantes venía un hechizo bueno... Tras la caída del capitán, Uruá se enfadó consigo mismo por su descuido, y se resignó a perder el tesoro. Pero, después del desastre, vio en sueños que los diamantes serían suyos. Y lo despertó Regueira en persona...

Se desabrochaba el pantalón, diciéndose que ocultarse para orinar era un prejuicio adquirido de andar entre blancos, cuando, de repente, olvidó la necesidad por culpa de unas hojas muertas en el suelo. Se agachó, movió las hojas de donde estaban, las cogió y las olió. Levantó la vista y miró a cierta distancia de ellas. Se levantó y dio un paso, y otro, y otro... Seguía huellas recientes, marcas de pies descalzos, anchos y cortos. Eran claras en la playa: una docena de ellas impresas en la arena. Y volvían a meterse en la selva.

Por allí andaban cazadores, "cintos de corteza" en concreto, por el aroma del aceite que iban dejando donde tocaban sus cuerpos...

Al levantar los ojos de la arena, se encontró con los de Olga. Recostada en su estera, la moza lo miraba; y lo veía quieto y pensativo, en silencio. Lo quería perforar con sus ojos claros y lo interrogaba en silencio. Uruá le volvió la espalda y la dejó sin la explicación que ella quería, por miedo a dársela.

Andaba alrededor una tribu de cazadores que la seca había traído a la orilla del río. Mientras orinaba, los imaginó como los había visto en ocasiones: mirándolo a él con sus sonrisas uniformes de boca estirada y estúpida bajo un cuenco marrón de pelo pegado con barro. Los "cintos de corteza" tenían mucho de demonios: no conocían la piedad, remataban a los heridos y a los indefensos por gusto, y su única diversión era dar saltos alrededor de un fuego. Admiraban a las tribus del río porque los pescadores tenían perros y sabían hacer cabañas y máscaras para las fiestas. Pero también recelaban de ellas porque sabían fabricar canoas, nadar y remar.

Era mal asunto tener cazadores cerca. Uruá pensó avisar a Regueira, pero desistió. Era mejor que el hombre estuviese tranquilo y confiado. Además, aquellos cazadores no atacaban si uno no se acercaba demasiado a su campamento. No codiciaban nada de los civilizados, salvo las cosas de brillo. Y ya habían experimentado sus balas, que la magia de los cintos anchos de corteza con que se envolvían no podía repeler.

Le ardían los ojos. Los pocos rayos de sol que llegaban a la playa a través de la masa verde eran para Uruá como un latigazo en sus pupilas... Una última mirada mientras acomodaba el cuerpo para el sueño le descubrió al contraluz de la entrada del túnel la silueta del tronco y la cadera de Olga, a Regueira recostado en un raigón

con el rifle sobre las piernas, y a Mané en cuclillas, quieto. El mulato andaba mal de la cabeza, soñaba desasosegado, ponía ojos de espanto por cualquier motivo, y decía cosas a medias, pronunciaba nombres que tal vez sólo él conocía... Ya le faltaba poco para que lo despacharan las pirañas.

Y se durmió vencido por el cansancio, sobresaltado por el guirigay de los animales que despertaban con el sol: gritos, trinos, gorjeos que rompían la línea del sueño... En duermevela, oyó los balbuceos locos de Mané, el zumbido de sus flechas y el golpe de las cañas en los cuerpos de los buscadores; hasta sintió el impacto sordo de la porra en la cabeza de Hocico de Ratón. Y palpó a Kaunú, su desnudez tersa; vio sus pechos saltando graciosos al correr, y el cinturón de conchitas blancas contrastando con la oscuridad de su piel. Pero quien se le aparecía de verdad en el sueño no era Kaunú, virgen lejana, sino Olga, mujer de mucho mundo y, tal vez, de muchos hombres, próxima y compañera.

También repitió en sueños el pensamiento que de continuo ocupaba su mente, por encima o por debajo de las demás cavilaciones: Regueira, una vez resucitado, era el gran enemigo a batir. Todos habrían pensado como acabar con los demás, pero el aviador era un tipo fiero, con revólver —y diamantes— al cinto...

La duermevela acabó con la visión de Regueira apuntando con el cañón de su pistola a alguien que se negaba a aceptar que era "Chico", pero lo era, lo era, lo era... Después Uruá cayó en un pozo sin fondo durante mucho tiempo y, cuando se despertó, por la manera de filtrarse la luz en las hojas, comprendió que se estaba yendo el día.

Rodó sobre el costado y levantó la cabeza. Seguían escociéndole los ojos, y el aguijón del hambre se le clavaba en el estómago. Un pez saltó en el agua, y Chico pensó que debía pescar, preparar fuego y comer. Buscó con la vista a sus compañeros, que también tendrían hambre y estarían esperando los frutos de su habilidad.

La muchacha dormía de lado, acurrucada, con las manos debajo de la cara y las rodillas dobladas. La cadera de Olga volvió a recordarle que era hombre y que, a pesar de ser indio, blancas guapetonas como aquella se habían vuelto locas por él en los tiempos en que quería ser gente de ciudad. Y Olga, además... Por Olga sentía algo exquisito. Aquella mujer despertaba en él sentimientos contrarios y cada vez más fuertes.

El piloto dormía de una manera extraña, de bruces contra el suelo. Y Mané no aparecía.

Uruá creyó que el mulato andaría por los alrededores, murmurando cosas raras, como si la poca alma que cabía en su cuerpo enjuto necesitara abrirse a un camarada invisible... Mané estaría rumiando miserias en la playa; y el piloto habría caído rendido de sueño en cualquier postura, abandonando la guardia.

Entonces, volvió a la cabeza de Chico de Santa Apolonia el pensamiento que no

podía evitar: más tarde o más temprano tenía que hacerlo, y aquella era una ocasión inmejorable. No sería la primera vez que hiciese algo semejante. Recordó a Hocico de Ratón, visto a través de la máscara, maldiciéndolo con una chispa de odio en la mirada moribunda.

Se restregó los ojos por vicio. Lo hacía siempre que tenía que pararse a pensar, igual que los civilizados encendían un cigarrillo. El corazón se le disparó en el pecho como cuando tenía al pirarucú succulento acorralado en una poza y sentía el arco tenso, los músculos en espera.

Se levantó resuelto y se dirigió hacia el aviador. Al pasar, sigiloso, junto a la muchacha, se detuvo para observarla. Tenía la tez fresca, sonrosada; su blusa de hombre, entreabierta, dejaba ver un seno pálido...

"¿Sabes qué me gustaría, Chico? Bañarme. Tiempo de seca es tiempo de baño a la noche, en el agua tibia"... Uruá respiró hondo observando la respiración de Olga y recordando sus palabras sobre el baño, que él entendía muy bien; y continuó avanzando, procurando que el modo sigiloso de hacerlo no despertara sospechas en Mané, si el mulato estaba al acecho.

El corazón le latía con fuerza porque sabía que era su ocasión y no debía ni dudar.

¿Y Olga? No se atrevió a pensar qué haría con ella... Mané, de cualquier forma, tenía que morir como el perro que era.

A pocos pasos del piloto, se detuvo. Una barrera le impedía cualquier movimiento.

Uruá sabía lo que eso significaba: cobardías de civilizado. Pero él era un indio del que ni los del Servicio, ni el misionero, ni los frailes del internado habían conseguido que creyese de verdad en lo que ellos creían. No, no había ningún Dios viéndolo; sólo lo contemplaban el agua y los árboles, que no saben hablar; o algún animal, también mudo.

Y no iba a martirizar al piloto, no iba a buscar su sufrimiento ni a gozar con su agonía. Bastaba un golpe, nada más. El hombre no debía sufrir.

Dio otro paso con cautela. ¿Dónde estaría Mané? Giró sobre sus talones y miró alrededor con detención:

No había nadie.

Un paso más.

Otro.

Entonces sintió, percibió que lo miraban. Se volvió.

Olga, con la cabeza erguida, apoyada en una mano, y el codo hincado en la arena, lo miraba en silencio con sus ojos azules, fríos... Uruá notó cómo el corazón se le paraba, y, sin decirle nada a Olga, continuó hacia Regueira. Pero ahora pisando y arrastrando la arena con ruido.

—Buenos días, señor Regueira —lo saludó.

Por respuesta obtuvo un gemido:

El piloto se incorporó con dificultad. Le temblaba la cabeza y no lograba contener los quejidos. Un coágulo de sangre le bajaba de la frente a la barbilla. Con una mano se palpaba la cintura y con la otra arrastraba el revólver, intentando apoyarse para conseguir la vertical del tronco.

Una vez sentado, guardó el arma y, en tono de derrota, con los ojos fijos en el suelo y la greña caída sobre ellos, murmuró entre dientes:

—Hijo de perra, hijo de perra... Yo confiaba en ese hijo de perra. Nunca pensé que se atreviera...

Uruá oyó los pasos de Olga, y en seguida su pregunta angustiada:

—Carlos, ¿y los diamantes?

—Se los ha llevado...

¡Maldito mulato! Había huído. Había golpeado al patrón mientras dormía y se había fugado con las piedras... Uruá corrió hacia la canoa, presa del pánico.

La canoa seguía allí, y Uruá respiró tranquilo: el loco no se había arriesgado a llevársela. Tanta madera era demasiado peso para un sujeto como él. Mané sabía medir sus fuerzas porque era un hombre de la selva.

Por la arena buscó las huellas del huído. Las encontró, y también su rastro por el bosque. Volvió a donde sus compañeros.

—No podrá llegar lejos —les aseguró—. Ese tipo se ha vuelto loco. Está tan débil que no da para más...

El piloto seguía callado, mirando al suelo sin ver. También Olga miraba hacia abajo. Trazaba líneas con el pulgar en la arena, se agarraba y se soltaba la camisa y el pantalón, estiraba el tejido... Uruá volvió a pensar que era su ocasión: aquellas criaturas estaban a su merced, y Mané con los diamantes era presa fácil.

Pero no. Todavía no. Allí había hechizo. Él no creía en cosas de misterio de cristianos ni de indios; pero comprendía que a veces pasaba algo que estaba más allá de lo que se podía tocar; y ahora estaba viendo un caso: Regueira tenía hechizo.

Debían seguir hasta el fin con el hombre bienhadado por delante. Él le iba a ayudar a recuperar las gemas, a que volviese a guardarlas en la cartuchera, bien apretadas contra la cintura. Aún tenía que ayudarle a seguir contra el viento y contra todo, avanzando...

Ya se vería quién resistía más.

Él, sin duda. Uruá, nativo de Arabá-Irrí, era de raza de pescadores acostumbrados a remar sin término, capaces de danzar noches y días enteros deshaciéndose en sudor sin que el cansancio consiguiera doblegarlos...

—Señor Regueira, tendríamos que salir a la caza de Mané. El rastro está fresco todavía —y se calló la sospecha: que el mulato no tardaría mucho en tropezar con una partida de cazadores al acecho de cuanto se moviese por su territorio.

Olga esperó a que el aviador respondiera y, como vio que no lo hacía, intervino en tono firme:

—Tenéis que cazarlo, tenéis que cazarlo, —apretó los puños y miró el rostro ensangrentado de Regueira. Luego se alejó hacia la canoa.

Volvió en seguida con un trapo y una lata llena de agua; mojó el trapo, lo enjugó y limpió la brecha de la frente de Carlos mientras hablaba de comida: los hombres debían comerse los restos de harina y carne seca para reponer fuerzas; ella se arreglaría con algún pez que pescara. Tenían que comer y salir en busca del loco. Por ella que no debían preocuparse; si le dejaban un arma, sabría defenderse y defender la embarcación de cualquiera que se acercase, fuera bicho o persona.

El agua fresca en la cara y la determinación de la mujer parecieron devolver la vida al piloto. Hinchó el pecho con un fuerte suspiro, se levantó despacio y dio unos pasos por la arena, refunfuñando:

—Hijo de perra, peste de nordestino. Siempre me obedeció como un cachorro, siempre me fue fiel...

Olga les llevó las escudillas de cinc con las raciones menguadas de harina y tasajo. Le mandó a Uruá hacer lumbre para churrascar la carne. Fue a la orilla del agua y se puso a buscar con una flecha en la mano, agarrándola como quien ya ha arponeado muchas veces los lomos escurridizos de los peces... Olga no era una blanca de merengue: no temía a los animales, conservaba el ánimo como quien ya ha andado por el bosque, tenía artes para todo y sabía salir de las dificultades.

A lo mejor, hasta sabía distinguir el canto de una lechuza...

En cuanto la carne estuvo un poco caliente, se pusieron a comerla. Regueira masticaba con dificultad, en cuclillas frente a Uruá, al otro lado de la fogata. Se tragaba la comida y la rabia, sacudiendo la cabeza entre juramentos.

Uruá sintió pena. Los blancos se descomponían si les faltaban las comodidades, y ya daba miedo mirar al piloto: las barbas rojas con una mecha cana, los ojos enrojecidos y las ojeras, la greña larga, negra, con hilos blancos; y, por si fuera poco, la brecha ensangrentada... Realmente, Mané les había hecho una faena. Era idiota y se comportaba como un animal doméstico que el amo patea seguro de su fidelidad... Nadie podía imaginar aquella traición. Otra locura, sí; quizá que se tirara a las pirañas llevado por el demonio que llevaba dentro...

Y lo peor era que podía perder los diamantes. Uruá se lo imaginó en medio de la selva haciendo equilibrios para mantenerse sobre las piernas debilitadas. Lo veía abrirse camino entre las plantas con los brazos y el pecho, destrozando la ropa; después lo veía correr por donde el suelo sólo tenía hojas, en los trechos sombríos; y salir disparado cuando llegaba a un claro con hierba, para adentrarse de nuevo en la tortura de las hojas afiladas y las espinas. Y siempre bajo la mirada de las fieras y de los "cintos de corteza"... ¿Adónde intentaría ir?

Uruá se encogió de hombros ante su propia pregunta, porque los Gemelos quedaban aún demasiado lejos, y escarvó avaramente en lo que le quedaba de harina.

Después se levantó. El piloto también estaba terminando. Uruá fue a revisar la carga de un rifle que le dejó a Olga en la arena con un gesto de despedida. La moza respondió con otro gesto silencioso para no espantar a los peces, y continuó allí, persiguiendo a un incauto, aguijoneada por el hambre...

Uruá y Regueira, detrás de él, se adentraron armados en el bosque. Tallos rotos, hojas aplastadas, cañas quebradas, rasguños en las cortezas y huellas claras en el barro señalaban la pista del fugitivo.

Uruá la seguía observándola atentamente, y se preguntaba a cada paso a dónde pretendía llegar el pobre idiota. Y concluyó que no seguía un rumbo cierto, que sólo intentaba alejarse del río dejándolo a la espalda. Debía de guiarse por el sol, que se filtraba entre las hojas. Pero zigzagueaba, vacilante.

Uruá se adelantaba y, de cuando en cuando, miraba hacia atrás. Regueira lo seguía taciturno, sucio, greñado, consumido; tan distinto de la figura apuesta que le había parecido cuando lo conoció: el piloto del hidro, atildado, peinado, que aún conservaba los perfumes y los hedores de la civilización.

Ahora, el capitán Carlos Regueira era un pobre tipo herido y asustado, con el revólver al cinto, y en el brazo un rifle inquietante que podía disparársele en cualquier traspies...

Después de andar una hora o poco más, llegaron a un claro donde crecía hierba que se iba sumergiendo en una lámina de agua capaz de borrar toda marca de quien se metiese en ella.

Uruá se detuvo y se restregó los ojos para dar tiempo a que su cerebro ideara algo ante la nueva contrariedad. Regueira se paró detrás de él y estalló en un juramento.

El muchacho intentó tranquilizarlo:

—No desespere, señor Regueira, que voy a encontrar el rastro —y, temeroso de fracasar en su búsqueda, se frotó de nuevo los párpados lacerados.

La tarde declinaba y había que dar un rodeo muy grande para descubrir dónde comenzaba de nuevo la pista.

Uruá tuvo un momento de desánimo.

Pero la visión del piloto contemplando las piedras al trasluz de la fogata lo confirmó en la codicia de lo que no podía andar lejos... El fulgor de las gemas le hizo hinchar el pecho y sacudirse la plaga de mosquitos que salían del agua empantanada e iban a posarse en su piel, salada por el sudor.

Escogió camino de corazonada. Se metió por la izquierda, inclinado sobre el charco, en busca de tallos rotos que denunciasen de nuevo la huida. Apartaba mosquitos a manotazos y clavaba los pies con rabia en la cama de hierbas ahogadas.

El piloto iba tras él; sus botas de blanco torpe para la selva le hacían difícil

avanzar en la oscuridad del agua y producían un chapoteo lento, burbujeante. Uruá sabía que Regueira tenía miedo, un miedo que aumentaba paso a paso, con la sospecha de cuanto pudiera espiar desde el bosque la soledad del claro. Quedaba por ver cómo se comportaría si llegaban a enfrentarse con los "cintos" desnudos, sin más ropa que la faja de corteza de árbol y las plumas que les atravesaban el lóbulo de la oreja y el cartílago de la nariz. ¿Se quedaría helado de miedo o se pondría a disparar el rifle antes de que empezasen a lloverles las flechas?

Maldito Mané, maldito mil veces: ¡que se les hubiera escapado el estúpido de aquella manera...! Tenía que ser parte del hechizo. Los diamantes eran demasiados y llevaban consigo el hechizo, bueno y malo, una fuerza que hacía a los hombres actuar. Por ella, unos se mantenían a pesar de todo; otros por ella fenecían.

No había hechizos.

No se podía creer que cualquier cosa de melancolía o enfermedad fuera hechizo, como creía la gente de la aldea.

Pero estaba el nosequé que explica lo que acontece sin que se pueda entender, que causa estremecimientos en el cuerpo y hace enloquecer.

Eran muchos diamantes...

—Chico, Chico —la voz de Regueira, entrecortada de susto, hizo al muchacho volver de sus cavilaciones a lo inmediato. Levantó la cabeza, y sus ojos se encontraron con el cañón negro del rifle del aviador, que apuntaba hacia un lugar concreto.

Recelando del arma, se apartó de ella y siguió la indicación del piloto. Era un árbol apartado del conjunto del bosque, adelantado en la laguna. Estaba aún a muchos pasos.

A pesar de la distancia, en contraste con el brillo del agua, se distinguía apoyado en árbol el cuerpo de un hombre, desmoronado, la cabeza vencida hacia delante.

Se escondieron detrás de unas cañas en el límite del claro; caminaron poniendo los pies en las partes secas, escrutando la negrura de la selva en torno al fulgor naranja de la poza larga, sobre la que se destacaban el árbol señero y, junto a él, la figura de un hombre.

—Es Mané —aventuró su amo con el mismo temblor de voz—. Por lo delgado es él. Ésa es la cabeza del condenado mulato.

—Tiene que ser él, sí señor, cosido a flechazos —aseguró Uruá intentando distinguir las varas con plumas en la cola que salían, horizontales, del fardo humano—. Espere ahí, señor Regueira, que voy a mirar.

—Yo también voy.

Uruá no se opuso, porque comprendía su desconfianza, sobre todo ahora, en un momento difícil: si él se acercaba solo y encontraba las piedras en la ropa de Mané... no tendría más que decirle que no las había encontrado.

Comprendiendo los celos de Regueira, preparó el arma, e iba a dar el primer

paso para salir del bosque cuando sintió que una mano huesuda se le clavaba en el hombro:

—Espera, Chico, espera... —y cuando Uruá se volvió hacia él, prosiguió:—
¿Quién habrá hecho eso con Mané?

—Cazadores...

—¿Cazadores? —había tal temor en la pregunta, en esa sola palabra, que a Uruá le dio lástima tener que añadir el nombre de la tribu sangrienta:

—"Cintos de corteza" —y miró fijamente al rostro de Carlos Regueira para ver su reacción.

El blanco se había asustado, frunció el entrecejo y dejó caer la barbilla en un gesto revelador... Uruá, una vez más, vio próximo el momento definitivo. El piloto arrogante, dueño del aire y del río, era cada vez menos hombre: poco a poco, el duelo callado entre los dos se estaba resolviendo a su favor. Recordó sus peleas con los muchachos de la tribu, la sensación de que estaba ganando... Se impuso:

—Vamos, venga, no tenga miedo, que los "cintos" no andan por aquí. Han dejado al mulato clavado para advertirnos. Pero nunca se quedan de guardia... Mire que el sol se está poniendo y ellos tienen que hacer sus fuegos... Vamos.

Cruzaron el agua codo con codo. Regueira, todavía temeroso, se volvía hacia atrás con el dedo en el gatillo del rifle. Uruá tenía miedo de que los diamantes se hubieran caído durante la pelea, si el mulato había opuesto resistencia; que estuvieran por allí, salpicando el barro del fondo, y que las hierbas podridas ahogaran su fulgor.

También podía habersele caído la bolsa durante la huida.

No, eso nunca: cualquiera que tocara las piedras preciosas haría todo lo posible por guardarlas bien pegadas al cuerpo, donde las sintiese como un pedazo de su propia carne...

El tronco del árbol era tan corpulento que tres hombres no habrían logrado abrazarlo. Entre las trepaderas aparecía el despojo de Mané, prendido por las flechas.

Pero las flechas no habían sido la causa de su muerte: del pecho desnudo donde habían hecho blanco no salía sangre. Era en el cuello donde nacía un flujo cárdeno y pegajoso, plagado de moscas, que buscaba canal por medio del pecho y se abría vientre abajo para deshacerse en cuerdas por las piernas, entre harapos de pantalón. A Mané lo habían degollado, y, después, habían hecho puntería en él. Por diversión, y para aviso.

Ante la repugnancia de Carlos Regueira, Uruá apoyó el rifle en el árbol y palpó las partes del cuerpo aún cubiertas por trozos de ropa. Los cazadores habían dejado intacto el cinturón del muerto porque era de cuero, cosa sagrada. Pero habían vaciado los bolsillos del pantalón. Uruá soltó la hebilla de la correa y le quitó el pantalón al desgraciado. El mulato no llevaba calzoncillo ni, atada a la cintura y escondida entre las piernas, la bolsa causante de la locura mortífera.

El muchacho volvió a desanimarse, abandonó la busca y se levantó. Contemplando la figura miserable de Mané, se acordó del San Sebastián de carnes blancas y asaeteadas que había en una esquina del refectorio del internado... En un impulso de piedad, se agachó, se lavó la mano manchada de sangre y, con los dedos limpios, le cerró los ojos. Después, encogiéndose de hombros, le enseñó las manos vacías al piloto:

—Nada, señor Regueira.

—¿Y en la hierba? —en la voz del hombre todavía calentaba un rescoldo de esperanza.

Uruá se arrodilló en el agua y comenzó a palpar el suelo. Al mismo tiempo, con la vista intentaba perforar agua, hierbas y barro, mientras millares de mosquitos porfiaban por metérsele en los ojos.

Regueira apoyó su rifle en el tronco y se puso a tantear alrededor del cadáver, intentando, al tiempo, ver por donde los "cintos de corteza" podían enviar su muerte larga y emplumada.

La lámina de agua había tomado un tono cárdeno, preludio del anochecer, y Uruá se desesperaba, renegaba del momento en que aquellos chiquillos de la aldea habían ido a sacarlo de su sueño pacífico en la casa de los hombres. Maldijo el arte de Hocico de Ratón para despertarle la codicia hablándole de un buen golpe... Negocio de oro y diamantes siempre traía tristezas. No había nada mejor que hacer como la gente de Arabá-Irrí: despreciarlos, contentarse con brazaletes y collares de conchas lindas y dientes de fiera... Maldita la hora en que los del Servicio lo eligieron para seguir un camino que no era el suyo; malditos el colegio y las charlas con los compañeros, siempre trazando ilusiones sobre la ciudad; maldita la ciudad y lo que había llegado a ser para Francisco de Asís de Santa Apolonia del Río, Chico para los amigos, figurón en fiestas y cabarés, tratado de señor donde iba...

Por su mente cruzó un relámpago que le hizo dejar de recriminarse. Se levantó de un salto y alarmó a Regueira, quien fue a coger su rifle.

Uruá abrió los puños de Mané, crispados en la agonía.

¡Nada! Tampoco estaban allí los diamantes.

Y la noche caía con un revoloteo de zancudas por el claro.

Pero no podía renunciar. Había llegado demasiado lejos en lo que indios y cristianos —todos, sin motivo o con él— le habían enseñado a hacer: asesinar y robar, engañar... Y había aguantado engaños, desprecios, desdenes, trabajos y hambre... Miró a su compañero de angustias que, mojado, intentaba como él ocultar su desesperación. Y habló decidido, respirando con fuerza, sacando voluntad del mismo vértigo que podía derrumbarlo:

—Señor Regueira, seguro que los diamantes se los han llevado los cazadores. Ésos hacen un trenzado de fibras con todas las cosas de brillo encuentran, y se la

ponen en el brazo o en el cuello.

—No estarás pensando... —todavía quedaba luz suficiente para ver el pánico en las facciones del blanco, que se abrazaba a su rifle. A Uruá le recordó otra visión del colegio: la estampa del naufragio en la pared del dormitorio. Un marinero agarrado con frenesí a una tabla en alta mar; y en un rincón del cuadro, diminuta y resplandeciente, la Virgen del Carmen... Ahora sintió verdadera pena por el aviador, y le habló de corazón, queriendo infundirle ánimos como le habría gustado que se los dieran a él:

—Pierda cuidado, capitán. Podemos acercarnos a ellos sin peligro, que no tienen perros y van a estar ocupados con sus lumbres. Y saben bien lo que es capaz de hacer un rifle. Espere a que se haga noche de todo...

Esperaron. Volvieron a la breña y se acomodaron, dispuestos a tener paciencia. Carlos Regueira liaba cigarrillos despacito, calladamente, mientras el griterío se apagaba por los árboles cercanos. Luego se los fumaba con aspavientos, bufando contra la plaga de mosquitos. Mientras, Uruá olfateaba la oscuridad y aguzaba el oído.

Y cavilaba.

Era una suerte no haber acabado con el piloto en la playa del túnel. Porque ahora sólo con su ayuda podría recuperar las piedras, si descubrían a los condenados "cintos".

Los iban a descubrir, estaba seguro. Y también lo estaba de que aquellos demonios habían registrado el cadáver de Mané.

Los diamantes... Se preguntó qué estaría rumiando el piloto, allí pegado a una raíz, con el rifle entre las piernas y los ojos entrecerrados, que emergían de la oscuridad a cada chupada del cigarro.

Regueira estaría pensando en los diamantes, y calculando cómo deshacerse de un indio maldito con trazas de civilizado, que, de momento, le alimentaba el cuerpo y le mantenía encendida la esperanza.

Y estaría pensando en Olga, en hacerla suya junto con los diamantes, en el mismo botín.

Olga: las formas del cuerpo, los ojos claros y grandes, su silencio y el constante espiar... Aquella mujer era como los diamantes: algo para que lo consiguiese un hombre solo. En la penumbra húmeda y caliente del bosque que se adormecía, Uruá se dio cuenta de que se estaba haciendo viejo: ya no volvería a ser el compañero de juegos de Tondirú, siempre desprendido, dadivoso, liberal. Ahora calculaba, perdía la cabeza, como los civilizados de verdad, queriendo tener cosas para él solo, algo en lo que jamás había pensado de niño y de lo que nunca había tenido necesidad, un deseo que le había ido entrando por el cuerpo y el alma como veneno silencioso durante años de trato con gentes que no conocían Arabá-Irrí ni a los hijos de su pueblo; un

deseo que hasta lo forzaba a...

Sacudió la cabeza para apartar la maldición del pensamiento, y Regueira miró hacia él. Pero no cruzaron palabra. El piloto seguía ahuyentando mosquitos con bocanadas de humo. Empezaba a zumbar los insectos de la noche, unas luciérnagas trazaban arcos de luz sobre el vacío del claro... De cuando en cuando Uruá escuchaba atentamente.

Así fue como, entre golpe y golpe del corazón en el pecho, le llegaron los primeros ruidos de los cazadores.

Entonces, se metió en el agua. En el espacio abierto, hizo pantalla con las manos sobre los oídos, averiguó de donde provenían los ruidos y le silvó a su compañero.

Cruzaron la laguna parando a cada pocos pasos para verificar el rumbo. El runrún del canto de los "cintos de corteza" se oía cada vez con más claridad. Se acabó el agua y, tras de ella, llegó un trecho de pasto ondulado por el viento. Entonces, Uruá tuvo una idea, que le sugirió el áspero roce de la hierba seca en sus pies. Era una idea de civilizado que la naturaleza ofrecía a un indio descalzo. Se detuvo.

—Señor Regueira, ¿le quedan todavía cerillas de las que no se mojaron?

—Sí.

—¿Tiene un par de cajas?

—Sólo una.

—Bien, nos arreglaremos —y forzó la marcha para que su compañero no le hiciese preguntas.

En seguida entraban en el bosque, se hundían en galerías donde no llegaba el centelleo de las estrellas. Avanzaban con sigilo; la algarabía del campamento de los cazadores se oía cada vez más cerca y resultaba más inquietante. Uruá ya discernía alguna palabra del coro bobo de los "cintos de corteza", algún grito que destacaba sobre el zumbido de los insectos... Se volvió hacia el piloto:

—Déjeme su revólver.

Hubo un silencio, y el muchacho comprendió de nuevo la duda de Regueira. Insistió:

—Es necesario que lo lleve yo. Me voy a lanzar contra los que tienen los diamantes mientras usted les larga unos tiros para que vean que no vengo solo.

—Muy seguro estás. ¿Quién te asegura que han tenido tiempo de trenzarlos y colgárselos? ¿No pueden tenerlos escondidos? —aún intentaba resistirse. Pero Uruá fue cortante:

—Mire, capitán. Si he venido hasta aquí a jugarme el pellejo es porque estoy seguro. Si es preciso, los mato a todos.

Por respuesta, oyó como el otro se desprendía del arma ligera en la oscuridad y se la entregaba, todavía caliente del calor de su cuerpo. Aliviado por esta reacción positiva, volvió a hablar, ahora en tono amable:

—Estoy seguro, señor Regueira. Es su forma de hacer las cosas. Una vez vi como una partida de "cintos" asaltaba una enfermería del Servicio. Lo primero que hicieron al salir del cercado, allí mismo a la vista de todo el mundo, fue ponerse a tejer fibras. Envolvían en ellas todos los frasquitos que habían cogido en la farmacia, y se los ponían en el cuello riéndose como locos...

Siguieron acercándose. Uruá se repetía con firmeza, a cada paso, que en aquel momento no debía pensar en la muerte; y ya no pensó en ella. No dejó que ninguno de los muertos que había visto se le apareciera mientras apartaba hojas y palos que le entorpecían el paso. Tenía que seguir. Si no lo vencía el miedo a morir, recobraría las piedras.

Pensó en Olga. En la negrura de la selva vio a la mujer llena de luz, luz en los cabellos, en los ojos, su cuerpo entero, torneado por un artista, irradiando luz...

Ya se distinguían las palabras del coro de los "cintos de corteza":

¡Araraqué!

¡Hum-hum!

¡Araraqué!

¡Hum-hum!

¡Ríi-ríi-ríi-rí!

Era el canto repetido e idiota de las tribus que no sabían trabajar la madera ni el barro, ni hacer poblados en lugares limpios a la orilla del río. Así cantaban los que evitaban el aire abierto y la vecindad, los que huían del trato con humanos que no fueran como ellos.

Caminando con los ojos y los oídos dispuestos a buscar entre las columnas de los árboles, llegaron al límite del claro donde los cazadores habían montado su aldea.

Había varios fuegos. A su alrededor, grupos de hombres brincaban abrazados sobre la faja de corteza parda de sus cinturas. Formaban trenes compactos, y el fulgor de las llamas se reflejaba en sus pieles oscuras y sudorosas.

Uruá los examinó atentamente, uno por uno, con el afán de ver a quién le brillaba demasiado el cuello; a quién o quiénes, que bien podían ser varios los que llevaran el botín dividido en forma de collar ostentoso; o repartido en brazaletes.

Eso, que fuesen varios, podría ser otra complicación.

La olvidó, y siguió buscando. Oía la respiración nerviosa, entrecortada, de Regueira, y los latidos de su propio corazón cada vez que se interrumpían los cánticos... Y no aparecía el indio esperado. La fiesta se caldeaba al ritmo de los saltos vigorosos de los hombres que pasan la vida corriendo detrás de la caza. Uruá admiró las piernas de los "cintos de corteza" y despreció sus troncos y sus brazos, poca cosa en comparación con la fortaleza de la raza de pescador, forjada de cintura para arriba en los trabajos de la natación y el remo...

¡Ríi-ríi-rí!

¡Hum-hum!

¡Araraqué!

¡Hum-hum!

La danza no tenía fin y los ojos de Uruá seguían buscando, en una angustia de minutos baldíos, el fulgor que realiza milagros.

—Chico, ¿ves algo? —la voz del piloto llegó de la oscuridad, cargada de angustia.

—Aún nada, capitán —no tenía otra respuesta y dijo la verdad en un murmullo, la verdad sin más, incapaz de dar siquiera un tono de esperanza a sus palabras.

Porque todos los cuerpos parecían iguales, con el mismo casco de pelo, las mismas plumas que atravesaban las orejas y las narices, los mismos collares de dientes y huesos; y las mismas costillas señaladas en los troncos de una raza hambrienta, obligada a gastar las fuerzas que la comida le daba en buscar más comida. Y, en todos, aquella banda de corteza por ropaje.

Pero tenían que aparecer los diferentes, los que llevaran los diamantes trenzados con fibras al cuello, o entre la bola de músculo del hombro y la del brazo... Uruá sabía que no había llegado hasta allí en vano; con él estaba el piloto; y con el piloto, el hechizo...

Así pasaba el tiempo, y su convicción se debilitaba. Se le ocurrió que Olga podía encontrar una partida de cazadores de caimanes y escaparse con ellos por librarse del ahogo de la selva; o que una lancha de la gente de Machado podía entrar en el túnel y que la moza se entregaría a los buscadores por miedo. Hasta podía salir con la canoa —tan pesada— al río para dejarse ver, desconfiando de que Regueira y él volviesen... Pero unos resplandores le hirieron la vista, asegurándole que Olga esperaría, como habría esperado cualquiera de los compañeros, hasta el fin de la vida, lo que hubiera que esperar.

Percibió el temblor de los dedos del piloto en su hombro; y, casi sin volverse, respondió:

—Ya lo he visto.

El dueño de los diamantes era un muchacho joven, muy joven, tal vez un guerrero que acababa de incorporarse a las partidas de caza. Tenía el pecho ancho y aplastado, y la sonrisa más boba que el resto de su raza.

Uruá ya sólo vio el brillo de las piedras preciosas a cincuenta pasos de él; levantó el martillo del revólver, apartó las cañas que lo ocultaban.

Cruzó el claro de una carrera y se presentó delante del danzador que ostentaba la fortuna sobre su cuello y un brazo.

Un grito colectivo de sorpresa sustituyó a la insipidez del canto tribal. Los "cintos" miraban estupefactos la figura del indio pescador con ropa de blanco, que apuntaba contra ellos la boca de muerte de un instrumento fatídico.

Dos tiros reventaron en la noche anunciando que el pescador no llegaba solo. Los cazadores se agruparon en una piña sudorosa. Se unieron todos, salvo los más próximos a Uruá, que quedaron petrificados por el miedo a su revólver.

Uruá avanzó hacia su objetivo observando la cara tensa del muchacho, en que sólo se movía el reflejo de la fogata, y otras caras, más lejanas, de las que podía salir una señal de alarma... No salió. Adelantó un paso y se fijó en las piernas del cazador novato, en las que los músculos se tensaban, quizá en un intento de salto inspirado por el terror. Pero una voz autoritaria, surgida del otro grupo, les hizo distenderse. Uruá indicó el collar y el brazalete, donde las llamas de la hoguera danzaban quebradas en mil centelleos, y el dueño se desprendió de sus adornos sin dejar de mirar al arma con que lo forzaban.

Receloso como si fuera a tocar al diablo, los dejó en la mano de Uruá y sus piernas volvieron a tensarse en espera de movimiento.

No se movió. Uruá comenzó a retroceder con la vista en la masa quieta de los cazadores... Se hundió en la breña, giró sobre los talones... y se lanzó como desesperado en la dirección que su instinto le dictaba. Corría sabiendo que aquel terreno era de los hombres de pierna fuerte, de las tribus que gastan su vida compitiendo con las fieras en ligereza. Se olvidó de Carlos Regueira, que lo seguía bufando... Uruá, hijo de Anikó-Irrí, sabía que tampoco ahora podía pensar en nada; tenía que dejarse llevar por la querencia del río, trotar y llegar a la orilla del túnel, a la arena blanca y húmeda, al amor de una hoguera, al sabor de un pescado asado, a la seguridad. Imaginó que el túnel era una cabaña amable; Olga, compañía sin duda ni misterio; y la canoa, vehículo de salvación. Tenía que llegar allí, poniendo tierra y agua y bosque entre él y la aldea que acababa de profanar. Tierra y agua... y fuego.

Poco a poco empezaban a clarear los árboles y aparecía una luna perezosa, lánguida, a la que le costaba ascender.

Y se hizo el claro, con un golpe de viento. Ya en la hierba seca, esperó al piloto. Apenas un instante de espera y se disparó su inquietud: ¿Se habría caído Regueira? Una raíz traidora podía haberle hecho tumbar y los cazadores le habrían echado las garras. ¿Era capaz de morir matando con los dos rifles que llevaba? Sí, lo era; el blanco arrogante aún debía de conservar algo de orgullo...

Escuchó impaciente, aguijoneado por la tentación de abandonar al compañero a su suerte; pero lo contuvo el convencimiento de que la vida de aquel hombre iba unida a la suerte de los diamantes que él ahora traía colgados del brazo.

La angustia terminó al distinguir pasos ruidosos, rompedores, de pies con botas. Uruá respiró tranquilo y, sin dar tiempo a que el piloto recobrara el aliento, tan pronto como lo tuvo delante, le pidió:

—Señor Regueira, las cerillas.

El piloto jadeaba, ahogado, babándose, roto por el esfuerzo. Sacó la caja de

fósforos del bolsillo de la camisa y se la tendió a Uruá.

Uruá pisoteó la hierba, abrió el revólver y vació el tambor en la mano. Luego colocó los cartuchos sobre la cama de hierba, con los proyectiles dirigidos hacia los puntos por donde podían aparecer los "cintos de corteza".

Retrocedió unos pasos y ordenó a Regueira:

—Vaya hacia la orilla de la charca.

Y fue prendiendo fuego aquí y allá con las cerillas. Luego extendió el fuego con manojos de hierba en llamas. Retrocedió hacia el agua y, cuando la sintió en los pies, abandonó su labor de incendiario.

En la pradera se levantaban llamas que el viento avivaba. Uruá se quedó unos segundos mirando la barrera de fuego que avanzaba hacia el bosque.

Así oyó susurrar al aviador, como quien sale de un letargo:

—Dame los diamantes, Chico. Y el revólver, que ya no te sirve de nada.

Dudó en hacerlo. Estaba desarmado, no se había dado cuenta...

—Vamos a cruzar la charca primero, capitán.

Cruzaron la poza perseguidos por los mosquitos y la luna... No, el capitán Regueira no intentaría aún matarlo: seguro que estaba harto de ver desde el avión los remolinos del Rápido de las Tortugas y sabía que no podía pasarlo sin ayuda de un hijo del río.

Y, sin embargo, si todo salía bien, Regueira nunca pasaría el Rápido.

Pero algo podía salir mal...

El uno o el otro tenía que morir. Uno de los dos no volvería a ver las luces acogedoras del puerto, ni a oír el bullicio alegre de la ciudad, ni a ver el lujo de las casas, de los coches, de las ropas... Uno de ellos —o los dos, ¿por qué no?— jamás llegaría allí.

El que llegase, se zambulliría en el tráfico de las calles loco de alegría, y con miedo de llevar pegado al cuerpo tal tesoro.

Pero mientras hubiera indios y flechas, aguas bravas que salvar y buscadores de que huir, el asesinato sería para ellos un juego de tentaciones, no una necesidad.

Cerca del árbol donde Mané seguía clavado, pararon y le entregó collar y brazalete a Regueira.

—Espero que no falte ninguna piedra —comentó.

Regueira no le respondió. Metió las joyas brutas en la cartuchera y, después, exigió:

—El revólver.

Cuando Uruá se lo devolvió, él le devolvió el rifle.

En ese momento explotaban las balas dejadas en el pastizal. El ruido quebró la paz de la noche, asustando a los pájaros y a los macacos. Cuando de nuevo volvió el silencio, se oyeron a lo lejos alaridos de angustia: el viento empujaba hacia los

"cintos" fuego y humo, que los obligaría a levantar el campamento... ¡Pobre del indio pescador que cayera en sus manos a partir de ese día! ¡Nada lo iba a salvar de la venganza!

Ganaron la breña que los separaba del túnel. Uruá pensó de nuevo en Olga: ¿qué habría sido de ella? La habían dejado demasiado tiempo sola, con un rifle y unos pocos cartuchos. Se habría quedado en su silencio hermético, perforando con ojos claros la oscuridad en que se escondían bestias y hombres peores que las bestias, forzados a hacer presa en ella por la ley de la selva... ¿Qué pensaba Olga? ¿Por qué se había metido en aquello? ¿Qué deseo de gemas centelleantes le hacía aguantar miserias? En el islote, su amigo Tondirú le había advertido: "Son ellos tres, Uruá; la moza del bar también. Ten cuidado con ella, que es mujer-bicho"...

—Chico, para un poco, que ya no nos cogen —suplicó el piloto.

—No, tenemos que seguir. Olga... —y no lo dijo sólo por ella. Quería seguir demostrándole a aquel deshecho de hombre que no era nada en comparación con él, Uruá de Arabá-Irrí, habitante de la selva y el río.

Continuó, y Regueira lo siguió. La maraña recibió los resoplidos de un tipo arriesgado que no daba más de sí pero seguía y seguía, impulsado por el miedo a la soledad negra, a los insectos, a las víboras...

Al oír el rumor del agua, Uruá se detuvo. Afinó el oído y luego buscó la arena apartando cuidadosamente ramas y cañas. Cuando sus pies tocaron el suelo blando, empezó a moverlos con el tacto de quien sabe lo que puede distinguir de lejos un oído experto apoyado en la arena... Con un escalofrío reconoció que no sabían qué podrían encontrar más adelante.

Cualquier cosa.

Esperó al piloto, que hacía ruido.

—Quédese ahí —le susurró—. Voy a ver qué encuentro. Vuelvo en seguida.

—¿Y qué vas a encontrar? —la voz de Regueira sonó con el acento de quien teme una trampa. Pero Uruá fue cortante:

—Cierre la boca y espere.

Oyó como Regueira se sentaba en la arena y siguió. Poco a poco, un resplandor blanquecino, de luz de luna filtrada entre las ramas, fue dando contraste a los bultos de la playa: raíces, troncos caídos en la arena, haces de cañas con las hojas largas colgando hacia el suelo... En aquella claridad tenue no debían de tardar en aparecer una lumbre y el perfil de la moza valiente con el rifle en la mano.

Sin embargo, no aparecían. La luna se reflejaba en el río y proyectaba su reflejo dentro del túnel iluminando la arena de la curva donde había quedado la mujer.

No estaba. No había hoguera.

Uruá esperó que se hubiese acomodado más adelante.

Siguió.

Y así llegó al árbol en que había dejado amarrada la canoa: no había canoa. No había nada; sólo un surco y unas pisadas en la arena hacia el agua.

Olga se había vuelto loca como Mané. Aunque era incapaz de gobernar la canoa, había desertado con ella...

Fiebre

Olga cogió un pacú pequeño, con una flecha como arpón y con la paciencia que había aprendido en su niñez. Echó el pez agonizante en un trozo de hierba que había junto a la playa y avivó la lumbre. Lo limpió, lo abrió y lo ensartó en un palo... Ahora no estaba allí, en el aislamiento del túnel, sino en Aloíke, en la explanada grande de la misión. Llovía mucho, una lluvia espesa y gris, tibia y buena, que hacía las delicias de los niños. Todos los chicos corrían desnudos bajo la lluvia, riendo y empujándose hacia las pozas de barro rojizo... Seria, impertérrita, el águila mascota de la tribu contemplaba desde su jaula de palos el juego de los pequeños.

Si le preguntasen ahora —en aquella soledad, mientras veía endurecerse al fuego la carne del pacú— qué había sido lo mejor de su vida, tendría que responder que lo mejor había sido Aloíke: la misión, la escuela de cañas y paja. Un niño civilizado jamás imaginaría lo divertido de estar en un claro del bosque ante el encerado, repitiendo la canción de los números y viendo colibrís y libélulas atravesar el aula... Aloíke era la escuela, su padre alto y rubio, de barbas sedosas; era coger frutas frescas con el rocío de la mañana, zambullirse en el río, correr y danzar... Y el rito de las hormigas: su padre quiso y su madre se negaba; pero se impuso la voz del varón y Olga fue una más entre los de su edad. Le cortaron el pelo rubio y le aplicaron en el pecho una estera llena de hormigas furiosas por la prisión. Su padre la sujetaba por las muñecas y ella aguantó. En silencio.

Al acabar le dio un beso y le dijo que ya era una mujer...

Tenía hambre y no resistió más el olor de la grasa del pescado. Cortó un pedazo del asador y lo echó a la escudilla.

En cuanto advirtió que no se iba a quemar, comenzó a separar lonchas de pescado y a llevárselas a la boca.

En la aldea cada cosa estaba en su lugar: la playa y las canoas, las cabañas, las casas de la misión y la iglesia, los caminos que llevaban a las rozas de mandioca y al cementerio. El viejo Ueká mandaba en los indios; el padre de Olga daba a todos religión, escuela y medicina.

Su padre —pastor, maestro y médico— cuidaba de todo, y no había nada que él

no supiera solucionar.

Sólo no supo solucionar un caso...

Olga dejó de comer y afinó el oído: habría jurado que le había llegado el ruido de un remo entrando en el agua con precisión... No.

No...

Su padre no supo resolver un gran problema.

Primero fue el ganado. Las vacas aparecían llenas de flechazos y tenían que sacrificarlas. La gente de la aldea se puso contentísima porque hubo que asar los animales, y comieron hasta hartarse, manchándose de grasa y sangre. Además, se llevaron las sobras a las cabañas para volver a asarlas y comer más.

Pero después las flechas fueron contra las cabañas y faltó ropa tendida a secar. La gente cogió miedo.

El pastor dijo que él solucionaría aquello y se metió en el bosque cargado de cosas con que aplacar la saña de los atacantes. Les llevaba cacerolas, sartenes, hachas, cuchillos...

Siguieron asaeteando, sin dejarse ver. Mataban los perros de la misión a golpes de cachiporra. La gente temía que fuesen cazadores derrotados por otra tribu que se vengaban en inocentes.

Con todo, el padre de Olga volvió a salir llevándoles regalos.

Y no regresó.

Cuando lo encontraron, le faltaba la cabeza...

Rememorando el sacrificio de su padre, aún pudo darse cuenta de que comer mucho pescado podía hacerle daño. Pero no les quedaba carne y, si el estómago lo conseguía digerir, eso llevaba por delante.

Sin embargo, no siguió comiendo. Porque en ese instante asomaba por la curva del túnel la proa afilada de una canoa. Apenas tuvo tiempo de agarrar el rifle y rodar por la arena para ocultarse entre las raíces más próximas.

Y esperó.

La canoa viraba, volvía atrás con sigilo.

Olga se arrodilló detrás de un árbol y, con la cara pegada al tronco, oliendo la humedad de los musgos, miró. Era un indio, que no necesitaba espiar más: le bastaba con el olor del pescado en el asador. El resto, se lo imaginaria.

En un momento en que el indio miró hacia atrás, Olga pudo distinguir en su cara los tatuajes rectos de la tribu de Chico...

Se vio descubierta, perdida, y pensó liquidarlo. El indio estaba a menos de cincuenta pasos y a ella no le fallaría el tino. Pero matarlo sólo iba a servir de aviso para otros.

Optó por lo único que podía hacer para intentar salvarse en aquel momento: volvió a la hoguera, hizo un hoyo en la arena, metió los restos y cubrió todo con

cuidado; recogió lo que quedaba del campamento, lo llevó a la canoa, se embarcó y cruzó a la otra orilla del túnel.

Remando con cuidado, y con miedo a los caimanes refugiados en aquellas honduras, buscó una buena ramada para camuflar la canoa.

Cuando dio con una que juzgó apropiada, encalló en el barro, amarró la embarcación y trepó por las raíces hasta lo alto del barranco. En aquel lado, la costa era alta y había un lugar inmejorable para lo que quería, desde el que se veía la playa hasta más allá de la curva. Volvió a la canoa en busca de cerillas y de una estera. Subió, tendió la estera sobre el suelo de hojas muertas y se dispuso a esperar.

Una raíz bajaba gruesa e inclinada como una tentación para apoyar la cabeza... Se recostó. A pesar de la preocupación que le causaba aquella inesperada visita, en seguida volvió a estar con la mente en la aldea, en la fiesta del río-padre. Era su última fiesta, y una tristeza dulce y tierna le invadía el alma. Para sustituir a su padre había llegado un nuevo pastor, un americano que no conocía bien la lengua de las tribus de pescadores. Intentaba practicarla con la madre de Olga; el hombre no entendía el desafío de las máscaras y preguntaba tonterías. Si no hubiera sido por la tristeza de estar huérfana y dispuesta a marcharse, Olga se habría reído de él.

Después venía la ciudad, lo más amargo de su vida. Contemplando cómo se debilitaba la luz del túnel, Olga se encontró en las estrecheces de un piso, de una calle angosta y empedrada, del colegio... Sintió la asfixia de la ropa, siempre puesta, y el daño de los zapatos en los pies. Las compañeras y las monjas la odiaban y le llamaban india, hereje, extranjera; el cura aseguraba que los protestantes como ella no se podían salvar. Pero la trataba con cariño y le llamaba fierecilla linda, onza rubia, pastorcita de Belén...

Bien, no sabía por qué recordaba todo aquello. Quizá porque la muerte estaba rondando cerca.

Pero ella iba a sobrevivir a todo lo que la amenazaba, como siempre. En realidad, llevaba veinticinco años sobreviviendo. Toda su vida había sido un continuo escapar de violencias y enfermedades.

Se incorporó. ¡Qué angustia no saber si habían conseguido cazar a aquel infeliz de Mané! El pobre no había resistido tanta selva, se había vuelto loco: era de la raza hambrienta del nordeste, gente alimentada con harina, tasajo, café y aguardiente, mucho aguardiente para poder engañarse y seguir soportando las miserias de una tierra de polvo y cactus.

Ahora, el asunto era encontrarlo. Y rezar para que no hubiera perdido los diamantes en un traspiés.

Chico no le perdería el rastro.

Seguro. Chico...

Quiso evitarlo, pero no pudo. Al pensar en Chico, acudió a su mente la imagen de

una mata de cabello negro y duro, unos ojos rasgados, un pecho y unos hombros recios, pintados de rojo brillante. Era el fin del luto por la mujer del jefe Ueká y se bañaban todos en el río, restregándose para quitarse la pintura de las tristezas. Metido en el agua, Taasí le sonreía con la candidez de un indio bueno.

La cara y el pecho de Taasí la habían acompañado durante años junto con la cara y el pecho de su padre. Hasta que conoció a Joaquín en una parada de tranvía...

Chico cogería al loco. Y los diamantes volverían con él.

Quizá Chico volviera solo... Olga sintió un temblor en la espalda y se dijo que era frío, el vaho frío que exhala la selva durante la seca... Los árboles comenzaban a agitarse; el viento parecía cambiar de hábitos, empezaba a soplar más temprano, antes de la puesta del sol.

Debería haber matado a aquel indio.

No. Había hecho bien dejándole marcharse. Un disparo de rifle cerca del río habría alarmado a los que seguían su rastro.

Y, a fin de cuentas, gana quien, como ella, más sabe y mejor aprovecha en su momento lo que conoce.

Taasí sabía imitar a muchos pájaros.

Sobre todo a la lechuza.

La lechuza...

La tarde se estaba apagando y le entró frío. Le pesaban los párpados y decidió buscar algo de abrigo. Sigilosamente, volvió a la canoa y cogió la lona que cubría los trastos de la estiba. En la nave alta del túnel todo era silencio. Sólo llamaban la atención los rizos de agua que el viento traía de fuera y algún alarido de los monos. Se tapó con la lona y dejó caer los párpados pesados.

Sería sólo un sueñecito...

Se adormeció diciéndose que no había cuidado, que estaba claro ya quien era el indio espía. Se durmió. Y soñó.

La selva se abría, separada por las rocas, y surgía la cascada. A la luz del sol, Taasí asomaba la cara desde el otro lado de la cascada, rompiendo el muro de agua con el cuello, y reía sin parar.

Taasí le tendía a Olga una flor amarilla y carnosa, como un cuenco. Dentro de ella, un sapito verde de ojos colorados y espantados miraba al cielo.

Pero de repente desaparecía el sol, y lo sustituía otra luz fuerte. Estaba en la comisaría. Un policía le preguntaba qué relación tenía con Joaquín. "Vivíamos juntos", respondía. Y se la llevaban al reformatorio...

La despertó un ruido, como de disparos lejanos, que no podía oírse en el reformatorio.

Abrió los ojos: estaba más oscuro. En el bosque no se oía nada extraño. Y el sueño seguía pesando.

De nuevo soñaba, recordaba en sueños la realidad; vivía la pesadilla de estar en el reformatorio. Su madre iba a visitarla, para hacerle la culpa más pesada:

"Te dije que acabarías mal, Olga. No digas que no te lo dije."

"Quiero salir de aquí, mamá; quiero salir de esta cárcel."

Su madre le torció el rostro.

Paciencia. Ella vivía para escapar, quisiera o no su madre. Observaba las piedras altas, las ventanas altas, el muro altísimo alrededor del patio.

Había que salir por una ventana, avanzar por la cornisa sin mirar al patio, caminar evitando el vértigo hasta la arista del muro, trepar... y saltar.

Se deshizo un pie en la caída.

Cómo le dolía el pie... Y con aquella bata de reclusa... Cojeaba y se apartaba de las luces de la calle.

Consiguió llegar a casa, pero su madre fue dura:

"Vuelve ahora mismo al reformatorio, Olga. Vuelve, que me comprometes."

"Pero mamá, por Dios..."

"¡Vuelve!"

"Está bien, déjame vendarme el pie al menos."

En un descuido de su madre, cogió un vestido del armario.

Y acabó el vagabundeo en una casa de citas, en el único lugar donde le dieron cobijo...

Un golpe como de madera contra madera le hizo espabilarse. El fin del día llegaba hasta allí dentro con una luminosidad ocre; la playa parecía teñida de marrón dorado: una belleza...

Era preocupante que Carlos y Chico tardasen tanto. ¿Habría empeorado Carlos, por la herida? Pobre Carlos, se empeñaba en ser el jefe de la partida cuando ya no daba más. Por poco que un hombre mayor necesitase dormir, él no dormía ni eso. No dormía nada: andaba siempre cuidando de que nadie le quitase los diamantes. Se había caído al agua y se había salvado de las pirañas, y, por no se sabía por qué milagro, había salvado el tesoro; para que después se lo robara su lacayo.

No quería pensar en Carlos. Ni en lo que podría pasar si conseguían salir de aquello y realizaban en buen dinero su fortuna. No quería pensar.

Volvió a recostarse y cerró los ojos.

Entonces crujieron las hojas de alrededor.

Y cuando quiso levantar la cabeza ya no pudo.

Una mano sudorosa, callosa, le tapaba la boca, le clavaba la nuca contra la raíz.

Una bota le aplastaba contra el suelo la mano con que podría haber cogido el rifle. Otras dos manos duras se cerraban sobre el brazo que todavía le quedaba libre.

Cuando la tuvieron amordazada y presa con unas tiras de lona, los tipos se

sentaron frente a ella y liaron cigarros. Ya estaba oscuro del todo, y tuvo que esperar a que la luz de las cerillas les diera en la cara para identificarlos. Eran un par de pobres diablos del Paraíso, de los más pobres, que sólo muy de tarde en tarde aparecían por el *Diamond's*.

Con la primera vaharada de humo, uno de ellos habló, en tono paternal:

—Pobrecita, así que tus amigos se han ido de caza, ¿eh? A todos nos va faltando el tasajo; el viento es un abusón, palomita. Pero no te preocupes, que los tiros que hemos oído sonaban cerca de aquí. En seguida vienen. Tranquila. Verás cómo te quieren a ti más que a los diamantes... —se volvió hacia el otro—: ¿Tienes ahí la linterna?

—Sí.

Y continuó con Olga:

—De modo que teníais todo previsto, ¿no? Por si no funcionaba el avioncito, tú guardabas la canoa para escaparos río abajo en amor y compañía: el señor piloto, su novia y su criado... Te voy a decir una cosa: entre nosotros, el teniente no es rencoroso, ¿sabes? Nos ha dicho a todos que, si te encontramos, te digamos que él te pone casa con todas las comodidades... Y una moza como tú bien sabe que no es lo mismo un muchacho como Machado que un tipo ya medio viejo como el capitán Regueira...

Fumaban y Olga se sintió presa de un miedo y de un asco que la volvían loca. Imaginaba la cara bruta del teniente acercándose a la suya. Percibió casi el contacto del sudor de aquella bestia con su piel; y con tiento probó las ligaduras. Si pudiese soltarse... Pero estaba bien atada.

Era el fin. Carlos y Chico llegarían a la playa, y los tipos dispararían sobre ellos y volverían al pueblo con el botín completo: ella y las piedras.

No. Nada llegaría al pueblo. Abusarían de ella y, cuando se hartasen, la matarían, para seguir tranquilos y satisfechos río abajo. Luego, el más listo de los dos mataría al otro. Y huiría con los diamantes.

—Vámonos, Pedro... Hasta luego, paloma.

¡Se iban! Olga intentó discurrir. Se iban y la dejaban allí. Se retiraban: supondrían que ella estaba esperando a los suyos a ese lado del túnel y querrían esconderse para cogerlos por sorpresa... Bueno, aquello aún dejaba lugar para la salvación. Cuando Carlos y Chico llegaran a la playa y no la viesen, recelarían y tomarían precauciones. No se dejaría coger. Si ella pudiese soltarse... Hizo palanca con los antebrazos, apoyando los puños en la raíz. Pero cuanto más tiraba, más se le clavaba en las muñecas la tira de lona. Con todo, probaría a ver si los nudos cedían y lograba librar una mano por la holgura.

Se puso en cuclillas para hacer más fuerza, pero en ese momento surgió un haz de luz por detrás de un tronco próximo.

—Quietecita —le susurraron, y, a continuación, la linterna enfocó la hoja de un machete.

Obedeció. Se rindió. Tenía que esperar acontecimientos. Vería qué pasaba antes de que la degollaran. Le quedaba poco tiempo de vida y decidió degustarlo plenamente, con toda su amargura.

Adiós Carlos. Sintió una gran pena de aquel hombre que la había tratado siempre con la inteligencia de quien ya ha visto gente en muchas circunstancias y no se asusta de nada, y con la admiración del que sabe apreciar la belleza por si misma y no intenta por fuerza hacerla suya... Cuando Carlos se cayó de la canoa, ella gritó para que Chico diese la vuelta; después imaginó la muerte en las olas y se resignó. Pero ahora, verlo morir así, cazado de esa manera...

¿Cómo la habrían descubierto? Tal vez por el indio. No. Aquel indio andaba en otro menester, cada vez estaba más segura. A ella no la engañaba Chico...

Los tiros: los tiros habían sido la causa. Habían atraído a los tipos hacia allí, y luego ellos habían dado con la canoa. Ella la había ocultado lo mejor que pudo, pero el agua la habría movido...

También Carlos y Chico podrían verla.

No. Los otros la habían visto con ayuda de la linterna...

Ya estaba bien de pensar. Ahora sólo quedaba esperar. El diputado Raposo, cliente discretísimo de la casa de la madama que había acogido a Olga, repetía que en la vida siempre pasa algo que puede enseñarnos cómo todo se resuelve sabiendo esperar.

Y Olga se dispuso a esperar. Con los ojos cerrados, y oyendo el murmullo de la noche en la selva castigada por el viento. Sentía un hormigueo en las manos por falta de circulación, y la mordaza le hacía daño en los labios.

Casi se adormeció. Vio los diamantes en su tocador y los reflejos de las gemas en el techo y las paredes del cuarto. Había sido imbécil. Ahora todos iban a morir, cuando ella podía haberse salvado... matando.

Se le apareció su padre predicando en la lengua de los indios contra todas las formas de matar. Pobre pastor Hansen, que se había ido de la vida sin entender lo que su hija, tan blanca como él, comprendía claramente: que a veces los indios matan porque sí, porque se lo manda el hechizo. Y no les queda remordimiento.

Los diamantes llevaban hechizo, justificaban...

Unas voces apagadas interrumpieron sus pensamientos. Abrió los ojos imaginando que serían sus captores, pero afinó el oído y percibió cómo Carlos repetía con voz entrecortada de quien llega sin aliento:

—Estamos perdidos, estamos perdidos.

Y como Chico intentaba calmarlo:

—Espérese, ahora lo que importa es descansar y comer algo.

Callaron. Por encima del rumor del agua se oía cómo se quebraban ramas y cañas. Debían de estar enfrente, en la playa.

Al poco rato, Olga tenía a su lado el hedor a humanidad sucia de los mineros. Uno la cogió de las muñecas mientras el otro le cortaba las ataduras. Luego se levantaron. Ella les dejó hacer repitiéndose que sería el último acto de su vida y que, en él, le había tocado ser espectadora aún siendo protagonista.

La acercaron al tronco, y desde allí vio cómo Chico hacía fuego y Carlos, de pie, lo observaba. Cuando la hoguera cogió fuerza y permitió ver claramente a Carlos y a Chico, el tipo que sujetaba a Olga ordenó con un susurro a su compañero:

—Enciende la linterna —un chorro de luz dio en la cara de Olga—. ¡Capitán! — el grito salió por detrás de su nuca—. ¡Mire aquí a su palomita!

Y alrededor de la lumbre, en el tiempo de un suspiro, Carlos cayó de bruces el suelo levantando una nube de arena y Chico desapareció en un salto a la oscuridad.

El que agarraba a Olga la soltó sin más y le habló al otro:

—Era un indio... Ahora no podemos cruzar, que el tipo lleva un rifle.

—¿Qué hacemos?

—Esperar, separados, sin perder de vista al piloto... A lo mejor se ha muerto del susto. Le habrá dado un ataque... —le echó el aliento, que apestaba a tabaco, a la prisionera—. Qué pena, ¿eh, palomita?... Ven, vamos a sentarnos donde veamos si tu palomo es capaz de recuperarte.

Olga tembló de miedo y alegría mientras se sentaban al pie de un árbol sobre la barranca: Chico se había escapado. Ahora, estos sujetos iban a tener que medirse con su astucia y su fuerza. Volvió a albergar esperanzas: le había valido la pena llegar a aquel capítulo de su vida, que podía ser final o sólo uno más, muy interesante, para contarle cuando fuera vieja.

El tipo le amarró las manos, se recostó a su lado con el rifle en las rodillas y murmuró:

—Hay que esperar, bonita, hay que esperar.

Carlos seguía de bruces junto a la hoguera. El fuego creció y, después, se fue agotando. Y Olga pensó que había sido una de las muertes más tristes que le había tocado ver. Pobre Carlos: lo recordó jugando en el bar, contando los chistes de moda en la ciudad; se acordó de la cara de amor contenido con que le regalaba frasquitos de esencia y pañuelos que no le había encargado... Lo había dado por muerto y había resucitado, había sido una gran alegría verlo aparecer después de haberse caído de la canoa.

Y ahora caía para siempre, víctima de la breña que no perdona.

¿Por dónde andaría Chico? ¿Llevaría los diamantes? ¿Qué estaría haciendo?

Algo viscoso se le posó en la espinilla, que la pernera del pantalón no alcanzaba a cubrir. Con un estremecimiento de asco, Olga sacudió la pierna sobre el lecho de

hojas y el sapo saltó croando.

El hedor del individuo que la vigilaba se le acercó:

—Quietecita —y el frío de una lámina de acero prolongó el aviso sobre su cuello. Se rebeló contra la impotencia, pero luego se calmó, dispuesta a aguardar.

Así vio cómo Carlos levantaba la cara temblando y, arrastrándose por la arena, se acercaba a la lumbre... Estaba vivo... La linterna se encendió y se apagó dos veces, como haciendo señal, y el guardián de Olga maldijo entre dientes a su compañero:

—Para ya, imbécil, que yo también lo he visto... ¿Por dónde andará el hijo de perra del indio?

No habló más. Poco después, golpeaba a Olga con el hombro y con el codo en un movimiento repentino. Luego, ella notó como el tronco del hombre resbalaba hacia el suelo. Un flujo caliente e intermitente le mojó el pecho y el brazo, la cintura, las piernas...

Sobre una pierna se le quedó la cabeza sin vida de su secuestrador.

Lo primero que hicieron fue cachear y desnudar los cuerpos, todavía calientes, ensangrentados. Olga se sintió aliviada como cuando de niña salía de la cascada después de haber aguantado un buen rato el agua que le caía encima. Notaba en cada movimiento su libertad recuperada, se daba cuenta de que hasta podía hablar.

Chico estaba a su lado, y todo era seguro para ella...

Chico arrojó los cuerpos al canal. Sonó la zambullida y, poco después, un fuerte aleteo a flor de agua. Cuando se calmó el enjambre de las devoradoras, botaron las canoas y cruzaron a la playa, donde Carlos temblaba junto a los rescoldos de la lumbre.

Carlos ardía de fiebre. Olga le tocó la frente, las sienes y el cuello, que le latía con fuerza: había cogido las fiebres. Llevaba ya mucho tiempo andando entre charcos de la selva, donde los árboles impedían que el viento barrierá a los mosquitos.

¡Pobre! Ahora le subiría y bajaría la temperatura, ardería y descansaría con la ilusión de estar curado. Pero cada día que pasase estaría peor... Le hizo una cabecera de arena mientras Chico avivaba la lumbre. A Carlos le castañeteaban los dientes, tenía los ojos entrecerrados y no paraba de temblar.

No llevaban ninguna medicina para darle. Olga fue a la canoa a buscar con que taparlo y volvió con una pila de ropa sucia y las esteras.

Al cubrirlo, vio la cartuchera y se preguntó si...

Chico había ido a la canoa de los buscadores y venía sonriendo con un pedazo de carne seca en la mano. Cuando lo tuvo ensartado, Olga le preguntó e voz baja:

—Chico, ¿qué ha sido de los diamantes?

—Los tiene el capitán —respondió secamente el muchacho, evitando mirarla.

Olga siguió arropando al piloto, y le secó con un harapo el sudor de la frente

cuidándose de no tocar la herida, de la que fluía un líquido sanguinolento...

—Chico, ¿y qué ha pasado de Mané?

—Lo han matado los "cintos de corteza"...

Olga se calló. Con una mano en la mano húmeda del enfermo, se quedó mirando a Chico por encima del fuego. Impulsada por las sospechas, insistió:

—Cuéntame como fue, Chico.

—Pues... Mané se topó con una partida de cazadores y lo cosieron a flechazos. Estaba clavado en un tronco. Debieron de tirarle de cerca. Antes le cortaron el pescuezo... —Chico hablaba con la mirada perdida en la carne del asador. Olga reparó en su propia ropa, empapada en la sangre de aquel tipo; le dio asco y, para huir de él, trató de continuar la conversación:

—Fueron capaces de no llevarse los diamantes, los condenados.

—Pues se los llevaron, Olga.

—Entonces, ¿cómo...?

—Los recuperé yo... Los tenía un muchacho de la tribu, liados con fibras. El tipo estaba bailando en la fiesta que tenían. Yo hice que me los devolviera.

Y se calló. De pronto, Olga lo vio como un niño capaz de creerse sus mentiras. Porque bien sabía ella que era Chico quien le había cortado el pescuezo al mulato. Si Carlos no le había metido antes un par de balazos: esos eran los tiros que la habían despertado.

Para demostrar que también ella sabía andar por la selva, y para cambiar de conversación, inquirió:

—¿No tienes miedo de que nos vean por la hoguera?

—Tengo el oído puesto en el agua...

Chico estaba seguro. Y ella segura con él. Era su niño grandullón, seguro de si mismo. Y tenía pecho de nadador, como Taasí...

Carlos abrió los ojos. Moviendo con dificultad la mandíbula, articuló una súplica:

—Agua.

Olga se la dio, y el hombre se sumió de nuevo en el sueño, ahora ya calmado, sin tanto temblor. Se le estaba pasando la crisis.

—Chico, ¿no tienes miedo de que te hayan seguido los "cintos"?

—Le prendimos fuego al pastizal que hay viniendo de su campamento hacia aquí. A estas horas estará ahogada de humo la mitad de la tribu... ¿Quieres? —le tendió un pedazo de carne y pareció reparar en la sangre que le manchaba la ropa—. ¿No tienes ropa limpia?

—No.

—Ya nos falta poco. Y está todo arreglado.

Mientras masticaba, Olga recordó al indio de aquella tarde, entrando y saliendo, sigiloso, en el túnel. Pero su pensamiento se vio interrumpido por las palabras que el

piloto empezaba a balbucear:

—De este a oeste, y de norte a sur, como un rosario. Y son grandes, Chaves, son muy grandes, Chaves. Vea... No fueron mineros.

Calló, y chasqueó la lengua seca. Olga y Chico dejaron de comer, con la mirada suspensa en el enfermo, que prosiguió:

—Demos otra vuelta, Chaves... Perdóneme que lo secuestre... Riqueza concentrada, es un tesoro... Borracho idiota, hay que arrastrarlo... La Ciudad de los Césares, de los Césares, Amazonas... Mané, ése se nos ha escapado. Mané, no se pare a recoger el oro, no se pare... Van de este a oeste, Chaves. Si la tierra se hunde, son las orillas las que se hundan, no es un depósito de uranio, la selva se lo traga todo... —calló de nuevo, ahora tanto tiempo que Olga y Chico se olvidaron de él y siguieron comiendo. Pero volvió a hablar en un tono airado—: Fue Mané, fue él quien lo dejó allí. Eso es prolongarle la agonía, le digo que eso es prolongarle la agonía... Era un borracho... Meta la caña, Chaves. No está hecho por mineros. Nada de uranio... Vampiros, ahora falta la sacristía...

Y por fin se sumió en el silencio, distendido: el acceso de fiebre remitía y, con él, lo que parecía un delirio. Chico se apresuró a acabar la carne y en seguida hizo señas para levantar el campamento.

Olga recogió los cacharros y, con las esteras y los trapos, intentó hacer una cama para Carlos en el fondo de la canoa. Chico lo cogió por las axilas y ella por los pies. Chico le mandó esperar en la canoa mientras él trataba de borrar las huellas del campamento.

Al verse sola con Carlos, Olga gateó hacia él, vigilando con un ojo los pasos de Chico, y lo palpó... hasta tocar la cartuchera.

Cuando la encontró, la abrió y, desentendiéndose de cuanto ocurría a su alrededor, introdujo los dedos para comprobar qué había dentro de ella.

Sintió algo como cordones enredados, y, entre ellos, la dureza fría de los diamantes.

El muchacho no había mentido. Todavía dudó un instante quién habría matado a Mané, pero rechazó la duda y sintió un orgullo tonto al pensar que Chico había sido capaz de arrancarles los diamantes a aquellos demonios...

Chico saltó a proa e hincó el remo. Poco después entraban al río, negro en una noche de luna triste. En cuanto dejaron el túnel vegetal, el viento comenzó a azotarles el cuerpo con la obstinación de quien quiere hacer imposible lo que queda al alcance de la mano, y Olga deseó de repente coger un rifle y ponerse a disparar contra aquel bellaco... ¡Maldito viento! Por mucho que los músculos de Chico aguantaran, sólo recorrerían unas leguas por un trecho en que el río enfilaba hacia el rápido y en el que se sucedían las aldeas de pescadores con gente avisada, comprada por los sabuesos del Paraíso que habrían repartido entre los indios "agua de fuego" y ropas, harapos de

colores que se pondrían encima y ya llevarían siempre sucios e inservibles...

Sin saber por qué, en aquel momento difícil Olga sintió mucha pena por los indios, por todos los indios, que vivían tan felices en su simpleza hasta que llegaban los civilizados y, con intención de destruirlos o de salvarlos, terminaban siempre por aniquilarlos... Miró las estrellas, en las que creía Carla, y pensó que todo estaba mal: las estrellas en el cielo y los humanos en la tierra. Las estrellas no servían para nada, y los humanos sólo para hacerse daño unos a otros.

Pero los diamantes iban con ellos en la canoa, y Chico seguía remando a pesar del viento...

A lo lejos centelleaban unas lucecitas y el viento les trajo ladridos de perros, perros de indio, acostumbrados a acorrallar a las onzas. Chico volvió la cara y dijo el nombre de la aldea. Entonces, Olga recordó la costa, las aldeas a la luz del sol acomodándose a los caprichos de la corriente; y las lomas de los Gemelos, que recortaban el horizonte. A continuación, recordó al indio que había aparecido en el túnel y el canto de la lechuza.

Chico había dicho que faltaba poco y que todo estaba arreglado. ¿Dónde pensaría saltar definitivamente a tierra? ¿Qué pensaría hacer con ella y con Carlos?

Olga se acordó de Carlos y Mané en su cuarto. Viéndolos, había estado a punto de coger el revólver... Desde entonces estaba buscando su momento.

También Chico lo tendría calculado.

Todos lo tenían calculado.

Cuando se despertó, Carlos experimentó una sensación de sequedad mezclada con debilidad. Estaba seco y débil, tumbado en una cama de arena cubierta con una estera, tapado de trapos. A un lado de él, se elevaban hacia el cielo troncos de árboles entrelazados con lianas, sobre los que bullía un mundo escandaloso de pájaros y macacos; al otro, una enramada con frutos rojos no le dejaba ver el agua, que oía correr. En frente tenía el marrón del río limitado a lo lejos por dos lomas verdes...

Lo que estaba viendo eran los Gemelos. Levantó trabajosamente las manos, las sacudió y, con los dedos limpios de arena, se refregó los ojos que no querían creer lo que estaban viendo: las formas blandas de los montes donde acababa su condenación. Más allá de ellos, a cinco leguas, quedaba el primer puerto de atraque de vapores.

¿Cómo había llegado hasta allí? Lo asaltó la pregunta y olvidó su debilidad para levantar el cuerpo. Con los codos hincados, miró alrededor. Oculta entre las ramas estaba la canoa; y no lejos de él, a su espalda, entre raíces se veían los trastos: las escudillas, una bolsita de lona de Olga, el rifle, el arco y las flechas de Chico... Se acostó poco a poco, convencido de que no había peligro: lo habrían llevado hasta allí los muchachos. Le apretaba el cinturón y, bajo los trapos con que lo habían arropado, palpó la cartuchera y el revólver. Estaba vivo, armado... y en posesión de lo suyo.

Cerró los ojos, que ya no le escocían. Tenía que haber dormido bastantes horas. Recordó el claro con las hogueras y los cazadores sudorosos danzando agarrados por la cintura, y recordó también a Chico avanzando contra ellos, recogiendo los diamantes, retrocediendo... Había sido un milagro. No, porque allí estaba él advirtiéndoles a los "cintos de corteza" que, si hacían un movimiento en falso, morirían muchos de ellos...

Lo inquietó un recelo y abrió los ojos, aguzó el oído... Pero eran Olga y Chico. Les oía hablar cerca de él.

Olga hablaba con Chico. Y, sin embargo, la noche anterior, cuando llegaron al túnel... Sí, por eso se inquietaba ahora: Cuando llegaron ellos, Olga no estaba en su sitio, y había desaparecido la canoa. Se dieron por perdidos, aunque no quisieran reconocerlo. Y, luego, aquella voz desde el otro lado del túnel, un haz de luz sobre el rostro de la muchacha... Todo se le había confundido con un golpe de su cuerpo en la arena.

Se movió en su cama de trapos. Se sentía a gusto, descansado. Un frescor agradable le besaba los pies, descalzos por primera vez en muchos días. Se hizo la ilusión de que convalecía de una enfermedad, bien cuidado y arropado, en compañía de gente fiel: Olga y Chico seguían hablando, bajito...

Alguien habría cogido a Olga en un descuido y la habría secuestrado. Quizá Machado, hijo de perra.

Pero Chico, otro hijo de mala madre, habría resuelto la situación.

¡Olga! Un temblor le recorrió el cuerpo al imaginar la belleza dorada, blanca y azul de la moza. Y se dijo que tenía que luchar por ella; que él era una oferta digna para cualquier mujer. Se vio limpio, afeitado, vestido con el gusto que su fortuna le permitía, en la cubierta de lujo de un trasatlántico camino de Europa. Olga iba a su lado, con un traje claro y una pamea, deslumbrando a los viajeros...

Tenía que poner las cosas en su sitio. Estaba agradecido a los dos mozos porque lo habían librado de un mal grave; pero el agradecimiento no lo debía cegar. Si lo habían salvado y lo cuidaban era sólo por respeto, porque reconocían su jefatura: él era el mayor, el experto, el que sabía cómo tenían que hacer cuando llegasen al mundo de las complicaciones verdaderas con una fortuna en piedras preciosas... Aún más, él era el artífice de todo: él había ido a sentarse en *Vista al Río* con Chaves, él se había interesado por las historias que contaba el borracho y después se había empeñado en que exploraran el claro de la selva... Todo había sido cosa suya. Se emocionó al recordar la roca grabada con los símbolos del sol y de la feminidad, y los fulgores del sol sobre las paredes de la gruta... La Ciudad de los Césares, o lo que fuera: un gran hallazgo arqueológico debido al capitán Carlos Regueira, rico y famoso como cualquier lord descubridor de tumbas faraónicas...

El viento removió la arena de la playa y Carlos se dijo que había llegado el

momento de actuar. Les faltaba muy poco para llegar al final de la huida, y tenían que alcanzarlo sin demora. Necesitaban un plan, y mano dura para llevarlo a cabo. Ante todo, habría que tomar precauciones: no bastaba ocultarse a la vista de los que bajaban por el río; también había que guardar completo silencio, y los muchachos no lo estaban guardando... Eso le hizo incorporarse de nuevo y apoyarse sobre un codo, dispuesto a amonestarlos. Y así volvió a ver las armas, todas juntas, amontonadas entre las raíces...

Desde allí hasta el primer puerto, la codicia podía ser mala consejera para aquellos muchachos. Había que evitar peligros, eso lo primero... Se levantó con la decisión de quien ha superado una crisis y convalece dispuesto a seguir con más fuerzas que nunca. Los pies agradecieron la libertad de posarse sin que nada los oprimiera, y esa sensación se propagó por todo el cuerpo.

Lo que iba a hacer era duro, pero no había más remedio. Su revólver era suficiente; el resto de las armas era una tentación para Chico y, tal vez, para Olga...

Vaciló un instante, y volvió a torturarlo una pregunta que su mente no conseguía articular desde que Chico apareciera. Pero, mirando a los Gemelos, se reafirmó en su decisión: él llevaría las piedras y el arma, y los muchachos no tendrían otra opción que obedecer.

Llegó a las raíces y, antes de agacharse para coger los rifles, miró hacia donde los había oído pensando en reprenderlos por su charla insensata.

Y los vio sentados frente a frente en una raíz, cogidos de los hombros. Como si acabaran de abrazarse.

Entonces se agachó y cogió los rifles, y el arco de Chico para que no pudieran darle muerte a distancia... Aquellos mocosos iban a saber lo que era seriedad y quien mandaba allí y por qué.

Agobiado por el peso de las armas, bajó por el arenal con toda la rapidez que el equilibrio le permitía... ¡Y encima amoríos! Olga tenía que haber perdido la cabeza. ¡Peste de indio! La arena quemaba, y el rumor de las olas le hizo acelerar el paso en busca de la frescura del agua... Aquel indio condenado...

Se detuvo. ¡Claro! Acababa de caer en la cuenta: Chico había aparecido de noche y solo, con armas y sin canoa. Demasiado lejos de la aldea de Santa Apolonia, que ardía en fiestas.

Debía de tener un cómplice, que lo había llevado hasta allí.

Y que podía haberlos seguido todo el tiempo.

Tal vez eso explicaba la solución al secuestro de Olga...

Un solo revólver y en su mano era garantía de obediencia.

Dio un paso más, lleno de rabia, y se dijo que aquella rabia era firmeza.

Otro paso más, y entraba en el agua.

Otro más.

Que fue el último. Porque, al pisar sobre algo blando, como si el relámpago y el rayo se juntasen furiosos contra él, el mundo entero se le hundió en una sacudida. Quedó ciego y sordo. Ya no se sintió caer.

Hambre

Uruá salvó a Olga de los secuestradores y, en cuanto la vio libre para moverse y hablar, se dijo que era suya. Olga era suya y de nadie más. Pero no pensaba en ella como algo para lucirse, como un rifle de repetición o un fueraborda. Olga era mucho más: compañía única y necesaria, otra parte de él mismo en medio de tanta soledad.

Hablar con ella y mirarla, contemplar la lindura de sus ojos azules y su boca redonda y roja, era un brebaje que hacía borrar el resto de las cosas...

Estaban hablando de la capital, ciudad grande y bulliciosa, y de lo que en ella habían vivido. Con la mirada perdida por los caminos de la nostalgia, Olga le contaba que, de mocita, había tenido un novio, Joaquín, Quin. Su Quin era conocido y querido por todos, y la llevaba a cenar por los restaurantuchos del puerto donde apenas cabía nadie y tanta gente quería meterse, a probar delicias de pescado y marisco que cocinaban negras lustrosas, y a escuchar la música de los hombres que ponían el alma en una guitarra y un poema.

Después venía la sesión de cine entre un público vestido de acuerdo con la moda del momento; luego, un paseo tomando helados y comentando la película vista. Por fin, la sala de fiestas, la orquesta, el baile hasta que los cuerpos no daban más...

Uruá escuchaba con fruición, sin darse cuenta de ninguna otra cosa. Sólo alguna alusión de Olga a viajes y aviones le recordó al piloto echado en la arena no lejos de ellos. Pero la historia de Olga tenía tanta fuerza, tanta, que le hacía verse y sentirse bailando con ella en una pista pulida, dejándose llevar por los compases de un bolero.

Con la imaginación en otra parte, reparó vagamente en la figura adelgazada y tambaleante de Regueira... Bueno, el hombre tenía derecho a levantarse para orinar; estaba enfermo pero vivo. Se le habría pasado el primer ataque de fiebre y se sentiría con ánimos para hacer sus necesidades... Uruá volvió al baile con Olga, infinitamente lejos de la raíz musgosa en que estaban sentados con las manos cogidas.

La distancia y las ráfagas del viento que se desperezaba le engañaban el oído y siguió charlando. Ahora contaba él sus mejores momentos en el hormiguero de la ciudad, llena de sorpresas. Sólo al ver los caños de los rifles en el hombro de Regueira sospechó que aquel hombre estaba maquinado algo siniestro. Y se levantó

de la raíz sin dejar de prestar atención a Olga, aún con una mano de ella en las suyas.

El aviador bajaba por la playa con un brazado de armas: llevaba los rifles; los rifles y su arco, el arco y la aljaba con las flechas. ¿Qué pensaba hacer?

Uruá soltó la mano cariñosa de Olga y dio un paso. Regueira dio otro, vacilando. Uruá siguió avanzando con cautela, porque estaba desarmado y el piloto llevaba todas las armas hacia el río... Tenía que sorprenderlo. Cualquier idea mala había nacido en la cabeza del enfermo, la fiebre le había hecho desvariar y estaba a punto de provocar un desastre... Uruá bajó por la playa a zancadas, con sigilo, y con la vista en el piloto, pendiente del mínimo movimiento que pudiera revelar su intención de volverse y echar mano del revólver.

Regueira seguía hacia el canal, y Uruá volvió a maldecirse por estúpido, por confiado, por creer que aquel sujeto llevaba consigo el hechizo de los diamantes, por hacer caso de hechizos sin creer de todo en ellos.

No había hechizos. Sólo casualidades, coincidencias. Tenía que haber liquidado a aquel hombre en el momento justo, y ahora la fortuna sería suya. Suya y de Olga.

Había que actuar inmediatamente porque el piloto se estaba metiendo ya en el agua... Un palo, necesitaba un palo para darle un golpe en la cabeza. Buscó a su alrededor.

Y de repente sonó la zambullida: ¡el piloto había caído al agua!

Uruá voló hacia donde las piernas del loco seguían agitando la superficie del río. Antes de tocar el agua, saltó poniendo el alma en el brinco, y se sumergió con los ojos abiertos y con la duda angustiosa de alcanzar al piloto y lo que con él podía irse para siempre...

En el limbo marrón y rojizo por el que avanzaba, distinguió aún la forma de un rifle arrastrado por la corriente sobre el talud de arena... Y, cuando ya no esperaba encontrar al piloto, vio como su cuerpo se deslizaba canal abajo, también a favor de la corriente.

Tenía que subir y coger aire; pero eso significaba perder la pista... Se dobló de riñones y buceó hacia el fondo.

Necesitaba respirar.

Pero allí estaban los diamantes.

Las pirañas podían aparecer en cualquier momento. Pero sujeta al cinto del piloto iba la cartuchera, y en la cartuchera una fortuna liada con fibras por un cazador indio.

La masa del agua le aplastaba el pecho, le taladraba los oídos... Con todo, siguió braceando.

Un pie. Agarró el pie de Regueira y, tanteando por el pantalón, llegó hasta el cinto. Hasta el cinto y el revólver, la única arma que quedaba.

El piloto estaba boca abajo. Uruá sacó el revólver y lo metió en su propio cinturón; después apoyó los pies en la arena y le dio la vuelta al cuerpo inerte. A la

luz débil y herrumbrosa que hasta allí llegaba, los ojos espantados de Regueira hicieron a Uruá olvidar que se asfixiaba..., mientras su mano buscaba el botón de la cartuchera, lo desabrochaba y, se cerraba sobre las fibras y los diamantes... ¡Lo había conseguido!

La luz venía de tan alto, quedaba tan lejos la superficie, que podía no llegar nunca a ella. Ahora que tenía la fortuna en su mano, ¡suya!, le subía por el cuello un hormigueo caliente: se ahogaba, no podía contener el aire más...

Braceó hacia arriba, sin fuerzas, sintiendo cómo se le escapaban burbujas por la boca y la nariz.

Había recuperado los diamantes pero no conseguía salir al mundo del sol y de la vida propia. Se vencía, perdía el sentido... Y, sin embargo, de algún lugar recóndito en el fondo de su ser, brotó un golpe de coraje; y quiso vivir, quiso continuar vivo y disfrutar de cuanto la vida y el dinero le ofrecieran.

Sin saber si los brazos y las piernas aún le obedecerían, les mandó hacer el esfuerzo final...

Y obtuvo por recompensa una espléndida bocanada de aire.

¡Estaba vivo! Y en una mano llevaba el collar y el brazalete llenos de diamantes...

Olga. Miró hacia donde la había dejado y comprobó que la corriente lo había ido arrastrando muy lejos.

Nadó contra la fuerza del agua, con la ilusión de enseñarle a la muchacha lo que ya era de los dos (de los dos, porque con Tondirú no tendrían que repartir nada, pues al amigo fiel no le interesaba lo que enloquecía a los civilizados).

Olga estaba de pie, quieta en medio del arenal. Uruá levantó el brazo, y ella le respondió con un salto de alegría y corrió hacia la orilla. Él se aseguró el revólver en el cinturón y braceó con ansia, molesto por la pérdida de impulso que significaba tener una mano cerrada sobre las joyas de fibra y diamante en bruto.

Cuando ya llegaba, Olga lo llamó varias veces. Pronunciaba su nombre con una angustia que le hizo dejar de nadar. Se detuvo y oyó clara la advertencia:

—¡Chico, mira donde pisas! ¡Esto está lleno de rayas de fuego!

Salió despacio, dispuesto a retirar el pie tan pronto como sintiese que algo temblaba, temiendo la espina fatal del pez oculto en la arena... Así había terminado Regueira: una raya lo había dejado sin sentido y le había hecho caer y ahogarse. La malicia loca con que actuó, para quedar dueño del arma única, le había valido un castigo de muerte.

Otra vez resonaba en la mente de Uruá el eco del hechizo: el piloto no se había quitado las botas en todo el viaje. Y cuando se metió en el agua llevando las armas iba descalzo. Olga le había quitado las botas para que descansara mejor, sin pensar en las rayas tricioneras... que ahora ella había descubierto con vista de quien conoce el río.

En la arena seca se encontró con su compañera. Temblando de alegría, le puso el collar y el brazalete a aquella criatura hermosa.

Pasado el primer momento de efusión, se fueron a esconder de quienes pudiesen rondar por el río y, de nuevo entre raíces, hablaron.

Estaban cerca del fin y habían conseguido conservar las piedras. Tenían por delante unas pocas leguas, una costa llena de espías decididos a no dejarles pasar. Los hombres del teniente y los indios pagados debían de estar furiosos: sabían que ellos avanzaban ocultándose por la ribera, y no conseguían encontrarlos. Eran capaces de patrullar al otro lado de los Gemelos, ya en territorio del estado vecino, porque el botín justificaba la licencia.

Tenían que tomar más precauciones. Y tendrían que conseguir comida, porque sólo les quedaba un poco de harina amasada con agua.

Hablando de comer, Olga dirigió una mirada inquieta a Uruá y se lamentó:

—Carlos era un hombre bueno, Chico. Ha sido una lástima que se volviera loco. Si nos viese ahora, así, condenados a pasar hambre, seguro que se arrepentía de lo que hizo.

Uruá calló su desprecio por el blanco altivo que se había derrumbado en terreno de indio; calló su satisfacción de que el tipo hubiera muerto y no pudiera volver a fastidiarlos. Pero intentó seguirle la corriente a su amiga y animarla:

—No era malo el piloto, no. Es una lástima que se haya ido sin decirnos dónde encontraron los diamantes... Pero tampoco nos vamos a morir de hambre. No son los vivos los únicos que comen; también comen los muertos... —calló y buscó en el rostro de Olga un indicio de que había entendido. Aunque no parecía entender, y él prosiguió—: Cuando los pescadores vuelven al río-padre para siempre, llevan comida para el viaje... Estaremos a una legua de la aldea grande. Allí hay un cementerio grande también, que mueren muchos indios que con la tristeza de estos tiempos. Y siempre llevan bananas, y batatas, y harina.

—Eso es muy arriesgado, Chico. Si nos cogen robando a los muertos, no habrá quien nos salve. Es mejor que hagamos un arpón para pescar en el río...

—No nos van a coger, mujer; al menos a ti. Si voy solo, puedo moverme con menos preocupación, y de una vez traigo provisiones para mucho tiempo.

Callaron. A su alrededor todo seguía igual: el río y la selva estallaban de vida sin preocuparse de ellos. Los pájaros y los macacos chillaban y los peces saltaban, sin saber del hambre que los movía a discurrir como matarla aún a costa de la propia vida.

Uruá se dijo que no era la primera vez que se veía en una circunstancia parecida y que saldría con bien de ella. Que lo mejor era ganar tiempo llevándose una buena carga de lo que los muertos no iban a echar en falta.

Olga se quitó el brazalete y el collar y, tras contemplarlos un momento, extasiada, preguntó:

—¿Qué hacemos con esto?

Uruá dudó un instante, pero en seguida reaccionó sacando el revólver del cinturón y tendiéndolo hacia su compañera, mientras decía:

—Guarda los diamantes, mételos donde sepas que no los vas a perder. Y quédate también con el revólver.

Se levantó. Olga, con el revólver y los diamantes en las manos caídas, le dirigió una mirada inquieta.

—¿Ya te vas? —preguntó sin necesidad.

—Ya me voy yendo.

—¿Desarmado? —volvió ella a preguntar innecesariamente.

—El revólver puede servirte más a ti que a mí... Ten cuidado y procura que nadie te vea... —respiró hondo y aseveró—: No tardo, estoy aquí todavía con sol.

Ahora Olga lo miró de un modo que Uruá interpretó como una súplica: tenía miedo de perderlo. Y él le volvió la espalda lleno de orgullo...

Aunque el hambre le hería el estómago —se dijo—, una legua no significaba nada para él. Mantuvo el paso rápido durante un buen trecho de bosque espeso, sintiendo a veces por los brazos y los hombros el corte de una hoja o la punzada de una espina. Avanzaba maldiciendo la locura que atacaba a los civilizados en la selva: Mané se había dejado matar para hacerles perder las fuerzas persiguiéndolo, y ahora su amo moría sin más provecho que el de obligarlos a retrasar la marcha... Luego raleó el arbolado y apareció la primera charca, mermada por la persistencia de la seca, en medio de un pastizal alto y verde que ondulaba al impulso del viento. Uruá corrió por la hierba preguntándose dónde estarían los "cintos" trotadores que él había sorprendido; por dónde vagarían en busca de caza, qué sentirían después del susto y del vejamen, del incendio y los tiros. Y en quién habrían descargado su furia.

Tal vez ya se habrían vengado en los mineros que venían, regateando, en busca de lo que no les pertenecía. Ojalá: así quedarían menos para perseguirlos.

Estaban rodeados; los acechaban mineros de la Villa Paraíso, policías, indios pescadores, perros, y hasta "cintos de corteza" con la sangre en el ojo por la fechoría inolvidable...

Una garza solitaria levantó el vuelo, asustada, y lo sorprendió. Se detuvo. El corazón le latía con fuerza y no era sólo por la carrera. En su cabeza tomaba cuerpo una idea:

Los que sabían la verdad de los diamantes y de quien los pudiera llevar, habían muerto ya, todos, menos Olga y él. Y a él sólo le querían hacer mal los "cintos", que habían quedado unas leguas atrás.

De los demás, nadie sospecharía. Quienes todavía esperaban a Regueira con el

mulato y la rubia, no se iban a fijar en él, en un indio canoero. Podía quitarse el pantalón y seguir bajando el río; detenerse en las aldeas y pedir comida, diciendo que había perdido las armas en un golpe de ola, cosa fácil de creer tal como estaban las aguas, enfurecidas por el viento.

Olga era la única razón de que se ocultaran. Para seguir adelante sin más angustias...

Pero no. Tenía que desechar el pensamiento que le inspiraba el espíritu-culebra de la maldad. La mujer continuaría a su lado, aunque fuesen al infierno. Llegado el momento, se repartirían la fortuna y, si ella quería, juntos la compartirían.

Volvió a correr. Acababan la hierba verde y el viento, y se formaba de nuevo el laberinto de la jungla: arbustos y árboles pequeños y grandes le cerraban el paso.

Redujo la marcha y caminó con los sentidos al acecho. La tierra se elevaba poco a poco, y eso lo confirmó en que seguía la dirección correcta. Luego llegó a una senda que se abría y dejaba entrar cada vez más luz. Uruá recordó que había pasado por allí con Tondirú mucho tiempo atrás, cortando terreno para llegar los primeros a una fiesta de la luna llena, a la que los convidaba la gente que enterraba a sus muertos cerca de donde ahora estaba.

La evocación de aquella fiesta lo distrajo, pero no de todo: un aroma pesado le hizo agacharse y buscar. Avanzó por la oscuridad hasta tocar unas hojas manchadas de aceite. Se las llevó a la nariz y aspiró... No había duda. Allí había estado la gente de la aldea celebrando ritos.

Continuó, procurando no dejar marcas. La senda acabó y ante sus ojos se abrió una roza soleada, pero lúgubre. Árboles talados, negros donde el fuego los había roído y blanqueados por el sol y las lluvias donde no, dividían en parcelas el cementerio: un recinto de tierra removida aquí y allá, vasijas grandes con huesos y otras más pequeñas con provisiones para el viaje eterno al vientre del río-padre. Algunas vasijas no habían resistido el paso del tiempo y la obstinación de los cielos: se habían roto y dejaban ver a su alrededor una tristeza de huesos blancos, desparramados.

Había silencio, ni los pájaros piaban. Y el viento zumbaba en las lianas de los árboles secos que aguantaban en pie.

Uruá contempló, inmóvil, el fin de todo, el fin de las formas bonitas de mujer, de los músculos fuertes de los hombres, de las voces de cantor, de la puntería con el arco y de la resistencia en la danza. Lo atacó un frío extraño en el calor de la tarde. Una barrera le impedía moverse, tan siquiera para sacudir la plaga de los mosquitos: ningún diamante lo salvaría de acabar así, o descarnado en el fondo del río. O deshecho en lodo y hedor entre los mármoles de un mausoleo en la ciudad. El viento zumbaba en las lianas y les hacía insistir en su golpeteo romo contra los árboles... El hambre le dio un aviso: él seguía vivo, y los muertos no eran nada.

Se adentró en el claro y comenzó a buscar. Había piñas de bananas podridas y medio comidas, algún cuenco de maíz fermentado lleno de bichos, batatas roídas por las hormigas y los grillos... Tenía que encontrar tierra recién removida o una vasija con procesiones de hormigas. Junto a ella habría comida fresca para quien acababa de iniciar el viaje hacia el vientre del río.

Se movió de un lado para otro, buscando. Dio con un racimo de bananas todavía frescas y siguió buscando algo más, tal vez maíz tierno. La boca se le hizo agua al imaginar el maíz asado... Lo azuzaba el hambre. Volvió a por una banana a donde había visto la piña, mientras ponía la vista en una esquina de la roza con tierra amontonada alrededor. Allí podría haber comida recién dejada...

El sabor de la banana le llenó todos los sentidos, pero fue un placer breve. Un alarido de espanto rasgó el silencio del cementerio. En respuesta al grito, se levantaron hacia el sol unas zancudas que andarían por allí de paso entre los pantanos.

Uruá se agachó junto a la redondez de una vasija llena de huesos, y ante sus ojos apareció la imagen de la locura: hombres pintados con franjas rojas, coloreados de rabia de los pies a la cabeza, dispuestos a matar y a gozar haciéndolo.

Traían a una mujer, todavía joven por el cuerpo bien formado y los pechos duros. La traían de pie y le hacían caminar cogiéndola por los brazos. A veces, la moza perdía el conocimiento y dejaba caer la cabeza a un lado. Pero luego se recuperaba el sentido y volvía a gritar llena de angustia...

Uruá comprendió por qué había aceite en las plantas: imaginó a la víctima ungida con él y paseada por los hombres alrededor del cementerio para recordarle que allí iba a morir.

Todas las tribus tenían a veces esos ataques de locura: los hombres escogían una muchacha y saciaban con ella su necesidad de hacer sufrir.

Por eso, los indios estaban condenados a desaparecer. A todos los hombres, civilizados o no, la culebra-madre de la rabia llegaba a clavarles su veneno en el corazón. Pero los civilizados hacían deportes, quemaban la sangre mala en regatas, en carreras de coches, de motos, de caballos... Nunca acababan con una vida en flor por disfrutar del espectáculo de la muerte.

Se escondió bien. Cogió otra banana y se la comió sin miedo a que lo oyesen los guerreros, borrachos de maíz fermentado y de maldad. La muchacha gritaba sin descanso, gritaba y se iba debilitando... Sus gritos débiles surgieron después ahogados, cada vez con menos fuerza, hasta que dejaron de oírse.

La tierra acababa de cubrirla, y el silencio volvió al claro...

A Uruá lo atacó la desesperación, un deseo imposible de estar en la playa de la ciudad, echado en la arena, y llamar al negro que acudía con la piña cortada en rodajas, dejando escurrir su zumo delicioso... Todo el horizonte era azul, añil de mar

bajo el azul claro del cielo. A lo lejos pasaban barcos pintando de blanco el mar y de gris el cielo.

Pero estaba allí con la piña de plátanos, escondido detrás de una tinaja de barro en medio de un cementerio de indios, exponiendo su vida por una miseria de fruta que apenas le engañaría el estómago, a poca distancia de un tesoro que nadie en la playa podría imaginar.

Había sido un error ir hasta allí. Olga tenía razón: con paciencia, no habrían tardado en conseguir arpón y peces para ir aguantando...

Los endemoniados de las franjas rojas y negras empezaban a bailar sobre la tierra en que habían ahogado a la pobre muchacha. Uruá pensó en Olga, sola con un revólver, seis tiros o poco más si tenía tiempo de recargar el tambor. Si la cogían los "cintos", o aquellos pescadores enloquecidos... O los buscadores del Paraíso...

Había que enmendar el error, tenía que volver a donde la había dejado. No podía esperar más; cada segundo que esperase sería un momento de peligro para una mujer codiciada por cualquier hombre, indio o civilizado.

Pero allí estaban aquellos indios danzando, agitando maracas y cencerros, enzarzados en una sucesión de preguntas y respuestas sobre la guerra con hombres de otra tribu que los habían vencido y los habían echado de los mejores sitios para pescar.

Por eso habían martirizado a la chica, tal vez hija de alguno de ellos. Derrotados por los extraños, se vengaban en su propia sangre: ¡raza perdida!

Uruá sintió desprecio de ellos y de si mismo, que también era indio, aunque había perdido la inocencia entre los que poco a poco acabarían con quien no fuera blanco o, al menos, no hubiera mezclado su sangre con la sangre avasalladora de los blancos...

Atardecía. Olga tenía que estar preocupada.

O pensando en huir.

Porque Olga podía huir. Tenía artes para dominar a los hombres sin que pudiesen defenderse: tenía un cuerpo de ensueño y unos ojos capaces de quebrar la voluntad del varón más fuerte.

Olga podía huir con los diamantes. Por eso se había quedado tan tranquila, fingiendo con una mirada de cariño que necesitaba de él.

Estuvo a punto de levantarse y salir corriendo, como había hecho con los "cintos de corteza". Pero ahora se sentía incapaz: estaba muy cansado, y no quería jugarse la vida cuando estaba cerca el fin de tantas penalidades...

Olga esperaría, seguro, porque hay cosas que valen más que los diamantes y que todas las riquezas del mundo. Uruá recordó casos de mujeres que por abrazarse a su pecho de nadador habían perdido el derecho a seguir una vida de regalo en brazos de hombres ricos.

Olga lo quería. Y lo esperaría.

Por calmar la impaciencia, hizo una prueba: salió de detrás de la vasija y fue a ocultarse detrás de los restos de un árbol. Los guerreros seguían bailando y cantando, enardecidos, mirándose al rojo de sus pinturas, donde el sol daba de lleno.

Si se levantaba y se marchaba, quizá no se enterarían. Arrastrando las bananas, gateó hacia fuera de la roza... y no ocurrió nada. Descansó detrás de una vasija rajada que dejaba ver los huesos mondos de un guerrero, con la quijada atada al resto de la calavera para no verse sin boca cuando se encontrase con el padre-río... Le faltaba poco para el final de la roza y esperó tomando un respiro... No había por qué precipitarse, todo iba a salir bien... Los demonios rojos y negros refulgían brincando encima de la sepultura, apisonando la tierra sobre lo que ya no era una mujer. Había belleza en aquella danza y en aquellos cantos crueles; había más belleza que en el martirio silencioso del Cristo de los civilizados... Por cosas así, merecía la pena ser indio.

Tenía que huir. Cogió las bananas y gateó de prisa, agachándose de cuando en cuando detrás de algún obstáculo... Llegó al bosque cerrado, rodeó una mata de bambú y echó a correr con la fruta al hombro, descuidado, pisando con fuerza la capa de hojas muertas del suelo. Escapaba de la tristeza del cementerio, de la impotencia y el desvarío de los hombres de una tribu incapaz de defender lo que era suyo por tradición; huía de aquel espectáculo penoso hacia las posibilidades de vida de la civilización. Uruá corría como si al fin de aquella carrera estuvieran los Gemelos, y como si los Gemelos fueran una barrera fácil tras la que hallaba la recompensa de tanto sinsabor: la ciudad hermosa, con las playas y el puerto, avenidas llenas de color y música a la hora de los desfiles políticos y el carnaval...

La carrera y los sueños le impidieron ver las siluetas de los hombres desnudos que se apostaban detrás de los árboles; y las formas de sus arcos curvados. Y tampoco pudo oír las flechas que volaban contra su cuerpo.

Uno, dos, tres... Tres golpes frenaron su carrera.

Se paró, sin poderlo creer: tenía tres flechas clavadas, en un hombro, en el pecho, en una pierna...

Estaba herido, la sangre comenzaba a manar.

Fue a dar con la espalda en una raíz alta y se deslizó por ella... Estaba perdiendo fuerzas. ¿Y Olga? Lo mismo daba, ahora sólo le importaba saber quien lo había asaeteado como a una fiera. A medida que se desmoronaba, aumentaba su curiosidad.

Y no tardó en tener respuesta: sobre la cubierta de hojas, avanzaban pasos guiados por piernas fuertes, hechas de volúmenes de músculo como sólo tiene un buen corredor. Las piernas sostenían vientres desnudos, sexos asegurados con cordeles. Y cinturas envueltas en bandas de corteza...

Los cazadores lo observaron con la mirada estúpida y tesa de siempre, apoyados en sus arcos, sonriendo en silencio, con aire de triunfo. Habían corrido leguas y

leguas por el bosque; andaban de caza invadiendo territorios de otras tribus y no tenían escrúpulos para robar en las rozas de mandioca que ellos no se preocupaban de plantar, ni para saquear moradas de muertos ajenos. Pero, ante el rito de la locura, imaginando a los pescadores necesitados de venganza y desquite, no se habían atrevido a seguir. Sin duda, estaban espionando la danza de los asesinos locos y por casualidad encontraron a quien tanto mal les había hecho.

Mala suerte. Uruá los miró desvalido, intentando descubrir en sus rostros qué intención tenían hacia él. Quizá se equivocaba en lo que suponía y los cazadores no eran de la misma partida que él había asaltado para recuperar los diamantes. Si lo fuesen, ya lo habrían degollado... O no: mientras sus heridas empezaban a arder, los "cintos" mantenían su sonrisa imbécil. Aquellos demonios sabían que él no podía pedir auxilio a los pescadores, que lo liquidarían allí mismo al descubrir como les había estado robando la comida de los viajeros al otro mundo. Y no le cortaban el pescuezo porque, cuando se viera perdido, chillaría y atraería la atención de los que danzaban embrutecidos por el alcohol de maíz.

No. Los cazadores conocían bien el arte de matar. Lo habían herido de manera que tuviese una agonía larga y dolorosa... En un postrer esfuerzo, intentó buscar entre los rostros sonrientes el del mozo al que le había hecho devolver el tesoro liando con fibras. Pero no lo vio.

Incapaz de cualquier movimiento, cerró los ojos, decidido a fingir que se moría para que se fueran contentos de su diablura, venganza cumplida si eran de la gente que él había humillado.

Lo despertó la luz de la mañana, y poco a poco fue comprendiendo la realidad que se centraba en su cuerpo: las flechas seguían lacerándole la carne, entumecida alrededor de ellas; el dolor se extendía en torno a las flechas y frenaba cualquier intento de moverse; tenía la piel cubierta de sangre y sudor... Debía de tener fiebre y los bichos aprovechaban su postración para cebarse en él.

La flecha del hombro le paralizaba el brazo y le impedía gobernar la mano. Con la otra, intentó espantar las moscas y los mosquitos aunque sólo fuera por dignidad.

Pero estaba vivo: la lucha por la fortuna lo había llevado a la condición de estar vivo y no servir para nada...

A un paso de él, hormigas y grillos deshacían la piña de bananas. De momento, no se atrevían con su carne. Pero en las ramas más altas de un árbol cercano se posó un pájaro carroñero, asustando a los inquilinos inofensivos del edificio vegetal.

Si gritaba, ¿qué sucedería? Que vendrían los indios de la aldea y acabarían con lo poco que de él quedaba, tan pronto como viesan la fruta de sus muertos. O que volverían los "cintos" y lo rematarían para completar la diversión...

Sólo podía dejarse morir, consumirse disfrutando los recuerdos de lo mejor que se

llevaba de esta vida.

Qué pena, porque era joven y quería vivir. Y podía hacerlo durante muchos años, dando alegría a los demás... Olga: su evocación despertó en él la esperanza. Porque Olga era una mujer con arrestos, capaz de ir a buscarlo.

No. Olga no conocía el camino del cementerio, él no se lo había dicho. Y, además, también ella se estaría muriendo, de hambre.

¿Y Tondirú? Su amigo tenía que estar harto de esperarlo en la barra grande, al otro lado de los Gemelos.

Bien. Había perdido. Ya sólo le quedaba desear que Olga lograra llegar a la meta y se aprovechara de todo lo que los diamantes podían dar. Aquellas piedras acabarían en cuellos, orejas, muñecas y dedos de gente que las enseñaría con orgullo, sin pensar en los restos de sangre, en las manchas de traición y de odio que llevaban... Olga reservaría para sí alguna de las mejores, tal vez unas cuantas, para hacerse un collar que deslumbrase sobre la tersura blanca de su pecho. Uruá sintió celos de todos los hombres que llegasen a verla. Tantos y tan fuertes eran que hasta se olvidó de su estado. Se vio en un baile junto a Olga, rodeados los dos de gente que miraba con envidia hacia ella, y hacia él, que la llevaba en los brazos...

Fue una visión, nada más. Cerró los ojos que lagrimeaban acosados por la maldad de unos mosquitos mínimos, zumbones. Los cerró para defenderlos y porque le daba infinita lástima de sí mismo: pobre Uruá, hijo de Anikó-Irrí, nacido en la aldea de Arabá. Nunca debería haber sido más que eso, un indio del río, que vivía en él y para él, esperando retornar algún día al padre-agua para siempre.

A aquella hora estaría en la roza cuidando del maíz, o pescando y cantando, componiendo frases bonitas para Kaunú, su esposa. Y Kaunú estaría esperándolo, rallando mandioca o haciendo esteras, o amasando barro, con los pechos como frutas balanceándose sobre el trabajo y reclamando amor...

Pero no. Todo se torció porque alguien del Servicio de Protección al Indio (maldita protección de los civilizados) se fijó en su habilidad para los trabajos infantiles... y acabó entre blancos y mestizos aprendiendo de ellos a querer más y más, siempre más, para nada pero más.

Qué paz había en la cara inocente de Tondirú... Deseó tener a su amigo allí al lado. Lo deseó con toda la fuerza que pudo rescatar del dolor y la flaqueza. Quería a su amigo junto a él no porque lo fuera a salvar, que Tondirú no era médico ni hechicero, sino para que lo acompañase en su paso a la nada negra...

El dolor fue cediendo y sus ojos no volvieron a abrirse en mucho tiempo. Cuando se despertó, temblaba; mal podía ver los contornos de los árboles y la herida del pecho lo agobiaba como un peso aplastante.

Debía de estarse muriendo. Se sentía morir en el dolor y en lo que ya no percibía y tenía que adivinar, como el brazo inútil, como la espalda lastimada contra la raíz y

la piel aguijoneada por los mosquitos... Lloró. Fue un llanto suave, que no le agitaba el pecho... ¿Qué sería de Olga? ¿Y de Tondirú? ¿Con qué mozo lindo soñaría Kaunú? Cerró los párpados, y un chorro de lágrimas fluyó por sus mejillas... Fue lo último que percibió, el calor de las lágrimas. Después, comenzaron a confundirse en su mente las imágenes: los ojos de azabache de Kaunú con los ojos de agua azul de Olga; un tronco que tomaba forma de canoa bajo el hacha de Tondirú con la barriga de hierro de un mercante en dique, la playas blancas del río marrón y las playas doradas del mar azul-verde, el olor del maíz fermentado y el aroma del whisky, la paja basta de las sayas para el rito de la luna y la seda de un vestido de mujer... Se iba apagando en un gozo tranquilo, reclinándose poco a poco en la hamaca en que a todos esperaba el río-padre.

Sólo en algún instante lo inquietó la cara de odio de Hocico de Ratón.

Pero un golpe de porra la hacía desaparecer inmediatamente.

Y volvía a los sueños placenteros.

Olga

Olga se quedó con los diamantes y una pena grande cuando se marchó Chico. La mata espesa del pelo de Chico y sus espaldas de atleta la trasladaban a esa época de la vida que todo el mundo recuerda con una nostalgia tierna, a cuando sólo se piensa en vivir el presente y gozarlo sin límite. Chico era su Taasí de ahora y ella lo quería cerca, necesitaba su presencia recia y cálida.

Pero Chico, seguro de si, había decidido ir en busca de comida y la había dejado sola. Tenía que resignarse, y hacer todo lo posible para burlar a la canalla que los andaba persiguiendo.

Recordando el hedor del tipo que la había amordazado, apretó los diamantes en la mano y se reafirmó en que sólo serían para Chico y para ella. Era capaz de tirarlos al río antes de que fueran para otros.

Y fue a buscar acomodo. Llevó esteras y lona e hizo la cama al pie de un cañaverál que la protegía de las miradas desde el río.

Se sentó en las esteras y sacó la bolsa llena de dinero que durante todo aquel tiempo había llevado colgada del cuello. Metió los diamantes en ella y se la colgó de nuevo: así estaban más seguras las piedras.

Tenía hambre. Se imaginó que las paredes del estómago, pegadas, trataban de digerirse. Recordó algo de la escuela sobre que el agua destilada destruye no sé qué en el interior del estómago y, luego, soñó que corría con Chico por la selva y encontraba un montón de mazorcas, frescas y dulces, pidiendo que las pusieran en la lumbre...

Había que tener paciencia.

Se acostó.

Necesitaba un cigarro, unas chupadas le devolverían la vida. Pero el viento tesonero les había hecho consumir todas las provisiones y ya no podía ni fumar. Echó de menos el tabaco que atonta y mata el hambre con un intento de náusea.

Si llegaba a la ciudad —e iba a llegar, no podía dudarlo—, visitaría al comendador Somoza en su banco y le daría la sorpresa. Le pediría audiencia con su nombre verdadero, con el que no usaba en la casa de citas en que la metió la

necesidad. Y, cuando lo tuviera delante, se identificaría como la jovencita orgullosa que se negó a que él la mantuviera, ahora ya mujer hecha, más orgullosa todavía, más libre que cuando se permitió hacerle el desprecio... y con una mina de diamantes en el bolso que exigía respeto.

En la cara cuadrada y dura del viejo aparecería su gesto de duda socarrona, y su mano se acercaría dispuesta a hacer una caricia perdonavidas en el brazo de la muchacha bonita y descarriada que aún recordaba con deseo. Hasta que viera las piedras...

Cuando las tuviese a la vista, se colocaría las gafas y alargaría los dedos hacia ellas. Tan pronto como las viera y comprendiera el volumen de la fortuna, Olga le pediría un tasador, exigiría secreto y un crédito sobre las piedras depositadas en el banco. Así se iría arreglando mientras calculaba el momento de venderlas con mayor provecho.

Después de tratar con el banquero, iría a ver a su madre, y al baboso de su padrastro.

¿Y Chico? Ella administraría todo, incluso el bienestar de Chico...

El estómago era una molestia constante, un vacío sobre el que reposaba algo pesado. Se tumbó. Echada y mirando las ramas, las lianas y los pájaros, la molestia le parecía menor, su mente se desconectó de lo inmediato, un torpor dulce comenzó a apoderarse de ella.

Puso el revólver junto a su mano y cerró los ojos diciéndose que sería sólo un sueñecito. Pero fue un largo sueño.

La despertó el dolor del hambre, que le hizo incorporarse y llevarse las manos al vacío del estómago. Se despertó asustada porque había soñado algo espantoso que no conseguía recordar. Desde la jaula de las cañas, se entreveía como caía el sol, lejano y oblicuo, sobre la selva...

Chico no estaba, ni había señal de él alrededor. Olga se levantó con el revólver en la mano y se adentró en el bosque siguiendo la dirección en que su compañero se había ido.

Pero volvió en seguida, convencida de lo inútil de aquel paseo.

Estaba sola, desfalleciendo. Y con Chico ya habrían acabado los dueños del cementerio...

Miró el río, rizado por una brisa leve. Se dijo que el viento de la seca estaba cediendo, y se convenció de que no le costaría tanto remar, por mucho que pesara la canoa... Una estratagema tomaba forma en su imaginación. Veía con claridad como el imbécil de Machado caía en sus manos tan pronto como ella le ofreciese el cuerpo blanco y rubio que él llevaba años deseando...

No. Debía esperar. Chico era hijo de la selva y tenía soluciones para todo. Tal vez la gente de aquella aldea les ponía a sus muertos centinelas que dificultaban los

movimientos del muchacho. Chico estaría escondido, en espera del momento de robar la comida, u ocultándose con ella porque le atajaban el camino de vuelta. O incluso... Sí, también podía ser eso: los indios a veces dejaban arcos y flechas junto a los enterramientos. Chico había encontrado con qué cazar y estaría haciéndolo.

Él no la abandonaría nunca. Volvería...

Atardecía rápidamente y ella se moría de hambre. El sol se sumía entre vuelos redondos, suaves, de unos pájaros y revoloteos fugaces de otros. En el horizonte aparecieron franjas negras, nubes estrechas y largas, y Olga recordó que aquello significaba el principio del fin de la seca efímera, el anuncio de la vuelta de las lluvias, de los calores, de la humedad caliente del mundo verde y cruel en que se había criado.

Sentía las mordeduras del hambre. Contemplando la puesta de sol con una mano sobre el estómago, se imaginó rodeada de tipos cansados de remar, con barba de semanas y con las camisas y los sombreros empapados de sudor. Ella les pedía que la llevaran en presencia de Machado, porque sólo con él consentiría hablar...

Y de repente se acordó de la harina. ¿Cómo la podía haber olvidado?

Bajó a la canoa, cuidando que nadie la viera al pasar de un escondrijo al otro, cogió la lata de harina y arañó la masa húmeda que quedaba en su fondo. Comió con repugnancia, como si engullera yeso o cemento. Pero masticó, para entretener el hambre hasta que Chico llegase, segura de que Chico iba a volver.

Siguió pasando el tiempo y se hizo de noche. Se movieron las estrellas por el cielo y con ellas llegó una luna cansada, amarilla.

Y Chico no volvía.

Olga se vio ante Machado, enferma de asco por su cara comida de viruela y su cuerpo tan grande y tan bruto. Le contaba al teniente que los indios habían matado a los hombres y que de la matanza sólo había escapado ella, sin nada de valor encima. Los "cintos de corteza" se habían llevado los diamantes de Regueira. Y le aseguraba que, muerto el piloto, ellos dos podían llegar a una solución de amistad: compartirían la casa, el *Diamond's* y una parte de las ganancias del restaurante de Hafez. Para salvar el pellejo, hasta le diría al miserable que ella siempre lo había preferido a él como compañero, a pesar de las proposiciones del español...

Se levantó, dispuesta a todo. Metió el revólver en el cinturón y recogió la cama. Estaba claro que de nada servía seguir esperando. Intentaría bajar al río burlando a los vigilantes y, si no lo conseguía, se entregaría a ellos para poner en práctica su estratagema.

Descendió a la playa sin miedo, pues la luz escasa de la luna no podía traicionarla. Entró en la ramada y trató de empujar la canoa al agua.

En ese momento pió una lechuza.

Olga se detuvo, sospechando algo.

Volvió a piar la lechuza. Sus sospechas se confirmaban.

Se arrodilló y apoyó el cañón del revólver en la borda de la embarcación, para apuntar mejor. Respiró hondo. El corazón le saltaba en el pecho. Y, con la mente ya en la aldea de su infancia, respondió al canto triste del ave.

Entonces oyó golpes cuidadosos de remos en el agua y otro pío más. Como había esperado, por el río subía un indio: la luna revelaba una melena corta, como un cuenco invertido de cabello, y unos hombros desnudos, anchos, robustos.

Olga pió. El indio varó la canoa y saltó a la playa.

Pió.

Olga le respondió.

El indio, sin armas, iba a entrar en la ramada.

Olga levantó el martillo del revólver, y el bulto negro del indio se detuvo: sin duda había oído el ruido del arma. Pero Olga no le dio tiempo a reaccionar. Con la boca llena de gusto y el alma vencida por la añoranza, le habló en la lengua de las tribus de pescadores:

—Dime quién eres. Si no dices la verdad, te meto un tiro.

El indio, cogido en la trampa de su desconfianza, aún tardó en responder:

—No dispaes, que hay mucho hombre con el oído atento por los alrededores... Yo soy Tondirú, de Arabá-Irrí. Soy amigo de Uruá...

—¿Dónde está Uruá? —Olga se sorprendió con el recuerdo del verdadero nombre de Chico, y con la audacia de su pregunta, tan directa que pareció dejar atónito a Tondirú—. ¿No sabes dónde está tu amigo? — insistió.

—No lo sé —fue por fin la respuesta, breve y con un acento de sorpresa.

—Entonces, ¿qué venías a hacer aquí?

El indio calló. Olga tuvo que insistir:

—¿De dónde vienes y a qué vienes?

—Venía a avisar a Uruá que al otro lado del Gemelo Pequeño, más allá del Rápido, hay gente del teniente apostada. No podéis cruzar por detrás del Gemelo Pequeño, tenéis que cruzar por detrás del Grande. Yo os esperaré en la playa que hay antes de llegar a la misión...

Ahora fue ella quien guardó silencio: estaba claro que Chico los había engañado con su sugerencia de pasar por el Rápido. Había convenido con Tondirú escapar a través de la selva, y su amigo iba a advertirle que el sitio escogido para burlar a los sabuesos no era el bueno. Se preguntó por qué Chico no le había dicho a ella la verdad cuando se quedaron los dos solos. Y sintió algo de rabia y angustia, el sabor de la traición.

Pero se aguantó. Intentó pensar que Chico andaba mal de la cabeza por las penurias que habían pasado; que con el hambre, la falta de sueño y el agotamiento se había olvidado de comentarle el plan completo que había ideado...

Se levantó, desmontó el revólver y le explicó a Tondirú:

—Tu amigo hace mucho que salió a buscar comida. Iba a un cementerio que hay cerca de aquí.

—¡Comida de muertos! —el muchacho no pudo reprimir la exclamación de asombro. Y Olga se vio obligada a aclarar el porqué de aquel atrevimiento insensato:

—Había perdido el arco y las flechas. Dijo que ir al cementerio era la manera más fácil de conseguir algo para llevárnoslo a la boca.

—¿Cuándo se fue?

—A medio día.

—Entonces ha habido encuentro malo.

—Me temo que sí, Tondirú.

Volvieron a callar los dos. Olga temía que algún bicho se desprendiera de la enramada, y salió. El indio la siguió.

—¿Qué hacemos, Tondirú?

—Yo voy a buscarlo.

—Yo voy contigo.

Iría. Estaba enferma de tanta soledad, del miedo, hasta de su necesidad de compartir el miedo con alguien. Pasara lo que pasara, Tondirú era compañía: con él podía llegar a donde quería con más seguridad que sola.

A pesar de la masa de harina asquerosa que se había tragado, el estómago volvía a reclamarle comida:

—Tondirú, ¿tienes algo de comer?

—Sí, harina y pescado...

Escondieron la canoa de Tondirú. Se metieron en el bosque y comieron. Olga, ansiosa, se hartó, disfrutando del calorcillo de vida que se le extendía por todo el cuerpo.

Después se adentraron en la breña. Cruzaron un claro con agua en que la luna se reflejaba, y Tondirú se detuvo a considerar la dirección que debían seguir. La indicó con un gesto, subieron una cuesta y caminaron deprisa durante mucho tiempo. De cuando en cuando, el indio se paraba para apalpar las plantas y olerse los dedos, o para imitar a la lechuza. No hablaba y Olga no quería preguntar tampoco. Se limitaba a seguirlo, evitando los traspies. A veces se imaginaba con Machado, dándole un placer que le costaría la vida al cerdo, deshecho en lujurias, debilitado en su gozo.

El alma se le revolvía contra aquello. Pero su razón le decía que quizá no le quedase más remedio que matar con cálculo y alevosía si quería llegar al fin único, personal y propio. Si tenía suerte, tal vez podría librarse de hacerlo. Pero si el asesinato llegaba a representar un peaje en su camino, no dudaría en pagarlo.

En estas cavilaciones la sorprendió una claridad tímida que coloreaba la roza del cementerio. Tondirú se le acercó y le susurró:

—Tenemos que escondernos hasta que amanezca de todo.

Se ocultaron. Olga reclinó su cansancio sobre un tronco y cerró los ojos. Arrobadada por el deseo de sentirse libre y feliz, vio a Taasí viniendo a buscarla para ir a la selva a coger frutas.

Ella volvería a la selva —se dijo—, pero de una manera diferente: como una señora, rodeada de cuidados y atenciones, pagados con el dinero de unos diamantes que de la propia selva habían salido.

¿Y Chico? Temió por él. Abrió los ojos, asustada, y se encontró con la cara simplota de Tondirú:

—Tondirú, ¿has dado con alguna pista?

—De Uruá, no. Él no quiso dejarlas. Pero otros andaban por aquí.

—¿Otros?

—Pescadores de estas tierras haciendo rito de muerte, y "cintos de corteza".

"Cintos de corteza"... No quedaba esperanza: los cazadores habían cogido a Chico y habían hecho un escarmiento con él.

O tal vez no: los que habían andado por allí no tenían por qué ser de la partida con que se enfrentó Chico. Estaría cerca de ella, escondiéndose de los pescadores, esperando todavía la ocasión de escapar con lo robado...

Olga se adormeció oyendo el canto de la lechuza, y se despertó con los alaridos de los macacos. Ahora ya se distinguían bien los bultos del cementerio, las vasijas y los árboles caídos. Un vapor blanquecino y quieto salía de la tierra de los muertos. Tondirú se levantó y miró con cuidado, moviendo los ojos despacio para explorar el claro palmo a palmo.

Olga miró con él. Y no vio nada de lo que buscaba, ningún indicio de que Chico hubiese pasado por allí.

Rodearon la roza, ocultándose a todas las miradas imaginables. Inspeccionaban con detenimiento, pero no encontraron nada anormal. Salvo una sepultura reciente, tierra pisada unas horas antes, huellas de pies en la tierra húmeda...

Tondirú le ocultó los ojos a Olga y ella no intentó vérselos pues sabía que estaba llorando.

Porque cuando se coge a alguien robando comida de los parientes que se han ido con el padre-agua, se le entierra vivo, y todos los hombres matan su rabia danzando encima de la tumba hasta que se quedan sin fuerzas...

Abandonaron. En silencio, tomaron la dirección del río. Para ellos, estaba explicada la ausencia del amigo y su falta de respuesta al canto de la lechuza. Caminaban con desgana, tal vez sin querer pensar. Sólo de tarde en tarde, Olga se acordaba de discurrir cómo pedirle a Tondirú que la llevase al otro lado del Gemelo Grande, a la misión de la que había hablado. Y a veces maldecía cuanto había habido de tragedia en la aventura de los diamantes, sobre todo la muerte de Chico, mozo

deseoso de gozar lo que la vida brinda a quienes son como él, y que había ido a morir en un suplicio de tierra que lo aplastaba, que le entraba por la boca, por la nariz, por los oídos... Tragedia maldita...

Sumida en sus cavilaciones, amargada, apenas prestaba atención a lo que no fueran los pasos de Tondirú. Pero también miraba alguna vez a su alrededor.

Así vio la flecha.

Había una flecha clavada en la parte baja de un árbol, y una fila de hormigas que trajinaba en aquella dirección.

Siguió caminando, pero ahora fijándose en los detalles.

—Tondirú —avisó al indio, que pasaba, cabizbajo, sin darse cuenta—. Mira eso.

El muchacho se detuvo y se encogió de hombros. Sin embargo, un momento después se acercó a Olga y dio unos pasos en paralelo con las hormigas. Se agachó y miró lo que los insectos acarreaban. Luego se levantó, arrancó la flecha del árbol y echó a andar... Olga lo siguió. El reguero de hormigas acababa en el tronco pelado de un racimo de bananas.

Así avanzaron. Hasta ver el cuadro de la desgracia:

Sobre el musgo claro de una raíz próxima, Chico, atravesado de flechas, mostraba toda su belleza, ahora triste, muerta...

Se quedaron mudos de espanto y dolor. Con un gesto de resignación, cabizbajo, Tondirú se acercó al cuerpo de su amigo. Lo palpó y le observó las heridas con un mirar lloroso, temblándole el labio, de rabia y de pena a la vez.

Pero, de repente, giró la cabeza y apoyó el oído en el pecho de Uruá. Luego se volvió hacia Olga con una sonrisa grande de ojos estrechos y dientes blancos.

—Está vivo... —le anunció.

Olga sintió una compasión que le eclipsaba todas las demás emociones. Sólo tenía ojos para el cuerpo moreno y robusto de Chico, su Chico bonito... Se acercó a él, le tocó la piel, que ardía, y escuchó el quejido que escapaba de su boca reseca.

—Tiene suerte, no lo va a notar... —Tondirú le arrancó las flechas y Chico sólo emitió un ay que parecía llegar de muy lejos. Tondirú explicó—: Esto es maña de "cintos de corteza". No le han tirado a matar, querían que se muriera a poquitos, desangrándose... Ahora yo me lo echo auestas y tú cuidas de que no se me caiga...

Caminaron hacia el río. Tondirú llevaba a su amigo inerte y Olga lo seguía, mirando las espaldas grandes de Chico, pero atenta a cuanto fuera sospechoso, con el revólver en la mano, dispuesta a defender lo que estaba recuperando.

Cuando llegaron a la orilla, preparó una cama y acostó a Chico. Tondirú dijo que necesitaba aceite y se fue a buscar la planta de donde se sacaba. Olga se quedó sentada junto al herido, y le cogió la mano, llorando: daba pena verlo así, cubierto de sangre, con los ojos hinchados y los labios reventados... Bajó al río con cautela y volvió con un trapo empapado. Le mojó los labios, la cara, el pecho y un brazo que

tenía entumecido. Luego trajo más agua, le quitó el pantalón sudado y lo dejó limpio y desnudo.

Chico era Taasí, maduro y hombre... Tenía que vivir. Tenían que devolverle la vida con sus cuidados. Por eso urgía seguir viaje, en busca de socorro... Mientras contemplaba la desnudez morena de Chico, se le ocurrió una nueva estratagema.

Era algo arriesgado, tan lleno de riesgo que nadie se lo imaginaría. Por eso, precisamente, iba a ser la salvación de todos.

Cuando volviera Tondirú, se lo consultaría.

No tenía que consultarle nada. Harían lo que ella pensaba. Sin más... Vio la diferencia entre el color de su piel y el de la de Chico, recordó la cara de Machado perdiendo una partida de póker en el *Diamond's*, y una mezcla de orgullo y malicia le hizo crecerse: aquello iba a ser lo más increíble de la aventura, lo que más le gustaría contar a los periodistas.

Si conseguía vivir para contarlo.

El sol comenzaba a dar muestras de cansancio cuando el teniente Machado se despertó de la siesta. Se despertaba preocupado por la condenación de tanta espera, por el desplazamiento desde el pueblo a aquella aldea en el límite de su jurisdicción, por una ausencia del puesto central que le podía crear dificultades con sus superiores.

Desde la fuga de los malditos, no se había encontrado nada extraño, salvo un par de canoas abandonadas. Y la gente patrullaba el río; había centinelas y perros por todas partes, y hasta hombres apostados al otro lado del Gemelo Pequeño, por si los fugitivos intentaban meterse por detrás del monte y, luego, buscar por las aldeas de pescadores una canoa con la que seguir río abajo.

Si no pasaban el Rápido, sólo quedaba la posibilidad de que fueran a pie por el bosque hasta donde volvían a remansarse las aguas. Allí se procurarían una embarcación para seguir hasta el primer puerto de vapores. Y sólo podrían encontrar una embarcación donde había gente, en el lado del Gemelo Pequeño. Estaba todo controlado.

Se repitió una vez más los razonamientos ya viejos y gastados, y se tranquilizó. Pero no de todo. Porque tardaban, Regueira y los suyos tardaban demasiado, y la gente que los aguardaba empezaba a desesperarse y a dudar de su palabra y de la de Hocico de Ratón.

Cabía pensar que se hubieran matado unos a otros, o que se hubiesen encontrado con una partida de "cintos de corteza", capaces de liquidarlos por diversión.

También podía ser que hubiera dado con ellos una patrulla de buscadores y...

No. Se levantó y fue al lavabo. No: los buscadores eran perros fieles... Se lavó y se secó la cara. Por el momento no faltaba ninguno. Los de dos canoas andaban un poco atrasados en dar parte, pero sería por el condenado viento de la seca.

Fresco ya, salió a la puerta de la casa y sus ojos acabaron de despertarse con la vista de siempre: los Gemelos redondos y cubiertos de vellones verdes, como dos gigantescos lomos de oveja, encañando el río. Al pie del Gemelo Pequeño, las aldeas de los indios, el puesto del Servicio con la bandera desplegada al viento; y el Rápido de las Tortugas, agua hecha espuma, blanca de rabia al tener que precipitarse por una angostura hacia las tierras bajas, donde se iniciaba el otro estado.

Nadie había pasado por allí, ni para arriba ni para abajo, ni de día ni de noche, salvo los indios pescadores en su ajetreo.

Apoyado en la viga que sostenía el alpendre, dejó vagar la vista por el entorno de selva, gaviotas y cabañas humeantes. A su mente volvía un recuerdo repetido: la sorpresa en el *Diamond's* por la ausencia de Olga, la búsqueda por todas partes, imaginando cualquier atrevimiento de un minero loco por falta de mujer, la caja del bar sin dinero, la cautela misteriosa de Carla... y la llegada de Hocico de Ratón con la noticia asombrosa: ¡un tesoro! ¡Habían descubierto un tesoro! ¡Docenas de diamantes como garbanzos!

Había sido en unas ruinas. Aquel loco de las barbas decía que era la "Ciudad de los Césares".

Machado comprendió en seguida y concentró su rabia en el piloto. ¡Maldito español podrido de orgullo! ¡Hijo de perra! Había llevado al pueblo aquel tipo raro que se decía profesor y debía de conocer la historia de los diamantes. Con él los había descubierto. Y lo habría liquidado cuando ya no lo necesitaba. Porque del pueblo — según testigos— sólo salieron tres personas en la canoa que preparó Olga al saber que habían averiado el hidroavión. Todas las pistas conducían a Regueira, al mulato Mané y a la mujer, a pesar de las precauciones que habían tomado los fugados.

¿Qué habría sido de Dalmacio? Ése era otro buen interrogante en el caso. Había salido al frente de los perseguidores "para abrir camino" y desapareció entre los indios de Santa Apolonia. Algunos indios recordaban que había estado allí, y que durmió junto a la "casa de los hombres". Pero nadie recordaba haberlo visto partir...

El piloto, con toda su arrogancia de oficial de élite de un ejército europeo, le había jugado una buena pasada: se le había escabullido con los diamantes y con Olga, con las piedras y la moza, el ladrón.

Olga... Había pocas cosas que el teniente hubiera deseado tanto, que hubiera tenido al tiempo tan cerca y tan lejos. Sólo había conseguido de ella miradas de interés cuando trataban negocios comunes. Y alguna vez le había dado la mano al cerrar un trato.

En más de una ocasión había pensado en forzarla a mayor obediencia que la de cerrar o abrir el bar cuando a él le apetecía, y en lo que ella consentía. Había pensado en obligarla a someterse, como hombre que da a entender a una mujer quien manda en lo que importa por encima de todo...

Iba a volver al pueblo con las manos vacías. No tenía disculpa para seguir allí, de huésped mal recibido en el último puesto de la policía del estado, metiendo las narices en territorio de otros colegas, que podían quejarse en cualquier momento a la jefatura de la jurisdicción... ¡Mierda! En ese momento, ¿dónde estaría escondido Regueira, hijo de siete padres?

Era capaz de estar muy lejos, con la mujer y los diamantes, tan lejos como hubieran podido llevarlo un vapor o un hidro.

Eso no. Seguramente no había pasado el Rápido.

Fijó la vista en el río como para asegurarse de que controlaba lo que ocurría en él.

Nada. No sucedía nada, salvo que las canoas de la población indígena pululaban sin arriesgarse en la turbulencia...

Tenía la garganta seca y estaba desanimado. Así que decidió echarse al cuerpo unos tragos de güisqui. Y, ya se volvía para entrar y llamar a su criado, cuando la curiosidad le hizo detenerse, con la vista en el río.

En una canoa grande, iba una pareja de indios, hombre y mujer desnudos, con el pelo cayéndoles en cascada, pegado con aceite, rapado de la nuca para abajo. A pesar de la distancia, se advertía la belleza de un torso, el de la mujer.

Se dirigían hacia el centro de la angostura, y eso le llamó la atención a Machado, tanto como el tipo de la india.

El teniente olvidó la sed y saltó del alpendre a la tierra suelta del camino que bajaba a la playa. ¿Qué hacía aquella gente? El indio, que gobernaba a popa, tenía que ser un experto o un loco para aventurarse por las aguas rápidas del centro del canal.

Sin perder de vista la canoa, siguió bajando. En medio de la playa, oyó la voz de un centinela:

—¿Ha visto a ese personal, teniente?

—Eso es lo que estoy mirando.

—¿Quiere que nos acerquemos a ellos?

—Pues... —no le apetecía mucho saltar entre las olas, pero le picaba la curiosidad. Iría, aunque sólo fuera por ver aquella hembra de cerca—. Vamos.

Se metieron en una canoa, él delante y el centinela atrás, y se dispusieron a cortarles la proa a la pareja. Pero el hombre y la mujer, bien compenetrados, remaban deprisa en busca de aguas bravas. Machado oyó la voz del vigilante a sus espaldas:

—¡Esos huyen, teniente!

Y clavó el remo con fuerza. ¡Ya sólo faltaba que se fueran a burlar de él unos indios de mierda!

Vista de espaldas, la silueta de la india era preciosa: ancha de hombros y delgada de cintura, cosa rara en aquella raza contrahecha. La curiosidad, junto con la turbia idea de detener al indio y obligarlo a que le prestase a su mujer, hizo que Machado

pusiera todas sus energías en el remo. El agua empezaba a arremolinarse peligrosamente, y la brisa encajonada entre los Gemelos dificultaba el avance.

La espalda de la mujer, que brillaba al sol cubierta de aceite, era perfecta; y su corte de pelo realzaba la elegancia del cuello esbelto. Cuando ya estaban en medio de la corriente, el indio miró hacia atrás, hacia sus perseguidores, y le gritó algo a su compañera, ocupada en remar a proa. El fragor del rápido y el viento le impidieron al teniente entender las palabras del indio. Pero la india aflojó la remada. Entonces, Machado redobló el esfuerzo y vio que, a tumbos sobre olas oblicuas y caprichosas, acortaba distancia.

Su timonel le advirtió que corrían peligro de ir a dar a las pirañas, pero él no hizo caso. Remaba excitado por el cuerpo de la mujer, que ahora se ofrecía entero a su vista: cabeza proporcionada al trapecio de la espalda, cintura fina y caderas anchas, nalgas como uvas morenas, brillantes y redondas.

Le pareció que en el fondo de la canoa había alguien tumbado y cubierto con trapos. A Machado no le importaba quien fuera. Ahora sólo quería pasar la proa de aquella embarcación y ver por delante a la mujer espléndida.

Ya muy cerca, oyó otra advertencia de su compañero: que no se siguiese remando como iba, porque el agua les podía hacer chocar con los otros. Y vio las miradas del indio, asustado, que al tiempo los vigilaba a él y a lo que traía en la estiba.

Pero siguió impulsando la proa de su embarcación hacia la de la otra. Remaba echando el corazón por la boca, sin querer pensar en precauciones, con el deseo de desquitarse de cuanto había padecido ultimamente, diciéndose que la india valía el riesgo.

Ya estaban muy cerca, las canoas iban a chocar de costado, y la mujer no volvía la cara. Remaba vigilando la corriente, sentada sobre las piernas, como buena india de tribu pescadora.

La blancura de sus pies contrastaba con el moreno de las nalgas. Aquellas plantas tan pálidas llamaron la atención del policía. Y comenzaba a tomar cuerpo en su mente una sospecha cuando oyó el grito a su espalda.

Se volvió y vio que su compañero había desaparecido; y que el indio blandía el remo como una porra contra él... ¡Hijo de...! Echó mano al cinturón. Pero se había quitado el arma para dormir comodamente la siesta. Entonces blasfemó y, durante segundos, dudó si remar o defenderse con el remo.

No acabó de decidirse. Porque la cara de la mujer se volvió hacia él y lo dejó paralizado: el sol de la tarde iluminaba un óvalo brillante y ennegrecido, como sucio, en el que una boca de labios rosados y dos enormes ojos azules sonreían llenos de sarcasmo y desdén.

Llegaron con las últimas luces del día y vararon la canoa a una distancia

prudencial de la misión. Olga dejó a Tondirú cuidando de su amigo y se metió en el río.

En el agua, se fue quitando de la piel y del pelo, mal recortado a cuchillo, la mezcla de tierra y aceite con que se había disfrazado... No podía olvidar la cara de asombro de Machado.

Había muerto a palos, como un perro. Como se merecía. Ya se lo habrían comido las pirañas. Olga no podía evitar su satisfacción por aquella muerte, con la que quedaba vengada tanta atrocidad. Incluso la muerte de su Joaquín del alma a manos de un sabueso como el teniente de Villa Paraíso...

Tenían que despabilarse. Chico aún no había recobrado el conocimiento y era necesario tratarle las heridas con algo más eficaz que los remedios de indio que le aplicaba Tondirú.

Además, ya debía de estar buscándolos toda la tropa de Machado.

O tal vez no, porque la agitación del Rápido no permitía ver de lejos lo que pasaba entre las olas. Las pesquisas y la persecución sólo comenzarían cuando echaran en falta al teniente y al otro tipo.

De todas maneras, si alguien había visto lo ocurrido, tendrían que buscar a un indio y a una india que habían pasado por delante del personal apostado detrás del Gemelo Pequeño sin levantar sospecha...

La vida era a veces realmente increíble. Olga no acababa de creerse que Machado en persona hubiera ido a perseguirla desarmado... ¿Por qué lo habría hecho?

Salió del agua y se secó lo mejor que pudo. Se puso la ropa rasgada y tomó el camino de la misión. Era una misioncita protestante, con iglesia abierta por los lados y sin altar.

Una dulce nostalgia detuvo a Olga ante lo que veía con los últimos resplandores de la tarde: la iglesia y la escuela, la casita de los misioneros... Como Aloíke. Sólo faltaban Taasí y su padre.

Cuando volvió en sí, advirtió que avanzaba hacia ella un hombrecillo rubio y regordete, con gafas, que miraba sus harapos con la falta de asombro de quien ya lleva años en la selva.

—Buenas tardes, señora. Soy el pastor Altmann —el hombre le tendía una mano que ella estrechó con emoción, pensando que aquél era el primer acto civilizado en que participaba desde hacía mucho tiempo.

—Buenas tardes, pastor. Soy Olga Hansen —y añadió, orgullosa—: Soy hija del pastor Hansen de Aloíke. ¿Ha oído hablar de él alguna vez?

—Claro que sí, hija. Fue un mártir inolvidable.

Olga entendió que había acertado con la referencia y, sin dejar lugar al panegírico, empezó a exponer su caso:

—Reverendo, vengo con un muchacho indígena que está herido. Venimos

huyendo de unos buscadores que quieren matarnos.

Las manos del pastor se abrieron y, con ellas, sus ojos tras los lentes, preocupados. En un tono acorde con su preocupación, preguntó:

—¿Y qué puedo hacer por vosotros, aparte de atender al herido?

—Tenemos que salir de la selva en seguida —Olga puso en la respuesta toda su habilidad para pedir y rogar.

—Bien... —el reverendo Altmann parecía hilvanar ideas con rapidez, convencido de la gravedad del caso. Y encontró en seguida una solución—: Yo puedo conseguir que os lleven a la misión americana de la isla de la Barrera... Hay una noche entera de remo. Te daré una carta para el reverendo Curtiss... Pero antes tenemos que ver a ese muchacho.

La primera sonrisa de Chico fue a bordo del hidro de la misión americana. Iba echado en una camilla, en el suelo del compartimento de carga, rodeado de productos que la misión enviaba a los civilizados a cambio de dinero para la labor misional. Olga volvió la cara hacia él desde el asiento del copiloto, y el muchacho le respondió con una sonrisa desmayada, en medio del revuelo de los pájaros y los monos encerrados en las jaulas... Se estaba recuperando. Mientras le cambiaba las cataplasmas de Tondirú por yodo y vendajes, el pastor Altmann aseguró ser experto en heridas de flecha, y que aquéllas no habían afectado gravemente a ningún órgano. Sólo una había penetrado en el pulmón, causando un derrame. Pero el muchachote era fuerte como un toro... Olga le mandó a Chico un beso con la mano, se acomodó bien en el asiento y contempló la selva, inmensa tras el temblor de los cristales de la cabina.

Allí quedaba Tondirú lloroso. Y con él quedaban los restos de Machado, y los de Mané, y los de Chaves; y los de Carlos.

Pobre Carlos. Iba a pensar en él, pero no lo hizo. No quería. Una vez más tocó con disimulo el bulto que su camisa ocultaba entre los pechos. Estaba allí. Allí continuaba el tesoro de los diamantes, la fortuna. Para ella y para siempre...

El día se abría sobre la inmensidad de la prisión verde dividida por el río. El sueño le pesaba en los ojos, y decidió dormir porque el piloto de la misión americana había agotado ya todo su repertorio de preguntas sobre lo único que tenía en común con ella: la vida ejemplar y el sacrificio del pastor Hansen.

Olga reclinó la cabeza y cerró los ojos, dispuesta a descansar mientras no pudiera hacer otra cosa. Pero en seguida abría los párpados, impulsada por un miedo loco: temía morir durmiendo. Estaba muy próxima al fin —casi lo tocaba— y quería verlo, quería disfrutar de todo, instante a instante, absolutamente todo. Todo para ella.

¿Y Chico?

Volvió a mirarlo. Parecía descansar en el sueño profundo en que lo habrían

sumido las pastillas del pastor Altmann.

Chico formaría parte de su gozo; sería como un pequeñín para su madre: un juguete bonito, una cosa querida que cuidar e ir enseñando...

MATERIAL ADICIONAL

A TODOS LOS MEDIOS INFORMATIVOS

XOAN ANTON PEREZ LEMA

El título del Premio Planeta de este año pertenece a Xavier Alcalá.

A mediados del pasado mes de octubre se conoció la noticia de que la escritora Angeles Caso conseguía el "Premio Planeta" de novela con su obra "Contra el Viento". Éste título le pertenece, de acuerdo con el dispuesto en el artículo 10.2 del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual, al escritor gallego XAVIER ALCALÁ NAVARRO, quien registró el mismo en el año 1993 como nº 15782, correspondiéndole el título a la autotraducción de su novela en gallego "Cárcere Verde".

La versión castellana de Alcalá consiguió importante difusión (incluso como libro de lectura en la enseñanza), no sólo en el territorio del Estado, sino en diversos países de América latina, como Chile y Argentina. Últimamente estaba pendiente de reeditarse, para lo que el Sr. Alcalá había firmado ya el correspondiente contrato con una editorial. Incluso se diseñaron distintas cubiertas para la edición, una de ellas de Miguelanxo Prado.

Editorial Planeta se excusa con razones inadmisibles jurídica y comercialmente.

Xavier Alcalá ha encargado a este Gabinete Jurídico el estudio de esta cuestión, además de las gestiones extrajudiciales y judiciales precisas para su solución. Siendo así, usando la vía amigable como forma preferente de proceder de nuestro cliente, reclamamos de la Editorial Planeta la sustitución del título de la obra de Angeles

Caso como medio de solución menos gravoso para las partes. Esta reclamación, recibida por dicha editorial vía burofax el pasado día 9 fue, contestada el 13 de este mes por el Secretario General y director de la Asesoría Jurídica de la Editorial, rechazando tanto esa posibilidad como la propia suspensión de la comercialización de la obra, que ha comenzado ya el proceso de promoción, estando prevista la firma de ejemplares por parte de la autora mañana, martes 17, en las instalaciones d'A Coruña de "Él Corte Inglés".

Hay que decir que los argumentos de Editorial Planeta (seguidamente reproducimos su carta de respuesta) no son de recibo. Porque no son comparables los supuestos de dos novelas, distribuidas en el mismo territorio y en la misma lengua con productos cinematográficos o musicales. En cuanto a la traducción de la novela de Richard Butler, además de la inacción del traductor delante de la edición de la obra de X. Alcalá en su tiempo, resulta también de difícil comparación tanto por el conocimiento público y difusión como por la diferencia de una traducción del inglés al castellano de una autotraducción del gallego al castellano, al ser el castellano el sistema lingüístico más próximo desde el punto de vista comercial y que es muy común que los propios escritores gallegos procedan a su propia autotraducción.

Xavier Alcalá registró su novela, y con ella su título, en 1994

"Contra él viento" como obra propia de X. Alcalá está inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual bajo el número de solicitud 15.782, tiene nº I.S.B.N. 84-348-4051-0 y depósito legal nº M-11681-1994. Todos estos datos eran de fácil comprobación previa tanto por parte de la autora como por parte de la Editorial. Si no lo hicieron nuestro representado no tiene porque cargar con el gravamen de esta negligencia.

Hay que recordar que nuestro representado ya modificó el título de su novela "Cárcerel verde" (de la que "Contra él Viento" es la versión en castellano) por coincidir el título plameado ("A cidade dos Césares") con lo de una novela inédita de Victor F. Freixantes. A la sazón, Xavier Alcalá, consciente de los derechos del Sr. Freixantes, modificó el título al actual de "Cárcere verde" para evitar confusiones y lesión de los derechos e intereses de otro escritor gallego.

Xavier Alcalá acudirá a los Tribunales para hacer valer su derecho, pero mantiene su voluntad de diálogo y acudirá a la mediación de AELG y del Pen Club

Ante la actitud cerrada al diálogo de Editorial Planeta y de la comercialización en

proceso de la obra de Ángeles Caso (que llega a firmar ejemplares en la propia ciudad de residencia de X. Alcalá mañana), este Gabinete Jurídico prepara las acciones judiciales que sean necesarias en Derecho, incluida la solicitud de las medidas cautelares precisas para garantizar la indemnidad de los derechos de autor del Sr. Alcalá Navarro, sin descartar "a priori" ninguna de ellas.

Sin embargo, tanto nuestro representado como este Gabinete que lo representa seguiremos dejando abierta la vía amistosa y, en este sentido, Xavier Alcalá pedirá la mediación de la "Asociación de Escritores en Lengua Gallega" y del "Pen Club de Galicia", organizaciones de las que es miembro.

A Coruña, 16.11.2009.

Fdo.: XOÁN ANTÓN PÉREZ-LEMA L.
Abogado. Socio-Director.

O título da novela gañadora do premio Planeta coincide cunha escrita por Xavier Alcalá en 1993

REDACCIÓN > FERROL

“Contra el viento”, de Ángeles Caso, é o título da novela gañadora do último Premio Planeta, que se fixo público o venres pola noite. Un título que coincide co dunha obra que en 1993 xa publicou Xavier Alcalá e que nestes intres está camiño de ser reeditada. A polémica está servida.

Para o escritor ferrolán isto supón un grave problema. “Agora que fago? Cámbiolle eu o título á miña novela ou como fago?”, pregúntase. Neste senso explica que é necesario buscar unha solución porque a reedición da súa novela xa está en camiño.

O que pide Alcalá é respecto á propiedade intelectual. “Esta señora (Ángeles Caso) fai hoxe (por onte) unhas declaracións nas que di que ela non se vai adicar a comprar títulos. Eu non falo de comprar, eu o que quero é un respecto á propiedade intelectual e un respecto cara o meu título. Porque agora vai parecer que son eu quen lle copia a ela o título na reedición do meu libro”, explica o ferrolán, que insiste na idea de tentar buscar unha solución a un problema ten unha dobre lectura: por un lado de índole legal e por outro moral.

Xavier Alcalá sinala que o lóxico antes de poñerlle un título a unha obra é comprobar que non exista ningunha co mesmo nome. Neste senso explica que cando el ía poñerlle o nome á novela “Cárcere verde” (“Contra el viento”, en castellano) atopouse co que o título que nun principio tiña pensada “A Cidade dos Césares” xa estaba collido por Víctor Freixanes, e por elo se viu na obriga moral de cambialo.



Imaxe de arquivo de Alcalá

“Penso que todo é unha cuestión de respecto”, engade.

O que ten claro Alcalá é que vai continuar usando o seu título, “Contra el viento”. “Onde vamos chegar? Non o sei. O que sei é que non vou renunciar a un título que é meu”, conclúe o escritor.

El título de la novela ganadora del premio Planeta coincide con una escrita por Xavier Alcalá en 1993

REDACCIÓN > FERROL

"Contra él viento", de Ángeles Caso, es el título de la novela ganadora del último Premio Planeta, que si hizo público el viernes por la noche. Un título que coincide con el de una obra que en 1993 ya publicó Xavier Alcalá y que en estos momentos está camino de ser reeditada. La polémica está servida.

Para el escritor ferrolano esto supone un grave problema. "¿Ahora qué hago? ¿Le cambio yo el título a mi novela o cómo hago?", se pregunta. En este sentido explica que es necesario buscar una solución porque la reedición de su novela ya está en camino.

Lo que pide Alcalá es respeto a la propiedad intelectual. "Esta señora (Ángeles Caso) hace hoy (por ayer) unas declaraciones en las que dice que ella no se va a dedicar a comprar títulos. Yo no hablo de comprar, yo lo que quiero es un respeto a la propiedad intelectual y un respeto hacia mi título. Porque ahora va a parecer que soy yo quien le copia a ella el título en la reedición de mi libro", explica lo ferrolano, que insiste en la idea de intentar buscar una solución a un problema que tiene una doble lectura: por un lado de índole legal y por otro moral.

Xavier Alcalá señala que lo lógico antes de ponerle un título a una obra es comprobar que no exista ninguna con el mismo nombre. En este sentido explica que



Imagen de archivo de Alcalá

cuando él iba a ponerle el nombre a la novela "Cárcere verde" ("Contra él viento", en castellano) se encontró con que el título que en un principio tenía pensado "La Ciudad de los Césares" ya estaba cogido por Víctor Freixanes, y por ello se vio en la obligación moral de cambiarlo. "Pienso que todo es una cuestión de respeto", añade.

Lo que tiene claro Alcalá es que va a continuar usando su título, "Contra él viento". "¿Dónde vamos a llegar? No lo sé. Lo que sé es que no voy a renunciar a un título que es mío", concluye al escritor.

Xavier Alcalá reclamará porque la obra premiada lleva el mismo título de una suya publicada en 1993

VIERNES, 16 DE OCTUBRE DEL 2009

El escritor Xavier Alcalá manifestó anoche, tras conocer que el título de la obra ganadora del Planeta es «Contra el viento», su intención de presentar una reclamación por la apropiación de ese título, ya él tiene una obra homónima publicada desde 1993 y registrada en el ISBN con el número 84-348-4050-0. La novela, editada por SM y reeditada en 1994, es una traducción al castellano de «Cárcere Verde», publicada en gallego por Galaxia en 1990. Alcalá, autor de esta novela de aventuras, emprenderá las acciones legales oportunas ya que considera que el título es suyo.

El malagueño Emilio Calderón fue el finalista del galardón literario que anoche se entregó en Barcelona

Ángeles Caso gana el Planeta con una historia sobre la emigración

El poeta y editor Pere Gimferrer se desvaneció en el estrado cuando la ganadora iba a agradecer el premio

Rodri García

BARCELONA | Virginia Évora era el seudónimo bajo el que se escondía la escritora Ángeles Caso (Gijón, 1959). La escritora es la ganadora de la 58 edición del Premio Planeta, dotado con 601.000 euros y cuyo fallo — que ayer ya habían anunciado varios periódicos — tuvo lugar durante una cena en el Palacio de Congresos de Cataluña y a la que asistieron, entre otras autoridades, los ministros de Cultura, Ángeles González Sinde, y Educación, Ángel Gabilondo. El finalista ha sido el malagueño Emilio Calderón, que se embolsará 150.250 euros.

Ángeles Caso acudió con su obra *Contra el viento*, una de las 492 presentadas este año, bajo el título de *El viaje*, en la que narra la historia de una joven de Cabo Verde que después de muchos infortunios viaja a Portugal y a España. Caso ya había sido finalista de este galardón en 1994 con *El peso de las sombras*, año en el que el galardón se lo llevó Camilo José Cela con la polémica *La cruz de San Andrés*. En aquella ocasión las ventas de la finalista habían sido mayores que las de la obra ganadora.

El pasado 21 de septiembre, durante un taller literario celebrado en Segovia sobre *Paraíso inhabitado*, la última obra de Ana María Matute, Ángeles Caso había comentado que estaba preparando un libro so-



Ángeles Caso posa con el Premio Planeta, en compañía del finalista, Emilio Calderón | ANDREU DALMAU/ EFE

bre la emigración, con el caso de una amiga de Cabo Verde, y que se trataba de una novela en la que aborda «la tremenda lucha que tienen que llevar estas heroínas del siglo XXI, para no morir, desde que nacen, primero en sus países tan pobres y hostiles, y luego en un ámbito

tan complejo como es el nuestro y en el de la pareja, que también es muy duro». La escritora evocó en su seudónimo a la cantante Cesárea Évora.

Ángeles Caso, licenciada en Geografía e Historia en la especialidad de Historia del Arte, había ganado el premio de no-

vela Fernando Lara con *Un largo silencio*, sobre la guerra civil.

También el finalista del premio Planeta, Emilio Calderón, ganó el premio Fernando Lara, en la edición del año pasado.

Mareo de Pere Gimferrer

En el momento en que Ángeles Caso pronunciaba el discurso de agradecimiento, el escritor y académico Pere Gimferrer, que se encontraba sobre el escenario junto al resto de los miembros del jurado del premio Planeta, sufrió un desvanecimiento y fue inmediatamente atendido por el personal sanitario que se encontraba en el Palacio de Congresos de Barcelona.

El acto se interrumpió durante unos diez minutos, hasta que los sanitarios sacaron a Gimferrer del escenario, ya consciente aunque bastante pálido.

Xavier Alcalá reclamará porque la obra premiada lleva el mismo título de una suya publicada en 1993

El escritor Xavier Alcalá manifestó anoche, tras conocer que el título de la obra ganadora del Planeta es «Contra el viento», su intención de presentar una reclamación por la apropiación de ese título, ya él tiene una obra homónima pu-

blicada desde 1993 y registrada en el ISBN con el número 84-348-4050-0. La novela, editada por SM y reeditada en 1994, es una traducción al castellano de «Cárcere Verde», publi-



cada en gallego por Galaxia en 1990.

Alcalá, autor de esta novela de aventuras, emprenderá las acciones legales oportunas ya que considera que el título es suyo.

Wikipedia ya anunciaba la vencedora cinco horas antes del fallo

Alrededor de las siete de la tarde de ayer, cinco horas antes de que oficialmente se conociera el fallo y tres antes de que los integrantes del jurado del premio se sentaran a deliberar en el Palacio de Congresos de Cataluña, en Wikipedia ya se podía leer que la ganadora del Planeta de este año era la escritora Ángeles Caso. El nombre de la asturiana estuvo tapado en las quinielas por otros como Elvira Lindo e incluso Risto Mejide que sonaban como posibles galardonados, aunque hubo medios de comunicación que ayer ya adelantaron el nombre de Caso.

El año pasado también se produjo la filtración de los ganadores, y algunos periódicos habían empezado la tirada de sus ediciones dando el nombre de los ganadores antes de la medianoche, momento en el que recibían el galardón Fernando Savater y Ángela Vallvey.

Sin embargo, el editor José Manuel Lara rechazaba el pasado miércoles las acusaciones de «manipulación desde la editorial» en la asignación del premio Planeta y ponía como ejemplo de esta afirmación que su apuesta por un escritor había sido vencida, «aunque luego se convirtió en el autor que más libros ha vendido en España». Se refería Lara a Carlos Ruiz Zafón, que se presentó al premio Fernando Lara con *La sombra del viento*; sin embargo, el libro no fue premiado, porque la ganadora de aquel año fue precisamente Ángeles Caso. Luego, a instancias del ya fallecido Terenci Moix Planeta acabó publicando la que fue la obra superventas de Zafón.

«SEN A MINA VIDA PROFESIONAL TERÍA DEIXADO MOITO SEN ESCRIBIR»

CAMILO FRANCO - 14.11.2009

Que Ángeles Caso decidirá titular a súa novela gañadora do premio Planeta deste ano co mesmo título que Xavier Alcalá ten nunha súa en castelán, *Contra el viento*, é cando menos unha circunstancia molesta. O escritor, con máis de cincuenta títulos escritos, asegura que ese libro ten xa unha historia algo particular.

—**A historia da súa novela case daría para outra novela.**

—Cando eu era novo escribín unha novela bastante aceda na que se falaba dos premios literarios e na que un escritor dicía que facía un plaxio para mandalo a un premio literario e ver se o xurado era capaz de detectar o suposto plaxio. A ficción converteuse en realidade e porque esa novela mandeina ao premio Blanco Amor e un dos integrantes do xurado, Marino Dónega, protesto e conseguiu que, por un voto, fose rexeitada. A novela foi publicada por Sotelo Blanco, pero desoís da primeira edición non hubo máis.

—**Pero este non é o fin da historia.**

—Esa novela, que se titulou *Tertulia*, continúa unha novela no seu interior. O escritor que anunciaba o plaxio escribiu unha novela. Un día chamoume Carlos Casares para preguntarme por esa novela que estaba no interior da outra porque el consideraba que era unha preciosa historia de aventuras. Para publicar en Galaxia



FOTO: ALVARO BALLESTEROS

**Alcalá di que é «un psicópata
que se equilibra contando
historias»**

busquei un novo título para a novela e como trataba do Abrigo do sol que, en teoría, podería ser esa cidade mítica da selva amazónica que tamén sería a cidade dos césares, ía poñerlle este título. Pero xusto nese tempo Freixanes gañou o premio Torrente Ballester cunha novela titulada así, *A cidade dos césares*. Cambiamos o título e encontramos un moi afortunado *Cárcere verde*.

—**¿Na súa versión en castelán non ten ese título?**

—Foi Xavier Senín quen me comentou da posibilidade de editar esta novela con SM. Pero tiña o problema que a *Cárcel verde* fáltalle unha sílaba para soar ben e busquei outro título. Como o argumento son uns homes que van escapando cun tesouro polo río abaixo pero co vento en contra e non poden avanzar, o que lle acaía era o que ten, *Contra el viento*. Curiosamente dos máis de 50 títulos que teño deste é do único que teño o rexistro da propiedade.

—**¿Que ten previsto facer?**

—O meu avogado remitiu unha carta a Editorial Planeta, aínda que o responsable é sempre quen envía o libro ao premio, baixo a idea de que o título forma parte do texto. O Rexistro da Propiedade Intelectual non permite rexistrar títulos senón obras cun título. Non sabemos como sairá, pero eu nunca acusei de nada a Ángeles Caso. Lamentei a circunstancia que se dá xustamente nun momento no que eu estou en proceso de reedición da obra en castelán.

Eu creo que agora non ten desculpa ninguén porque se calquera tecleouse en Google ese título vería que hai unha novela miña publicada. O que sucede é que eu teño a posibilidade dunha nova reedición da novela, por certo cunha capa preciosa de Miguelanxo Prado, e non quero que apareza como que estou copiando un título que, en realidade, eu teño rexistrado dende a primeira edición.

—**Pero agora vai ter que pasar o traballo de convencer aos demais que foi vostede primeiro.**

—A estas alturas aínda temos que estar niso e de que somos escritores galegos é así e non deixa de ser ridículo ter que lembralo pero temos que ser militantes. Pero isto me leva sempre a pensar no éxito que tivo Andrés do Barro cantando en galego, o que me fixo pensar que o galego sería unha lingua aceptada en España. Pero o centralismo español é tan potente que quere facer valer que o produto literario que non se produce en español é algo infantil ou ridículo ou, nunha versión nova, subvencionado. Xa me dirán quen me subvencionou a min nada dos libros que levo escrito. É moi triste, pero o peor é que en Galicia temos quintacolumnistas.

—**Estas circunstancias ¿como afectan ao día a día do escritor?**

—En primeiro lugar obriga a pasar pola tradución en calquera caso. Nisto temos unha condición interesante porque os escritores galegos podemos escribir en castelán, pero digamos que hai un 15% do que escribimos en castelán que ten que ser revisado porque o noso castelán tampouco é o mesmo que falan os casteláns.

—**¿Despois de medio cento de libros aínda recorda os comezos?**

—Perfectamente. Eu comecei a escribir por compromiso político. Porque era unha maneira de estar contra o sistema. Escribín letras de cancións, para Andrés do Barro por exemplo, e pensei que podería ser poeta ata que Ramón Piñeiro me dixo que «imitaba moi ben aos poetas». Deixei a poesía, claro. Comecei a escribir algunhas crónicas e funme encontrando moi cómodo contando historias e aí sigo. Penso, como case todos os escritores, que son un psicópata que se equilibra contando historias. Agora sucede que, desque comecei a contar cos meus amigos evanxelistas, chega xente a contarme historias para que eu as conte.

—**¿Consegue combinar ben a vida literaria coa vida de experto en telecomunicacións?**

—Aliméntome moito no literario do meu traballo. Sen a miña vida profesional e sen as relacións que hai nela tería deixado moitas historias que escribir. Eu non son da opinión de que ao escritor lle favorece a vida literaria. Non digo que sexa así para todos. Pero se a pregunta fose como se combina un traballo e un traballo de escritor teño unha resposta sinxela: cando chego a casa polas noites nunca me poño a ver a televisión.

—**A pesar do éxito de Andrés do Barro e de ser vostede un dos seus letristas, ¿non o tentaron para continuar escribindo cancións?**

—Non. Non sei canto pesou nisto o desastre vital no que acabou a vida de Andrés ou canto evitou que eu me aproximase máis ao mundo da música. Eu non o busquei e tampouco me chamaron. Nunha ocasión chamoume Xoán Rubia para facer algo, pero creo que Rubia ten colocada a música nun segundo plano. Do resto nunca me chama ninguén para facer cancións pero si que me gustaría porque eu sigo sendo melómano e me gustaría ter continuado. O que sucede é que quizais a xente xa me ten clasificado como narrador e xa está.

**«SIN MI VIDA PROFESIONAL HABRÍA DEJADO
MUCHO SIN ESCRIBIR»**

CAMILO FRANCO - 14.11.2009

Que Ángeles Caso decidiera titular su novela ganadora del premio Planeta de este año con el mismo título que Xavier Alcalá tiene en una suya en castellano, *Contra el viento*, es cuando menos una circunstancia molesta. El escritor, con más de cincuenta títulos escritos, asegura que ese libro tiene ya una historia algo particular.

—**La historia de su novela casi daría para otra novela.**

—Cuando era joven escribí una novela bastante ácida en la que se hablaba de los premios literarios y en la que un escritor decía que hacía un plagio para mandarlo a un premio literario y ver si el jurado era capaz de detectar el supuesto plagio. La ficción se convirtió en realidad porque esa novela la mandé al premio Blanco Amor y uno de los integrantes del jurado, Marino Dónega, protestó y consiguió que, por un voto, fuera rechazada. La novela fue publicada por Sotelo Blanco, pero después de la primera edición no hubo más.

—**Pero éste no es el final de la historia.**

—Esa novela, que se tituló *Tertulia*, contenía una novela en su interior. El escritor que anunciaba el plagio escribió una novela. Un día me llamó Carlos Casares para preguntarme por esa novela que estaba en el interior de la otra porque él consideraba que era una preciosa historia de aventuras. Para publicar en *Galaxia* busqué un nuevo título para la novela y como trataba del *Abrigo del sol* que, en teoría, podría ser esa ciudad mítica de la selva amazónica que también sería la ciudad de los Césares, iba a ponerle este título. Pero justo en ese momento Freixanes ganó el premio *Torrente Ballester* con una novela titulada así, *A cidade dos Césares*. Cambiamos el título y encontramos uno muy afortunado *Cárcere verde*.

—**¿En su versión en castellano no tiene ese título?**

—Fue Xavier Senín quien me comentó la posibilidad de editar esta novela con SM. Pero tenía el problema que a *Cárcel verde* le faltaba una sílaba para sonar bien y busqué otro título. Como el argumento son unos hombres que van escapando con un tesoro río abajo pero con el viento en contra y no pueden avanzar, lo que le pegaba era el que tiene, *Contra el viento*. Curiosamente de los más de 50 títulos que tengo de éste es del único que tengo el registro de la propiedad.

—**¿Qué tiene previsto hacer?**

—Mi abogado remitió una carta a la Editorial Planeta, aunque el responsable es



FOTO: ALVARO BALLESTEROS
Alcalá dice que es «un psicópata que se equilibra contando historias»

siempre quien envía el libro al premio, bajo la idea de que el título forma parte del texto. El Registro de la Propiedad Intelectual no permite registrar títulos sino obras con un título. No sabemos cómo saldrá, pero yo nunca acusé de nada a Ángeles Caso. Lamenté la circunstancia que se da justamente en un momento en el que yo estoy en proceso de reedición de la obra en castellano.

Yo creo que ahora nadie tiene disculpa porque si cualquiera tecleara en Google ese título vería que hay una novela mía publicada. Lo que sucede es que yo tengo la posibilidad de una nueva reedición de la novela, por cierto con una cubierta preciosa de Miguelanxo Prado, y no quiero que parezca que estoy copiando un título que, en realidad, yo he registrado desde la primera edición.

—Pero ahora va a tener que pasar el trabajo de convencer a los demás de que fue usted primero.

—A estas alturas aún tenemos que estar en eso y en que somos escritores gallegos es así y no deja de ser ridículo tener que recordarlo, pero tenemos que ser militantes. Pero esto me lleva siempre a pensar en el éxito que tuvo Andrés do Barro cantando en gallego, él que me hizo pensar que el gallego sería una lengua aceptada en España. Pero el centralismo español es tan potente que quiere hacer valer que el producto literario que no se produce en español es algo infantil o ridículo o, en una versión nueva, subvencionado. Ya me dirán quien me subvencionó a mí algo de los libros que llevo escritos. Es muy triste, pero lo peor es que en Galicia tenemos quintacolumnistas.

—Estas circunstancias ¿cómo afectan al día a día del escritor?

—En primer lugar obliga a pasar por la traducción en cualquier caso. En esto tenemos una condición interesante porque los escritores gallegos podemos escribir en castellano, pero digamos que hay un 15% de lo que escribimos en castellano que tiene que ser revisado porque nuestro castellano tampoco es el mismo que hablan los castellanos.

—¿Después de medio centenar de libros aún recuerda los comienzos?

—Perfectamente. Yo empecé a escribir por compromiso político. Porque era una forma de estar contra el sistema. Escribí letras de canciones, para Andrés do Barro por ejemplo, y pensé que podría ser poeta hasta que Ramón Pinheiro me dijo que «imitaba muy bien a los poetas». Dejé la poesía, claro. Comencé a escribir algunas crónicas y me fui encontrando muy cómodo contando historias y ahí sigo. Pienso, como casi todos los escritores, que soy un psicópata que se equilibra contando historias. Ahora sucede que, desde que comencé a contar con mis amigos evangelistas, llega gente a contarme historias para que yo las cuente.

—¿Consigue combinar bien la vida literaria con la vida de experto en telecomunicaciones?

—Me alimento mucho en lo literario de mi trabajo. Sin mi vida profesional y sin

las relaciones que hay en ella habría dejado muchas historias que escribir. Yo no soy de la opinión de que al escritor le favorezca la vida literaria. No digo que sea así para todos. Pero si la pregunta fuese cómo se combina un trabajo y un trabajo de escritor tengo una respuesta sencilla: cuando llego a casa por las noches nunca me pongo a ver a televisión.

—A pesar del éxito de Andrés do Barro y de ser usted uno de sus letristas, ¿no lo tentaron para continuar escribiendo canciones?

—No. No sé cuánto pesó en esto el desastre vital en el que acabó la vida de Andrés o cuánto evitó que yo me aproximase más al mundo da música. Yo no lo busqué y tampoco me llamaron. En una ocasión me llamó Xoán Rubia para hacer algo, pero creo que Rubia tiene colocada la música en un segundo plano. Del resto nunca me llama nadie para hacer canciones pero sí que me gustaría porque sigo siendo melómano y me gustaría haber continuado. Lo que sucede es que quizás la gente ya me tiene clasificado como narrador y ya está.

Burofax enviado a Editorial Planeta

"GRUPO PLANETA"

Att. D. José Manuel Lara Bosch

Avda Diagonal 662-664

08034 Barcelona

Tel. + 34 93 492 80 00

Fax + 34 03 492 85 65

Xoán Antón Pérez-Lema L.

Avogado

Rúa Costa Rica, 5 - 4º andar comercial

15004-A Coruña

A Coruña, a 6 de Noviembre de 2009.

Muy Sr. Mío:

Mediante la presente, y en interés de mi cliente, D. Xavier Alcalá Navarro, me dirijo a usted, en su calidad de presidente del Grupo Planeta, para poner en su conocimiento que mi representado es titular de los derechos de propiedad intelectual relativos a su obra titulada "Contra el viento" (Editorial SM, año 1993), inscrita en el Registro Provincial de la Propiedad Intelectual de Madrid en fecha del 19 de noviembre de 1993, bajo el número de solicitud 15.782, y con registro ISBN 84-348-4051-0 y depósito legal M-I 1681-1994.

A este respecto, y en virtud de la legislación de propiedad intelectual, corresponde a mi cliente, en su condición de autor, el ejercicio exclusivo de los derechos de explotación de su obra en cualquier forma y, en especial, los derechos de reproducción, que no podrán ser realizados sin su autorización, salvo en los casos previstos en la ley.

Por este motivo, y ante la reciente edición de la obra de Ángeles Caso con idéntico

título, le requiero para que procedan a la modificación del mismo, con el fin de no lesionar los derechos que legalmente amparan a mi cliente.

Atentamente,
Xoán Antón Pérez-Lema L.
Abogado.

REGISTRO PROVINCIAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL DE MADRID

SOLICITUD NUM.: 15782

FECHA: 19/11/93
HORA: 10:18

OBRA : CONTRA EL VIENTO

AUTOR: ALCALA NAVARRO, FRANCISCO JAVIER

PROPIETARIO: EL AUTOR

SOLICITANTE - NOMBRE : JUAN ALFONSO NUÑEZ VALLEJO
- DOMICILIO : JOAQUIN TURINA, 39 28044 MADRID
- TELEFONO : 2085145

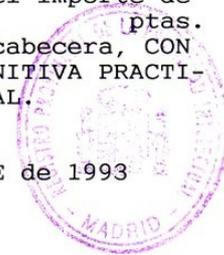
LIQUIDACION PROVISIONAL NUM.: 15782

FECHA LIQ.: 19/11/93

	TIPO	PTS
COMPULSAS: ... Por pagina de original	23	
DILIGENCIAS DE: 1 Autenticacion de firma	48	48
1 Identificacion de persona	48	48
EXAMEN DE DOCUMENTOS: ... Calificac. de suficiencia, cada uno	140	
ASIENTOS EN LIBROS-REGISTRO: ... Extensos, cada uno	140	
... Concisos, cada uno	94	
... Mas de una obra, por cada una	23	
... BUSQUEDAS, por cada una	48	
COPIAS: ... Musicales, a mano, por cuartilla	48	
... Certificadas, por cada folio original	48	
TITULOS O CERTIF.: 1 Por la primera obligatoria	140	140
... Por las posteriores, por cada Titulo	235	
... Literales extensas, por folio certific.	118	
... Sobre personas o titulos, por cada uno	140	
INFORME BREVE: ... A maquina, sobre situac. registral de obra	118	
DICTAMENES: ... Sobre Ley española 156 a 779	0	
... Sobre Ley extranjera 779 a 2336	0	
T O T A L		236

A los efectos del articulo 5. del Decreto de 23 de septiembre de 1959 (<B.O.E.> del 26), se practica y percibe el importe de DOSCIENTAS TREINTA Y SEIS ptas. por la LIQUIDACION PROVISIONAL, del numero de la cabecera, CON CARACTER DE DEPOSITO A CUENTA DE LA QUE COMO DEFINITIVA PRACTIQUE EL REGISTRO GENERAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL.

MADRID, 19 de NOVIEMBRE de 1993



Respuesta de Editorial Planeta

EDITORIAL PLANETA, S.A.
Avda. Diagonal, 662
08034 Barcelona, España
Tel (34) 93 492 80 00
Fax (34) 03 492 85 65

Xoan Antón Pérez Lema
Abogados y Consultores, S.L.
Calle- Costa Rica 5. Piso 4
15004 A Coruña

c.c. Xavier Alcalá Navarro

BUROFAX

10 de noviembre de 2009

Distinguido Sr. Pérez

Me dirijo a usted en nombre y representación de Editorial Planeta, S.A. en contestación a su burofax de fecha 6 de noviembre de 2009 que fue recibido en nuestras oficinas en el día de ayer.

En relación con su requerimiento de proceder a la modificación del título de la obra de Ángeles Caso, "Contra el Viento", ganadora del premio Planeta, le informamos que no procederemos a su modificación.

Lo anterior no debe de ser interpretado como una voluntad de querer lesionar los derechos del Sr. Alcalá, sino como nuestro convencimiento jurídico y moral de que el Sr. Alcalá no tiene título válido para su requerimiento. El título "Contra el Viento" no reúne ni la creatividad ni la originalidad exigidas por la ley para que pueda entenderse protegido, protección que en todo caso sería inseparable de la obra.

Tampoco como denominación aislada, puede su cliente pretender ningún tipo de propiedad, al no existir antecedente registral alguno que reivindique el mismo como denominación de un producto y/o servicio editorial ni a nivel nacional, ni a nivel comunitario ni siquiera a nivel internacional.

Considerando lo anterior, su cliente no es el "propietario innegable" de esa denominación, como él mismo de forma reiterada, pública y temerariamente ha manifestado. A nadie se le puede escapar, que antes que el suyo, se localizan numerosos antecedentes que utilizan el mismo título para designar diferentes obras, todas ellas protegidas por el derecho de autor. A título sólo enunciativo nos referimos a: "**Contra el viento**", un libro de Richard Butler, publicado en España por Plaza & Janés editores en **1982** con ISBN 978-84-01-30351-7, o "**Contra el viento**", una película dirigida por Paco Perinan y protagonizada por Antonio Banderas que se estrenó en España en **1990**, o "**Contra el viento**" canción compuesta por Bob Seger e interpretada por él mismo y **The Silver Bullet Band** inscrita en la SGAE en **1982** con el número 162.211, aunque en este caso hay un antecedente anterior incluso, por parte del uruguayo Jorge Milton Barral Barranguet, que en **1979** inscribió en la AGADU (Asociación General de Autores de Uruguay) su obra "**Contra el Viento**", también inscrita en la SGAE con el número 161.581. Y esto sin contar con el sinfín de registros anteriores y posteriores que contienen la misma denominación y contra las que curiosamente no parece que su cliente se haya dirigido; nos referimos a las más de 20 inscripciones de canciones en SGAE que cuentan con ese idéntico título, entre las que se encuentra el último disco de Eros Ramazotti "Contra el viento" o a el website www.contraelviento.es titularidad de un grupo musical latino, o a la multitud de libros que con idéntico o muy similar título se hallan inscritas en el Ministerio de Cultura.

Son precisamente todas esas obras, las que dejan al título del Sr. Alcalá sin originalidad y, en consecuencia, convienen sus manifestaciones públicas y su requerimiento en inadmisibles.

Atentamente

Director Asesoría Jurídica
Secretario General